

PÁGINAS LIBRES

BIBLIOTECA ANDRÉS BELLO

Obras publicadas (á 3,50 ptas. tomo).

- I.—M. GUTIÉRREZ NÁJERA: *Sus mejores poesías*.
- II.—M. DÍAZ RODRÍGUEZ: *Sangre patricia*. (Novela.)
- III.—JOSÉ MARTÍ: *Los Estados Unidos*.
- IV.—J. E. RODÓ: *Cinco ensayos*.
- V.—F. GARCÍA GODOY: *La Literatura Americana de nuestros días*.
- VI.—NICOLÁS HEREDIA: *La sensibilidad en la poesía castellana*.
- VII.—M. GONZÁLEZ PRADA: *Páginas libres*.

En prensa.

P. E. COLL: *El castillo de Elsinor*.

BIBLIOTECA ANDRÉS BELLO

R 48335

MANUEL G. PRADA

PÁGINAS LIBRES

CON UN ESTUDIO CRÍTICO DE
RUFINO BLANCO-FOMBONA

MADRID

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA

LIBERTAD, 7

MANUEL GONZÁLEZ PRADA

I

Lima, en tiempos del virreinato.

Perú fué, como todos saben, el más opulento y poderoso virreinato de España en la América del Sur.

Del virreinato peruano dependían un tiempo: Nueva Granada, Venezuela, Quito, Chile, Bolivia y Buenos Aires. Las más viejas y prestigiosas dinastías de Europa no gobernaron nunca tan vasto imperio como el que gobernaba desde Lima, un simple virrey español.

Lima era, puede decirse, y se ha dicho, la capital de la América del Sur. En el siglo xvii y aun en el siglo xviii, no abundaban en el mundo las ciudades congestionadas, por lo menos en el grado que ahora conocemos á Londres, á París, á Nueva York, á Buenos Aires. Entonces Madrid,

«Madrid, princesa de las Españas»

según el verso de Musset, traducido por Juan Clemente Zenea, si no me equivoco, era una ciudad

que, considerada á la luz de las modernas estadísticas, pasaría por de cuarto ó quinto orden. ¡Y era la capital de un imperio gigantesco! Así Lima, capital de media América, apenas cuenta, según el censo del virrey Gil de Taboada, censo practicado entre 1790 y 1796, con una población de 52.627 habitantes. Es, sin embargo, una importante y bella ciudad de la época, la más bella é importante en la América del Sur.

Sus calles son rectas y amplias; sus edificios, de ladrillo y piedra. Posee jardines, paseos, fuentes de bronce en las plazas públicas. Tiene imprentas, periódicos, tres colegios, una Universidad. Mil cuatrocientos coches se cruzan de diario en sus carreras. Innúmeros títulos de Castilla: un duque, cuarenta y seis marqueses, treinta y cinco condes, un vizconde, ostentan el escudo de sus armas sobre la puerta de sus palacios. No importa que tales títulos ó muchos de ellos, se pagasen en relucientes peluconas á la venal corte de Madrid, satisfaciendo una forma de vanidad criolla que era el rastacuerismo de entonces. ¡No importa! Aquellos ricos peruanos, títulos de Castilla, formaban una corte brillante en torno del virrey.

Y todo es fiesta en aquella Lima opulenta, reglada y sensual; toros, bailes, comidas, besamanos, *recibimientos* de la Universidad se suceden. Los amores clandestinos abundan. Á veces, los amores clandestinos son públicos. Los virreyes no se desdennan de dar el ejemplo. Á promedios del siglo XVIII era, no ya notoria sino ruidosa, la mancebía del anciano virrey Amat con una joven actriz de Lima, apodada la *Perricholi*. Un detalle pinta la época,

las costumbres á Amat y á la *Perricholi*. Tentase por privilegio de los títulos de Castilla el enganchar á la carroza doble tiro de mulas. Pues bien, la concubina de Amat, cuando le vino en gana, apareció en su carroza de cuatro mulas, haciendo arrastrar por las calles, al mismo tiempo que su hermosura, su insolencia.

En aquella vida de los limeños, devota, sensual y cortesana, se busca y se encuentra motivo para fiestas en la recepción de un virrey, en la llegada de un arzobispo, en el grado de un doctor, en el onomástico de algún magnate, en la fiesta de algún santo ó en la conmemoración de alguna antigua victoria española.

Y no son los cincuenta y tantos mil limeños los felices. En Lima sólo 17.215 habitantes son de raza española. Es esa estrecha oligarquía la que domina y se regala. Lo demás, es el pueblo pasivo y laborioso, que trabaja para los amos.

Esa tradición de metrópoli rica, sensual y cortesana, dará sello á Lima. Este sello tradicional lo veremos claro en la época de la independencia, y en un siglo de república.

II

Caracteres de Lima y el Perú.

Asentada la sociedad limeña, durante la colonia, sobre la división de castas y la explotación de castas inferiores por una minoría de raza española—minoría rica, regalada, sensual, devota, ignorantonar,

muy sociable y muy chunguera,—conservará, durante la república, la mayor parte de esos caracteres. Esos caracteres le imprimen sello: Lima será la misma en el siglo XIX que en el siglo XVIII, durante la república que durante los virreyes: burlesca, conversadora, religiosa, elegante, enamorada, ignorante y llena de preocupaciones antañonas. Las castas perdurarán porque la evolución democrática se realizará muy lentamente.

Lima posee, además, dos particularidades; primera: su capitalidad es un contrasentido de geografía política.

La ciudad, a diez kilómetros del Pacífico—en costa árida, desierta, enfermiza. se halla separada por la cordillera de los Andes del opulento país cuya capital es.

La segunda particularidad consiste en que el clima limeño contribuye a enmullecer la raza. Desde el siglo XVI observaban ya el peruano Unanue y Humboldt que hasta el perro era más dulce y manso en Lima que en parte alguna.

Lima no es, pues, una ciudad guerrera como Caracas, ó México, ó Santiago, ni letrada como Bogotá, ni comercial como Buenos Aires. La carencia de algunas condiciones hace desarrollar otras que las suplan. Lima se distingue por lo cortesanesco: es un pueblo de diplomáticos.

Pero que Lima no sea una ciudad combativa no significa que el Perú sea pueblo cobarde. Las razas de la Sierra Andina son enérgicas, fuertes, guerreras. La historia lo demuestra.

Durante nuestra guerra de emancipación,—que hasta hoy es la piedra de toque para los pueblos

americanos—, el Perú fué el soldado de España. El virreinato desempeñó un papel de primer orden en la historia de la época. Fué para Chile, Quito, Bolivia y Argentina lo que la España europea fué para México, Nueva Granada y Venezuela.

España envió una, y otra y otra expedición á estos tres países, principalmente á Venezuela, núcleo de la más poderosa resistencia; y porque estratégas y políticos de la Península creían que, dominado este punto céntrico del continente, sería fácil extender la pacificación hacia el Norte y hacia el Sur. En cambio, á los países australes, España no envió ni grandes ni frecuentes expediciones militares.

En 1814, por ejemplo, arribaron de Europa dos mil hombres (2.000) á territorio rioplatense, ni siquiera á Buenos Aires, sino á Montevideo; y desde esa fecha hasta la conclusión de la guerra en 1825 no mandó España un solo soldado más al Río de la Plata. Allí, pues, se luchó por la emancipación menos que en el Norte. Y cuando se luchó, la lucha no fué por lo general contra tropas españolas, ni contra caudillos españoles que sublevaron, como Boves, á las ignaras masas criollas, sino contra tropas indias del Perú, expedidas por el virrey de Lima.

¡Feliz el pueblo argentino á quien la emancipación costó poco! ¡Feliz porque la guerra allí no asumió ni un instante el carácter terrible que mantuvo durante catorce años en los pueblos del Norte, máxime en Venezuela, escudo de América entonces, país de la guerra á muerte! Mientras Buenos Aires de 1810 á 1819 aumenta su población, Caracas, diezmada por la guerra y ocupada sucesiva-

mente por Monteverde, por Bolívar, por Boves, por Morillo, por Bermúdez, por Pereira, y luego definitivamente por el Libertador, después de Carabobo, es para 1825 un montón de ruinas en medio de un desierto.

Mientras España combatía en el Norte de Suramérica, con su viejo heroísmo histórico, servía el Perú, en la parte austral, de metrópoli. Tropas indígenas del Perú bastaron para mantener en obediencia á Quito hasta 1821, y á la mitad norte del antiguo virreinato del Río de la Plata hasta 1825, fecha en que la libertaron tropas y triunfos de la Gran Colombia y pudo el Libertador fundar con esos territorios la actual república de Bolivia.

En Chile ocurrió algo, si no igual, parecido. Tropas expedicionarias de Lima, al mando de jefes peninsulares, restablecieron el imperio español en la patria de O'Higgins y los Carrera y mantuvieron este dominio hasta 1817 y 1818.

Casi siempre llevaron las bravísimas tropas del Perú la mejor parte.

Triunfaron, por ejemplo, contra los argentinos en Vilcapugio, Ayohuma, Viluma; contra los chilenos en Talcahuano y Rancagua; contra los argentino-chilenos reunidos y á las órdenes de San Martín, en Cancha-Rayada. Las expediciones peruanas á Chile fueron destruidas en Chacabuco y Maipo por el mismo San Martín y el heroico O'Higgins; pero el territorio del Perú y del Alto Perú lo conservaron los peruanos para la madre patria hasta 1824 y 1825, triunfando en Moquehua, en Ica, en Torata é invadiendo con éxito, sin un solo revés, el territorio argentino por Salta. Si se devuelven,

ya en corazón de la Argentina, á pesar de no haber sufrido un solo descalabro, y casi sin combatir porque el enemigo reculaba hacia el interior del país, es por la insurrección de Bolivia, á sus espaldas; porque esta insurrección los aísla de su centro de operaciones y les impide toda comunicación con Lima y el virrey.

Así, pues, con algunos miserables auxilios de tropas y oficiales españoles, el Perú mantuvo en zozobra durante catorce años, á toda la América Meridional, al sur del Ecuador. Los jefes de ese ejército peruano-español: los Abascal, los Pezuela, los Ramírez, los Goyeneche, los La Serna, los Canterac, los Valdés, los Olañeta tuvieron la orgullosa alegría de conservar ó contribuir á conservar la bandera de España -- hasta Junin y Ayacucho -- sobre las torres de la antigua capital del Perú, la capital estratégica, la sagrada ciudad incaica, la Roma de los Andes, la secular y maravillosa ciudad del Cuzco.

Como se advierte, el Perú supo guerrear, aunque no por su independencia. Estuvo al servicio de la reacción, defendió el Pasado. Representó en la revolución de América, y de acuerdo con las tradiciones del virreinato, una fuerza conservadora.

Ese será su carácter durante el siglo XIX.

Entretanto, Lima tampoco perderá su sello de ciudad opulenta y tornadiza, más diplomática que guerrera.

Cuando se inicia en América la revolución de independencia -- obra en todo el continente de los cabildos capitalinos y de inteligentes oligarquías criollas, de Caracas, Buenos Aires, Bogotá, Santiago, México, -- la ciudad de Lima se reduce á

intentar una revolución de intrigas palaciegas, excitando al virrey Abascal á que se coronase rey, con independencia de la Península.

Lima es la última capital de América que obtiene la libertad. Y no se emancipa por sí propia, sino con ayuda de argentinos, chilenos, ecuatorianos, bolivianos, granadinos y venezolanos, que formarán el Ejército unido de Sur-América, bajo la conducta de Bolívar y su primer teniente el mariscal Sucre (1).

(1) Conociendo, aunque sea someramente, el carácter de Lima y su situación en la geografía del país, queda explicado el absurdo estratégico de San Martín en el Perú y su completo fracaso. Como si no hubiera abierto jamás un mapa del Perú, abrió campaña sobre Lima, y creyó que tomando á Lima había dominado el virreinato.

Los generales españoles le abandonaron á Lima sin defenderla. San Martín creyó que, sin él disparar un fusil, acababa de libertar el Perú, y escribió á O'Higgins: «el Perú es libre». Estaba ciego. Con razón dice Mitre, panegirista de San Martín: el abandono de Lima «hace alto honor á la inteligencia y al ánimo esforzado de los españoles en el Perú, prolongó cuatro años más la guerra y quebró el poder militar de San Martín...» (Vol. II, pág. 672.)

Paz Soldán, historiador de *El Perú independiente*, escribe á su turno: «la posesión de la capital era una ventaja aparente, que sólo halagaba la vanidad, pero militarmente no presentaba ninguna ventaja». (Vol. II, página 78.)

Los españoles se internaron en la Sierra del Perú, rica en hombres, rica en ganados, rica en caballerías, llena de pueblos prósperos con cultivos varios, con minas de

III

Carácter de la literatura peruana.

Este carácter conservador del Perú mantiénese, —insistimos en ello— durante casi toda su historia contemporánea.

metales preciosos, con posiciones militares de primer orden y poblada con gente más guerrera y enérgica que la costeña. Allí organizaron un ejército de 23.000 hombres, que antes nunca tuvieron. A San Martín por eso, lo mismo que por la insubordinación de sus propias tropas y por mil y un errores de carácter político, y administrativo, que le granjearon el odio de los limeños y provocaron la revolución que depuso a Monteagudo, su ministro y verdadero dictador del Perú, no le quedó más camino, abandonado, receloso y maltrecho, que correr a Guayaquil á echarse en brazos de Bolívar y solicitar, en favor propio y del Perú, el apoyo militar de la Gran Colombia. A este hacer de la necesidad virtud es á lo que se ha llamado la abnegación del general San Martín.

Apenas llegó al virreinato, Bolívar procedió de otro modo. No se cuidó de Lima como capital estratégica. Situó su cuartel general en el Norte del Perú, recorrió los Andes peruanos del Septentrión al Mediodía, en los Andes peruanos hizo la campaña de 1824 y en los Andes peruanos libró las batallas que decidieron, no sólo de la suerte de Lima, del Perú y del Alto Perú, sino que emanciparon definitivamente á Chile, Argentina y Ecuador, es decir, al Continente.

Si se quisiese comparar como estrategas al Libertador y á San Martín, ahí está el Perú, campo de acción para el uno y el otro. Ahí está, además, el resultado definitivo de una y otra campaña.

Se cree en la sangre azul; una oligarquía domina los clérigos educan á la juventud; innúmeras congregaciones religiosas viven en el país y del país. "Se observa (exclamó González Prada, ayer no más, en 1902), se observa la más estricta división de clases." Y añade: "respetuosas genuflexiones á collares de perlas y menosprecio á trajes descoloridos y mantas raídas." Aunque estas palabras de González Prada se refieren exclusivamente á ciertos cuerpos, pueden en rigor aplicarse á toda la sociedad donde semejantes corporaciones mangonean y pelechan. Otro peruano de calidad, Ventura García Calderón, lo comprende, y escribe: "Subsisten las castas coloniales y sus prejuicios." La casta dominante conserva con celo, hasta en las exterioridades, su superioridad: una mácula de tinta en algún dedo, ó la corbata ladeada ó los brodequines polvorientos bastarían para desdorar á un petimetre de Lima.

Como el catolicismo es una de las bases sobre que descansan las clases dirigentes ó dominantes, se hace del catolicismo una religión de Estado. El que no sea católico no espere ni la piedad obligatoria de hospicios y hospitales. "En hospitales y casas de misericordia, ruge González Prada, desatendencia ó maltrato al enfermo que no bebe el agua de Lourdes, ni clama por la bendición del capellán."

No existe el divorcio; pero existe la pena de muerte. Á la indiada infeliz la domina en absoluto y sin escrúpulos minoría de capataces: abogados, periodistas, clérigos, coroneles y generales (1).

(1) Chile, pueblo rival del Perú, ha conservado también una estructura conservadora, con distintos resultados que su vecino del Norte. ¿Por qué?

Esta persistencia del carácter conservador peruano durante el siglo XIX, á pesar de los embates de la democracia, se debe, en primer término, á que

Veré si encuentro explicación satisfactoria.

Chile, país paupérrimo y de suelo ingrato — picachos andinos ó rocas batidas por el mar — ha tenido que desplegar una energía inmensa para vivir y prosperar sobre sus peñas. Esa energía, en el fondo, no hizo el moderno Chile sino desarrollarla; ya la recibió en herencia de aquella formidable raza araucana, que dió origen á la única aceptable epopeya escrita en castellano: *La Araucanía*, de Ercilla. La raza conquistadora, los compañeros de aquel Valdivia que se paseó por los Andes como Pedro por su casa, pusieron asimismo su contingente; conquistador sin extrema energía no pudo permanecer en aquel suelo miserable poblado por indígenas, que disputaban sus estériles rocas con tanto brío.

Como durante el período colonial no tuvo tradiciones brillantes como el Perú aquella obscura provincia, sus tradiciones de más orgullo datan de los esfuerzos que hizo el país para independizarse de España.

Su conservadurismo, en consecuencia, es eminentemente nacionalista. La base de ese conservadurismo es un sentimiento patriótico, á veces agresivo. Como es un Estado que por las condiciones de su suelo y de su posición geográfica tiende á la expansión hacia el Norte y hacia el Este, las clases, aunque divididas por prejuicios antidemocráticos, se unen de corazón en el callado anhelo de crearse una patria más grande.

Aunque lejos de ser liberal ni justiciero el conservantismo chileno, carece del elegante egoísmo de los dirigentes del Perú. Los resultados han sido diferentes. Chile, con un déficit en su presupuesto que no tiene el rico Perú, ha hecho mejor papel que este hermoso país, tan digno de la más risueña suerte.

las mismas causas de antaño siguen obrando con eficacia en aquella sociedad, á saber: una minoría blanca que explota á la indiería ignara y fanática, y para dominarla se apoya en privilegios, preocupaciones, carencia de instrucción popular y abundancia de clerigalla y clericalismo. Persisten igualmente razones económicas y hasta de geografía física y política. — Ferrocarriles, escuelas, inmigración blanca, contacto con pueblos de Europa, prédica de apóstoles generosos, y aun el mismo desastre nacional de Tacna y Arica están rambian-do, han cambiado en sentido de progreso y mejora el medio. Pero durante mucho tiempo perduran las viejas desigualdades, la antigua concepción de la existencia social. Á medida que las causas eficientes van debilitándose, va también decolorándose el subido tinte conservador; se humaniza y democratiza el país. Pero las tradiciones tienen allí todavía arraigo, y rasgos del fastuoso virreinato se conservan en la república.

Y si, en general, el espíritu del país—soldado de España contra América en las luchas de emancipación—se mantuvo durante mucha parte del siglo XIX casi incólume é inconfundible, mantúvose también con la persistencia de intenso perfume en el frasco, ya vacío, que lo contuvo, el carácter de Lima, más sinuoso que enérgico, más bizantino que esparciata.

En dos momentos graves de la vida peruana, durante la centuria postrera, puede observarse que la muelle y regalada capital de los virreyes perdura en la capital democrática de la república: cuando la agresión de España en 1865-1866 y cuando la guerra de 1879 contra Chile.

En el primer caso, España, de modo arbitrario y pirático (y con su todavía para esa fecha no desvanecido sueño de volver á poner pie en aquella América que un día conquistó, cristianizó y gobernó), ocupa en el Pacífico las islas Chinchas, pertenecientes al Perú. El Gobierno de Lima no vacila en ofrecer por rescate de aquellas islas tres millones y medio de pesos fuertes (*Enero de 1865*).

Por fortuna, estalla una insurrección popular contra el Gobierno que pacta semejante vileza, y la vileza queda sin reconocerse ni cumplirse por la insurrección triunfante. Era el país imponiéndose á la capital y salvándola de un paso de ignominia.

En el caso de la guerra con Chile, los ejércitos de este país, después de la batalla de Chorrillos (*13 de Enero de 1881*) y la de Miraflores, ocurrida dos días después, ocuparon á Lima y allí se establecieron, á pesar de los elementos de defensa con que contaban Lima y el Callao. "Durante la ocupación chilena — escribe González Prada— algunas caritativas señoras se declararon *neutras*."

El país, en cambio, aunque en estado caótico y anárquico, se mantuvo luchando sin descanso (y sin éxito) hasta 1883.

En las letras peruanas puede seguirse el rastro de esta supervivencia de un alma colonial, desde 1810 hasta nuestros días.

Personaje representativo de Lima durante la revolución de independencia fué Riva-Agüero, hombre inteligente, halagador, palaciego, inquieto, in-

escrupuloso, ambicioso que se introduce en la intimidad del virrey para hacerle traición; que conspira luego contra la autoridad de San Martín y contribuye á derrocarlo; que sin asomo de empacho se encasqueta el título de Gran Mariscal, cuando no empuñó jamás un acero ni jamás dirigió un combate; que, ya Presidente, se declara un día en rebelión contra el Congreso y no vacila en volverse abiertamente contra la república, de que ha sido jefe, y contra la patria, de que es hijo, entendiéndose con los españoles.

Este mismo Riva-Agüero escribirá más tarde libros anónimos contra los libertadores del Perú. Como carece de autoridad moral, suscribe sus elucubraciones con el pseudónimo de *Pruvonena*. *Pruvonena* babea su odio contra los prohombres más ilustres de América: un San Martín, un Sucre, un Bolívar. Lamenta la desaparición de los antiguos duques, condes, vizcondes, etc.; es decir, el advenimiento de la democracia en su patria. La emancipación de ésta le duele en el fondo. Por lo menos, le duele que se haya realizado sin él, á pesar de él.

En general, en ninguna parte se ha escrito con más acerbidad é injusticia contra los emancipadores americanos que en el Perú. En ninguna parte, sin embargo, se les aduló tanto en vida. Desde el honrado y mediocrísimo Paz Soldan hasta el pillastre é inteligente Mendiburu, que traicionó á España, cuando creyó prepotente á América, y que luego traicionó á la república, cuando la vió vencida y la creyó en ruinas (como traicionó más tarde, en las luchas partidarias de su país, á cuantos fiaron en él) casi todos los historiadores peruanos son de

una aspereza y de una injusticia insospechables contra los libertadores de América (1).

Habrà de tales escritores como el tradicionalista Ricardo Palma, hombre de pluma fácil y de fértil ingenio, que acusen á Bolívar, sin un solo documento en apoyo, de crímenes bajunos, absurdos¹

(1) Ahora tratan los descendientes de este señor de hacerlo pasar por representante del peruanismo contra los libertadores, que eran de Argentina, de Chile y de la antigua Colombia. Pongamos los puntos sobre las fes. El peruanismo de Riva-Agüero se redujo á obscuras é intrincadas intrigas, de las cuales fué, á la postre, víctima; y á echarse en brazos de los europeos, de los españoles, de los dueños y tiranos de América, de los esclavizadores del Perú, del virrey La Serna, traicionando al Perú contra aquellos guerreros que venían de los cuatro puntos del horizonte á libertarlo de esos mismos europeos, con los cuales él pactaba.

Remigio Silva, antiguo espía en Lima del general San Martín, fué el encargado de Riva-Agüero para ir al campamento del virrey y servir de intermediario, como sirvió, entre La Serna y Riva-Agüero.

He aquí, sin comentarios, el «Artículo 5.º, MUY RESERVADO», del pacto propuesto por Riva-Agüero, presidente rebelado contra el Congreso que lo depuso, al virrey español: «Artículo 5.º, MUY RESERVADO. Se convendrá el Gobierno del Perú en despedir á las tropas auxiliares que se hallan en Lima y Callao; y si los jefes de éstas lo resistieran, entonces *en concierto los ejércitos español y peruano* las obligarán, por la fuerza, á evacuar *un país en que no existe ya el motivo por qué fueron llamadas.*»

Ahora no falta sino que los descendientes de Torre Tagle y Berindoaga salgan también sincerando á sus

incomprensibles. Ese mismo Palma dedicará sus mejores años y sus mejores esfuerzos á encomiar la vida del Perú bajo los virreyes, á embellecer con talento las épocas más tenebrosas de la dominación extranjera en su patria y á entonar hermosísimo canto, el canto del esclavo, á sus dominadores (1).

abuelos de la traición á la patria con que mancillaron su nombre y su memoria.

Cuanto á Riva-Agüero, recordemos el romance clásico:

*De la ciudad de Zamora
un traidor hoy ha salido;
se llama Bellido Dolfos,
hijo de Dolfos Bellido.*

Con una ligera diferencia: Bellido Dolfos engañó y mató á un rey enemigo de su reina: ése era el patriotismo de la época. Riva-Agüero, para conservar el Gobierno de que lo despojó el Congreso de su país, se entendió con el enemigo de su pueblo y traicionó á su patria.

Tal es el peruanismo de Riva-Agüero.

(1) *Tradiciones peruanas*, de Ricardo Palma, es una de las obras más amenas y más americanas de nuestra literatura. Y caso curioso: esta obra tan americana es producto de un espíritu servil, tradicionalista, españolizante, colonial. Palma, imitador de los clásicos españoles, en cuanto á estilo, se propuso, al escribir sus *Tradiciones*, conservar el recuerdo de la dominación europea, sintiendo la añoranza de las cadenas y la nostalgia del rebenque. Su obra se vincula, por el estilo, á la tradición literaria española y por el asunto á la tradición política de España. Palma es, repito, un españolizante, un retardatario, un espíritu servil, un hombre de la colonia. Sin embargo, su obra aparece muy

Es necesario llegar hasta Francisco García Calderón, orgullo del pensamiento americano, hombre de los que abren vías, de los que no nació para seguir, sino para que lo siguiesen, si se desea encontrar, en punto á historia, nuevas orientaciones en la mentalidad peruana.

americana. ¿Por qué? Porque nosotros, con muy buen acuerdo, tenemos por nuestros á aquellos conquistadores y dominadores de los cuales, directa ó indirectamente, venimos. Porque nosotros *sentimos* la obra española en América, en lo que ella tuvo de bueno—y tuvo de bueno más de lo que se piensa—como propia.

Pero es tan poco americano en el fondo, Palma, y tanta importancia concede á ciertas cosas de la Península, que no tienen ninguna, que cuando realizó un viaje á España se enorgulleció en letras de molde de que tales y cuales literatos le hubiesen acogido con sonrisas y apretones de manos. Esto revela al mulato, deslumbrado y seducido por la mano tendida y la silla brindada del hombre blanco. Se satisfizo á tal punto de que la Academia aceptase varios americanismos propuestos por él—como si nosotros necesitáramos de esa Academia para hablar y escribir como nos dé la gana—que cablegrafió á Lima *su triunfo*. Un franco-argentino, de talento y mala entraña, el señor Groussac, á la razón en Perú, recordando la guerra con Chile y el alboroto de Palma hizo esta cruel observación: «Pobres triunfos peruanos!»

Por los mismos años de la ocupación chilena, Ricardo Palma, como si no hubiese mejor actividad á sus aptitudes y energías, se ensañaba contra la memoria de Bolívar, llamando asesino al hombre á quien el Perú debe la independencia y el territorio que Chile estaba arrebatándole.

Nunca pude explicarme aquel odio. Un limeño, ami-

Y los historiadores no se presentan como excepción.

Cultivadores del espíritu en otros órdenes de actividad, dejarán asimismo trazas de conservantismo y de transigencia bajuna con los amos de ayer.

go mío, me han dado la clave del misterio. Hela aquí.

En los ejércitos de la Gran Colombia que pasaron al Perú con el Libertador, había muchos negros de nuestras africanas costas. Conocida es la psicología del negro. La imprevisión, el desorden, la tendencia al robo, á la lascivia, la carencia de escrúpulos, parecen patrimonio suyo. Los negros de Colombia no fueron excepción. Al contrario: en una época revuelta, con trece años de campamento á las espaldas, y en país ajeno, país al que en su barbarie consideraban tal vez como pueblo conquistado, no tuvieron á veces más freno ni correctivo sino el de las cuatro onzas de plomo que á menudo castigaban desmanes y fechorías. Una de aquellas diabluras cometidas en los suburbios de Lima por estos negros del Caribe fué la violación, un día, ó una noche, de ciertas pobres y honestas mujeres. De ese pecado mortal descende Ricardo Palma.

Así explica mi amigo del Perú el odio de Ricardo Palma á la memoria de Bolívar y de sus tropas.

Don Ricardo ha olvidado, hasta ahora, incluir entre sus *Tradiciones peruanas* esta amarga tradición de familia. No podemos echárselo en cara.

Me alegro que el viejo mulato de Lima pueda leer antes de morir esta breve nota. Se la debía. No tanto para vindicar la memoria de Bolívar como para corresponder á las acotaciones que él puso, según parece, al margen de alguna obra mía en la Biblioteca Nacional del Perú. Donde las dan las toman, seor feolenco.

En ninguna parte la literatura autóctona de América, el criollismo, el americanismo, tuvo hasta hace poco menos adeptos. Sucedió a menudo, eso sí, que aun los imitadores más imitadores, en momento de abandono y descuido, anduvieron, no sobre nubes exóticas, sino sobre el suelo de la patria. Y sus plantas, de aquel descuido, salieron perfumadas con las flores de nuestros campos. Pero generalmente no conocieron más flores sino las de papel, gala de jardines retóricos.

Esta impersonalidad, este no ser literario, este vivir de préstamo, estos sentimientos de sombra, estas ideas reflejas, esta ceguera a lo circundante, esta sordera para oírnos a nosotros mismos y este ridículo remedo literaturoesco de la Europa, no es pecado exclusivo del Perú, sino de la América íntegra. Pero en otras partes hubo más independencia y más conatos de literatura vernácula. La mayor parte de los autores peruanos se pasó la vida, como expresa Ventura García Calderón, "imitando a los mismos maestros (*extranjeros*) con servilismo".

Si no fueron exclusivos del Perú lo simiesco, la descaracterización literaria obsérvase allí que hasta algunos productores de obra americana lo hacen a pesar suyo sin proponérselo ó proponiéndose lo contrario. Ejemplo: Ricardo Palma, autor de las deliciosas *Tradiciones peruanas*, que hizo obra nacional cuando intentó hacer obra extranjera y celebrar la dominación europea, en estilo y con chistes a la española.

En las *Tradiciones*, las menos son las consagradas a héroes y heroicidades exclusivos de América; y no faltan para éstos, aquí y allá, arañazos de

lego de convento, que se come las uñas, y no araña más porque no puede. En cambio, ¡qué entusiasmo cuando se trata de frailes y virreyes de la colonial! Es autor de aquellos á quien no falta la lista de condes y marqueses del Perú.

La obra de Palma es americana, *malgré lui*. Toda su vida se la pasó imitando en versos, no ramplo-nes, sino grotescos, á Zorrilla, Bécquer, etc., y en suelta prosa á los Isla, Feijóo, cien más, sin olvidar á Quevedo para los chistes.

No posee, sin embargo, el monopolio de parodiar lo ajeno. Todos hacían otro tanto. "No se copiaban —dice Ventura García Calderón—, no se copiaban únicamente los metros y los moldes, sino eran imitados los sentimientos." "La emoción fué pocas veces sincera, postiza la herejía y al leerlos sólo notamos el énfasis".

En general no hubo en Perú, ni menos en Lima, hasta Chocano, un poeta épico. Todos son líricos sin unción, de sentimientos de préstamo. Y abunda la poesía, no satírica porque la sátira significa pasión, sino burlesca.

Un rimador, Felipe Pardo, cierra en malos versos anfibológicos contra la libertad nada menos:

*La libertad estéril y quimérica
que agosta en flor la juventud de América.*

Grito de caballero antañón, mal habido en una democracia. Por boca de don Felipe Pardo, personaje de viso y poeta notable en su localidad, habían castas enteras del Perú. Ridiculiza también el señor Pardo, en versos muy mediocres por cierto, la

constitución ó carta fundamental de la república. Es, pues, un partidario del absolutismo. No en balde se educó en la corte de Fernando VII.

Los poetas peruanos, casi sin excepción, imitaron á Espronceda, á Zorrilla, á Bécquer, que, si bien hombres de talento, eran, á su turno, lunas de soles extranjeros: Espronceda de Byron, Zorrilla de Víctor Hugo, Bécquer de Heine.

Un día á España le entraron ganas de apropiarse otra vez del Perú. Mandó unos cuantos barcos á bombardear el Callao. Pues bien, apenas si se encuentra en toda la literatura peruana un grito de ira contra aquella agresión injusta é impolítica, que hizo levantar la cabeza á toda la América del Sur y darse la mano á las repúblicas del Pacífico. El mismo crítico de las letras peruanas, don Ventura García Calderón, que escribe en nuestros días y es un espíritu y carácter emancipados, llama al bombardeo del Callao: "una excursión española á nuestras costas" (1).

Muchos poetas, después del bombardeo del Ca-

(1) Por los mismos días que se escriben estas líneas promuévese, en toda la prensa de Madrid, un revuelo de opiniones con motivo de la propuesta venta del *Numancia*, uno de los barcos que hicieron aquella «excursión.» Todos los diarios, sin discrepancia, se pronuncian por que se conserve en el museo como testigo de una página gloriosa de la historia española contemporánea. Algunos patriotas aprovechan para decirnos á los americanos cuatro frescas. Lo más sensato que he leído en este punto ha sido lo que suscribe don Eduardo Gómez de Baquero, que también opina por la conservación.

llao, cantaron á España. Chocano mismo, en nuestros días, se acerca al pie del trono español aquejado por nostalgias inconfesables.

Un nieto de Riva-Agüero, de más talento que su abuelo, figura prócera de la más reciente literatura del Perú, ha escrito que España "procedió de muy buena fe en la expulsión de judíos y moriscos, en el establecimiento de la inquisición, en la guerra contra los protestantes".

Los pensadores de la España regenerada, un Pi y Margall, un Unamuno, un Altamira, opinan que aquella buena fe se llamó intolerancia y fanatismo (1). El señor Riva-Agüero, como se ve, es más papista que el papa.

La literatura del Perú se explica por la historia del virreinato y por la psicología nacional.

La falta de personalidad en muchos de sus cultivadores parece inverosmil.

De alguno de los más cultos hombres de pluma, *Juan de Arona*, escribe don Ventura García Calderón en sus medulosos estudios ya citados sobre las letras patrias: "recorrió todos los géneros literarios, pasó frenéticamente de uno á otro..." "Yo no sabría decir cuáles condiciones le faltaron á su espíritu, dotado admirablemente, para ser el gran literato que no ha sido." Le faltó una cosa simple y rara: la sal de la vida; lo que imprime carácter al hombre y sabor á la obra: personalidad.

De otro autor no menos importante que *Juan de Arona*, el poeta Clemente Althaus, expone el emi-

(1) El grave y sincero Unamuno acaba de escribir:
«Felipe II en cuyos dominios no se ponían ni el sol ni la intransigencia.»

nente crítico supradicho: "toda la vida fué clásico y romántico." Á los clásicos españoles, "Althaus los imitó toda su vida... como romántico. Porque admira á Fray Luis de León le canta en una curiosa poesía perfectamente imitada." Para luego advertir "los inconvenientes de ser corto de vista".

De un tercer poeta, Manuel A. García, opina el propio crítico limeño que *hasta los adjetivos son importados*. "¿No es original y casi inexplicable—pregunta—encontrar en libros de Ricardo Palma y Manuel García, los madrigales á hurfes morenas, en metro breve, que popularizaron el nombre de Zorrilla?"

No, amigo censor, no es inexplicable. Lo inexplicable sería lo contrario: encontrar un autor con personalidad allí donde ninguno la tiene.

Los García Calderón, Chocano, y señaladamente González Prada inician época nueva. La aparición de esos hombres en ese medio significa que la tierra nacional se ha cubierto de nitratos y que á las plantas rastreras suceden los árboles erguidos como campaniles vegetales: la araucaria de elegante arquitectura, el mango rumoroso cargado de frutas de oro, la magnolia odorante con flores como blancos y múbiles senos.

Esa carencia de personalidad literaria, aunque—se repite—no exclusiva del Perú, parece allí genérica y más profunda.

Aquella suavidad de la raza, por lo menos en parte del país, que ya notaron Unanue y Humboldt desde el siglo XVIII puede explicar la siguiente observación: no hubo en Perú, ni menos en Lima, hasta Chocano, un poeta épico.

Y saliendo de la literatura á la política, para explicar ambas por la psicología nacional, advertimos que Perú puede considerarse como el único país de Hispano-América que no ha producido un gran carácter en la política: ni un gran caudillo, ni un gran tirano. Castilla, su presidente más representativo en este sentido, ¿qué vale en comparación de una voluntad como la de Portales, Tomás Cipriano de Mosquera ó Benito Juárez?

Esta excepción es elocuente para los que hayan sabido observar á nuestra América.

En América suele concurrir la ausencia de personalidad intelectual con una enérgica y asombrosa personalidad política. En pocas partes, pocas veces, dióse en política la planta humana tan ruda y de tanto vigor. Casi nunca el yo, no sólo insumiso, sino imperante, absorbente, expansivo, surgió con semejante brío y magnificencia como en la América caudillesca.

Los caudillos y tiranos de América, ya fuesen bárbaros y feroces como Rozas y Melgarejo; ya cultos y fanáticos como el doctor Francia y García Moreno; ya deslumbrantes de soberbia, heroísmo y abnegación patriótica, como Solano López; ya civilizadores á palos, como Guzmán Blanco y Porfirio Díaz; ya sabios y pensadores, como Rafael Núñez; ya hombres de ideal y de garra, en medio de su analfabetismo, como Rufino Barrios; ya sensualistas é instintivos, como Cipriano Castro; ya representen simples regresiones á lo animalesco de la selva y signifiquen el desboque de los más rastreños instintos de la bestia, como Ulises Heureaux, *Lili*, "la pantera negra de Santo Domingo", como

lo llamó Vargas Vila—todos, sin excepción, desde Rozas hasta *Lili*, todos representan un inimaginable y monstruoso desarrollo de la personalidad. Sólo en la Italia de los Borgias, los Sforza, los Médicis se produjeron hombres semejantes.

¡Cuán másculos y hermosos espécimens humanos de energía algunos de ellos! El desfigurado Mariscal Solano López, hombre magnífico y potente, acero y oro, es una de las más férreas voluntades, una de las llamas psíquicas de más cumbre y lucimiento, uno de los yo más resistentes y deslumbradores de que la historia humana tenga noticia. Se parece en eso á Bolívar.

¿Cómo junto á tales águilas pudo rastrear tanta oruga?

¿Cómo junto á estas almas de diamante han podido pulular tantas almas de cera? ¿Cómo la marcada personalidad de los caudillos puede encontrarse en la propia latitud y en el propio momento histórico, con la total ausencia de personalidad en los literatos?

Se dirá que aquéllos imponían sumisión. No es verdad con respecto á los artistas, ó no es verdad sino hasta cierto punto. En la pura y exclusiva obra de arte, ¿qué tenía que mezclarse el caudillo, por tirano é inquisidor que fuese?

Además, la mayoría de nuestros escritores viajó fuera de su patria, vivió en Europa; lejos del tirano produjo obras. ¿Por qué no manifestó personalidad? Porque no la tuvo. Cuando la tuvo, la mostró. El tirano, aun el más despiadado, no fué óbice, así lo intentase, á la eclosión intelectual, cuando á su personalidad intromisora y despótica se opuso

la personalidad vigorosa y combativa de un escritor de garra.

Rozas no obstaculizó el vuelo, aunque lo intentase, á esas águilas que se llaman Alberdi y Sarmiento. Montalvo erigió sus enhiestos *Tratados*, blandió sus flageladoras *Catilinarias*, á pesar de García Moreno. Rafael Núñez no impidió el germinar de un Vargas Vila, ni Juan Vicente González le pidió permiso á nadie, sin salir jamás de Caracas, para escribir y publicar los más erizados, deliciosos y viriles libelos. El propio José Martí, no ya con déspota en turno sentado en el sillón provisional de la presidencia patria, sino con el conquistador europeo instalado por siglos en la tierruca, se fué á patrias ajenas á laborar por la suya y á escribir en páginas maestras, con una sinceridad viril, cuanto sintió, cuanto pensó. De Hostos pudiera decirse otro tanto.

En vano buscaríamos en el Perú, hasta Manuel González Prada, un nombre semejante á los de Alberdi, Montalvo ó Cecilio Acosta, que también pudo entrar en lista. Tampoco encontraríamos allí un gran caudillo, ni un gran tirano: ni Rozas, el bebedor de sangre, ni Guzmán Blanco, el escultor de pueblos.

Si se ha hecho hincapié en el carácter social, político y literario del Perú, es, precisamente, para que se sepa en qué medio floreció y contra qué seculares inercias y arraigos alzó bandera y combatió Manuel González Prada.

Á medida que vayamos viendo en páginas subsiguientes henchirse los músculos del púgil y escuchemos sus gritos estentóreos sobre la arena tinta

de sangre, comprenderemos en detalle los esfuerzos del gladiador.

Vástago de esa familia americana á que pertenecen un Hostos, un Martí, un Juan Vicente González, un Vargas Vila, un Montalvo, un Alberdi y un Sarmiento, este D. Manuel González Prada ha sido hombre de ideas, crítico literario, prosador, poeta, tribuno, reformador de la sociedad... y de la ortografía.

Estudiémoslo, por turno, en los diferentes empleos de su fuerza.

IV

Aparición y papel histórico de González Prada.—El hombre.

En aquel Perú dividido en castas, en aquella Lima sensual, muelle, zumbona, jamás se conoció tan gallardo animal de presa como González Prada. Hasta entonces nunca se dió tal producto en tal zona. Cuando aquel tigre real apareció con las garras empuropuradas y llevando en la boca piltrafas de carne humana, el asorabro fué unánime (1).

(1) Las obras en prosa de González Prada, estampadas hasta la fecha, son: *Páginas Libres* (París, 1894); *Horas de Lucha* (Lima, 1908); *La Biblioteca Nacional* (Lima, 1912).

En verso dió á la imprenta: *Minúsculas* (Lima, 1901); *Exóticas* (Lima, 1911), y otro volumen, *Presbiterianas*, única de las obras publicadas por Prada que no conozco.

Ignoro dónde y cuándo salió á luz.

Y de nada podía ni debía asombrarse aquella sociedad que acababa de pasar por una lenta pesadilla de cinco años, que acababa de ver sus ejércitos disueltos, su capital sometida, su territorio mutilado, su orgullo herido.

Porque toda aquella división de castas, todo aquel egoísmo de unos cuantos amos, toda aquella sumisión de la indiada irredenta, toda aquella imprevisión de los dirigentes, todas aquellas guerras civiles, toda aquella ignorancia del pueblo, todo aquel despilfarro de los señores, toda aquella literatura de imitación, todo aquel religiosismo fanático, la historia entera de medio siglo de desorden organizado, iba á culminar en una desastrosa guerra nacional.

El Perú no fué cobarde. No era cobarde el pueblo que Chile venció. Mal aconsejados andan los chilenos que tal aseguren, Sobre incierto, es hábil recordar que

El vencedor ha honra del precio del vencido,

según balbuceó en sus versos fundamentales el arripreste de Hita.

Era, sí, el Perú un país en desorganización, como el México de Maximiliano, como la Argentina de Rozas y Facundo Quiroga, como la Venezuela de la guerra federal. Era, además, pueblo sin exigente moral política, sin excesiva abnegación patriótica; un país con exceso de sangre quichua y dividido en castas, fanático, ignorante, con clases dirigentes retrógradas, sensualistas y faltas de voluntad. Lima lo mató. En cuanto á Lima, la perdieron sus tra-

diciones del virreinato, su contrasentido geográfico, la influencia de su clima y su gente.

Con Chile triunfaron, no sólo ejércitos bizarros, sino la homogeneidad de aspiraciones, la política de larga vista, la disciplina, y una voluntad férrea y previsoras que fué derecho á su objeto. Mientras Chile, homogéneo, audaz, aguerrido, pobre, - vecino peligroso —, embistió con todas sus fuerzas como un toro, el Perú se dividió en partidos y la derrota echó la rúbrica á la anarquía.

Chile, frío, calculista, sin un instante de flaqueza ni de piedad, sordo á cuanto no fuera su interés presente y futuro, ya previsto de largo tiempo atrás por sus hombres de gobierno, arrancado por sus bayonetas durante la guerra, impuesto por sus diplomáticos el día de las negociaciones, mutiló al Perú cercenándole provincias ricas en salitre y guano, provincias que, aparte la importancia geográfica, política y sentimental, representaban para el Perú un enorme valor económico.

La pesadilla del Perú concluyó en 1884 con el alejamiento de las tropas chilenas. Partían, pero llevándose jirones de la patria histórica.

El país quedó sumido en estupor. Su economía trastornada, su política revuelta, su territorio mutilo. Por la herida abierta escurríanse los restos de la energía nacional. Nunca pueblo alguno se comprendió más vencido, ni se sintió más impotente.

Pintando el desconcierto de la época, González Prada, exclama: "Chile nos deja el amilanamiento, la pequeñez de espíritu, la conformidad con la derrota y el tedio de vivir modesta y honradamente.

Se nota en los ánimos apatía que subleva, pereza que produce rabia, envilecimiento que mueve á náuseas."

Entonces en medio de aquel envilecimiento, de aquella apatía, de aquella conformidad, de aquel amilanamiento, de aquella súbita pobreza, de aquella inesperada herida, de aquellas amargas lágrimas, de aquel cruento dolor, surgió Manuel González Prada. Apareció en 1886 en la tribuna del Ateneo de Lima.

¡Qué clarinada! Nunca voz limeña sonó con tanta virilidad y tanto brío.

Acomete contra todo cuanto contribuyó á formar el espíritu, las costumbres de aquella sociedad; contra todo lo que imaginó —con sutil psicología ó por vaga adivinación— pudiera haber contribuido al vencimiento del Perú. Ataca por igual la educación religiosa, los vicios políticos, la influencia española, la mentira social, la literatura rancia, el antimilitarismo, la abyección.

¡Y en qué prosal! Una prosa de electricidad que brota relámpagos.

Cierra contra todo lo que implique retroceso en Arte, en Ciencia, en Política, en Literatura. Es decir, arrima el hombro á la empresa de desconservantizar el Perú, de romper con fatales tradiciones que embelesan á un Palma, de sembrar aurora.

Su papel queda claro desde entonces. Su vigorosa función social no es de crítica, sino de reactivo. Será no sólo cauterio de la gangrena, sino inyector de energías. En las venas exhaustas de la generación vencida introduce dinamita. En los corazones temblorosos inyecta el odio á Chile, la con-

fianza en el propio esfuerzo y la fe en el porvenir. Será en el Perú durante largo tiempo el primer factor de renacimiento patrio. En la evolución de sus ideas filosóficas éstas se resentirán, durante vasto período, de ese papel histórico que en la política y las letras del Perú representa Manuel González Prada.

¿Quién era Prada para la época de su aparición en el Ateneo de Lima?

Para la época de su aparición en el Ateneo de Lima contaba más de treinta años. Se conocían de él versos románticos, heinianos, de juventud, mediocres. Los autores célebres en el Perú eran otros: Benjamín Cisneros, cantor de glorias europeas; Palma, también extranjerizado; *Juan de Arona*, romántico desaforado á veces, aunque erudito en letras clásicas, otras veces humorista, siempre metrificador mediocre; y la incontable cáfila de imitadores subalternos, ya de Bécquer, ya de Selgas, ya de Lamartine, Víctor Hugo, Beranger. "Congestión de palabras, anemia de ideas", dirá luego Prada refiriéndose á la inopia mental de ese período.

La guerra descubre agotamiento y silencio; los corazones del Perú no podían entusiasmarse con triunfos chilenos, y las lágrimas viriles no saben llorarlas humoristas como *Arona*, ni cantores de glorias y tradiciones extranjeras como un Palma, un Cisneros y otros plumíferos inferiores á éstos.

En semejante momento intelectual y político resonó el verbo másculo de Prada.

Aquel hombre de treinta y tantos años era un tipo alto, elegante, los ojos azules, las maneras de gran distinción.

Pertenecía a una vieja familia peruana del abolengo en el virreinato. Se educó en el Seminario. Viajó por Europa. Llevó en París no vida disipada, sino de estudio y desarrollo psíquico.

Cuando aparece en el Ateneo de Lima, en 1886, el antiguo educando del Seminario se revela un librepensador; el joven mundano, un demócrata; el vástago de familia conservadora, un revolucionario; el viajero, un patriota; el mal poeta, un gran prosador.

Su vida pública empieza entonces. Entonces emprende el Hércules la destrucción de las Estinfálicas.

¿Pero qué dice aquel hombre? Oídlo.

De la sociedad peruana: "donde quiera que aplicamos el dedo brota pus".

De los gobiernos: "la historia de muchos gobiernos del Perú cabe en tres palabras: *imbecilidad en acción*".

De la literatura: "el Perú no cuenta hoy con un literato que por el caudal y atrevimiento de sus ideas se remonte á la altura... ni que por el estilo se liberte de la imitación..."

Del periodismo:

"Nada se prostituyó más en el Perú que la palabra: ella debía unir y dividió; debía civilizar y embruteció; debía censurar y aduló. En nuestro desquiciamiento general, la pluma tiene la misma culpa que la espada. El diario carece de prestigio, no representa la fuerza inteligente de la razón, sino la embestida ciega de las malas pasiones. Desde el editorial ampuloso y kilométrico hasta la crónica insustancial y chocarrera se oye la diatriba

sórdida, la envidia solapada y algo como crujido de carne viva despedazada por dientes de hiena... El publicista rodeó con atmósfera de simpatías á detentadores de la hacienda nacional, y el poeta prodigó versos á caudillos salpicados con sangre de las guerras civiles. Las sediciones de pretorianos, las dictaduras de Bajo Imperio, las persecuciones y destierros, los asesinatos en las cuadras de los cuarteles, los saqueos al Tesoro público, todo fué posible porque tiranos y ladrones contaron con el silencio ó el aplauso de una Prensa cobarde, venal ó cortesana”.

De los partidos políticos:

“Los mal nombrados partidos políticos del Perú son fragmentos orgánicos que se agitan y claman por un cerebro; pedazos de serpiente que palpitan, saltan y quieren unirse con una cabeza que no existe. Hay cráneos, pero no cerebros. Ninguno de nuestros hombres públicos asoma con la actitud vertical que se necesita para seducir y mandar...”

De la instrucción:

“Sin especialistas, ó más bien dicho, con aficionados que presumían de omniscientes, vivimos de ensayo en ensayo: ensayos de aficionados á Diplomacia, ensayos de aficionados á Economía política, ensayos de aficionados en Legislación y hasta ensayos de aficionados en Táctica y Estrategia... Vimos al abogado dirigir la hacienda pública, al médico emprender obras de ingeniatura, al teólogo fantasear sobre política interior, al marino decretar en administración de justicia, al comerciante mandar cuerpos de ejército.”

De la educación en manos del clero:

"Todos esos colegios, fundados so capa de instruir á las mujeres, tienen por oficio la propagación religiosa más ó menos fanática... Los clérigos en la sociedad recuerdan á los cuerpos opacos en el Firmamento: aunque no se descubren á la vista, manifiestan su presencia por las perturbaciones que causan en los astros vecinos... Todos los sacerdotes extranjeros (*en Lima*) van al mismo fin y se valen de iguales medios: desde el Visitador dominico, hasta el Delegado apostólico, desde el azucarado padre francés que representa la metamorfosis masculina de madame de Pompadour, hasta el grotesco fraile catalán que personifica la evolución mística del torero."

¿Son tales embestidas de Prada como bocanadas de odio? ¿Indican pasiones subalternas ó vergonzosas? Es el envidioso, el malogrado, el inepto, quien profiere en voces de censura y se entretiene en aguzar dientes de ratón contra el zócalo de las estatuas, que no puede morder? No. Habla un hombre de fuerza, un hombre de verdad, un hombre de bien. En su odio hay amor. El amor de lo bello, de lo bueno; el anhelo de perfección. Sentimiento el más generoso lo mueve: el altruísmo. Que los otros sean paradigmas de altivez, fuentes de hermosura, frutos de bondad. El patriotismo lo inspira: un patriotismo franco, rudo, desinteresado.

El más vil de los hombres es aquel que lisonjea á un personaje, á una corporación, á un pueblo, con fines de lucro. El que ostenta patriotismo para vivir de la patria, es como el fariseo que finge fe para vivir del altar. Sentimiento donde apunta el medro como finalidad, es negocio de truhanes, así

se disfracen los truhanes de abnegación. Este patriotismo habla claro, expone verdades, exhibe lepras, aplica cauterios. Jamás cobra sueldos, jamás acepta cargos públicos, jamás conserva largo tiempo jefaturas de partido. ¿Cuándo la idea de medro empañó la claridad de aquella conciencia? ¿Cuándo puso González Prada por escabel de ambiciones ni su pluma de oro, ni su palabra de mármol, ni el prestigio de su nombre ni la austeridad de su vida?

Lo mueve sólo un furioso afán de redentorismo. Existencia de veras apostólica. La vida de González Prada es uno de los más nobles ejemplos que puede proponerse á la juventud de América.

¿Y cómo le pagan? Como á todos los redentores: con la cruz.

La sociedad lo repudia, el clero lo excomulga. Se inicia revolviendo la charca: ¡qué mayor enemigo! Poco á poco los radicales, los liberales, lo rodean; y hasta se funda un partido, la "Unión nacional", que lo reconoce por jefe.

Fué candidato de su partido á la Presidencia de la República. Pero González Prada no debía saborear mieles políticas. Olvidando que las reformas se imponen á un país desde el Gobierno con menos desgaste de energías, Prada, todo ímpetu, Prada el abnegado, Prada el Bayardo del Perú, el caballero sin miedo y sin tacha, ó posee deficiencias en cuanto hombre sociable y transigente ó ignora adrede los caminos de ascender al Capitolio. A ese rectilíneo le sobra orgullo, le falta acomodamiento. Sin vocación para la intriga, incapaz de bajarse á practicar aquellos triquiñuelas y marramuncias que con-

tribuyen al triunfo, fué él mismo el primer factor de su derrota.

Su partido se disgrega. Poco práctico, ó muy altivo, ó insociable, él se aísla y permanece distante, erguido, mudo, sin más satisfacción que la de ver cómo sus semillas fructifican, aunque no en provecho del sembrador.

Las ideas liberales, en efecto, á Prada más que á ninguno deben su presente difusión en tierra del Perú. Un flamante partido compuesto con médicos y abogados de las provincias—gente liberta ya de funestas tradiciones peruanas—ha sido fecundado con el espíritu del maestro y merced al espíritu del maestro, á su labor preparatoria de agronomía política, puede prosperar y prospera.

Entretanto, el Perú fué convaleciendo poco á poco.

El dolor fertiliza más que el guano y deflagra más que el nitró. Chile se llevó salitre y estiércol; pero dejó dolor. El Perú, regado con lágrimas y removido por un energético de tal vis como González Prada, empezó á pimpollec.

Ha renacido de sus cenizas, como la Francia de 1870. Por su laboriosidad presente, por su cordura, por su fuerza, el enemigo de ayer es el primero que hoy lo respeta en la América del Sur.

Á medida que el Perú se iba robusteciendo, la obra estimulante de González Prada fué perdiendo de su actualidad. Al fin no le quedó al buen ciudadano sino callarse.

Los pueblos son tornadizos, ingratos. El Perú no quiso ser excepción.

González Prada no se queja. Conténtase con vi-

vir retraído. De vez en cuando una vira conservadora busca el pecho de bronce. Pero lo que más hiere al púgil de seguro, no son buidas y vibrantes saetas sino la sorda, subterránea y bizca indiferencia; el deliberado silencio que se extiende en su torno. Para un hombre del Agora, ésa es la cruz.

¡Pobre Sansón! Todas las tardes, hasta hace algún tiempo, se le veía á la misma hora, con fijeza cronométrica, en la Exposición, bello jardín de Lima, acompañado de su esposa, una hebrea, y de su hijo. En 1912, se dignó aceptar el primeto, el único cargo de su carrera pública: la Dirección de la Biblioteca Nacional.

Pero es tan de presa este azor que al entrar en la Biblioteca sacó en las garras, por los cabellos, chorreando ridículo, al antiguo bibliotecario, aquel jacarandoso Ricardo Palma. Nadie olvida en Perú el folleto donde González Prada daba cuenta al Gobierno del estado como encontró la librería nacional. Y menos que nadie lo olvidará el viejo mulato Palma: quedó convertido en calandrajo; quedó electrocutado, muerto.

González Prada vivió siempre con modestia, de su corto patrimonio.

Como Vigil, antiguo profesor de anticlericalismo en el Perú, ha sido Manuel González Prada modelo de amistad, de dignidad y de santidad laica.

En el Perú de antaño, en la nación purulenta que él mismo apostrofó con crudeza hebrea, pudo considerarse á González Prada como González Prada consideró á otro peruano: "columna de mármol, á orillas de un río cenagoso."

V

El hombre de ideas.

En el Perú, González Prada ha puesto ideas en circulación. ¿Ideas nuevas? No. ¿Cuántos hombres han introducido, no ideas, sino una sola idea en el acervo común? ¿Cuántos? Lo que ha hecho González Prada, como tantos otros, es descubrir verdades con relación á un objeto dado; crear ideas de relación.

¿Pero puede considerársele como á un filósofo?

Filósofo lo es por cuanto generaliza: ama las ideas generales. Lo es en el sentido etimológico: ama la sabiduría. Lo es por su constante preocupación de buscar fórmulas de mejora humana. No lo es en el sentido, un poco anticuado, de creador de sistemas especulativos para conocer la verdad ó parcelas de verdad. Se reduce este pensador, mixto de hombre de acción, á meditar por sí propio; lo que vale decir, con independencia, sobre cuestiones espirituales que preocupan á los animales de razón; y á divulgar aquellas ideas con las que imagina que el hombre gana. Porque la primera preocupación de González Prada —recuérdese bien— no será de pura abstracción especulativa, sino de contribuir al mejoramiento social.

Es enemigo de las religiones.

“Toda religión, dice, resuelve á priori los problemas físicos y morales, forma una cosmogonía fantástica, algo así como la teoría de los colores por un

ciego. " Los antropoides, al acercarse al hombre, se despojan de la cola; las inteligencias, al perfeccionarse, pierden la religiosidad. "

No cree en vida futura ni en inmortalidad del alma. Es ateo.

"Hasta hoy, ¿á qué se reducen Dios y el alma? ¿Á dos entidades hipotéticas, imaginadas para explicar el origen de las cosas y las funciones del cerebro?"

La vida y la muerte las encara sin palidecer.

"¿Para qué este hambre de vivir? Si la vida fuera un bien, bastaría la seguridad de perderla para convertirla en un mal. " "¿Á qué venimos á la tierra?... Todo lo creeríamos un sueño, si el dolor no probara la realidad de las cosas " "Quien dijo existencia, dijo dolor; y la obra más digna de un Dios consistiría en reducir el universo á la nada. "

"¿Existe algo más allá del sepulcro?... ¿Qué esperanza debemos alimentar al hundirnos en ese abismo que hacía temblar á Turenne y horripilarse á Pascal?" Conoced la respuesta: "ninguna, para no resultar engañados, ó gozar con la sorpresa, si hay algo. "

Otros pudieran, en efecto, vivir contentos, viviendo en la ilusión, en el engaño. Espíritu tan noble como el de González Prada no recurre á inyecciones de morfina, sino prefiere poseer conciencia clara de todo, hasta del dolor, hasta de la inanidad del existir.

¡Con cuánta hermosura comenta el pensador limeño la hipótesis de una vida ultraterrenal!

"Aplicando á la naturaleza el sistema de compensaciones, extendiendo á todo lo creado nuestra concepción puramente humana de la justicia, imagina-

mos que si la Naturaleza nos prodiga hoy males, nos reserva para mañana bienes; abrimos con ella una *cuenta corriente*, pensamos tener un *debe* y un *haber*. Toda doctrina de penas y recompensas se funda en la aplicación de la teneduría de libros á la moral."

De la Naturaleza, expone:

"La Naturaleza no aparece justa ni injusta, sino creadora... La Naturaleza, indiferente para los hombres en la tierra, ¿se volverá justa ó clemente porque bajemos al sepulcro y revistamos otra forma?"

De la moral católica, piensa:

"Quien practica el bien por la remuneración póstuma no se distingue mucho del prestamista usurario que da hoy uno para recibir mañana diez."

Un optimismo sano, fuerte, sirve, á pesar de todo, como aureola á esta filosofía viril y nervuda.

"Poco ó nada vale el hombre; pero, ¿sabemos el destino de la humanidad? De que hasta hoy no hayamos resuelto el problema de la vida, ¿se deduce que no lo resolveremos un día? Viendo de qué lugar salimos y adónde nos encontramos, comparando lo que fuimos y lo que somos, puede colegirse adónde llegaremos y lo que seremos mañana. Habitábamos en la caverna y ya vivimos en el palacio, rastreábamos en las tinieblas de la bestialidad y ya sentimos la sacudida misteriosa de alas interiores que nos levantan á regiones de serenidad y luz. El animal batallador y carnicero produce hoy abnegados tipos que defienden al débil, se hacen paladines de la justicia y se inoculan enfermedades para encontrar el medio de combatirlas; el salvaje, feliz con dormir, comer y procrear, escribe la Ilia-

da, erige el Partenón y mide el curso de los astros."

Antes de observar á González Prada en lucha para imponer sus ideas, tarea ajena al filósofo y propia del campeón, que es una de las facetas más claras de su personalidad, veamos de dónde procede el pensador, cuál es la filiación de su espíritu.

Adviértese con las solas *Páginas Libres*, su mejor libro, que González Prada, hombre de mucha lectura, conoce — sin contar á los sabios antiguos ni á los pensadores franceses é ingleses del siglo XVIII — las figuras máximas de la filosofía alemana desde Hegel hasta Schopenhauer.—Los comentaristas y expositores del pensamiento francés contemporáneo también salen á colación muy á menudo, principalmente Renan, de cuyo temperamento es antípoda, pero á quien admira y sobre el que inserta una monografía en *Páginas Libres*. Á Renan lo oyó mucho González Prada en el Colegio de Francia.

González Prada puede creer, como Renan, que sólo la ciencia llegará á conocer la verdad, que el universo marcha á un fin: la realización del ideal; admira al estilista, celebra al erudito: "Ariel que lleva en sus alas el polvo de una biblioteca"; pero González Prada, espíritu rectilíneo, de afirmaciones y negaciones claras, hombre de sacrificio, demócrata combatiente, hasta anarquista por rebeldía y generosidad, choca con lo fundamental de Renan: con el espíritu indeciso, apenumbado; con aquel buscar la parte de verdad que haya en toda mentira y la parte de mentira que haya en toda verdad; con el aristocratismo y el egoísmo del bretón. "Es probable que todos los dolores de la humanidad no le

quitaran una hora de sueño", exclama Prada en son de censura.

Nietzsche y Guyau, aunque tan desemejantes entre sí, tienen ambos algún punto de contacto con él, y en todo caso, no parecen extraños á la formación de aquel espíritu.

Como Nietzsche, preconiza Prada la trasmutación de valores morales, aunque no con idéntico radicalismo. Cuando González Prada escribe: "el cristianismo se redujo á la reacción del fanatismo judío y oriental contra la sana y hermosa civilización helénica", parece que se estuviese leyendo una página del *Anticristo*.

En González Prada resaltan contradicciones que tampoco escasean en el pensador tudesco. Como Nietzsche, González Prada afirma sin darse la pena de probar lo que afirma, al punto de que pudiera repetir esta frase del teutón: "yo no soy de aquellos que deben siempre dar la razón de lo que opinan."

Se diría igualmente que, en ocasiones, Prada acepta la teoría del superhombre, conciliando esta creencia con su odio á los déspotas, con su exaltación del demos; y conciliándola por probidad de juicio, por fidelidad á una precisa y continua observación histórica. Bastarían para suponerlo salidas como la siguiente: "Épocas hay en que todo un pueblo se personifica en un solo individuo: Grecia, en Alejandro; Roma, en César; España, en Carlos V; Inglaterra, en Cromwell; Francia, en Napoleón; América, en Bolívar. El Perú de 1879 era Grau."

Además, el pensador de Lima se expresa como el filósofo de Roecken, en aforismos luminosos, y

demuestra, como éste, una sensibilidad extrema y una sinceridad desaforada.

Pero ahí se interrumpen las semejanzas y empiezan las oposiciones.

Al egoísmo feroz de Stirner y de Nietzsche, que lleva al primero á considerar el mundo como su cosa, como su propiedad, y lleva al otro á preconizar la dureza y á indignarse, v. gr.: porque se concede á los obreros el derecho de sufragio, opone González Prada toda una vida dedicada á luchar por los demás: el altruismo. Al aristocratismo de Renan y de Nietzsche, corresponde en Prada aquel amor al prójimo, que tiene el nombre de piedad en filosofía y de democracia en política.

Y á cuántos millones de kilómetros no se distancia de Nietzsche, cuando exclama:

"¡Hay horas de solidarismo generoso en que no sólo amamos á la humanidad entera, sino á brutos, plantas, lagos, nubes y piedras; hasta queríamos poseer brazos inmensos para estrechar á todos los seres que habitan los globos del firmamento!"

Prada no considera la filosofía, repito, como pura y exclusiva especulación, sino que la convierte en función práctica. Gracias al concepto científico de las sociedades, las sociedades irán mejorando. Del foco, deben todos gozar luz y calor. La vida debe ser cómoda y debe ser bella. Que se difundan bienestar físico y comprensión estética: de ello resulta placer, es decir, felicidad.

Tales ideas, que si no con las propias palabras, ni en su discurso continuo como hilo de perlas, se transparentan aquí y allá en su obra, lo vinculan á Guyau.

El parentesco entre ambos espíritus se verá más claro cuando González Prada afirme, por ejemplo: "el arte ocupa la misma jerarquía que la religión"; ó bien: "las hipótesis de la ciencia no atesoran menos inspiración que las afirmaciones de las añejas teogonías". Prada quiere, como Guyau, una moral arreligiosa, que carezca de sanción ultraterrena; y ambos coinciden en desear la expansión del individuo. Sólo que Prada llega—por lo menos en sus últimos años,—á partir límites con el más extremo anarquismo, mientras que en Guyau, esa expansión del individuo hacia los cuatro vientos de la vida, no colide, sino que se armoniza con la sociedad.

En resumen: ambos sueñan, cada uno á su modo, con la expansión de individuo, con el perfeccionamiento social.

Los tres vértices de la filosofía de Guyau: la vida, la sociedad, la belleza; su ideal de atracción de sensibilidades, simpatía de inteligencias y penetración de conciencias, ¿no se vislumbran en Prada,—en el Prada de las *Páginas Libres*?

Mientras el francés especula en el terreno ideológico, el peruano talla en carne viva, no obedeciendo á teorías, sino á la realidad de carne y hueso. Pero el pensamiento, en definitiva, es quien inspira la palabra y mueve la mano. ¿Cuál es el pensamiento eje de las *Páginas Libres*?

En su propaganda por crear un Perú fuerte, que pueda encararse con el vencedor de la víspera, en su empresa de regenerador social, Prada, aunque atemperándose al papel político de exaltador de energías, aunque trabajando para recoger un fruto práctico, inmediato, preconiza la individualidad in-

tenza dentro del propósito colectivo, la influencia social del arte, el anhelo de una sociedad mejor por la compenetración de conciencias afines y la solidaridad con un ideal común.

¿No se descubre, por tenue que parezca, un hilo espiritual que une al filósofo de Francia con el batallador de Lima?

¿Qué importa que Prada, águila zahareña y libérrima, siga su vuelo solo y encuentre, en su continuo adelantar por el espacio abierto, otras águilas hermanas? Lo que se quería era fijar, hasta donde se pudiera, la relación de su espíritu con otros espíritus, por lo menos en cuanto autor de las fulgurantes *Páginas Libres*.

Pero ahora me ocurre una duda. ¿No será baldía esta pena que me estoy dando para estudiar por cotejo y parentesco el espíritu de González Prada? ¿No se le encontrarán á González Prada igualmente, si se buscan, nexos transitorios con otros pensadores? Tanto lee el hombre moderno y tanto se divulgan sistemas y teorías, que no es difícil encontrarse á sí mismo, aunque sea de paso, en los otros.

Como el propósito de este meditador parece, en primer término, si no exclusivamente, de mejora social, no convierte al hombre en abstracción: su hombre es de carne y hueso, el peruano de todos los días. Para él perora, redacta, apostoliza. Porque este hombre, de la madera de los apóstoles, predica —esa es la palabra—, y á veces con crudeza hebraica, lo que deba contribuir á que el Perú cumpla más pronto y con más decoro su misión en el grupo de naciones á que pertenece.

Y esto nos lleva, como de la mano, á inquirir sus

ideas respecto á Gobierno, ya que el hombre, según enseñó Aristóteles, es un animal político; y mal puede contribuirse á la dicha de este animal aislándolo del Estado, es decir, de la sociedad con organización jurídica.

Como González Prada, en el fondo, siempre fué un individualista, aunque luchase por ideales colectivos, aunque escribiese: *poco ó nada vale el hombre*, nunca pensó que el individuo deba desaparecer en provecho del Estado, ni que deba sólo reducirse á resorte secundario y obediente para que se conserve la armonía superior de la máquina pública. Todo lo contrario. González Prada, en su amor desasosegado por la libertad, en su odio de toda coacción, no parece admitir, en suma, otra acción gubernativa sino la de legislar y la de reprimir, hasta cierto punto, las transgresiones á la ley. "¿Por qué aguardar todo de arriba?", pregunta. "La evolución salvadora se verificará por movimiento simultáneo del organismo social, no por la simple iniciativa de los mandatarios."

Con el avanzar del tiempo, su pensamiento evoluciona hacia las teorías extremas de la revolución social.

Esto puede observarse en *Horas de lucha*, un tomo de artículos que no siempre testimonia al prosador de *Páginas Libres*, aunque se encuentren allí páginas de gran polemista á lo Montalvo. No tengo á la mano ese volumen mientras escribo, pero lo recuerdo: capítulos de polémica y ataques á los caudillos. El anticlericalismo y el desdén á los generales criollos es la nota esencial. En el avance de sus ideas, penetra González Prada con resolu-

ción hacia el anarquismo, ataca la propiedad, ataca á la sociedad existente, y se apoya en autores como Eliseo Reclus, Juan Grave y Kropotkine.

Á medida que envejece, á medida que cesa en la actividad pública ó disminuye su influencia, ó se reconcentra en el gabinete, su antigua y constante preocupación por el peruano de todos los días abre cabida á una preocupación por la entidad, por la abstracción hombre. De ahí su anarquismo. De ahí el que lo distraigan problemas que no son, hasta el presente, problemas de su país. El anarquismo, en efecto, según aparece en el viejo mundo, nada tiene que hacer, por ahora, en el Perú, donde las necesidades sociales son distintas de las existentes en Europa. Desde este punto de vista, González Prada resta á su patria, por de prisa que sea, energías que pudiera consagrarle.

Pero él puede sincerarse de semejante asomo de censura, exclamando:

—Hombre soy: nada de lo que á los hombres se refiere me parece ajeno ni me deja indiferente.

VI

El crítico literario.

González Prada no se ha erigido en juez de letras, ni ejerce de dómine, repartiendo palmetazos y boletas de buena conducta. Ignora la literatura americana, y sólo incidentalmente se ocupa en la del Perú, triste cosa por los días de *Páginas libres*, sin los ulterjores é intensos Chocano, los reflexivos

García Calderón y aun los ponderados Riva-Agüero. Este Riva-Agüero, al revés de los autores citados, que son todo renovación, representa la supervivencia del pasado, un elemento retardatario y un tradicionalista de las peores tradiciones, si bien es hombre con talento y buen gusto literario.

Pero sin ser, por fortuna, crítico profesional, adviértese en Prada que las cuestiones literarias lo preocupan, en cuanto tienen relación con el resurgimiento de su patria. Más de una vez mueve la pluma analizando los vicios capitales de las letras nativas, proponiendo una regeneración de estilo y lenguaje, condenando la influencia, en Lima, de vacuos y palabreros autores de la Península ibérica, y preconizando hermosura, novedad, autoctonía en la expresión y médula en el concepto. No quiere vino nuevo en odres viejos, sino sustancia cerebral en cláusulas modernas.

Sus *Notas acerca del idioma*, son jugosas y de mucha enseñanza. Del castellano, como vehículo de ideas, expone: "Puede haber lengua más armoniosa, más rica, más científica; pero no la hay más enérgica."

Sin embargo, á esta valiente lengua, á esta lengua de bronce, se propusieron ahembrarla, desosarla, ahuecarla, empobreciéndola hasta convertirla en tegumento marchito, sin color y sin calor, puristas, académicos, poetas de abanico, oradores de lacrimosa verborrea. Tal es, salvo excepciones, el espectáculo de la literatura española entre 1876 y 1886.

Hasta América trasciende aquella anemia contagiosa. Parece que la raza ha perdido sus bríos

mentales, á pesar de un Campoamor, de un Galdós que sostienen la bandera de España, ó de un Díaz Mirón, un Olegario Andrade que levantan los pabellones americanos.

Por fortuna, la salvación estaba en camino. Venía de América. De 1880 á 1886 aparecen González Prada en el Perú, López-Méndez en Venezuela, Gutiérrez Nájera en México, José Asunción Silva en Colombia, Rubén Darío en Nicaragua. Pronto seguirán Rodó y Herrera Reissig en el Uruguay, Gómez Carrillo en Guatemala, Lugones en Argentina, Chocano en Perú, Pedro Emilio Coll, Díaz Rodríguez en Caracas, Guillermo Valencia en Bogotá, y la incontable legión de los modernos. La mentalidad nueva se expresó en nueva lengua; se olvidaron las fórmulas antiguas. La revolución literaria de América pasó el mar, haciendo á la inversa el camino de los conquistadores, y suscitó en España á los Juan Ramón Jiménez, á los Machado, á los Villaespesa, á los Valle-Inclán, á los Martínez Sierra, á los Pedro de Répide, y á muchos otros que han traído sangre joven, sangre rica en glóbulos rojos, á las exhaustas venas de la literatura española finisecular.

Pero, antes de tan brillante resurgimiento de las letras castellanas, González Prada, que fué uno de los precursores, se encontró con un ambiente caliginoso é irrespirable.

Á aquellos hombres que, impotentes para crear nuevas formas de hermosura, vivían en una suerte de masturbación literaria, imitando á los clásicos ó pseudo clásicos, Prada les grita: "Arcaísmo implica retroceso; á escritor arcaico, pensador retrógrado...

Las lenguas no se rejuvenecen con retrogradar á la forma primitiva, como el viejo no se quita las arrugas con envolverse en los pañales del niño, ni con regresar al pecho de las nodrizas... Quien escribe hoy y desea vivir mañana debe pertenecer al día, á la hora, al momento en que manejó la pluma. Si un autor sale de su tiempo ha de ser para adivinar las cosas futuras, no para desenterrar ideas y palabras muertas " "Las razones que Cervantes y Garcilaso tuvieron para no expresarse como Juan de Mena ó Alfonso el Sabio, nos asisten hoy para no escribir como los hombres de los siglos XVI y XVII."

La literatura española coetánea la pinta con una imagen gráfica: "A los representantes oficiales de la literatura española se les debe aplicar lo que Biot decía de las Congregaciones docentes: se parecen á las antiguas estatuas que servían para guiar á los viajeros, y hoy mismo, desde hace miles de años, continúan señalando con el dedo inmóvil caminos que ya no existen."

Desea que América se empape de literaturas extranjeras, porque "la renovación de las simientes debe considerarse también como precepto literario", y porque "regresar á España para introducir nuevamente su sangre en nuestras venas y sus semillas en nuestra literatura equivale á retrogradar". "La dependencia intelectual de España significaría para nosotros la indefinida prolongación de la niñez." "Inútil resultaría la emancipación política si en la forma nos limitáramos al exagerado purismo de Madrid..."

En la última frase transcrita va envuelta la revolución literaria que el mismo González Prada con-

tribuye á iniciar; y revolución que asume su más alta expresión en el nombre sonoro y glorioso de Rubén Darío.

Esas últimas palabras transcritas son de 1886. Y lo que pensaba González Prada en Lima, respecto á necesidad de expresarnos los americanos en lenguaje más suelto, más emancipado, más nuestro, más afín con nuestra mentalidad americana, nuestros gustos americanos, nuestro temperamento y nuestro medio americanos, lo estaban pensando, á la sazón otros escritores en Bogotá, en Caracas, en Buenos Aires, en México, en Managua. Ya la revolución clareaba en las conciencias, ya existía. Lo demás no será sino episódico. Lo demás no será sino poner por obra las ideas, escribir como creemos que debemos escribir. Á los héroes de nuestra independencia mental, continuadores de Bolívar, ya los conocemos. Algunos de ellos siguen por un camino, otros por otro. ¡No importa! En lo fundamental no existen distingos: la emancipación es lo que inician y quieren. Que Rubén Darío imponga una tendencia de amor á la forma y González Prada una tendencia de amor á la forma y á la idea, lo esencial es que ambos se sientan americanos. El mismo Darío, después de sus excursiones por campos de Francia, vuelve en su madurez al terruño, como torna el gerifalte al reclamo del fialconero.

González Prada, por su parte, aunque indica todas las literaturas extranjeras como propicias para abreviar nuestra curiosidad y apacentar nuestro espíritu, no predica extranjería en la expresión, sino todo lo contrario; "los hombres de América y

del siglo XIX, debemos ser del siglo XIX y americanos". "Aquí en América y en nuestro siglo necesitamos una lengua condensada, jugosa y alimenticia, como extracto de carne... una lengua democrática que no se arredre con nombres propios ni con frases crudas; una lengua donde se perciba el golpe del martillo en el yunque, el estridor de la locomotora en el riel, la fulguración de la luz en el foco eléctrico .."

"Los buenos autores, como los buenos arquitectos, se valen de grandes líneas y desdennan las ornamentaciones minuciosas y pueriles. En el buen estilo, como en los bellos edificios, hay amplia luz y vastas comunicaciones, no intrincados laberintos ni angostos vericuetos."

Prada aspira á una prosa fácil, "como conversación de gentes cultas, clara como alcohol rectificado; natural como un movimiento respiratorio".

Cuando abandona la prédica abstracta y se encara con un autor, suele chorrear la sangre. Como es fuerte, no se las ha sino con los fuertes. Valera, Núñez de Arce y Castelar no olvidarán, ni en los apuros del Juicio final, á González Prada. Castelar, sobre todo. Fué el primero que desnudó del usurpado prestigio al gélido retórico Núñez de Arce, y, en cambio, ensalza, como se lo merece, el genio de Campoamor. Cuando le llegó su turno á don Juan Valera, ¡qué azotea! Quedó en su puesto don Juan con las espaldas rojas de cardenales.

Lo que más desamor inspira en Valera, no es el estilo, siempre enlucido, á menudo lleno de gracia y á veces de un aticismo encantador, sino la mentalidad socarrona, la mala intención y la insinceridad.

Prada, que no lo estima como novelista, ni lo pone sobre los cuernos de la luna en cuanto crítico, tampoco parece admirarlo sobremanera como estilista.

“Valera confiesa, con cierto desdén, que no escribe sino por divertirse y divertir á sus lectores. Lo segundo no sucede siempre... Con sus frases cortas y ligeras estamos como en sociedad de pisaverdes, que no atraviesan un jardín por conservar el lustre de sus botinas, ni abrazan fuertemente á una mujer por miedo de arrugarse la pechera. -- Su estilo carece de empuje masculino, de sabor medular, y todas sus obras parecen vertebrados con el hueso convertido en gelatina. En sus novelas es un Daudet destenido en agua de Javel. Aunque nada tenga que decir, escribe porque sabe disimular la vaciedad del fondo con períodos estoraqueados y relamidos. Al leerle, nos acordamos de los viejos verdes que tienen unas cuantas mechas de pelo, las dejan crecer, les dan mil vueltas, las pegan con goma, y piensan haber ocultado la calva”.

Eso en cuanto al estilo de Valera.

En cuanto á las ideas, añade:

“No vuela libremente: sujeto por la religión y la Monarquía, se mueve y cabecea como globo cautivo. Espíritu esencialmente burgués, adorador del justo medio, no tolera el desquiciamiento del orden establecido, ni la plena libertad de la concepción filosófica”.

En cuanto á la agudeza tan celebrada de este andaluz escéptico, cuya característica fué la más disimulada envidia, González Prada expresa:

“La ironía, ese grano de sal en unos ó cuchara-da de salsa inglesa en otros, es en Valera un lazo

gaucho para detener á los audaces ó cuchilla traidora para desjarretar á los fuertes."

"Nada que se levanta un palmo del suelo: fuera el águila, paso á la *avenida* ó gusanillo que vuela un momento para caer y no remontarse nunca..."

"Un crítico español dice por último González Prada -tuvo la ocurrencia de comparar á Valera con Goethe. Distingamos: Valera es á Goethe como el padre Claret á Strauss, como Cánovas del Castillo á Bismarck, como Martínez Campos á Molke, como Ferrán á Koch y como el mismo crítico es á Hegel."

He transcrito sin escatimar líneas esos párrafos que son como sinapismo en las diplomáticas espaldas de don Juan Valera. Y las transcribo con sumo placer. Primero, porque son justas; y luego porque de alguna manera nos debemos vengar nosotros de aquellas deliciosas é impertinentes *Cartas americanas* de Valera.

Usó don Juan un tonillo tan doctoral y chunguero en aquellas célebres *Cartas*, que todo su talento, con ser grande, no pudo impedir que pareciera odiosa tanta suficiencia. Agravaba la cosa el escoger don Juan, como deliberadamente escogió por sus corresponsales, á pobres diablos ridículos que se reían de placer con las tundas de don Juan.

¿Por qué no se dirigió á escritores representativos? Á un Hostos en Chile, á un López-Méndez en Venezuela, á un Altamirano en México, á un Vargas Vila en Colombia, á un González Prada en Perú?

Lo que hubiera oído el buen don Juan! Este juicio de González Prada, escrito en aquella época, re-

presenta la voz de América, de la América que sabe pensar y escribir. De la América que juzga y aprecia en lo que vale al académico relamido, al diplomático zumbón, al delicioso é impertinente D. Juan Valera.

Esa crítica de Prada es nuestra respuesta á las *Cartas Americanas*

VII

El literato.

Insistamos en este fenómeno:

González Prada, el energético, es caso de excepción en Perú, máxime en Lima, donde según la observación de Unanue y de Humboldt, á que ya me referí, hasta los perros son más suaves que en parte alguna. "Todo es allí medido: los odios, los entusiasmos, los amores. Una malicia socarrona reemplaza á la indignación violenta; una incredulidad á flor de piel impide los desgarramientos de Pascal!" (V. GARCÍA CALDERÓN: *Del romanticismo al modernismo en el Perú*, pág. 394).

Prada surge en el momento en que el país, vencido por Chile, necesita un hombre tremendo con la boca llena de verdades y el pecho de resoluciones. Representa en el Perú de 1886 el papel que, más tarde, representara Joaquín Costa en la España de 1898: será el demoledor de lo pasado, el inyector de energías, el sembrador de ilusiones—la voz de un amanecer.

En González Prada, como en Costa, existe un acuerdo maravilloso entre el talento másculo y la

función social á que lo dedica. En cuanto al estilo, el apóstol del Perú, sobrepuja cien veces al apóstol de España.

Su prosa sacudida, violenta, imaginífera, de un constante vibrar de clarín, capaz de levantar no sólo á un pueblo vencido sino hasta á un pueblo muerto, hubiera sido pésimo instrumento para los raciocinios enroscados ó perezosos del metafísico ó para la narración serena del novelista. Nada mejor para el tribuno popular, para el revolvedor de sociedades, para el creador de esperanza.

No se desmelená, sin embargo, como el tribuno populachero; no lo iguala en triste espontaneidad ni en abofellar períodos. Este orador reflexivo lee á menudo sus discursos y jamás los improvisa. Cualquier plumada suya, aun la que parezca más instintiva, es dada á conciencia. Jamás tropezáis en su obra con el villano lugar común ni en sus predios con huellas de alpargata. Este demócrata no olvida su origen ni su temperamento señoriles. Escrib en bronce de Corinto. Su prosa, metal sonoro y brillante, chispea y repercute.

El prosador gusta iniciarse con una frase rotunda de imagen ó imágenes audaces. En seguida la claridad inunda la página. Original en todo, enmienda, como veis, la plana á la Naturaleza: primero el trueno y luego el relámpago.

Corre de su pluma la frase cálida, chorreando vida. Adjetivar es lo más escabroso y peliagudo. González Prada adjetiva artimañosa, oportuna y á veces ferozmente. Clava un epíteto como un puñal. Acuden los adjetivos en ocasiones á la pluma del prosador como pájaros señeros á un reclamo eficaz.

A Saavedra Fajardo, por su frase conceptuosa, corta, lo llama "asmático"; á Mateo Alemán, de períodos entrelazados como anillos de longa cadena, "inacabable y lánguido"; "Castelar seduce por el arte de rejuvenecer en España las ideas envejecidas en Europa, y arrebatá por su estilo de períodos ciceronianos y cervantinos, pero cansa con la amplificacación interminable de los mismos pensamientos y hace sonreír con su lenguaje sesquipedal, heteróclito, abracadabrante, polingénésico, caótico, superplanetario y cosmogónico."

Prosa de un dinamismo extraordinario la de González Prada. Salta de período en período con la agilidad de un torrente que se desmelená de roca en roca; pero en la espontaneidad aparente de aquella prosa hay estudio y disimulo de esfuerzo; es decir, arte de buena ley, oro de diez y ocho quilates.

Relativos, gerundios, lánquidos incisivos eslabonados; lo ficticio, lo frondoso; los purismos, los arcaísmos; todo lo inútil y baldío desaparece en González Prada. Queda el nervio: lo que vibra; la concisión: lo que hiere; la idea: lo que ilumina; la imagen: lo que deslumbra.

Jamás vulgaridad lo aplebeya; nunca el lugar común lo mancilla. Nada de flores de trapo; toda originalidad, personalidad, frescura. En *Páginas libres* no decaen un momento vigor y novedad; en *Horas de lucha*, casi nunca. Ese hombre parece en guardia siempre contra cualquier flaqueza. Esos nervios suyos están siempre en el máximum de tensión como las cuerdas de una guitarra que va á dar música. El buen gusto vigila; la podadera no descansa.

En su estilo, preciso y de relieve, se codea la imagen poética, extraída de la Naturaleza, con la imagen científica, sacada de la Química, de la Botánica ó de la Geometría. Su prosa, más que pictórica es marmórea y, sobre todo, musical.

Los colores parece que no impresionan mayormente al escritor. Rara vez aprecia una cosa por el color, sino por la forma ó por el sonido que produce.

No ve si el mar es azul ó el campo verde; menos verá los distintos azules de un mar ó los distintos verdes de un campo. Pero columbra las cosas de bulto y de bulto sabe destacarlas. Hasta cosas incorpóreas aparecen de relieve: las ideas en el cerebro le parecerán "serpientes enroscadas en el interior de un frasco".

El sentido auditivo también suple en González Prada á la percepción de matices que le falta. Del sonoro Castelar dice, oyéndolo: "Es el tambor mayor del siglo XIX". "En el estilo de los *puristas* modernos—expone—nada se desdobra con la suavidad de una articulación; todo *rechina y tropieza como gonne desengrasado y oxidado*." Celebra, en inciso transitorio, el arte que "posee la música ó el ritmo".

Prada, pues, confiesa de refilón amar música y ritmo en obras de arte. No necesita semejante confesión. Basta al observador para saberlo, leer las cláusulas de este prosador henchidas de armonía.

Tal afición á ritmo y relieve contribuye á crear esa prosa labrada á cincelazos. Relieve y música, en efecto, se descubren casi siempre en *Horas de lucha* y en *Páginas libres*.

El autor se produce á ocasiones en frases de *sententia*; aquella *sententia* que se introdujo en la literatura latina á la muerte de Augusto, fenecido el ciclo clásico, cuando se abandonó la abundante prosa de Cicerón y el verso majestuoso de Virgilio por estilo más lacónico, búlido, *sentencioso*.

Hombre de gusto, no extrema, sin embargo, la nota de sentencia. Pero sus frases cortas rehilan como dardos de acero y se clavan como viras de oro. "Donde no hay nitidez en la elocución, falta claridad en el concepto."

En resumen: como en todo escritor de raza, el estilo en González Prada corresponde al temperamento. Y temperamento y estilo del hercúleo peruano se acuerdan con su profesorado de ciudadanía.

Cuando algunos castrados de Lima se espeluznan con las audacias de Prada ó exigen en voz de tiple que, después de tantas demoliciones como supo practicar, erija algo, prueban desconocer á Prada, al Perú, la literatura, la filosofía, la historia y la humanidad. A otros les toca crear; erigir algo sobre los recientes estribos que él echó en aquel campo mismo que dejaron las decrepitas arquitecturas demolidas. Él ha cumplido su tarea con desinterés, con nobleza, con belleza.

Su literatura ha sido su arma. No le exijamos que sea lo que no podía ser: un literato para señoritas, un filósofo sin contradicciones, un escritor académico, un político de acomodo, un panglosiano que imagine vivir en el mejor de los mundos posibles.

No le pidais, como Clemente Palma, el hijo de su papá, después de tantas negaciones, una afirmación, un sistema, un remedio.

No seáis injustos ni ciegos. Él os ha dado más que todo eso: os ha dado la esperanza.

VIII

El poeta.

No satisfecho con su influencia de prosador, González Prada ha vuelto, en la edad madura, á la forma rimada de sus primeros tanteos y pinicos literarios.

Poeta lo es, por cuanto posee el don de pensar por imágenes. Lo es en cuanto sensitivo: como que tiene fácil el entusiasmo. Pero como á constituir la entidad poeta entran, además de aquella virtud de saber traducir en imágenes los pensamientos y la de sentir á flor de piel la exaltación, otras mil complejas virtudes, González Prada, que carece de estas otras virtudes accesorias, resulta inferior á sí mismo comparando sus versos con su prosa.

Un sólo invisible lazo vincula esos versos y esa prosa al espíritu que los genera: el anhelo de originalidad. Prada ensaya en sus versos combinaciones métricas inusitadas, usa y abusa del verso blanco, del versolibrismo, y aun introduce en abundancia nuevas formas, no ya estróficas, sino poemáticas, que bautiza con nombres obsoletos ó extraños: rondes, romances, espenserinas, triolets, balatas, pantums, rispettos, canciones, estornelos, etc.

Tras ágil excursión al través de extranjeras literaturas, regresa al solar nativo con las manos cargadas de tesoros. ¿Qué jardines de Europa, y aun

de Asia—adaptaciones de Omar Kayama —, no visitó esta abeja laboriosa y meliflua, este cultivador de hermosura!

Trata de aclimatar exóticas plantas de encantamiento en su tierra de Lima. Así vemos florecer en sus platabandas la espenserina de Spencer, el rondeau de Carlos de Orleans, el *rispetto* italiano y el antiguo romance de Castilla. En su último libro *Exóticas*, advertimos con frecuencia versos blancos, libres, que él titula *polirritmos sin ritmo*; ensayos de adaptación de metros latinos: el dístico elegíaco, pongo por ejemplo, adaptación que resultó no nada feliz.

Otras audacias rítmicas y estróficas avaloran sus copias ó colecciones líricas: aquel ensayo, por ejemplo, de un nuevo endecasílabo con hemistiquio esdrújulo y sin acentos en cuarta, sexta ni octava. Hasta se encuentra, al fin de *Exóticas*, una explícita é interesante teoría sobre la métrica del autor.

Todo esto, parezca bueno ó malo, produzca frutos de miel ó insípidos, denuncia sólo la fobia del lugar común en González Prada.

Y esto es lo único que vincula su obra en versos á su obra de prosista.

Por lo demás, ¡cuánta diferencia! Es tan prosador nato González Prada, que aun en los instantes de más artificio retórico parece, en prosa, espontáneo. Por el contrario, aun en los momentos de más feliz espontaneidad, sus versos parecen obra de paciencia, fruto de erudición: se oye la llave rechinar en la cerradura por falta de aquel mágico óleo que chorrea en el cerebro de los poetas inspirados, esa es la palabra, y lubrifica voces y pensamientos.

Algunos de los más gallardos arrestos de la musa pradariana evidencian al prosista, al orador más que al poeta. Sirva de ejemplo esta diatriba á los poetas españoles.

*Atronzadora y rimbombante poesía castellana,
tambor mayor en la orquesta de Píndaro y Homero,
si poco arrullas á las almas, mucho asordas los oídos.*

*En el espeso follaje de inútiles vocablos
brota pálida y sin jugo la fruta de la idea.
¡Oh, verbo de Cervantes, en tu viña empampanada
son gigantescas las hojas, enanos los racimos!*

*¡Qué legión de beocios! ¡Qué falanje de baturros!
¡Qué cacofónico concierto de locuaces cacatías!
Reinan lo cursi, lo vulgar y lo pedestre;
desuella Marstas al divino Apolo,
muerte al Pegaso el burro de Sileno. (1)*

Tal embestida, recuerda las más crespas *Páginas Libres* y los más claros minutos de las *Horas de Lucha*. ¿Torpeza de nuestro oído? Tal vez. En todo

(1) Vaya esta embestida por tanta broma de buen y de mal gusto que han inspirado en España ciertos poetastros americanos que, dígame la verdad, las merecían. Aquel Luis Taboada, especie de Alphonse Allais con los zapatos rotos y las uñas de medio luto que tanto hizo reír, más que de sus chistes de él mismo, escribió una vez la siguiente parodia:

*«Yo soy el asno; tú el pajarillo
que vas cortando del cielo el tul;
soy la jareta del calzoncillo,
la cinta, tú.*

MANOLITO PALOMEQUE.
(De la Academia de Guatececa.)»

caso el ímpetu yámbico se diferencia de la diatriba en prosa. La unción poética, el ardor pímpleo, es uno, y el zarpazo del panfletista es otro. No es que no puedan correr ambos chorros de la misma fuente; no es que obsedan las antiguas divisiones y géneros retóricos, sino que la poesía y la prosa, deshermanándose, resultan diferentes, inconfundibles, así rimemos la prosa. Hay temperamentos más aptos para producirse en prosa que en verso, y viceversa. González Prada, lo mismo que Castelar, ó Juan Montalvo, ó Juan Vicente González, aun poseyendo espíritu poético, parece de los primeros.

La doble capacidad, sin que la una prevalezca á expensas de la otra, como en Gauthier, como en Gutiérrez Nájera, es caso de excepción. Pero dotó la Naturaleza por modo tan admirable á González Prada que suele en su obra de poeta aparecer la conocida huella del león.

Hasta nos tropezamos con aciertos del más suave y pulcro lirismo. Sirva de ejemplo este

ROMANCE

Cuando reclina en la nevada mano

La rubia frente virginal,

Entorna la mirada y enmudece:

¿En quién la Niña pensará?

Cuando risueña sale á sus balcones

Y fija el ávido mirar

En la sinuosa y argentada ruta:

¿A quién la Niña buscará?

Cuando, al surgir las brumas de la tarde,

Recorre el ámbito del mar,

*Y gime al son del agua y de los vientos:
¿Con quién la Niña gemirá?*

*Cuando en la calma del dormir suspira,
Diseña un ósculo de paz
Y balbucea dulcemente un nombre:
¿Con quién la Niña sonará?*

No es única esa perla. De cuando en cuando hallamos otras, lo bastante para un collar ó una diadema: esa diadema de poeta que ha querido ceñirse el ambicioso prosador.

*La fuente dice: escucha mi lamento;
el aura: no desoigas mis rumores;
la rosa: bebe mi oloroso aliento;
el ave: aprende amor en mis amores.*

Pero de súbito comparece el pensador que no diluye bastante en esencias líricas lo espeso de su masa gris. La ilusión se desvanece, como ocurre á menudo con Guyau:

*Siento yo ó en mi sensorio
Sienten bosque, nube y mar?
Pienso yo ó en mi cerebro
Piensan ave y pedernal?*

*¿Soy la parte ó soy el todo?
No consigo deslindar
Si yo respiro en las cosas
Ó en mí las cosas están.*

Progenie de Lucrecio, que termina en Sully Prudhomme y no se parece al abuelo.

El caso del mejicano Manuel Acuña no menudea: ése Acuña sí fué pensador y gran poeta en una pie-

za; y si no siempre, llegó por lo menos una vez,
Ante un cadáver, á la más envidiable altura.

Hay unos versos de *Exóticas*, titulados *El Inmortal*, que se refieren á la supervivencia de cuanto representa de poesía, de naturaleza, de amor, de instintos el mito de Pan.

Los versos de Prada, de florida hermosura, son originales por la combinación métrica; esto cuanto á factura, porque González Prada es buccador de ritmos y aciertos de expresión. Cuanto á médula ideológica, la de tales versos es de la mejor ley: esto respecto al fondo, porque González Prada es pensador de calibre. Sí, Pan no ha muerto. Pan, como expone González Prada, es *El Inmortal*.

Copiemos las tres últimas estrofas del poema:

*Se sumergen los pechos, se abisman las almas
en un lago de ignota, suprema dulzura;
el tibio aliento de los bosques
trasciende á néctar y ambrosia.*

*Un lejano concierto de liras colias
embelesa los aires, suspende los rios.
¿En dónde suenan esas liras?
¿Presagian bienes á los hombres?*

*En el mar legendario de Ulises y Homero,
á los hombres anuncian las liras colias:
--El Pan arcádico respira,
el Pan arcádico no muere.*

Pues bien: para que se comprenda mejor que por medio de teorías y disquisiciones la diferencia existente entre aquel que posee apenas algunas virtualidades del poeta y el que las posee en su ple-

nitud, copiaremos versos pánicos de un hombre que no alcanza la talla de Prada, ni por talento, ni por cultura; pero que es, más que Prada, poeta.

Se titulan los versos de este poeta á que me refiero: *La muerte de Pan*; y el autor, un caraqueño, se llama Gabriel E. Muñoz.

Está escrita *La muerte de Pan*, no en sutiles y novedosas combinaciones métricas, como *El Inmortal* de Prada, sino en vulgares endecasílabos.

El pensamiento central, en el poemita de Muñoz, no es, acaso, rigurosamente verídico. Pan no muere, como se imagina el caraqueño, al advenimiento de Cristo. Pan, representante de instintos, los más íntimos é indesarraigables de nuestra naturaleza, perdura en nosotros. Los mismos dioses paganos, metamorfoseados, ¿no aparecen en nuestra mitología católica? El rayo de idealismo cristiano, luz de toda nuestra civilización, ¿es incompatible con la supervivencia de cierto paganismo? ¿De veras han muerto los dioses? ¿Ha muerto Pan, el eterno Pan?

Muñoz, en todo caso, lo asegura, y hasta refiere sus últimos momentos.

*Era una fría tarde en que el otoño
sus últimos aromas daba al viento,
y alfombraba con hojas amarillas
los bosques del Taigeto.
A la sombra de un roble centenario
yacía Pan, enfermo:
sobre su frente pálida aún lucía
la corona de pámpanos, ya secos,
que, para adorno de su sien, las ninfas
en la ruidosa bacanal tejieron.*

En torno de Pan congéganse faunos y otras divinidades nemorosas y de ríos ó fuentes. Pan, moribundo, anuncia la desaparición del paganismo. Ya se columbra la aurora del Nuevo Ideal:

*se apaga ya, bajo invisible soplo,
sobre el altar, el fuego.*

Enmudece Pan, exánime, y las divinidades, en medio del bosque deshojado é invadido por la noche, prorrumpen en lamentaciones.

Oid al poeta:

*Calló la voz... Mas al mirar, temblando,
que el exánime dios rodaba al suelo,
que al bosque las sombras de la noche
daban un tinte pavoroso y negro,
ninfas, silvanos, sátiros y ondinas,
«se van, se van los dioses», prorrumpieron;
y desde el fondo de la selva obscura
tristísimo clamor subió hasta el cielo,
y en el éter azul quedó vibrando
como un sollozo prolongado, inmenso.*

Lo transcrito sirve para comparar.

Y la comparación sirve, mejor que cien abogaciles alegatos, para hacernos penetrar la diferencia entre el poeta genuino y el poeta á palos. El poeta á palos puede poseer más talento, más conocimientos científicos y literarios, puede ser, en suma, hombre superior al poeta genuino: tal es el caso presente; pero el poeta genuino canta, y cuanto existe en su torno se hermosea, y todo lo retórico, erudito, laborioso, talentoso, desaparece ó empalidece.

Eso es el don poético en su plenitud: cosa insustituible é inconquistable. Se tiene ó no se tiene.

IX

Reformador de la ortografía.

González Prada echa su cuarto á espadas, en punto á estilo, ortografía y fonética.

Oíd palabras suyas, pronunciadas en el Ateneo de Lima:

"No hablamos hoy como hablaban los conquistadores: las lenguas americanas nos proveen de neologismos, que usamos con derecho, por no tener equivalentes en castellano, por expresar ideas exclusivamente nuestras, por nombrar cosas íntimamente relacionadas con nuestra vida. Hasta en la pronunciación, ¡cuánto hemos cambiado! Tendemos á elidir la *n* en la partícula *trans* y á cambiar por *s* la *x* de la preposición latina *ex*, antes de consonante, en principio de vocablo. Señores: el que habla en este momento, ¿qué sería en España? Casi un bárbaro, que pronuncia la *ll* como la *y*, y confunde la *b* con la *v* y no distingue la *s* de la *z* ni de la *c* en sus sonidos suaves. Cien causas actúan en nosotros para diferenciarnos de nuestros padres: sigamos el empuje, marchemos hacia donde el siglo nos impele. Los literatos del Indostán fueron indostánicos, los literatos de Grecia fueron griegos, los literatos de América y del siglo XIX seamos americanos y del siglo XIX."

Tales son las razones en que se apoya al desear introducir una reforma.

¿En qué consiste su propuesta renovación? Esta renovación consiste, por lo que respecta al estilo, en hacer más escuetos prosa y verso, arrancándoles pampanosidades, extirpando fórmulas gélidas y centenarias de expresión, en introducir voces americanas, si de veras son útiles, y, por lo que respecta á la ortografía, en algunas variantes.

El autor mismo nos enseñará las más salientes de tales variantes, á saber:

Cambiar por *s* la *x* en la preposición latina *ex*, antes de consonante; pero conservándola en expresiones como *ex-ministro*, *ex papista*.

Suprimir la *n* en la partícula *trans*, antes de consonante.

Poner *i* en lugar de la *y* vocal y conjuntiva.

Usar *j* en los sonidos fuertes de la *g*.

No acentuar la preposición *a* ni las conjunciones *e*, *o*, *u*.

Restablecer las contracciones *del* y *dellos*, *della* y *dellas*, *deste* y *destos*, *desta* y *destas*, *dese* y *desos*, *desa* y *desas*, *desto* y *deso*.

Elidir vocales por medio del apóstrofo: sin excepción, entre artículos ó preposiciones y las otras palabras; algunas veces, entre pronombres ó conjunciones y las demás partes de la oración; nunca entre verbo y verbo, sustantivo y sustantivo, verbo y adjetivo, etc.

Estas modestas reformas se proponían entre 1886 y 1890.

Anduvo el tiempo y la Real Academia Española, como puede advertirse por las recientes publicaciones oficiales de este instituto, adoptó algunas de las modificaciones preconizadas por Prada. ¿No ense-

ña ahora la Academia, pongo por caso, que ni las preposición *a*, ni las conjunciones *e*, *o*, *u* deben llevar acento? (1).

Pero la Academia, y aun Prada, andan con retardo de muchas décadas. Más de medio siglo atrás D. Andrés Bello, y antes que D. Andrés Bello don Simón Rodríguez, el ignorado y colosal D. Simón Rodríguez, maestro del Libertador, propusieron esas ó parecidas reformas. Lo único extraordinario en las modificaciones propuestas por González Prada es la ignorancia que este hombre, sabedor de tantas cosas, revela de la literatura americana.

Respecto á Bello no hagamos hincapié. En la mayoría de las repúblicas de América se aprende castellano por su gramática; Chile no observa otra ortografía, sino la del ilustre polígrafo: nada de acentos en la preposición *a* ni en las conjunciones *e*, *o*, *u*; sustitución de la *y* griega por la *i* latina; reemplazo de la *j* en los sonidos fuertes de la *g*: varias, como se ve, de las modificaciones propuestas por el escritor peruano.

Pero antes que Bello mismo, un hombre mal

(1) El arca del Pasado, la Academia matritense del idioma, parece que se está revolucionando, — y tiene el diablo, si no en el cuerpo, en la lengua. ¿No muda ahora de ortografía cada diez años, como serpiente que cambiase de piel? Al paso que vamos, ningún autor vivirá más de una década. A los diez años, ó nueva edición, ó glosas, ó al carnero.

Tenebrosa conjura de efímeros académicos contra escritores de perduración!

estudiado y de más genio acaso que D. Andrés, ya trató de estas cuestiones con un criterio radical.

Según D. Simón Rodríguez, "el discurso hablado ó escrito comprende dos cosas: la pronunciación de las palabras y la expresión de los pensamientos, la articulación de las voces y la modulación de la voz". De ahí parte para creer que "la escritura, por consiguiente, debe tener signos para una y otra cosa".

Y como tales signos no existen, D. Simón Rodríguez, "reformador de la sociedad y de la ortografía", los inventa.

¿Cómo? Valiéndose, dice su más reciente biógrafo, "de llaves, guiones, puntos suspensivos, tipos diversos por la forma y el tamaño y de renglones seguidos ó cortados". (F. LOZANO Y LOZANO: *El maestro del Libertador*, pág. 197.)

La teoría se basa en ideas originalísimas de aquel originalísimo pensador.

"Leer dice *es resucitar ideas*; y para hacer esta especie de milagro, es menester conocer *los espíritus de las difuntas* ó tener espíritus equivalentes que subrogarles. Esto no se conseguirá si no se pintan los pensamientos bajo la forma en que se conciben. En el modo de pintar consiste la expresión, y por la expresión se distinguen los estilos. El que lee debe ver en el papel los signos de las cosas y las divisiones del pensamiento..."

La teoría de este grande é inquietante D. Simón Rodríguez, echado casi en olvido, resultaría por extremo complicada cuando se la quisiera observar. No simplifica, sino embrolla. Alejándonos de nues-

tra demótica escritura caeremos en los jeroglíficos de la clerecía egipcia. Cada página sería un papel de música: se necesitaría de iniciación especial para interpretarla. Pero le sobra razón al maestro cuando cree, como el Emperador Augusto, que debe escribirse como se habla; cuando opina por eliminar toda letra que no se pronuncie, como la *h*, y reducir la *k*, la *q* y la *c*—la *c* en sus sonidos fuertes,—á un solo signo ortográfico.

Según se advierte, González Prada coincide con el maestro del Libertador.

Siempre le quedará al autor de *Páginas libres* la paternidad íntegra respecto al proyecto de restablecer las contracciones *del y dellos, della y dellas, deste y destes*, etc. Y aun otra paternidad puede reconocérsele en justicia: la de elidir vocales por medio del apóstrofo, á modo de franceses é italianos.

Pero no sera por semejantes proyectos, aunque merezcan atención, por lo que su patria y la América lo recordarán en lo futuro. Lo recordarán más bien por su estilo; por haber encontrado la prosa que correspondía á su misión social: una prosa de contraveneno, de estimulantes, de inyecciones de energía.

Cómo no iban á latir con presura los corazones peruanos, aun los más en letargo y aflicción después del triunfo de Chile, cuando rugía el Apóstol: "Trabajemos con la paciencia de la hormiga y acometamos con la destreza del gavián. Que la codicia de Chile engulla guano y salitre; ya vendrá la hora en que su carne coma hierro y plomo."

En efecto, debe insistirse en que nada tan á pro-

pósito, máxime para la muelle Lima, como este verbo de Isaias que iba á conmoverla desde los cimientos.

El destino suscitó semejante profesor de entereza en el Perú de 1886, porque el Perú debía removerse, renovarse, conservarse para contribuir á la civilización de nuestra América.

R. BLANCO-FOMBONA

Madrid, 1915.

PRIMERA PARTE

CONFERENCIA EN EL ATENEO DE LIMA

I

SEÑORES:

Los hombres de genio son cordilleras nevadas; los imitadores no pasan de riachuelos alimentados con el deshielo de la cumbre.

Pero no sólo hay el genio que inventa y el ingenio que rejuvenece y explota lo inventado; abunda la mediocridad que remeda ó copia. ¡Cuánta mala epopeya originaron la Iliada y la Odisea! ¡Cuánta mala tragedia las obras de Sófocles y Eurípides! ¡Cuánta mala canción las odas de Píndaro y Horacio! ¡Cuánta mala égloga las pastorales de Teócrito y Virgilio! Todo lo bueno, todo lo grande, todo lo bello, fué maleado, empequeñecido y afeado por imitadores incipientes.

Siglos de siglos persistió la monomanía de componer variaciones sobre el tema greco-latino, y hubo en la literatura una Roma falsificada y una Grecia doblemente hechiza, porque todos miraban á los griegos con el cristal romano. Muchos quisieron seguir fielmente las huellas de latinos y helenos ¡como si tras del hombre sano y fuerte pudiera caminar el cojo que vacila en sus muletas ó el hemipléjico que se enreda en sus mismos pies!

La imitación, que sirve para ejercitarse en lo manual ó técnico de las artes, no debe considerarse como el arte mismo ni como su primordial objeto. Imitar equivale á moverse y fatigarse en el vagón de un ferrocarril: nos imaginamos realizar mucho y no hacemos más que seguir el impulso del motor.

En literatura, como en todo, el Perú vivió siempre de la imitación. Ayer imitamos á Quintana, Espronceda, Zorrilla, Campoamor, Trueba, y hoy continuamos la serie de imitaciones con Heyne y Bécquer en el verso, con Catalina y Selgas en la prosa. Como Bécquer escribió composiciones poéticas de cortísimo aliento, y Selgas artículos no muy largos en frases diminutas y algo bíblicas, va cundiendo en el Perú el gusto por las rimas de dos cuartetas asonantadas y la afición al articulillo erizado de antitesis, *concetti* y *calembours*, quiere decir, entramos en plena literatura frívola.

II

Severo Catalina poseía sensibilidad exquisita, claro talento y vasta erudición. Hebraizante con fe ciega en los dogmas del Catolicismo, salió á refutar la *Vida de Jesús*, cuando se hizo moda romper lanzas con Renan. Pasada la moda, se hundieron en el olvido refutaciones con refutadores, y Catalina sobrenada hoy, no por la *Contestación á Renan*, sino por la *Mujer*, que muy joven dió á luz con un prólogo de Campoamor.

En la *Mujer*, Catalina descubre miras opuestas á Balzac; pero no encierra el meollo de Aimé-Martin ni el generoso espíritu de Michelet. El libro ensalza tanto al bello sexo y despide un olor tan pronunciado á misticismo, que parece escrito con polvos de rosa disueltos en agua bendita. Obras con semejante indole entretienen á los diez y ocho años, hacen sonreír á los veinticinco é infunden sueño á los treinta. No deben tomarse á lo serio, sino como el ditirambo de un seminarista que no ha perdido la gracia virginal.

Ahí la frase asmática de Saavedra Fajardo alterna con el período ético del mal Quevedo, del que maneja la pluma en horas menguadas. De cuando en cuando relámpaguea el espíritu

de un Lamennais corregido y expurgado por la Congregación del Índice.

En sus obras posteriores á la *Mujer*, Catalina cambia de forma, pero no de fondo: abandona el estilo clausurado para valerse del período inacabable y lánguido de Mateo Alemán; pero continúa encorvándose bajo el yugo de la Fe, sin conocer las tormentas de la duda ni subir á las cumbres de la Razón.

Si con ninguno de sus escritos logra convencer al que niega ni afianzar al que vacila, tampoco inflama odios ni causa repulsión, porque en todas sus frases revela al creyente sincero y al hombre de corazón leal. En sus obras trasciende la melancolía, ese vago presentimiento, ese algo triste de los hombres destinados á morir jóvenes.

Á Catalina siguió José Selgas y Carrasco. Después de publicar dos colecciones de versos, la *Primavera* y el *Estío*, Selgas descuidó la poesía y se lanzó denodadamente á la prosa.

Con erudición superficial y de segunda mano, con citas copiadas de controversistas franceses, emprende una cruzada contra Ciencia y civilización modernas. Se manifiesta agresivo, cáustico, mordaz, sangriento, y como todo hombre fácil en atacar, no sabe defenderse ni resistir cuando se ve acometido. Sir-

viéndose de armas que no maneja bien, trata de fulminar golpes mortales y deja todo el cuerpo á merced del enemigo. Aunque algunas veces aturda, jamás derriba, porque sus argumentos recuerdan los ruidosos pero inofensivos ataques con vejiga llena de aire. Estrechado mucho, se escurre como Voltaire, disparando un chiste.

Prescindiendo aquí de las ideas trasnochadas y recalcitrantes, sería injusto negar á Selgas un ingenio móvil, sutil y penetrante; acaso no hay hombre más paradójal en España. No obstante, afanándose en rayar por agudo, peca más de una vez por incomprensible. Como abusa de la antífrasis, no sabemos si habla con seriedad ó se burla de nosotros.

En él no hay sucesión lógica de juicios, sino agrupamiento de ideas, por lo general inco-nexas. Puede tijeretearse por acápites cualquier escrito de Selgas, introducirse los retazos en una bola de lotería, sacarlos y leerlos, con probabilidad de obtener un nuevo artículo. No posee la concentración, el mucho en poco, y lejos de arrojar centigramos de oro en polvo, descarga lluvias de arena. Selgas parece un Castelar desmenuzado y tenido de carlista.

En el estilo, asmático entre los asmáticos, fatiga con los retruécanos, aburre con las antítesis, desconcierta con el rebuscamiento. Según la expresión de Voltaire, "pesa huevos de

hormiga en balanzas formadas con tela de araña". No se le debe llamar domador de frases, sino martirizador de vocablos. Juega con palabras, como los prestidigitadores japoneses con puñales, y extrae del tintero líneas y más líneas de frases cortas y abigarradas, como los embaucadores de ferias se sacan del estómago varas y más varas de cintas angostas y multicolores.

Á más de ambiguo, flaquea por amanerado, descubriendo en cada giro al escritor ganoso de producir efecto. Quiere manifestar ingenio hasta en la colocación de signos ortográficos. Imposible leerlo de seguido; la lectura de Selgas parece ascensión fatigosa por interminable y obscura escalera salomónica; esperamos ráfagas de luz, momentos de tomar descanso; pero descanso y luz no llegan.

Nunca va en línea recta hacia el asunto, sino trazando curvas ó ángulos y retorciéndose y ovillándose; de modo que cuando nos le figuramos muy lejos de nosotros, se divierte en hacer cabriolas á nuestras espaldas. Como personaje de comedia mágica, se oculta en las nubes, y de repente asoma por un escotillón. Selgas, en fin, sube á la cuerda floja, da saltos mortales, realiza prodigios de agilidad, hasta que pierde el equilibrio, suelta la vara y cae sobre los espectadores.

Tales son en bosquejo Catalina y Selgas, prosadores sin legítima originalidad, pues se derivan de los gacetilleros parisienses. Viérase al francés los artículos de Catalina y Selgas (si Selgas puede traducirse), publíquese las versiones en cualquier diario del Sena, y pasarán confundidas entre las mil y mil producciones de los innumerables escritores franceses.

III

¿Quién es Heine, quién el hombre que forma escuela en Alemania, se populariza en Francia, penetra en Inglaterra, invade Rusia, se hace traducir en el Japón y viene á ejercer irresistible propaganda en América y España? Nadie caracteriza con más precisión á Enrique Heine que él mismo cuando se llama "un ruiñeñor alemán anidado en la peluca de Voltaire", pues amalgama el sentimiento germánico de un Schiller con la chispa francesa de un Rabelais.

Aunque artista consumado, no produce con serenidad y pulso firme de pintor que ilumina cuadros, sino con dolores de mujer que alumbra un niño. Su poesía, vaso de hiel con bordes azucarados, contiene, como lo declara en *Atta Troll*, "frenesi encaminado por la cordu-

ra, prudencia que desvaria, quejidos de moribundo, que repentinamente se transforman en carcajadas".

Como piensa con el cerebro de Mefistófeles y siente con el corazón de Fausto, su ironía se acerca á lo satánico y su sensibilidad se roza con lo paradisiaco. La mujer le infunde ternuras de madre y lascivias de sátiro; su amor no se parece al lago azul en que se refleja el cielo, sino al torrente que huye hacia el mar, recogiendo el arroyuelo de las montañas y el albañal de las ciudades.

No le creamos cuando nos diga que "sólo amó verdaderamente á muertos y estatuas"; por el contrario, pensemos que debió repetirnos como el antiguo minnesinge: "Yo me alimenté del amor, esa médula del alma." Nació con asombrosa precocidad de sentimientos. Niño, recitaba en la fiesta de un liceo el *Buzo* de Schiller; mas de pronto enmudece y queda como petrificado; sus ojos se habían fijado en los ojos azules de una hermosa joven. Amó con delirio á su prima Molly Heine y conservó siempre un cariño entrañable á su madre. Verdad que una y otra no escapan á los dardos de su ironía, como no se libraba ni él mismo, porque era propio de Heine velar con un chiste sus pasiones, disimular con una risotada sus dolores; como la heroína del cuento, baila con un puñal en las entrañas; como Vol-

taire, está con una pierna en la tumba y hace piruetas con la otra.

Odió con toda su alma. Casi moribundo, teniendo que levantarse los párpados para ver, escribe sus Memorias y exclama en un arranque de regocijo febril: "Los he cogido. Muertos ó vivos no se me escaparán ya. ¡Ay del que lea estas líneas, si osó atacarme! Heine no muere como un cualquiera, y las garras del tigre sobrevivirán al tigre mismo."

La audacia de Heine parecerá increíble á quien no esté familiarizado con la llaneza infantil de los autores alemanes; pocos habrán escrito rasgos más atrevidos ni valientes. Á nadie respeta; zahiere á Schlegel, Hegel y Boerne, arremete contra Goethe, no perdona poeta de Suevia, se rie socarronemente de Madame Stael, moteja á Vallanche, llama á Villmain "un dómine ignorante", á Chateaubriand "un loco lúgubre", á Victor Hugo "un hombre jorobado moralmente".

Prusiano, escarnece á Prusia y se mofa de la vieja Alemania y del antiguo y buen derecho glorificado por Uhland. Poco después que Arndt había cantado la formación de la patria germánica, tibias aún las cenizas de Koerner, Heine lleva el descaro hasta celebrar en los *Dos Granaderos* la apoteosis de Napoleón Bonaparte, el hombre de Jena y Tilsitt. Nunca hizo gala de patriota, y un solo país amó inva-

riablemente, Francia, donde vivió gran parte de su vida, donde contrajo matrimonio, donde exhaló el último suspiro. En una carta dirigida á su amigo Cristián Sethe por los años de 1822, escribía ya: "Todo lo alemán me es antipático, y tú eres alemán, por desgracia. Todo lo alemán me produce efecto de vomitivo. El idioma alemán me destroza las orejas."

En nada cree, salvo perfidia y belleza de la mujer amada. "Yo no creo en Diablo, infierno ni penas infernales; sólo creo en tus ojos y en tu corazón diabólico." Llama á los dioses del Cristianismo "zorros con piel de cordero"; al Catolicismo, el "periodo mórbido de la Humanidad". Para todas las religiones tuvo siempre la carcajada de Voltaire, y aunque judío de nacimiento y luterano de conveniencia ó capricho, sólo rindió culto literario á las divinidades griegas. Enfermo, acometido ya de la parálisis, recorre las galerías del Louvre y no vuelve los ojos á las madonas de los pintores italianos, sino que vertiendo lágrimas como un pagano del siglo IV, cae de rodillas ante la Venus de Milo.

La originalidad de Heine estriba en el modo cómico serio de sentir, en la independencia de pensar y en la franqueza de expresarse; su forma no revela nada superior á Goethe ni á Schiller, aunque se manifiesta más armonioso que Tieck, más conciso que Rückert, más plás-

tico que Uhland. Él mismo confesó que en su *Intermezzo lirico* había imitado la cadencia de los liedes compuestos por Wilhem Müller, que antes de aprender en las obras de Wilhem Schlegel los secretos de la métrica, había cedido al influjo del canto popular germánico. Y tuvo razón: anteriormente á Wilhem Müller, anteriormente al mismo Goethe, el lied existía con toda su frescura, con toda su sencillez, con toda su flexibilidad. Remontándose hasta la *Antología griega*, se ve que muchos epigramas helénicos tienen todos los caracteres del lied germánico. Algunas composiciones del *Intermezzo lirico*, del *Regreso* y de la *Nueva Primavera*, figurarían sin desdoro junto á los epigramas de Meleagro, Rufino y Pablo el Silentario.

Sin embargo, nada tan inexacto como calificar á Heine de griego; no pasa de un greco-alejandrino que viajó por Asia, leyó á Luciano y hojeó la *Antología* de Meleagro. El buen gusto helénico no abunda en Alemania; si las obras de los griegos parecen un ordenado parque inglés, las obras de los alemanes semejan un bosque virgen de América: no se penetra sin brújula ni machete. Heine, dotado de inspiración nómada y cosmopolita, coge sus argumentos donde los encuentra; pasa de la Biblia al Shah-nameh, del Shah-nameh al Ramayana, del Ramayana al Edda escandina-

vo y del Edda escandinavo á los romances castellanos, á las baladas escocesas ó á los fabliaux franceses.

Poeta y alemán, cede á la atracción de Goethe, así como ningún filósofo germánico resiste á la influencia de Kant. Heine sigue al cantor de *Fausto* como Schopenhauer al filósofo de la *Crítica de la Razón pura*. Cuando los hombres como Kant y Goethe golpean la Tierra con sus plantas, el suelo retiembla por tan largo tiempo, que generaciones enteras ceden al movimiento de trepidación.

Sin embargo, entre la nube de poetas que desde principios del siglo surgieron en Alemania, Enrique Heine se dibuja como una personalidad: se distingue de todos, no se confunde con ninguno. La acritud de su carácter, la hiel de sus versos, deben atribuirse, más que á nativa malignidad, á las contrariedades de su vida, á su amor desgraciado, á sus continuas enfermedades, á la parálisis que años enteros le clavó en el lecho hasta victimarle en 1856. Célebre por sus cantos, es más célebre por sus dolores.

Pasar de Heine á Bécquer vale ir de maestro á discípulo que funda escuela. El pintor y poeta sevillano Gustavo Adolfo Bécquer murió en la plenitud de la vida, sin haber podido en-

cerrar en la tela ni el libro todas las creaciones fantásticas que revoloteaban en su cerebro.

De justa popularidad disfruta hoy en España y América, y su influencia literaria se extiende con la rapidez de una corriente eléctrica. Mientras muchos no salen de la oscuridad aunque publiquen largos poemas y voluminosas novelas, él, con unos cuantos versos y unas cuantas leyendas, se coloca en primera línea, se granjea reputación universal.

Bécquer va germanizando la poesía castellana, como Meléndez Valdés, Cienfuegos y Quintana la afrancesaron, como Boscán y Garcilaso la italianizaron. Con sus ideas sencillas, con sus sentimientos sinceros y particularmente con su expresión parca y hasta económica, se levanta como un revolucionario para reaccionar contra la intemperancia verbosa de los poetas españoles.

Imita sin perder la individualidad; su obra no consiste en traducir con infiel maestría versos de poetas germánicos, sino en dar al estilo la simpleza, la ingenuidad, la transparencia, la delicada ironía, en una palabra, todo el sabor del lied alemán. No tiene composiciones que recuerden *la Romería de Keulaar*, *la Maldición del Poeta* ó *la Novia de Corinto*; pero Heine, Uhland y Goethe no escribieron un lied semejante á la última rima:

En la imponente nave
del templo bizantino
vi la gótica tumba á la indecisa
luz que temblaba en los pintados vidrios.

En algunas ideas parece aleman legítimo,
se penetra del espíritu germánico, ve á la
mujer como la ven los alemanes, y si por los
regazos místicos se aparta de Heine, por el
idealismo se roza con los poetas de Suevia.

Cuando escribe:

Es una estatua inanimada... pero...
¡Es tan hermosa!

descubre al discípulo de Heine, al amante del
Intermezzo lírico; cuando exclama:

¡Y entonces comprendí por qué se llora!
¡Y entonces comprendí por qué se mata!

deja traslucir al español de buena raza, al
hombre que lleva en sus venas sangre de
García del Castañar y del *Alcalde de Zalamea*.
De su viaje ideal por la tierra de Hermann y
Trusnelda regresa con la melancolía, esa flor
nacida en las nieves del Norte y forma la fu-
sión agradable y extraña de andaluz con ale-
mán.

Gracias, tal vez, al buen gusto de su editor
y biógrafo, Bécquer se presenta con leve
pero rico bagaje literario, y logra escapar al
defecto que Heine reconoció en sus propias

obras, la monotonía. Cansa leer de seguido el *Intermezzo*, el *Regreso* y la *Nueva Primavera*, por la repetición de lo mismo con diferentes palabras, mientras se lee y se relee con incesante deleite la diminuta colección de *Rimas*. ¿Qué poeta ó aficionado no las sabe de memoria?

Menos irónico y amargo que Heine, tan melancólico y apasionado, el poeta español se distingue del alemán por un tinte de resignación y bondad. Bécquer, herido en el corazón por mano de una mujer, desca curarse con algún bálsamo, se cubre de vendas y aguarda en la misericordia de algo superior al hombre; todo lo contrario de Heine, que rasga las ligaduras de su herida, vierte agua corrosiva en la carne irritada y levanta los puños amenazando á Tierra y Firmamento. Las composiciones de ambos tienen "un dejo de lágrimas y de amor"; pero en las *Rimas* no hay ese abuso de caídas epigramáticas ni esas continuas carcajadas sardónicas que en el autor del *Intermezzo* degeneran en una especie de tic nervioso. Atenuada, pues, algo tibia y, por decirlo así, más resistible á los ojos españoles, viene la inspiración de Heine después de incidir en el cerebro de Bécquer.

La estudiada negligencia en el lenguaje, la rima generalmente asonantada, el ritmo suave, aunque un tanto descuidado, hacen de

Bécquer un versificador *sui generis*. No presenta novedades en la estrofa ni en el verso, como las presentan Iriarte, Espronceda, Zorrilla, Avellaneda y Sinibaldo de Más; pero en lo antiguo ha marcado el sello de su individualidad. La asonantada estrofa de cuatro versos, el eptasilabo y el endecasilabo dirán: por aquí pasó Bécquer.

Tiene á veces la ternura de Lamartine y recuerda la forma escultural y pictórica de Théophile Gautier. Algunas de sus composiciones son gráficas, parecen bultos de mármol ó telas de colores. Y hace mucho con poco trabajo, pues le bastan unos cuantos malletazos ó pinceladas para que la estatua surja del bloque ó la figura se destaque del lienzo.

En prosa imita los *Reisebilder* ó *Cuadros de Viaje* del mismo Heine, y aunque en algunas ocasiones nos abruma con arquitecturas, como Víctor Hugo en *Nuestra Señora de París*, sugiere la idea de un Juan Pablo sin nebulosidades de Selva negra, ó de un Hoffmann sin humo de pipa ni espuma de cerveza. Sus leyendas resisten el paralelo con *Trilby* de No-dier.

Tanto en verso como en prosa oculta su arte con maestría, sin poner en contradicción al hombre con el escritor; en sus obras palpamos la vida, sentimos los estremecimientos de los músculos y las vibraciones de los ner-

vios. Posee, como ninguno, el don raro y envidiable de hacerse amar por sus lectores.

Heine y Bécquer aparecen, pues, como maestro y vulgarizador del germanismo en España. Vulgarizador, no iniciador, debe llamarse al poeta de las *Rimas*, porque antes de él se presentan con tendencias á la imitación alemana, Barrantes en las *Baladas españolas* (1853), Augusto Ferrán en la *Soledad* (1860) y Ventura Ruiz Aguilera en el *Dolor de los Dolores* (1862). Pero estos germanistas vinieron temprano, mientras Bécquer asomó en el instante propicio, cuando todos volvían los ojos á Prusia rodeada con el prestigio de sus victorias, cuando el Imperio alemán acababa de ser proclamado en el castillo de Versalles.

Los que interpretan magistralmente á los alemanes imprimen el cuño español en el oro del Rhin; pero los que traducen al Heine de las traducciones francesas, los que imitan ó calcan á Bécquer, ¿se penetran del espíritu germánico? Caminan á tientas, imitan y calcan por imitar y calcar; no merecen el calificativo de germanistas ó germanizantes, sino de teutomaníacos. Sustituyen mal con mal; cambian el intimismo lagrimoso, degeneración de Espronceda y Zorrilla, con el individualismo

nebuloso, degeneración de Schiller y Heine.

A más de la poesía subjetiva del *Intermezzo lírico*, hay en Alemania la poesía objetiva de las baladas. ¿Por qué los germanistas castellanos no aclimatan en su idioma el objetivismo alemán? ¿Por qué no toman el elemento dramático que predomina en las baladas de Bürger, Schiller, Uhland y muchas del mismo Heine? Ya que nuestra poesía se distingue por falta de perspectiva, relieve, claro oscuro y ritmo, ¿por qué no estudian la forma arquitectónica, escultural, pictórica y musical de Goethe? Sí; Goethe, a pesar de su frialdad marmórea (frialdad explicable por el dominio del ingenio sobre la inspiración), tiene la avasalladora fuerza del ritmo, y en sus versos parece realizar imposibles, como una arquitectura en movimiento, como una música petrificada, como una pintura con palabras.

Hay que repetirlo: se imita sin saber cómo ni para qué. De la propensión extravagante á remedar inconsideradamente, brotan innumerables composiciones híbridas. Al chubasco de las doloras, á la inundación de los sonetos sigue hoy la garúa de las poesías homeopáticas y liliputenses. ¿Qué periódico literario de América ó España no encierra dos cuartetas asonantadas, con el indispensable título de *rima, imitación de un lied ó becquerismo*?

¿Qué disgusto y hastío no prueba uno al

encontrarse con esos abortos embrionarios ó monstruos bicéfalos, después de saborear el desbordamiento lírico de un Lamartine ó la exuberancia épica de un Victor Hugo! Si la poesía castellana tiene que reducirse á inepticias y vaciedades propinadas en dosis infinitesimal, renunciemos de una vez á poetas y versos.

IV

Si refranes y cantos populares revelan el nacimiento de las literaturas, las composiciones alambicadas y pequeñas dan indicios de agotamiento y caducidad. El hombre anda con pasos cortos en la infancia y en la vejez. La decadencia se denuncia en el gusto por las bagatelas, no en el naturalismo de un prosador como Zola, ni en el ateísmo de un poeta como Richepin.

Hay escritos en que el período breve ó sentencioso cuadra bien, y nadie se disgusta con las *Máximas* de un Vauvenargues ni con los *Pensamientos* de un Joubert. ¿A quién no agradan el tono bíblico y el paralelismo hebreo de un Lamennais? Las pasiones violentas, los pensamientos delicados, las descripciones á vuelo de pájaro, exigen una poesía de corta dimensión; de ahí que en Grecia todos los

escritores proporcionen materiales a la *Antología*, desde Homero hasta Platón. Los sonetos entran por miles en Lope de Vega, un madrigal redime del olvido á Gutierre de Cetina y los epigramas de ocho versos popularizan el nombre de Iglesias. Pero las composiciones fugitivas de los verdaderos poetas son chispas de brillantes ó frisos de mármol pentélico, mientras las cuartetos asonantadas de los becqueristas son fragmento de substancias opacas y amorfas. Las *rimas* distan un paso de los acrósticos, charadas, enigmas, logogrifos, laberintos y demás productos de las inteligencias que tienen por única actividad el bostezo.

En el orden físico, lo muy pequeño escapa de los cataclismos merced á su organización tenaz y relativamente perfecta, y en literatura, lo muy corto y muy bueno, vive mucho. Donde perecen la historia y el poema, se salvan el cuento y la oda. Las producciones diminutas exigen un pensamiento original y un estilo en armonía con el asunto: la forma les da mérito; no olvidemos que sólo por la forma, el carbono se llama unas veces carbón y otras veces diamante.

Si el pensamiento rasa con lo vulgar, si el estilo carece de plasticidad, ¿qué nos ofrecen los escritores galo-germánicos en su prosa asmática y en su verso microscópico? La exigüidad en la producción ¿denota economía de

fuerzas ó impotencia? Las rocas producen liquen porque no tienen substancia para nutrir al cedro. Los que gozamos con la prosa y el verso de los maestros podemos alimentarnos con médula de leones, ¿por qué someternos al régimen de los dispépticos, á dieta medida? Si las naciones de Europa figuran como los grandes paquidermos del reino intelectual, no representemos en el Perú á los microbios de la literatura.

La improvisación pertenece á tribuna y diario. Á oradores y periodistas se les tolera el atropellamiento en ideas, la escabrosidad en estilo y hasta la indisciplina gramatical. Verdad que en lo improvisado se contiene muchas veces lo mejor y más origioal de nuestro ingenio, algo como la secreción espontánea de la goma en el árbol; pero, acostumbrándonos al trabajo incorrecto y precipitado, nos volvemos incapaces de componer obras destinadas á vivir. Lo que poco cuesta, poco dura. Los libros que admiran y deleitan á la Humanidad, fueron pensados y escritos en largas horas de soledad y recogimiento, costaron á sus autores el hierro de la sangre y el fosforo del cerebro.

Cierto que el mundo avanza y avanza; en la vorágine de las sociedades modernas, nos sentimos empujados á vivir ligeramente, á pasar desflorando las cosas; no obstante, dis-

ponemos de ocios para leer una novela de Pérez Galdós ó presenciar un drama de García Gutiérrez. Felizmente, no ha sonado la hora de reducir el verso á seguidillas y la prosa á descosidos telegramas. Discernimos todavía que entre un centón de *rimas* seudogermánicas y una poesía de Quintana ó Núñez de Arce hay la distancia del médano al bloque de mármol. Sabemos que entre la prosa cortada, intercadente y antifonal, y la prosa de un verdadero escritor, no cabe similitud, pues una sucesión de párrafos sin trabazón, desligados, incoherentes, no constituye discurso, así como no forman cadena la serie de anillos desabracados y puestos en fila.

No imaginéis, señores, que se desea precognizar la prosa anémica, desmayada y heteroclita, que toma lo ficticio por natural, el énfasis por magnificencia, la obesidad por robustez; la prosa de inversiones violentas, de exhumaciones arcaicas y de purismos seniles; la prosa de relativos entre relativos, de accidentes que modifican accidentes y de periodos inconmensurables y sin unidad; la prosa inventada por académicos españoles que tienden á resucitar el volapuk de la época terciaria; la prosa imitada por *correspondientes* americanos que en Venezuela y Colombia están momificando la valerosa y progresiva lengua castellana.

Entre la lluvia de frases que se agitan con vertiginoso revoloteo de murciélago y la aglomeración de períodos que se mueven con insoportable lentitud de serpiente amodorrada, existe la prosa natural, la prosa griega, la que brota espontáneamente cuando no seguimos las preocupaciones de escuela ni adoptamos una manera convencional. Sainte-Beuve aconseja que "debe hacerse lo posible para escribir como se habla", y nadie se expresa con períodos elefantinos ó desmesurados. Recapitándolo con madurez, la buena prosa se reduce á conversación de gentes cultas. En ella no hay afeites, remilgamientos ni altisonancias: todo fluye y se desliza con llaneza, desenfado y soltura. Los arranques enérgicos sirven de modelo en materia de sencillez ó naturalidad, tienen el aire de algo que se le ocurre á cualquiera con sólo coger la pluma.

La llamada vestidura majestuosa de la lengua castellana consiste muchas veces en perifollo de lugareña con ínfulas de señorona, en pura fraseología que pugna directamente con el carácter de la época. El público se inclina siempre al escrito que nutre, en vez de sólo hartar, y prefiere la concisión y lucidez de un Condillac á la difusión y obscuridad de un bizantino. Quien escribe hoy y desea vivir mañana, debe pertenecer al día, á la hora, al momento en que maneja la pluma. Si un autor

sale de su tiempo, ha de ser para adivinar las cosas futuras, no para desenterrar ideas y palabras muertas.

Arcaísmo implica retroceso: á escritor arcaico, pensador retrógrado. Ningún autor con lenguaje avejentado, por más pensamientos juveniles que emplee, logrará nunca el favor del público; porque las ideas del siglo, ingeridas en estilo vetusto, recuerdan á las esencias balsámicas inyectadas en las arterias de un muerto: preservan de la fermentación cadavérica; pero no comunican lozanía, calor ni vida. Las razones que Cervantes y Garcilaso tuvieron para no expresarse como Juan de Mena ó Alfonso el Sabio, nos asisten hoy para no escribir como los hombres de los siglos xvi y xvii.

Las lenguas no se rejuvenecen con retrogradar á la forma primitiva, como el viejo no se quita las arrugas con envolverse en los pañales del niño ni con regresar al pecho de las nodrizas. Platón decía que "en materia de lenguaje, el pueblo era un excelente maestro". Los idiomas se vigorizan y retemplan en la fuente popular, más que en las reglas muertas de los gramáticos y en las exhumaciones prehistóricas de los eruditos. De las canciones, refranes y dichos del vulgo, brotan las palabras originales, las frases gráficas, las construcciones atrevidas. Las multitudes transfor-

man las lenguas, como los infusorios modifican los continentes.

El purismo no pasa de una afectación, y, como dice muy bien Balmes. "la afectación es intolerable, y la peor es la afectación de la naturalidad". En el estilo de los puristas modernos nada se dobla con la suavidad de una articulación, todo rechina y tropieza como gozne desengrasado y oxidado. En el arte se descubre el artificio. Comúnmente se ve á escritores que en una cláusula emplean todo el corte gramatical del siglo xvii, y en otra varían de fraseo y cometen imperdonables galicismos de construcción: recuerdan á los pordioseros jóvenes que se disfrazan de viejos baldados, hasta que de repente arrojan las muletas y caminan con agilidad y desembarazo.

Los puristas pecan también por oscuros, y donde no hay nitidez en la elocución, falta claridad en el concepto. Cuando los pensamientos andan confundidos en el cerebro, como serpientes enroscadas en el interior de un frasco, las palabras chocan con las palabras, como lima contra lima. En el prosador de largo aliento, las ideas desfilan bajo la bóveda del cráneo como hilera de palomas blancas bajo la cúpula de un templo, y períodos fáciles suceden á períodos naturales, como vibraciones de lámina de bronce sacudida por manos de un coloso,

El escritor ha de hablar como todos hablamos, no como un Apolo que pronuncia oráculos anfibológicos, ni como una esfinge que propone enigmas indescifrables. ¿Para qué hacer gala de un vocabulario inusitado y abracadabrante? ¿Para qué el exagerado lujo en los modismos que imposibilitan ó dificultan mucho la traducción? ¿Para qué un lenguaje natural en la vida y un lenguaje artificial en el libro? El terreno del amaneramiento y ampulosidad es ocasionado á peligros: quien vacila, como Solís, puede resbalar como el Conde de Toreno y caer como fray Gerundio de Cam-pazas.

Ni en poesía de buena ley caben atildamientos pueriles, retóricas de estudiante, estilo en-revesado ni transposiciones quebradizas: poeta que se enreda en hipérbaton forzado, hace pensar en el viajero que rodea en busca de puente porque no encuentra vado y se intimida con el río. Toda licencia en el verso denuncia impotencia del versificador. Molière tiene derecho á llamarse el poeta cómico de los tiempos modernos, y ¿en qué se distingue el verso de Molière? Fray Luis de León brilla entre los mayores poetas líricos de España, y ¿en qué se distingue el verso de fray Luis de León? "Repito, exclama Hermosilla, que en los mejores versos de Garcilaso, Herrera, aunque fué más atrevido, los Argensolas, Río-

ja y demás, no hay arcaísmos ni licencias, ni las necesitan para ser bellísimos, como, en efecto, lo son“.

Media enorme distancia entre versificador y poeta: el versificador muele, tamiza y espolvorea palabras; el poeta forja ritmos, como los Cíclopes majaban el hierro, y arroja ideas grandiosas, como los Titanes fulminaban penascos. Los maestros claudican también: Víctor Hugo y Quevedo son antitéticos; Goethe y Dante, secos y oscuros; Lamartine, pampinoso; Lope de Vega, incorrecto; Calderón, gongórico; Quintana, hinchado; Campoamor, prosaico; pero ninguno incurre en afeminamientos; caen á veces como gladiador fatigado, nunca se desmayan como cortesano sin virilidad.

V

Góngora, Cienfuegos y Zorrilla, tres pecadores impenitentes de la literatura castellana, pero también tres verdaderos poetas, dan ejemplo de innovadores y hasta revolucionarios. Algo semejante realizan en las sagas nacionales los autores del *Romancero*; en la novela, Cervantes; en el teatro, Lope de Vega, Calderón y Echegaray. Se diría que los ingenios españoles llevan en sus entrañas todo el

calor y toda la rebeldía de los vientos africanos. Bárbaros si se quiere, pero bárbaros libres. Por eso el clasicismo de Racine y Boileau no pudo arraigar en España, que se manifestó romántica con Lope de Vega y Calderón, antes que Alemania con Tieck y Schlegel, antes que Francia con madame Staël y Chateaubriand. España tuvo por ley: ortodoxa en religión, heterodoxa en literatura.

Basados, pues, en la tradición de independencia literaria, que puede remontarse hasta los poetas ibérico-latinos como Séneca y Lucano, dejemos las andaderas de la infancia y busquemos en otras literaturas nuevos elementos y nuevas impulsiones. Al espíritu de naciones ultramontanas y monárquicas prefiramos el espíritu libre y democrático del siglo.

Volvamos los ojos á los autores castellanos, estudiemos sus obras maestras, enriquezcamos su armoniosa lengua; pero recordemos constantemente que la dependencia intelectual de España significaría para nosotros la indefinida prolongación de la niñez. Del español nos separan ya las influencias del clima, los cruzamientos etnográficos, el íntimo roce con los europeos, la educación afrancesada y sesenta y cuatro años de tempestuosa vida republicana. La inmigración de los extranjeros no viene al Perú como ráfaga momentánea, sino como atmósfera estable que desaloja á la

atmósfera española y penetra en nuestros pulmones, modificándonos física y moralmente. Vamos perdiendo ya el desapego á la vida desapego tan marcado en los antiguos españoles, y nos contagiamos con la tristeza gemebunda que distingue al indígena peruano.

No hablamos hoy como hablaban los conquistadores: las lenguas americanas nos proveen de neologismos que usamos con derecho, por no tener equivalentes en castellano, por expresar ideas exclusivamente nuestras, por nombrar cosas íntimamente relacionadas con nuestra vida. Hasta en la pronunciación ¡cuánto hemos cambiado! Tendemos á eludir la *n* en la partícula *trans* y á cambiar por *s* la *x* de la preposición latina *ex*, antes de consonante, en principio de vocablo. Señores, el que habla en este momento, ¿qué sería en España? Casi un bárbaro, que pronuncia la *ll* como la *y*, confunde la *b* con la *v* y no distingue la *s* de la *z* ni de la *c* en sus sonidos suaves.

Cien causas actúan sobre nosotros para diferenciarnos de nuestros padres: sigamos el empuje, marchemos hacia donde el Siglo nos impele. Los literatos del Indostán fueron indostánicos, los literatos de Grecia fueron griegos, los literatos de América y del siglo *xix* seamos americanos y del siglo *xix*. Y no tomemos por americanismo la prolija enumeración de nuestra fauna y de nuestra flora ó

la minuciosa pintura de nuestros fenómenos meteorológicos, en lenguaje saturado de provincialismos ociosos y rebuscados. La nacionalidad del escritor se funda, no tanto en la copia fotográfica del escenario (casi el mismo en todas partes), como en la sincera expresión del yo y en la exacta figuración del medio social. Valmiki y Homero no valen porque hayan descrito amaneceres en el Ganges ó noches de luna en el Pireo, sino porque evocan dos civilizaciones muertas.

Inútil resultaría la emancipación política, si en la forma nos limitáramos al exagerado purismo de Madrid, si en el fondo nos sometiéramos al *Syllabus* de Roma. Despojándonos de la tendencia que nos induce á preferir el follaje de las palabras al fruto de las ideas y el repiqueteo del consonante á la música del ritmo, pensemos con la independencia germánica y expresémonos en prosa como la prosa francesa ó en verso como el verso inglés. Á otros pueblos y otras épocas, otros gobiernos, otras religiones, otras literaturas.

Acabemos ya el viaje milenario por regiones de idealismo sin consistencia y regresemos al seno de la realidad, recordando que fuera de la Naturaleza no hay más que simbolismos ilusorios, fantasías mitológicas, desvanecimientos metafísicos. Á fuerza de ascender á cumbres enrarecidas, nos estamos volvien-

do vaporosos, aeriformes: ¡solidifiquémonos! Más vale ser hierro que nube.

Las Matemáticas, las Ciencias naturales y la Industria nada envidian á los siglos pasados; sólo la Literatura y el Arte claman porque venga un soplo del antiguo mundo helénico á perfumar de ambrosía el Universo, á desvanecer las místicas alucinaciones del fanatismo católico y á rehabilitar la materia injustamente vilipendiada por las hipocresías del tartufo.

Arrostrando el neologismo, el extranjerismo y el provincialismo, que rejuvenecen y enriquecen el idioma, rompiendo el molde convencional de la forma cuando lo exijan las ideas y no profesando más religión literaria que el respeto á la lógica, dejemos las encrucijadas de un sistema exclusivista y marchemos por el ancho y luminoso camino del Arte libre. No acatemos como oráculo el fallo de autoridades, sean quienes fueren, ni temamos atacar errores divinizados por muchedumbres inconscientes: lo único infalible, la Ciencia; lo único inviolable, la verdad.

Lejos de aquí los teóricos y soñadores que trazan demarcaciones entre ciudadano y poeta. ¡Cómico recurso para almacenar fuerza y ahorrar vida mientras los buenos y sencillos se afanan, luchan y mueren por nosotros! Contra un Arquíloco y un Horacio, que arrojan el

escudo y huyen del combate, protestan un Garcilaso en Frejus y un Cervantes en Lepanto. Genio de poeta, genio de acción. Ercilla escribe en la noche lo que pelea en el día, Byron envidia las victorias de Bonaparte y corre á morir en Mesolonghi, Espronceda sube á las barricadas de París. Cuando Hugo Foscolo nos habla del "espíritu guerrero que ruge en sus entrañas", descubre al hombre inspirado y no se confunde con el simple aglomerador de consonantes. El poeta legítimo se parece al árbol nacido en la cumbre de un monte: por las ramas, que forman la imaginación, pertenece á las nubes; por las raíces, que constituyen los afectos, se liga con el suelo.

Si los hombres de ayer trabajaron por nosotros, los de hoy estamos obligados á trabajar por los de mañana. Contamos con un acreedor, el porvenir. ¡Que nuestros poetas, en vez de pasar como interminable procesión de resucitadas planideras que se dirigen á la danza macabra, desfilen como legiones de hombres que llevan en su corazón el fuego de las pasiones fecundas; en sus labios, el presagio de la victoria; en sus mejillas, el color de la sangre, es decir, el tinte de la juventud, del amor y de las rosas! ¡Que nuestros prosadores, en lugar de afeminarse ó enervarse con la prosa cortesana y enfermiza, usen

la prosa leal y sana, prefiriendo al crepúsculo de las sectas el día sin nubes de la Razón, viendo más allá del círculo estrecho de familia y patria el horizonte de la Humanidad!

No aguardemos la paz octaviana. Esperar un siglo de oro se contará por muchos años como utopía en América y señaladamente en el Perú. Quizá nosotros muramos en el desierto, sin divisar la tierra prometida. De todas las generaciones nacidas en el país somos la generación más triste, más combatida, más probada. El terremoto derriba nuestras ciudades, el mar arrasa nuestros puertos, la helada y las criptógamas destruyen nuestras cosechas, la fiebre amarilla diezma nuestras poblaciones, la invasión extranjera tala, incendia y mata, y la guerra civil termina lo que la invasión empieza. Á nuestros pies se abre un abismo, á nuestros costados se levantan dos muros de bronce; pero ¡no desmayemos! Imitemos al Gunnar de las leyendas escandinavas, al héroe que entona un himno valeroso, mientras en su cuerpo se enroscan serpientes y se apacientan víboras.

Si hay placer en conquistar con la espada, no falta dulzura en iluminar con la antorcha. Gloria por gloria, vale más dejar chispas de luz que regueros de sangre. Alejandro, en el Indus; César, en el Capitolio; Napoleón, en Austerlitz; no eclipsan á Homero vagando por

las ciudades griegas para entonar las rapsodias de la Iliada; á Bernardo de Palissy, quemando sus muebles para atizar un horno de porcelanas; á Galileo, encerrado en una prisión y meditando en el movimiento de la Tierra. Si merece páginas de oro el guerrero que lleva la justicia encarnada en el hierro, ¡cuán envidiable el escritor que huye de sectas ó banderías, sigue las causas nobles, y al fin de la vida se acusa como Béranger de una sola fragilidad: "¡Haber sido el adulador de la desgracia!"

En ninguna parte conviene más que en las naciones sur-americanas enaltecer el brillo de artes y ciencias sobre el deslumbramiento de victorias militares. Los americanos vivimos entre la época secundaria y la época terciaria, en el reinado de reptiles gigantescos y mamíferos colosales. Que palabra y pluma sirvan para lo que deben servir: lejos adulación y mentira. La inteligencia no tiene por qué abdicar ante la fuerza; por el contrario, la voz del hombre razonable y culto debe ser un correctivo á la obra perniciosa de cerebros rudimentarios.

La patria, que nos da el agua de sus ríos y los frutos de sus campos, tiene derecho á saber el empleo de nuestros brazos y la consagración de nuestra inteligencia. Ahora bien, ¿qué responderíamos si hubiera llegado la

hora de la cuenta? Eliminemos el diario, que periodista no quiere decir literato, y concretémonos á la verdadera literatura. En el artículo insustancial, plagado de antítesis, equívocos y chilindrinas; en la *rima* de dos cuartetas asonantadas, sin novedad, inspiración ni acentos rítmicos, ¿se resume todo el alimento que reservamos al pueblo herido y mutilado por el enemigo extranjero? Semejante literatura no viene como lluvia de luciérnagas en noche tenebrosa, sino como danza de fuegos fatuos entre losas de cementerio.

Insistamos sobre la necesidad de trabajo y estudio. Novelas, poemas y dramas no emergen del cerebro como islas en erupciones volcánicas. Las obras nacen de un modo fragmentario, con eyaculaciones sucesivas. Somos como ciertas fuentes que manan con intermitencias ó á borbotones; el buen ó mal gusto consiste en dirigir el agua por acueductos de mármol ó cauces de tierra.

Diderot practica cien oficios y va de taller en taller acopiando materiales para la *Enciclopedia*; Rousseau, medita seis ó siete horas buscando la palabra más precisa; Goethe, se confunde con los estudiantes alemanes para escuchar las lecciones del anatomista Loder; Augusto G. Schlegel, emprende á los cincuenta años el estudio del sánscrito; Balzac, sucumbe extenuado por la fatiga; Bello, aprende

griego en la vejez y copia sus manuscritos hasta ocho veces. Pero hay un ejemplo más digno de recordarse: el hombre que llamó al genio "una larga paciencia"; Buffon, escribe á los setenta años las *Épocas de la Naturaleza*, y con su propia mano las transcribe diez y ocho veces.

Baudelaine afirma que "generalmente los criollos carecen de originalidad en los trabajos literarios y de fuerza en la concepción ó la expresión, como almas femeninas creadas únicamente para contemplar y gozar". Sin embargo, en América, en el Perú mismo, algunos hombres revelaron singulares aptitudes para las ciencias, las artes y la literatura; muchos, dejando la contemplación y el goce, perseveraron en labores fecundas y serias.

Digan lo que digan las mediocridades importantes y descontentadizas, nuestro público leyó todo lo digno de leerse, y los Gobiernos costearon á menudo la impresión de obras científicas y literarias ó colmaron de beneficios á los autores. Con pocas y voluntarias exclusiones, ¿qué peruano de clara inteligencia no fué profesor de universidad, diputado, ministro, vocal de una corte, agente financiero en Europa, cónsul ó plenipotenciario? Quizá sufrimos dos calamidades: la protección oficial y desproporcionada al libro fósil ó hueco y el

acaparamiento de los cargos públicos por las medianías literarias.

Acusar á su país de ingratitud, recurso de ineptos y negligentes. Escondamos luz en el cráneo, y llegaremos á la cumbre, porque la inteligencia, con la virtud ascendente del hidrógeno en el globo, sube dejando en las capas inferiores á la aristocracia de la sangre y á la aristocracia del dinero. Hoy el camino está llano para todos, hoy la imprenta se abre para todos, todos pueden hablar y mostrarse como son. Si hay sabios ocultos, que nos descubran su sabiduría; si hay literatos eminentes, que nos enseñen sus producciones; si hay políticos de amplio vuelo, que nos desenvuelvan sus planes; si hay guerreros invencibles, que nos desarrollen su táctica y estrategia; si hay industriales ingeniosos, que nos patenticen sus descubrimientos ó aplicaciones. No creamos en genios mudos ni en modestias sobrehumanas: quien no alza la voz en el certamen del Siglo, es porque nada tiene que decir. No arguyan con obstáculos insuperables: el hombre de talento sólido, como el César de buena raza, atraviesa el Rubicón.

En fin, señores: el filósofo y economista Saint-Simon mantenía un criado que, al rayar la aurora, le despertaba repitiendo.—“Levántese usted, señor conde, porque tiene muy grandes cosas que hacer”. ¡Ojalá nuestras

sociedades científicas, literarias y artísticas se unieran para decir constantemente al Perú: Abre los ojos, deja la horrorosa pesadilla de sangre, porque el siglo avanza con pasos gigantescos, y tienes mucho camino que recorrer, y mucha herida que restañar, y mucha ruina que reconstruir!

1886.

DISCURSO EN EL PALACIO DE LA EXPOSICIÓN

SEÑORES:

La *Memoria* del señor Márquez manifiesta los progresos que el *Círculo literario* realizó hasta el día; la fiesta de hoy asegura los que realizará mañana.

En oposición á los políticos que nos cubrieron de vergüenza y oprobio se levantan los literatos que prometen lustre y nombradía. Después de los bárbaros que hirieron con la espada vienen los hombres cultos que desean civilizar con la pluma.

La nación debería regocijarse al ver que jóvenes predominan en las filas del *Círculo literario*: una juventud que produce obras de arte es una primavera que florece.

Sólo de jóvenes podía esperarse la franca libertad en la emisión de las ideas y la altivez democrática en el estilo. Ellos, escandalizando á los timoratos y asustadizos, lanzan el pensamiento sin velarle con frases ambiguas ni

mutilarle con restricciones oratorias; saben que si la verdad quema como el hierro candente, ilumina y fecunda como el Sol.

Para pensar y escribir libremente, para acometer empresas fecundas, se necesita aprovechar el fugivo entusiasmo de la edad en que el músculo guarda vigor y el cerebro lucidez. Cuando pasa la juventud, cuando mostramos la frente emblanquecida por las canas y escondemos la conciencia ennegrecida por las prevaricaciones, empiezan las sinuosidades en las ideas, las transacciones con el error y hasta los pueriles miedos de ultratumba. ¡Cuántos hombres dejan ver en sus últimos años la capucha del monje bajo el gorro frigio de la libertad!

El pensamiento esclavo no merece llamarse pensamiento; y la literatura que desdeña ó teme basarse en las deducciones de la Ciencia positiva puede constituir una restauración arqueológica, digna de archivar en las galerías de un museo; pero no un edificio viviente que arranque el aplauso de los contemporáneos y despierte la admiración de la posteridad. Las hipótesis de la Ciencia no atesoran menos inspiración que todas las afirmaciones de las añejas teogonías. La poesía humana y útil, la que salva el mar de los siglos y vive más joven cuanto más vieja, tuvo carácter de verdadera, porque todo el arte del poeta con-

siste en vestir de púrpura la verdad y hacerla moverse al compás del ritmo.

Las Musas de la antigüedad duermen el sueño de la muerte bajo el artístico mármol de Paros, la fe de la Edad Media desciende á hundirse en el polvo de las catacumbas, pero las fuentes de la inspiración no se agotan ni se agotarán. La Ciencia tiene flores inmortales de donde pueden las abejas extraer miel de poesía.

El Arte ocupa la misma jerarquía que la religión y la Ciencia. Como posee la música ó el ritmo, excede á la Ciencia en la armonía; y como no depende de creencias locales ni se manchó jamás con sangre, excede á la religión en lo universal y lo inmaculado.

Para muchos necios y también para unos cuantos sabios, el artista se reduce á un ser extraviado en el camino de la vida (como si la disquisición del filósofo, el escolio del erudito, el discurso del orador, el artículo del periodista ó el informe del abogado, fueran superiores al cuadro del pintor, á la partitura del músico, al monumento del arquitecto, á la estatua del escultor, al himno del poeta). El hombre que pierde los cabellos de su frente y acorta la vista de sus ojos, velando por engrosar las páginas de un libro consagrado á la instrucción ó entretenimiento de sus semejantes, merece tanta gloria como el misionero

que va de montaña en montaña predicando el amor entre los hombres, como el médico que lucha brazo á brazo con la muerte en la ciudad asolada por la peste, como el soldado que pelea valerosamente en el campo de batalla.

Concluyo, señores, empleando el yo importuno y enojoso. No cuento con bagaje literario, y sucedo en la presidencia del *Círculo* al escritor que supo deleitarnos con la *Sabatina* y la *Novia del Colegial*; carezco de iniciativa, y me veo desde hoy á la cabeza de una agrupación destinada á convertirse en el partido radical de nuestra literatura. Mas una consideración me alienta: yo no vengo á guiar, sino á ser arrastrado por el buen camino.

1887.

DISCURSO EN EL TEATRO OLIMPO

SEÑORES:

Vengo á ser arrastrado por el buen camino —dije en 1887, al asumir la presidencia del *Circulo Literario*—, y hoy me cumple decir que en el año transcurrido no fuí el capitán á la cabeza de su compañía, sino el recluta enrolado á las filas de hombres sin arrugas en la frente ni repliegues en el corazón.

Felizmente, lejos de dar estériles vueltas alrededor de una columna, como el personaje de la leyenda popular, nos dirigimos hacia las regiones de la luz, y ya divisamos el país donde retumban las tempestades.

El *Circulo Literario*, la pacífica sociedad de poetas y soñadores, tiende á convertirse en centro militante y propagandista. ¿De dónde nacen los impulsos de radicalismo en literatura? Aquí llegan ráfagas de los huracanes que azotan á las capitales europeas, repercuten voces de la Francia incrédula y republicana. Hay aquí una juventud que lucha abier-

tamente por destrozar los vínculos que nos unen á lo pasado, una juventud que desea matar con muerte violenta lo que parece destinado á sucumbir con agonía importunamente larga; una juventud, en fin, que se impacienta por suprimir obstáculos y abrirse camino para enarbolar la bandera roja en los desmantelados torreones de la literatura nacional.

Los propósitos no pueden ser más osados; se ha emprendido la ruta; mas partir, no significa llegar. Al punto que hemos arribado conviene orientarse, ver qué valen nuestras fuerzas, quién debe guiarnos y contra qué resistencias vamos á luchar.

I

¿Qué valen nuestras fuerzas?

Ni nosotros podemos medirlas con exactitud. Cada día contamos con nuevas adhesiones; nuestro número crece hora por hora. Ayer fuimos un grupo, hoy somos una legión, mañana seremos muchas falanjes. Parece que á la voz de aliento lanzada por el *Círculo Literario* de Lima, toda la juventud ilustrada del Perú despierta y se contagia con la fiebre saludable de marchar adelante.

Como no reina aquí el provincialismo ni la mezquina preocupación de nacionalidad, mu-

chos jóvenes de nuestras provincias y del extranjero colaboran con nosotros. Los hombres de nacionalidad distinta y de sentimientos y aspiraciones iguales son como bosques de árboles gigantes; tienen separados los troncos, pero confunden sus raíces y entrelazan sus copas; se juntan por lo más profundo y lo más elevado.

Estamos en el período de formación; apenas si movemos la pluma ó desplegamos los labios. Lo que hemos hecho vale poco, nada, en comparación de lo que podemos y debemos hacer.

Lejos la jactancia ridícula de saberlo todo y la vanidad pueril de creernos privilegiados talentos, nuestro poder estriba en la unión; todos los rayos del Sol, difundidos en la superficie de la Tierra, no bastan á inflamar un solo grano de pólvora, mientras unos cuantos haces de luz solar, reunidos en un espejo ustorio, prenden la mina que hace volar al monte de granito.

Cuando llegue la hora oportuna, cuando resuene el clarín y nuestras guerrillas se desplieguen por las más humildes provincias de la república, el Perú contemplará una cruzada contra el espíritu decrépito de lo pasado, una guerra contra todo lo que implique retroceso en la Ciencia, en el Arte y en la Literatura.

II

¿Quién debe guiarnos?

Ningún escritor nacional ni español.

Aquí nadie tiene que arrogarse el título de maestro, porque todos somos discípulos ó aficionados. Contamos bonitas composiciones en verso, pero no podemos citar un gran poeta; poseemos bonitos y hasta buenos artículos en prosa, pero carecemos de un gran prosador. ¿Dónde la obra, en prosa ó verso, que se imponga por cualidades superiores? Cítese la novela, el drama, el poema... Nacidos ayer á la vida independiente, nuestras producciones intelectuales se parecen á la grama salobre de las playas recién abandonadas por el mar.

Cultivamos una literatura de transición, vacilaciones, tanteos y luces crepusculares. De la poesía van desapareciendo las descoloridas imitaciones de Bécquer; pero en la prosa reina siempre la mala *tradición*, ese monstruo engendrado por las falsificaciones agrisulcetes de la historia y la caricatura microscópica de la novela.

El Perú no cuenta hoy con un literato que por el caudal y atrevimiento de sus ideas se levante á la altura de los escritores europeos, que en el estilo se liberte de la imitación

pseudo-purista o del romanticismo trasnochado. Hay gala de arcaísmos, lujo de refranes y hasta choque de palabras grandilocuentes; pero, ¿dónde brotan las ideas? Se oye ruido de muchas alas: mas no se mira volar al águila.

En nuestra sangre fermentan los vicios y virtudes de nuestros abuelos; nada nuevo aprenderemos de la España monarquista y ultramontana. Hay en la antigua Metrópoli una juventud republicana y librepensadora que trabaja por difundir gérmenes de vida en el mar Muerto de la Monarquía española; pero no conocemos los escritos y apenas sabemos los nombres de esa juventud; ella no se acuerda de nosotros, nos desdeña y nos olvida. La España que viene hacia el Perú, la que nos llama y quiere deslumbrarnos con títulos académicos, es la de Nocedal, en religión; de Cánovas, en política, y de los Guerra y Orbe, en Literatura.

Regresar á España para introducir nuevamente su sangre en nuestras venas y sus semillas en nuestra literatura equivale á retrogradar. El enfermo que deseara trasfundir en sus venas otra sangre, elegiría la de un amigo fuerte y joven, no la de un abuelo decrepito y estenuado. La renovación de las simientes debe considerarse también como precepto literario: siempre la misma semilla en el mismo terreno hace degenerar la especie.

Sainte-Beuve dice muy bien: "En la misma lengua no escoge uno sus maestros sin acercárseles demasiado ni ser absorbido por ellos; sucede como en los matrimonios de familia, que nada vigoroso producen. Para sus religiones y sus alianzas hay que alejarse más."

Los taladores de selvas primitivas, los arrojadores de semillas nuevas, no pertenecen á España; Hegel y Schopenhauer nacieron en Alemania, Darwin y Spencer en Inglaterra, Fourier y Auguste Comte en Francia.

A los representantes oficiales de la literatura española se les debe aplicar lo Biot decía de las congregaciones docentes: "Se parecen á las antiguas estatuas que servían para guiar á los viajeros, y hoy mismo, desde hace miles de años, continúan señalando con el dedo inmóvil caminos que ya no existen."

III

¿Contra qué resistencia vamos á luchar?

En las naciones europeas existen: una nobleza rica, influyente y de tradiciones arraigadas; un clero respetable, tanto por el saber como por la austeridad de conducta; una burguesía mercantil que pretende convertir en blasones los billetes de Banco, y unos campesinos fanáticos por ignorancia y monarquistas

por costumbre. Esa nobleza y ese clero, esa burguesía y esos campesinos, oponen tenaces resistencias al espíritu democrático y racionalista.

Nada igual ocurre en el Perú.

Aquí no existe nobleza; y á la idea de linaje puro, sonrío maliciosamente el que sabe cómo vivieron las familias nobles del Perú en tiempo del coloniaje, señaladamente en el siglo xvii.

Aquí, el clero carece de saber, inteligencia ó virtud, y no forma un cuerpo unido ni homogéneo: cura, fraile y clérigo se repelen, viven divorciados por antagonismo hereditario.

Aquí no conocemos la burguesía europea; hay, sí, una especie de clase media, inteligente, de buen sentido, trabajadora, católica, pero indiferente á luchas religiosas, amante de su país, pero hastiada con la política de que sólo recibe perjuicios, desengaños y deshonra.

Aquí, el pueblo de la sierra, cuerpo inerte, obedece al primer empuje; el de la costa, cuerpo flotante, cede á todos los vientos y á todas las olas. Hoy el pueblo, que no debe llamarse cristiano, sino fetiquista, oye y sigue al sacerdote; pero el día que impere en las leyes la completa libertad, escuchará y seguirá también al filósofo.

No existen, pues, en nuestro país elementos

para constituir un partido reaccionario capaz de oponer resistencias insuperables.

Partido sin jefe no se llama partido. ¿Quién se apellida aquí Francia, García Moreno, siquiera Núñez? Los mal nombrados partidos del Perú son fragmentos orgánicos que se agitan y claman por un cerebro, pedazos de serpiente que palpitan, saltan y quieren unirse con una cabeza que no existe. Hay cráneos, pero no cerebros. Ninguno de nuestros hombres públicos asoma con la actitud vertical que se necesita para seducir y mandar; todos se alejan encorvados, llevando en sus espaldas una montaña de ignominias.

Exceptuando la Independencia y el Dos de Mayo, en el Perú no se vertió una sola gota de sangre por una idea ni se hizo revolución alguna por un principio: las causas fueron partidos; los partidos, luchas subterráneas de ambiciones personales. Las novísimas agrupaciones de conservadores ó clericales confirman hoy la regla; se presentan como cuerpos amorfos, sedimentarios, formados por el detritus de nuestros malos partidos. Todos los pecadores en política, todos los hijos pródigos de la democracia, todos los hombres que sienten ya en su carne el olor á polvo de tumbas, acuden á buscar perdón y olvido en quien olvida y perdona, se refugian en esas casas de misericordia llamadas partidos retrógrados.

No puede negarse la influencia del clero secular en Lima, Cajamarea y Arequipa. Si algunos hombres respiran el aire sano del siglo xix, casi todas las mujeres se asfixian en la atmósfera de la Edad Media. La mujer, la parte sensible de la Humanidad, no pertenece á la parte pensadora: está en nuestros brazos, pero no en nuestro cerebro; siente, pero no piensa con nosotros, porque vive en místico desposorio con el sacerdote católico, porque ha celebrado bodas negras con los hombres del error, de la oscuridad y de la muerte.

Para salvar á la mujer, y con la mujer al niño, nos veremos frente á frente del clero secular, disperso en reducidas agrupaciones, abroquelado con la *Ley de Imprenta* y armado con la Teología.

Dejemos á la prensa religiosa calumniar y mentir: el sembrador de ideas no combate con fulminadores de improperios ni con amasadores de lodo. El gañán que abre surcos donde ha de germinar trigo, no se detiene á pisotear gusanos removidos y sacados al sol con la punta del arado.

No temamos la Teología con sus fantasmagorías extramundanas. Cuando Europa invadió Asia, los hijos del Oriente quisieron detener á los hijos del Norte con gigantescos ídolos de madera, cartón y trapo; cuando los hombres de hoy invadimos el país de las ti-

nieblas, surgen los hombres de ayer creyendo amedrentarnos con fantasmas y simulacros de la superstición.

El filósofo no retrocede, sigue adelante, penetra en el templo y rasga el velo, porque sabe que en el santuario no hay más que un sacerdote con todas las flaquezas de la humanidad, y un ídolo sin labios para responder á las amenazas de nuestros labios, ni brazos para detener los formidables golpes de nuestros brazos.

IV

Sea cual fuere el programa del *Círculo literario*, hay tres cosas que no podemos olvidar: la honradez en el escritor, la verdad en el estilo y la verdad en las ideas. Señores, recordémoslo siempre: sólo con la honradez en el escritor, sólo con la verdad en los escritos, haremos del *Círculo literario* una institución útil, respetable, invencible.

En vano los hombres del poder desdennan al escritor público y disimulan con la sonrisa del desdén los calofríos del miedo á la verdad: si hay algo más fuerte que el hierro, más duradero que el granito y más destructor que el fuego, es la palabra de un hombre honrado.

Desgraciadamente, nada se prostituyó más

en el Perú que la palabra; ella debía unir y dividir, debía civilizar y embrutecer, debía censurar y adular. En nuestro desquiciamiento general, la pluma tiene la misma culpa que la espada.

El diario carece de prestigio, no representa la fuerza inteligente de la razón, sino la embestida ciega de las malas pasiones. Desde el editorial ampuloso y kilométrico, hasta la crónica insustancial y chocarrera, se oye la diatriba sordida, la envidia solapada y algo como crujido de carne viva, despedazada por dientes de hiena. Esas frases gastadas y pensamientos triviales que se vacían en las enormes columnas del periódico, recuerdan el bullicioso río de fango y piedras que se precipita a rellenar las hondonadas y resquebrajaduras de un valle.

Si desde la guerra con Chile el nivel moral del país continúa descendiendo, nadie contribuyó más al descenso que el literato con sus adulaciones y mentiras, que el periodista con su improbidad y mala fe. Ambos, que debieron convertirse en acusadores y justicieros de los grandes criminales políticos, se hicieron encubridores y cómplices. El publicista rodeó con atmósfera de simpatías a detentadores de la hacienda nacional, y el poeta prodigó versos a caudillos salpicados con sangre de las guerras civiles. Las sediciones de

pretorianos, las dictaduras de Bajo Imperio, las persecuciones y destierros, los asesinatos en las cuadras de los cuarteles, los saqueos al tesoro público, todo fué posible, porque tiranos y ladrones contaron con el silencio ó el aplauso de una prensa cobarde, venal ó cortesana.

Como en el *Ahasverus* de Edgard Quinet pasan á los ojos del poeta las mujeres resucitadas, llevando en el corazón la herida del amor incurable, así mañana, ante las miradas de la posteridad, desfilarán nuestros escritores, queriendo ocultar en el pecho la lepra de la venalidad.

Es, señores, que hay la literatura de los hombres eternamente postrados, como las esfinges de piedra en el Egipto esclavo, y la literatura de los hombres eternamente de pie, como el Apolo de mármol en la Grecia libre.

Apartándonos de escuelas y sistemas, adquiriremos verdad en estilo y en ideas. Clasicismo y romanticismo, idealismo y realismo, cuestiones de nombres, pura logomaquia. No hay más que obras buenas ó malas: obra buena, quiere decir verdad en forma clara y concisa; obra mala, mentira en ideas y forma.

Verdad en estilo y lenguaje, vale tanto como verdad en el fondo. Hablar hoy con idiotismos y vocablos de otros siglos, significa mentir, falsificar el idioma. Como las pa-

labras expresan ideas, tienen su medio propio en que nacen y viven; ingerir en un escrito moderno una frase anticuada, equivale á in-crustar en la frente de un vivo el ojo cristali-zado de una momia.

En todas las literaturas abundan escritores arcaicos, aplaudidos por las academias y des-deñados por el público; pero no se conoce en la Historia el movimiento regresivo de todo un pueblo hacia las formas primitivas de su lengua.

El idioma es á las palabras como los perfo-dos geológicos á las especies; la especie, una vez desaparecida, no reaparece jamás. Pudo Cuvier reconstituir la osamenta de animales fósiles; pero no imaginó restablecer las fun-ciones fisiológicas, devolver el músculo vivo al esqueleto muerto. Así, el escritor anticua-do compone obras que tienen la rigidez del alambre y la frialdad del mármol, pero no la morbidez de la carne ni el calor de la sangre.

El estilo, para coronar su verdad, tiene que adaptarse á nuestro carácter y á nuestra épo-ca. *Hombres de imaginación ardiente y volun-tad inclinada á ceder, necesitamos un estilo que seduzca con imágenes brillantes y se imponga con arranques imperativos.* Aquí nos deleita-mos con estilo salpicado de figuras y nos arre-batamos con frases duras y frias como la hoja de una espada.

La palabra que se dirija hoy á nuestro pueblo debe despertar á todos, poner en pie á todos, agitar á todos, como campana de incendio en avanzadas horas de la noche. Después de San Juan y Miraflores, en el cobarde abatimiento que nos envilece y nos abruma, nadie tiene derecho de repetir miserias y puerilidades: todos vivimos en la obligación de pronunciar frases que levanten los pensamientos y fortalezcan los corazones.

Algo muere, pero también algo nace: muere la mentira con las lucubraciones metafísicas y teológicas, nace la verdad con la Ciencia positiva. Una vieja Atlántida se hunde poco á poco bajo las aguas del Océano; pero un nuevo y hermoso continente surge del mar, ostentando su flora sin espinos y su fauna sin tigres.

Empiece ya en nuestra literatura el reinado de la Ciencia. Los hombres no quieren deleitarse hoy con música de estrofas insulsas y bien pulidas ni con períodos altisonantes y vacíos: todos, desde el niño hasta el viejo, tenemos hambre y sed de verdades. Sí, verdades, aunque sean pedestres: á vestirse con alas de cera para elevarse unos cuantos metros y caer, es preferible tener pies musculosos y triple calzado de bronce para marchar en triunfo sobre espinas y rocas de la Tierra.

Cortezanos, políticos y diplomáticos no pien-

san así: llaman prudencia al miedo, á la confabulación de callarse, á la mentira sin palabras. Ciertó, el camino de la sinceridad no está circundado de rosas: cada verdad salida de nuestros labios concita un odio implacable, cada paso en línea recta significa un amigo menos. La verdad aísla; no importa: nada más salitario que las cumbres, ni más luminoso.

Rompamos el pacto infame y tácito de hablar á media voz. Dejemos la encrucijada por el camino real y la ambigüedad por la palabra precisa. Al atacar el error y acometer contra sus secuaces, no propinemos cintarazos con la espada metida en la funda; arrojemó estocadas á fondo, con hoja libre, limpia, centelleando al Sol.

Venga, pues, la verdad en su desnudez hermosa y casta, sin el velo de la sátira ni la vestidura del apólogo: el niño delicado y la mujer meticulosa endulzan las orillas del vaso que guarda el medicamento heroico, pero acibarrado; el hombre apura de un solo trago la más amarga pócima, siempre que encierre vida y salud.

En fin, señores, seamos verdaderos, aunque la verdad cause nuestra desgracia: con tal que la antorcha ilumine ¡poco importa si quema la mano que la enciende y la agita!

Seamos verdaderos, aunque la verdad desquicie una nación entera: ¡poco importan las

lágrimas, los dolores y los sacrificios de una sola generación, si esas lágrimas, si esos dolores, si esos sacrificios redundan en provecho de cien generaciones!

Seamos verdaderos, aunque la verdad convierta al Globo en escombros y ceniza: ¡poco importa la ruina de la Tierra, si por sus soledades silenciosas y muertas sigue retumbando eternamente el eco de la verdad!

1888

DISCURSO EN EL ENTIERRO DE LUIS MARQUEZ

No vengo á derramar públicas lágrimas por el hombre libertado ya del horror de pensar y del oprobio de vivir: consagro un recuerdo al fundador del *Círculo literario*, doy el último adiós al poeta, nada más.

Los héroes de los antiguos tiempos lloraban como niños y mujeres; los hombres de hoy no sabemos, no queremos llorar, y cuando sentimos que las lágrimas pugnan por subir á nuestros ojos, realizamos un supremo esfuerzo para detenerlas en lo íntimo del corazón.

Gastados precozmente en el uso de la vida, como la piedra contra el acero, conservamos, sin embargo, el culto á los muertos que se resume en el culto á nosotros mismos, pues en el sepulcro de los seres queridos encerramos un amor, una alegría ó una esperanza. Al acompañar hasta la última morada los restos de un hombre idolatrado, pensamos enterrar á otro, y nos enterramos á nosotros mismos.

Aunque existir no sea más que vacilar entre un mal cierto y conocido—la vida, y otro mal dudoso é ignorado—la muerte, amamos la roca estéril en que nacemos, á modo de aquellos árboles que ahondan sus raíces en las grietas de los peñascos; suspiramos por un Sol que ve con tanta indiferencia nuestra cuna como nuestro sepulcro; y sentimos la desolación de las ruinas cuando alguno de los nuestros cae devorado por ese abismo implacable en que nosotros nos despeñaremos mañana.

En vano repiten los antiguos por boca de Menandro: "Mueren jóvenes los predilectos de los dioses"; en vano también murmuran los ilusos de hoy: "Es horrible morir, dulce haber muerto." Los que no tienen idea segura de lo que puede seguir á esa inmersión en las tinieblas, llamada muerte, balancean del desaliento á la esperanza; y cuando se hallan al pie de una tumba querida, empiezan por reclinar la frente en el mármol frío, silencioso é impenetrable, y acaban por lanzar una mirada de indignación y despecho hacia esa inmensidad más fría, más silenciosa y más impenetrable que la piedra de los sepulcros.

¡La vida!... ¡La muerte!... Platón, después de medio siglo de meditaciones y desvelos, supo tanto sobre la vida y la muerte, como sabe hoy el labrador que mece la cuna de sus hijos ó

se reclina en la piedra que marca la fosa de sus abuelos. Pasaron siglos de siglos, pasarán nuevos siglos de siglos y los hombres quedaremos siempre mudos y aterrados ante el secreto inviolable de la cuna y del sepulcro. ¡Filosofías! ¡Religiones! ¡Sondas arrojadas á profundizar lo insondable! ¡Torres de Babel levantadas para ascender á lo inaccesible! Al hombre, á este puñado de polvo que la casualidad reúne y la casualidad dispersa, no le quedan más que dos verdades: la pesadilla amarga de la existencia y el hecho brutal de la muerte.

Sin embargo, ¿todo aparece en la vida color de sangre? ¿Habitamos un planeta de sólo tinieblas y horrores? Las frases homéricas "tierra-madre, dulce vida", ¿son ilusiones de poetas ó hay instantes en que saboreamos la dulzura de vivir y contemplamos á la tierra como buena y amorosa madre? Tal vez; pero en el combate diario, en casi todas las horas de nuestro desaliento, pensamos como Lucrecio: "Si los dioses existen, se bastan á sí, gozan tranquilamente de su inmortalidad sin acordarse de nosotros."

Mas, ¿á qué vanas palabras en el lugar del silencio? La vida, esa negra interrogación, oculta su clara respuesta aquí, en estos nichos abiertos, en estas bocas de fieras hambrientas que amenazan devorarnos.

¡Adiós, amigo! Tú, que de los labios destilabas la miel ática de los chistes, probaste ya el acibarado veneno de la agonía. Tú atravesaste ya por el tenebroso puente que nos lleva de este mundo al país de que ningún viajero regresó jamás. Tú sabes ya si la Naturaleza es amiga bondadosa que nos acoge en su seno para infundirnos sueño de felices visiones, ó madre sin entrañas que guarda para sí la salud, la juventud y la eternidad, reservando para sus hijos las enfermedades, la vejez y la nada.

1888

SEGUNDA PARTE

GRAU

Épocas hay en que todo un pueblo se personifica en un solo individuo: Grecia en Alejandro; Roma en César; España en Carlos V; Inglaterra en Cromwell; Francia en Napoleón; América en Bolívar. El Perú de 1879 no era Prado, La Puerta, ni Piérola: era Grau.

Cuando el *Huáscar* zarpaba de algún puerto en busca de aventuras, siempre arriesgadas, aunque á veces infructuosas, todos volvían los ojos al comandante de la nave, todos le seguían con las alas del corazón, todos estaban con él. Nadie ignoraba que el triunfo rayaba en lo imposible, atendida la superioridad de la escuadra chilena; pero el orgullo nacional se lisonjeaba de ver en el *Huáscar* un caballero andante de los mares, una imagen del famoso paladín que no contaba sus enemigos antes del combate, porque aguardaba contarlos vencidos ó muertos.

Nosotros, legítimos herederos de la caballeridad española, nos embriagábamos con el perfume de acciones heroicas, en tanto que otros, menos ilusos que nosotros y más imbuídos en las máximas del siglo, desdeñaban el humo de la gloria y se engolosinaban con el manjar de victorias fáciles y baratas.

¡Y merecíamos disculpa!

El *Huáscar* forzaba los bloqueos, daba caza á los transportes, sorprendía las escuadras, bombardeaba los puertos, escapaba ileso de las celadas ó persecuciones, y más que nave parecía un ser viviente con vuelo de águila, vista de lince y astucia de zorro. Merced al *Huáscar*, el mundo, que sigue la causa de los vencedores, olvidaba nuestros desastres y nos quemaba incienso; merced al *Huáscar*, los corazones menos abiertos á la esperanza cobraban entusiasmo y sentían el generoso estímulo del sacrificio; merced al *Huáscar*, en fin, el enemigo se desconcertaba en sus planes, tenía vacilaciones desalentadoras y devoraba el despecho de la vanidad humillada, porque el *Monitor*, vigilando las costas del Sur, apareciendo en el instante menos aguardado, parecía decir á la ambición de Chile: "Tú no pasarás de aquí". Todo esto debimos al *Huáscar*, y el alma del *Monitor* era Grau.

II

Nació Miguel Grau en Piura el año 1834. Nada notable ocurre en su infancia, y sólo merece consignarse que, después de recibir la instrucción primaria en la *Escuela náutica de Paita*, se trasladó á Lima para continuar su educación en el colegio del poeta Fernando Velarde.

· Á la muerte del discípulo, el maestro le consagró una entusiasta composición en verso. Descartando las exageraciones, naturales á un poeta sentimental y romántico, se puede colegir por los endecasílabos de Velarde, que Grau era un niño tranquilo y silencioso, quién sabe taciturno.

Nunca fuiste ruiñeño ni elocuente
y tu faz pocas veces sonreía,
pero inspirabas entusiasmo ardiente,
cariñosa y profunda simpatía.

Muy pronto debió de hastiarse con los estudios y más aún con el régimen escolar, cuando al empezar la adolescencia se enrola en la tripulación de un buque mercante. Seis ó siete años navegó por América, Europa y Asia, queriendo ser piloto práctico antes que marino teórico, prefiriendo costear continentes y

correr temporales, á navegar mecido constantemente por las olas del Pacífico.

Consideró la marina mercante como una escuela transitoria, no como una profesión estable, pues al creerse con aptitudes para gobernar un buque, ingresó á la Armada nacional. ¿A qué seguir paso á paso la carrera del guardia marina en 1857, del capitán de navío en 1873, del contralmirante en 1879? Reconstituir conforme á plan matemático la existencia de un personaje, conceder intención al más insignificante de sus actos, ver augurios de proezas en los juegos inocentes del niño, es fantasear una leyenda, no escribir una biografía. En el ordinario curso de la vida, el hombre camina prosaicamente, á ras del suelo, y sólo se descubre superior á los demás, con intermitencias, en los instantes supremos.

El año 1865 hubo momento en que Grau se atrajo las miradas de toda la nación, en que tuvo pendiente de sus manos la suerte del país. Conducía de los astilleros ingleses un buque de guerra á tiempo que la República se había revolucionado para deshacer el tratado Vivanco-Pareja. Plegándose á los revolucionarios, entregándoles el dominio del mar, Grau contribuyó eficazmente al derrumbamiento de Pezet.

La popularidad de Grau empieza al encenderse la guerra contra Chile. Antes pudo con-

fundirse con sus émulos y compañeros de armas ó diseñarse con las figuras más notables del cuadro; pero en los días de la prueba se dibujó de cuerpo entero, se destacó sobre todos, les eclipsó á todos. Fué comparado con Noel y Gálvez, y disfrutó como Washington la dicha de ser "el primero en el amor de sus conciudadanos". El Perú todo le apostrofaba como Napoleón á Goethe: "Eres un hombre."

III

Y lo era, tanto por el valor, como por las otras cualidades morales. En su vida, en su persona, en la más insignificante de sus acciones, se conformaba con el tipo legendario del marino.

Humano hasta el exceso, practicaba generosidades que en el fragor de la guerra concluían por sublevar nuestra cólera. Hoy mismo, al recordar la saña implacable del chileno vencedor, deploramos la exagerada clemencia de Grau en la noche de Iquique. Para comprenderle y disculparle, se necesita realizar un esfuerzo, acallar las punzadas de la herida entreabierta, ver los acontecimientos desde mayor altura. Entonces se reconoce que no son grandes los tigres que matan por matar ó hieren por herir, sino los hombres

que hasta en el vértigo de la lucha saben economizar vidas y ahorrar dolores.

Sencillo, arraigado á las tradiciones religiosas, ajeno á las dudas del filósofo, hacia gala de cristiano y demandaba la absolución del sacerdote antes de partir con la bendición de todos los corazones. Siendo sinceramente religioso, no conocía la codicia—esa vitalidad de los hombres yertos, ni la cólera violenta—ese momentáneo valor de los cobardes, ni la soberbia—ese calor maldito que sólo engendra víboras en el pecho.—Á tanto llegaba la humildad de su carácter que, hostigado un día por las alabanzas de los necios que asedian á los hombres de mérito, exclamó: “Vamos, yo no soy más que un pobre marinero que trata de servir á su patria.”

Por su silencio en el peligro, parecía hijo de otros climas, pues nunca daba indicios del bullicioso atolondramiento que distingue á los pueblos meridionales. Si alguna vez hubiera querido arengar á su tripulación, habría dicho espartanamente, como Nelson en Trafalgar: “La patria confía en que todos cumplan con su deber.” Hasta en el porte familiar se manifestaba sobrio de palabras; lejos de él la verbosidad que falsifica la elocuencia y remeda el talento. Hablaba como anticipándose al pensamiento de sus interlocutores, como temiendo desagradarles con la más leve con-

tradición. Su cerebro discernía con lentitud, su palabra fluía con largos intervalos de silencio, y su voz, de timbre femenino, contrastaba notablemente con sus facciones varoniles y toscas.

Ese marino forjado en el yunque de los espíritus fuertes, inflexible en aplicar á los culpables todo el rigor de las ordenanzas, se hallaba dotado de sensibilidad exquisita, amaba tiernamente á sus hijos, tenía marcada predilección por los niños. Sin embargo, su energía moral no se enervaba con el sentimiento, como lo probó en 1865 al adherirse á la revolución; rechazando ascensos y pingües ofertas de oro, desoyendo las sugerencias ó consejos de sus más íntimos amigos, resistiendo á los ruegos é intimaciones de su mismo padre, hizo lo que le parecía mejor, cumplió con su deber.

Tan inmaculado en la vida privada como en la pública, tan honrado en el salón de la casa como en el camarote del buque, formaba contraste con nuestros políticos y nuestros guerreros, existía como un verdadero anacronismo.

Como flor de sus virtudes transcendía la resignación; nadie conocía más el peligro, y marchaba de frente, con los ojos abiortos, con la serenidad en el semblante. En él, nada cómico ni estudiado; personificaba la naturali-

dad. Al ver su rostro leal y abierto, al coger su mano áspera y encallecida, se palpaba que la sangre venía de un corazón noble y generoso.

Tal era el hombre que en buque mal artillado, con marinería inexperta, se vió rodeado y acometido por toda la escuadra chilena el 8 de Octubre de 1879.

IV

En el combate homérico de uno contra siete pudo Grau rendirse al enemigo; pero comprendió que por voluntad nacional estaba condenado á morir, que sus compatriotas no le habrían perdonado el mendigar la vida en la escala de los buques vencedores.

Efectivamente. Si á los admiradores de Grau se les hubiera preguntado qué exigían del comandante del *Huáscar* el 8 de Octubre, todos habrían respondido con el Horacio de Corneille: "¡Que muriera!"

Todo podía sufrirse con estoica resignación, menos el *Huáscar* á flote con su comandante vivo. Necesitábamos el sacrificio de los buenos y humildes para borrar el oprobio de malos y soberbios. Sin Grau en la Punta de Angamos, sin Bolognesi en el Morro de Arica, ¿tendríamos derecho de llamarnos nación?

¡Qué escándalos no dimos al mundo, desde las ridículas escaramuzas, hasta las inexplicables dispersiones en masa; desde la fuga traidora de los caudillos, hasta las sediciones bizantinas; desde las maquinaciones subterráneas de los ambiciosos vulgares, hasta las tristes arlequinadas de los héroes funambulescos!

En la guerra con Chile, no sólo derramamos la sangre, exhibimos la lepra. Se disculpa el encalle de una fragata con tripulación novel y capitán atolondrado, se perdona la derrota de un ejército indisciplinado con jefes ineptos ó cobardes, se concibe el amilanzamiento de un pueblo por los continuos descalabros en mar y tierra; pero no se disculpa, no se perdona ni se concibe la reversión del orden moral, el completo desbarajuste de la vida pública, la danza macabra de polichinelas con disfraz de Alejandro y Césares.

Sin embargo, en el grotesco y sombrío drama de la derrota surgieron de cuando en cuando figuras luminosas y simpáticas. La guerra, con todos sus males, nos hizo el bien de probar que todavía sabemos engendrar hombres de temple viril. Alentémonos, pues; la rosa no florece en el pantano, y el pueblo en que nacen un Grau y un Bolognesi no está muerto ni completamente degenerado. Regocijémonos, si es posible; la tristeza de los in-

justamente vencidos conoce alegrías sinceras, así como el sueño de los vencedores implacables tiene despertamientos amargos, pesadillas horrorosas.

La columna rostral erigida para conmemorar el Dos de Mayo, se corona con la victoria en actitud de subir al cielo, es decir, á la región impasible que no escucha los ayes de la víctima ni las imprecaciones del verdugo. El futuro monumento de Grau ostentará en su parte más encumbrada un coloso en ademán de extender el brazo derecho hacia los mares del Sur.

Catalina de Rusia fijó en una calle meridional de San Petersburgo, un cartel que decía: "Por aquí es el camino á Constantinopla". Cuando la raza eslava siente impulsos de caminar hacia las "tierras verdes" ¿no recuerda las tentadoras palabras de Catalina? Si Grau se levantara hoy del sepulcro, nos diría... Es inútil repetir sus palabras: todos adivinamos ya qué deberes hemos de cumplir, adónde tenemos que dirigirnos mañana.

DISCURSO EN EL POLITEAMA

I

SEÑORES:

Los que pisan el umbral de la vida se juntan hoy para dar una lección á los que se acercan á las puertas del sepulcro. La fiesta que presenciamos tiene mucho de patriotismo y algo de ironía: el niño quiere rescatar con el oro lo que el hombre no supo defender con el hierro.

Los viejos deben temblar ante los niños, porque la generación que se levanta es siempre acusadora y juez de la generación que descende. De aquí, de estos grupos alegres y bulliciosos, saldrá el pensador austero y taciturno; de aquí, el poeta que fulmine las estrofas de acero retemplado; de aquí, el historiador que marque la frente del culpable con un sello de indeleble ignominia.

Niños, sed hombres temprano, madrugad á la vida, porque ninguna generación recibió

herencia más triste, porque ninguna tuvo deberes más sagrados que cumplir, errores más graves que remediar, ni venganzas más justas que satisfacer.

En la orgía de la época independiente, vuestros antepasados bebieron el vino generoso y dejaron las heces. Siendo superiores á vuestros padres, tendréis derecho para escribir el bochornoso epitafio de una generación que se va, manchada con la guerra civil de medio siglo, con la quiebra fraudulenta y con la mutilación del territorio nacional.

Si en estos momentos fuera oportuno recordar vergüenzas y renovar dolores, no acusaríamos á unos ni disculparíamos á otros. ¿Quién puede arrojar la primera piedra?

La mano brutal de Chile despedazó nuestra carne y machacó nuestros huesos; pero los verdaderos vencedores, las armas del enemigo, fueron nuestra ignorancia y nuestro espíritu de servidumbre.

II

Sin especialistas, ó más bien dicho, con aficionados que presumían de omniscientes, vivimos de ensayo en ensayo; ensayos de aficionados en Diplomacia, ensayos de aficionados en Economía política, ensayos de aficio-

nados en Legislación, y hasta ensayos de aficionados en Táctica y Estrategia. El Perú fué cuerpo vivo, expuesto sobre el mármol de un anfiteatro, para sufrir las amputaciones de cirujanos que tenían ojos con cataratas seniles y manos con temblores de paralítico. Vimos al abogado dirigir la hacienda pública, al médico emprender obras de ingeniatura, al teólogo fantasear sobre política interior, al marino decretar en administración de justicia, al comerciante mandar cuerpos de ejército... ¡Cuánto no vimos en esa fermentación tumultuosa de todas las mediocridades, en esas vertiginosas apariciones y desapariciones de figuras sin consistencia de hombre, en ese continuo cambio de papeles, en esa Babel, en fin, donde la ignorancia vanidosa y vocinglera se sobrepuso siempre al saber humilde y silencioso!

Con las muchedumbres libres aunque indisciplinadas de la Revolución, Francia marchó a la victoria; con los ejércitos de indios disciplinados y sin libertad, el Perú irá siempre a la derrota. Si del indio hicimos un siervo ¿qué patria defenderá? Como el siervo de la Edad Media, sólo combatirá por el señor feudal.

Y, aunque sea duro y hasta cruel repetirlo aquí, no imaginéis, señores, que el espíritu de servidumbre sea peculiar a sólo el indio de la

puna: también los mestizos de la costa recordamos tener en nuestras venas sangre de los súbditos de Felipe II mezclada con sangre de los súbditos de Huayna-Capac. Nuestra columna vertebral tiende á inclinarse.

La nobleza española dejó su descendencia degenerada y despilfarradora; el vencedor de la Independencia legó su prole de militares y oficinistas. Á sembrar el trigo y extraer el metal, la juventud de la generación pasada prefirió atrofiar el cerebro en las cuadras de los cuarteles y apergaminar la piel en las oficinas del Estado. Los hombres aptos para las duras labores del campo y de la mina, buscaron el manjar caído del festín de los gobiernos, ejercieron una insaciable succión en los jugos del erario nacional y sobrepusieron el caudillo que daba el pan y los honores á la patria que exigía el oro y los sacrificios. Por eso, aunque siempre existieron en el Perú liberales y conservadores, nunca hubo un verdadero partido liberal ni un verdadero partido conservador, sino tres grandes divisiones: los gobiernistas, los conspiradores y los indiferentes por egoísmo, imbecilidad ó desengaño. Por eso, en el momento supremo de la lucha, no fuimos contra el enemigo un coloso de bronce, sino una agrupación de limaduras de plomo; no una patria unida y fuerte, sino una serie de individuos atraídos por el interés

particular y repelidos entre sí por el espíritu de bandería. Por eso, cuando el más oscuro soldado del ejército invasor no tenía en sus labios más nombre que Chile, nosotros, desde el primer general hasta el último recluta, repetíamos el nombre de un caudillo, éramos siervos de la Edad Media que invocábamos al señor feudal.

Indios de punas y serranías, mestizos de la costa, todos fuimos ignorantes y siervos, y no vencimos ni podíamos vencer.

III

Si la ignorancia de los gobernantes y la servidumbre de los gobernados fueron nuestros vencedores, acudamos á la Ciencia, ese redentor que nos enseña á suavizar la tiranía de la Naturaleza; adoremos la Libertad, esa madre engendradora de hombres fuertes.

No hablo, señores, de la ciencia momificada que va reduciéndose á polvo en nuestras universidades retrógradas; hablo de la Ciencia robustecida con la sangre del siglo, de la Ciencia con ideas de radio gigantesco, de la Ciencia que trasciende á juventud y sabe á miel de panales griegos, de la Ciencia positiva que en sólo un siglo de aplicaciones industriales ha producido más bienes á la Humanidad.

dad que milenios enteros de Teología y Metafísica.

Hablo, señores, de la libertad para todos, y principalmente para los más desvalidos. No forman el verdadero Perú las agrupaciones de criollos y extranjeros que habitan la faja de tierra situada entre el Pacífico y los Andes; la nación está formada por las muchedumbres de indios diseminadas en la banda oriental de la cordillera. Trescientos años ha que el indio rastrea en las capas inferiores de la civilización, siendo un híbrido con los vicios del bárbaro y sin las virtudes del europeo; enseñadle siquiera á leer y escribir, y veréis si en un cuarto de siglo se levanta ó no á la dignidad de hombre. Á vosotros, maestros de escuela, toca galvanizar una raza que se adormece bajo la tiranía del juez de paz, del gobernador y del cura, esa trinidad embrutecedora del indio.

Cuando tengamos pueblo sin espíritu de servidumbre, y militares y políticos á la altura del siglo, recuperaremos Arica y Tacna, y entonces, y sólo entonces, marcharemos sobre Iquique y Tarapacá, daremos el golpe decisivo, primero y último.

Para ese gran día, que al fin llegará, porque el porvenir nos debe una victoria, fíenos sólo en la luz de nuestro cerebro y en la fuerza de nuestros brazos. Pasaron los tiempos en que

únicamente el valor decidía de los combates: hoy la guerra es un problema, la Ciencia resuelve la ecuación. Abandonemos el romanticismo internacional y la fe en los auxilios sobrehumanos: la Tierra escarnece á los vencidos, y el Cielo no tiene rayos para el verdugo.

En esta obra de reconstitución y venganza no contemos con los hombres del pasado: los troncos añosos y carcomidos produjeron ya sus flores de aroma deletéreo y sus frutas de sabor amargo. ¡Que vengan árboles nuevos á dar flores nuevas y frutas nuevas! ¡Los viejos á la tumba, los jóvenes á la obra!

IV

¿Por qué desesperar? No hemos venido aquí para derramar lágrimas sobre las ruinas de una segunda Jerusalén, sino á fortalecernos con la esperanza. Dejemos á Boabdil llorar como mujer, nosotros esperemos como hombres.

Nunca menos que ahora conviene el abatimiento del ánimo eobarde ni las quejas del pecho sin virilidad: hoy que Tacna rompe su silencio y nos envía el recuerdo del hermano cautivo al hermano libre, elevémonos unas cuantas pulgadas sobre el fango de las ambi-

ciones personales, y á las palabras de amor y esperanza, respondamos con palabras de aliento y fraternidad.

¿Por qué desalentarse? Nuestro clima, nuestro suelo, ¿son acaso los últimos del Universo? En la tierra no hay oro para adquirir las riquezas que debe producir una sola Primavera del Perú. ¿Acaso nuestro cerebro tiene la forma rudimentaria de los cerebros hotentotes, ó nuestra carne fué amasada con el barro de Sodoma? Nuestros pueblos de la sierra son hombres amodorrados, no estatuas petrificadas.

No carece nuestra raza de electricidad en los nervios ni de fósforo en el cerebro; nos falta, sí, consistencia en el músculo y hierro en la sangre. Anémicos y nerviosos, no sabemos amar ni odiar con firmeza. Versátiles en política, amamos hoy á un caudillo hasta sacrificar nuestros derechos en aras de la dictadura; y le odiamos mañana hasta derribarle y hundirle bajo un aluvión de lodo y sangre. Sin paciencia de aguardar el bien, exigimos improvisar lo que es obra de la incubación tardía, queremos que un hombre repare en un día las faltas de cuatro generaciones. La historia de muchos gobiernos del Perú cabe en tres palabras: imbecilidad en acción; pero la vida toda del pueblo se resume en otras tres: versatilidad en movimiento.

Si somos versátiles en amor, no somos menos en odio: el puñal está penetrando en nuestras entrañas y ya perdonamos al asesino. Alguien ha talado nuestros campos, y quemado nuestras ciudades, y mutilado nuestro territorio, y asaltado nuestras riquezas, y convertido el país entero en ruina de un cementerio; pues bien, señores, ese alguien á quien jurábamos rencor eterno y venganza implacable, empieza á ser cohtado en el número de nuestros amigos, no es aborrecido por nosotros con todo el fuego de la sangre, con toda la cólera del corazón.

Ya que hipocresía y mentira forman los polos de la Diplomacia, dejemos á los gobiernos mentir hipócritamente jurándose amistad y olvido. Nosotros, hombres libres reunidos aquí para escuchar palabras de lealtad y franqueza; nosotros, que no tenemos explicaciones ni respetamos susceptibilidades; nosotros levantemos la voz para enderezar el esqueleto de estas muchedumbres encorvadas, hagamos por oxigenar esta atmósfera viciada con la respiración de tantos organismos infectos, y lancemos una chispa que inflame en el corazón del pueblo el fuego para amar con firmeza todo lo que se debe amar, y para odiar con firmeza también todo lo que se debe odiar.

¡Ojalá, señores, la lección dada hoy por los *Colegios libres de Lima* halle ejemplo en los

más humildes caseríos de la República! ¡Ojalá todas las frases repetidas en fiestas semejantes no sean melifluas alocuciones destinadas á morir entre las paredes de un teatro, sino ruidos martillazos que retumben por todos los ámbitos del país! ¡Ojalá cada una de mis palabras se convierta en trueno que repercuta en el corazón de todos los peruanos y despierte los dos sentimientos capaces de regenerarnos y salvarnos: el amor á la patria y el odio á Chile! Coloquemos nuestra mano sobre el pecho, el corazón nos dirá si debemos aborrecerle...

Si el odio injusto pierde á los individuos, el odio justo salva siempre á las naciones. Por el odio á Prusia, hoy Francia es poderosa como nunca. Cuando París vencido se agita, Berlín vencedor se pone de pie. Todos los días, á cada momento, admiramos las proezas de los hombres que triunfaron en las llanuras de Maratón ó se hicieron matar en los desfiladeros de las Termópilas; y bien, "la grandeza moral de los antiguos helenos consistía en el amor constante á sus amigos y en el odio inmutable á sus enemigos". No fomentemos, pues, en nosotros mismos los sentimientos anodinos del guardador de serrallos, sino las pasiones formidables del hombre nacido para engendrar á los futuros vengadores. No diga el mundo que el recuerdo de la injuria se

borró de nuestra memoria antes que desapareciera de nuestras espaldas la roncha levantada por el látigo chileno.

Verdad, hoy nada podemos, somos impotentes; pero aticemos el rencor, revolvámonos en nuestro despecho como la fiera se revuelca en las espinas; y si no tenemos garras para desgarrar ni dientes para morder, ¡que siquiera los mal apagados rugidos de nuestra cólera viril vayan de cuando en cuando á turbar el sueño del orgulloso vencedor!

1888

PERÚ Y CHILE

I

El Perú no sufrió calamidad más desastrosa que la guerra con Chile. Las campañas de la Independencia y la segunda lucha con España nos costaron preciosas vidas y grandes sacrificios; pero nos dieron vida propia, nombradía y levantaron el espíritu nacional. El 9 de Diciembre nacimos, el 2 de Mayo crecimos, nos agigantamos.

Es que en 1824 y 1866 no sufrimos el empequeñecimiento de la derrota. La sangre derramada en los campos de batalla, los capitales destruidos en el incendio, las riquezas perdidas en el saqueo de las poblaciones, muy poco significan en comparación de los males que inficionan el organismo de las naciones vencidas. El perjuicio causado por nuestro vencedor no está en los asesinatos, en las devastaciones ni en las rapiñas: está en lo que nos deja y nos enseña.

Chile se lleva guano, salitre y largos jirones de territorio; pero nos deja el amilanamiento, la pequeñez de espíritu, la conformidad con la derrota y el tedio de vivir modesta y honradamente. Se nota en los ánimos apatía que subleva, pereza que produce rabia, envilecimiento que mueve á náuseas.

Chile nos enseña su ferocidad araucana. En la última contienda civil nos mostramos crueles hasta la barbarie, hicimos ver que el roce con un enemigo implacable y sanguinario había endurecido nuestras entrañas. Botaron, de no sabemos dónde, almas en cólera ó fieras desconocidas en la fauna peruana. La ingénita mansedumbre del carácter nacional tuvo regresiones á la fiera primitiva. En la nación magnánima (donde las discordias civiles terminaron siempre con el olvido para los errores comunes y la conmiseración para el hermano caído), queda hoy, después de la lucha, el odio de enemigos vascuences, el rencor de tigre á tigre. Rencor y odio que deberíamos reservar para el enemigo de todos, los atizamos contra nosotros mismos. De nuestro sueño cataléptico despertamos para sólo esgrimir los puños y lanzarnos imprecaciones de muerte.

Es que en el comercio íntimo, en el trato duradero y en la conquista secular, se opera fusión de razas con amalgamamiento de vicios y

virtudes; mientras en la invasión destructora y violenta, vencido y vencedor olvidan las virtudes propias y adquieren los vicios del extraño. Los pueblos más civilizados ocultan su reverso salvaje y bestial: en la guerra se verifica el choque de hombre contra hombre por el lado bestial y salvaje.

Si el Perú se contagió con la ferocidad auracana, Chile se contaminó con el virus peruano. El contacto de ambas naciones recuerda el abrazo de Almanzor, un medio de comunicarse la peste. Nadie ignora que nuestro vencedor de ayer se ve atacado ya por el cáncer de la más sórdida corrupción pública: las prensas de Santiago y Valparaíso lo dicen á todas horas y en todos los tonos. Chile retrata hoy al Perú de la *Consolidación* y del *Contrato Dreyfus*: entra por el camino que nosotros seguíamos, será lo que fuimos. El mendigo que hace poco se llamaba feliz con la raja de sandía y el puñado de porotos, se ahitará mañana en los opíparos festines del magnate improvisado. Con facilidad se vuelve pródigo el tahir que entra pobre á la casa de juego y sale rico por un golpe de fortuna.

Pero no veamos una compensación de nuestras calamidades en la corrupción política de nuestro enemigo, ni pensemos abandonarle nuestra riqueza y nuestro territorio como un presente griego, ni creamos que en su orga-

nismo acabamos de inocular un germen de muerte prematura.

Chile, con todas sus miserias, nos vencerá mañana y siempre, si continuamos siendo lo que fuimos y lo que somos. Rodeados con el prestigio de sus victorias, posee crédito; así que en toda guerra tendrá dinero, y con el dinero, soldados y buques, rifles y cañones, amigos y espías.

De loco debe tacharse al pueblo que para robustecerse no abriga más esperanza que la debilitación de los pueblos limítrofes. Ver encorvarse al vecino ¿equivale á crecer nosotros? Ver sangrar un enemigo ¿da una gota de sangre á nuestras venas? El decaimiento de Chile debería regocijarnos, si el nuestro cesara ó fuera menor, si en tanto que él se achica nosotros creciéramos; pero sucede que mientras Chile decrece en progresión aritmética, nosotros lo haremos en progresión geométrica. La fuerza de las naciones se oculta en ellas mismas, viene de su elevación moral. La luz del gas que arde á nuestros ojos, irradia los rayos del Sol almacenados en las entrañas de la Tierra; el hombre que nos deslumbra con su generosidad ó su heroísmo, descubre las virtudes incubadas lentamente al calor de una buena educación.

II

De veinte años á la fecha, desde las victorias de Prusia, el mundo europeo tiende á convertir sus hombres en soldados y sus poblaciones en cuarteles. Á la plaga de los individuos—el alcoholismo, responde la peste de las naciones—el militarismo. Nadie se pregunta si habrá conflagración universal; sólo se quiere adivinar quién desenvainará la espada, dónde será el campo de batalla, qué naciones quedarán arrolladas, pisoteadas y pulverizadas. Todos aguardan la crisis suprema, porque saben que los bebedores de sangre sufren también sus ataques de *delirium tremens*.

Chile, con el instinto de imitación, natural á los pueblos juveniles, remeda el espíritu guerrero de Alemania y enarbola en América el estandarte de la conquista. El imperio alemán apresó con sus garras de águila Alsacia y Lorena; Chile cogió con sus uñas de bultre Iquique y Tarapacá, y, para ser más que Alemania, piensa coger Arica, Tacna y acaso el Perú entero.

Entretanto, ¿qué hacemos nosotros? Viviendo en la región de las teorías, olvidamos que los Estados no se rigen por humanitarismo

romántico ni ponen la mejilla izquierda cuando reciben una bofetada en la derecha; olvidamos que ante la inmolación de un pueblo todos observan una prudencia egoísta, cuando no cubren de flores al vencedor y abruman de ignominias al vencido; olvidamos, por último, que en las relaciones individuales los hombres menos civilizados conservan un resto de pudor social y guardan las apariencias de guiarse por la filantropía, mientras en la vida internacional las naciones más cultas se quitan la epidermis civilizada y proceden como salvajes en la selva.

Nosotros no caímos porque las guerras civiles nos debilitaran ó nos esquilmaran. Luchas más desgarradoras y tenaces que las nuestras tuvieron la Argentina, Venezuela, Colombia y particularmente Méjico. Caímos porque Chile, que vela mientras el Perú duerme, nos sorprendió pobres y sin crédito, desprevenidos y mal armados, sin ejército ni marina.

¡Ojalá hubiéramos pasado por algunas de aquellas revoluciones radicales que remueven de alto á bajo la sociedad y la dividen en dos bandos sin consentir indiferentes ó egoístas! Desgraciadamente, como las tempestades en el Océano, todas nuestras sediciones de cuartel se deslizaron por la superficie sin alcanzar á sacudir el fondo.

Si las sediciones de pretorianos denuncian decadencia, los continuos levantamientos populares manifiestan superabundancia de vida. Las naciones jóvenes poseen un sobrante de fuerza que dirigen contra su propio organismo cuando no le emplean en la agricultura, la industria, las artes ó la conquista. Los pueblos se agitan para su bien, como los niños saltan y corren para lubricar sus articulaciones y desarrollar sus músculos. Las guerras civiles sirven de aprendizaje para las guerras exteriores: son la gimnasia de las naciones. Santas las llamó Joseph de Maitre, y Chateaubriand sostuvo que retemplaban y regeneraban á los pueblos.

Nuestro enemigo nos aventajó en el espíritu práctico y hasta en la humildad que le hizo buscar la luz en todas partes y aceptar el bien, viniera de donde viniera. Extranjeros regeneraron sus Universidades, extranjeros redactaron sus Códigos, extranjeros arreglaron su Hacienda pública, extranjeros le adiestraron en dirigir contra nosotros la puntería de los cañones Krupp.

Nosotros procedimos en sentido inverso: figurándonos que nuestro empirismo semi-teológico y semiescolástico era el summum de la sabiduría, cerramos el paso á todo lo que no fuera exclusivamente nacional, y nos entregamos ciegamente á la iniciativa de nues-

tros hombres. Y ¿qué tuvimos?, lo de siempre: buenos sabios que de la instrucción pública hicieron un caos, buenos hacendistas que nunca organizaron un solo presupuesto, buenos diplomaticos que celebraron convenciones funestas, buenos marinos que encallaron los buques, y buenos militares que perdieron las batallas.

Hoy mismo, después del tremendo cataclismo, nos adormecemos en la confianza, olvidamos que Chile nos daría mil vidas para deleitarse en quitárnoslas una por una, y seguimos educando á la juventud, no para hombres que han de luchar en los campos de batalla, sino para funcionarios pasivos que han de anquilosar sus articulaciones entre los cuatro muros de una oficina. Continuamos con todas nuestras preocupaciones de casta y secta, con todas nuestras pequeñeces de campanario. Si persona extraña viene á ofrecernos luz ó á querer inocularnos el fermento de la vida moderna, nos sublevamos en masa, nos creemos ofendidos en el orgullo nacional, y llamamos dignidad herida á lo que en todas partes se nombra ignorancia presuntuosa y desvergonzada. Cuando pluma extranjera censura nuestros vicios sociales ó descubre las miserias de nuestros hombres públicos, estallamos de ira y pregonamos á la faz del mundo que en los negocios del Perú deben mezclarse únicamen-

te los peruanos, que nuestros hombres públicos no pertenecen al tribunal del género humano, sino á la jurisdicción privativa de sus compatriotas... Afirmaciones de topo que nada concibe más allá de la topera; exclusivismos de infusorio que limita su radio visual á la gota de agua.

III

Nada tan hermoso como derribar fronteras y destruir el sentimiento egoísta de las nacionalidades para hacer de la Tierra un solo pueblo y de la Humanidad una sola familia. Todos los espíritus elevados y generosos convergen hoy al cosmopolitismo; todos repetirían con Schopenhauer, que "el patriotismo es la pasión de los necios y la más necia de todas las pasiones". Pero mientras llega la hora de la paz universal, mientras vivimos en una comarca de corderos y lobos, hay que andar prevenidos para mostrarse corderos con el cordero y lobos con el lobo.

Tenemos que cerrar el paso á la conquista y defender palmo á palmo nuestro territorio, porque la patria no es sólo el pedazo de tierra que hoy bebe nuestras lágrimas y mañana beberá nuestra sangre, sino también el molde especial en que se vacía nuestro ser, ó mejor

dicho, la atmósfera intelectual y moral que respiramos. Tanto debe el hombre al país en que nace como el árbol al terreno en que arraiga. Conquistarnos equivale á modificar súbitamente nuestro modo de existir, á sumergirnos en otro medio ambiente para condenarnos á la asfixia.

Y no todo se reduce á nuestro mezquino interés personal. Gozamos de las propiedades nacionales como se goza de un bien usufructuario; si de nuestros padres heredamos un territorio grande y libre, un territorio grande y libre debemos legar á nuestros descendientes, ahorrándoles la afrenta de nacer en país vencido y mutilado, evitándoles el sacrificio de recuperar á costa de su sangre los bienes y derechos que nosotros no supimos defender á costa de la nuestra. Nada tan cobarde como la generación que paga sus deudas endosándolas á las generaciones futuras.

Ideas más nobles obligan también á repeler todo ataque y vengar todo atropellamiento. "Sufrir una injuria es dar alas á la violencia y contribuir cobardemente al triunfo de la injusticia. Si el derecho vulnerado cediera sin resistir, el mundo caería muy pronto en garras de la iniquidad" (1).

Los hombres de ayer, que olvidaron todo eso, desfilan á nuestros ojos, sofocando en su

(1) Louis Ménard.—*La moral avant les philosophes.*

pecho la voz del remordimiento y queriendo borrar de su frente las indelebles manchas de lodo y sangre; los hombres de hoy seremos execrados por la generación de mañana, si no damos á nuestros músculos vigor para herir y á nuestro cerebro luz para saber dirigir el golpe.

Necesitamos verificar una evolución para adaptarnos al medio internacional en que vivimos. Por carácter, por la benignidad del clima, por la riqueza del país, por la facilidad de vivir holgadamente con poco trabajo, somos pacíficos, anticonquistadores, amigos del reposo y refractarios á la emigración. Por nuestra posición geográfica, rodeados del Ecuador, el Brasil, Bolivia y Chile, condenados fatalmente á ser campo de batalla donde se rifen los destinos de Sur-América, tenemos que transformarnos en nación belicosa. El porvenir nos emplaza para una guerra defensiva. Ó combatientes ó esclavos.

Cierto, el querer caprichoso no basta para crear instintos nacionales ó improvisar acontecimientos; pero la voluntad, firme y guiada por la Ciencia, logra modificar el mundo externo, variar lentamente la condición moral de las sociedades y convertir al hombre en la verdadera Providencia de la Humanidad. Hay animal submarino que, á falta de ojos, adquiere antenas para caminar á tientas en las pro-

fundidades tenebrosas, y un pueblo hundido en el oprobio de la derrota no puede crearse pasiones para odiar ni fuerzas para vengarse!

La evolución salvadora se verificará por movimiento simultáneo del organismo social, no por la simple iniciativa de los mandatarios. ¿Por qué aguardar todo de arriba? La desconfianza en nosotros mismos, el pernicioso sistema de centralizar todo en manos del Gobierno, la manía de someternos humildemente al impulso de la capital, influyeron desastrosamente en la fortuna del país. Especie de ciegos acostumbrados al lazarillo, quedamos inmóviles al sentirnos solos. Cuando en la guerra perdimos Lima, nos encontramos sin ojos, sin cerebro, como decapitados. En la nación bien organizada el pueblo no vive como el pasajero que descansadamente dormita en su camarote y de cuando en cuando abre los ojos para saber por curiosidad el número de leguas recorridas; por el contrario, todos mandan, todos trabajan, todos velan, porque hacen a la vez de capitán, de tripulación y de pasajeros.

IV

Hay un valor que en los lances supremos conduce al sacrificio, y otro valor que en la

existencia diaria se ciñe al cumplimiento de vulgares deberes. No necesitamos ahora del valor poético y acaso fácil porque sólo requiere un momento de resolución; necesitamos, sí, del valor prosaico y acaso difícil porque exigen constancia en el trabajo y conformidad en la medianía. Morir violentamente á la luz del Sol, entre el aplauso de la muchedumbre, causa menos amargura que perecer lentamente en la oscuridad y silencio de una mina.

Estamos caídos, pero no clavados contra una peña; mutilados, pero no impotentes; desangrados, pero no muertos. Unos cuantos años de cordura, un ahorro de fuerzas, y nos veremos en condiciones de actuar con eficacia. Seamos una perenne amenaza, ya que todavía no podemos ser más. Con nuestro rencor siempre vivo, con nuestra severa actitud de hombres, mantendremos al enemigo en continua zozobra, le obligaremos á gastar oro en descomunales armamentos y agotaremos sus jugos. Un día de progreso en el Perú es una noche de pesadilla en Chile.

Hablar de revancha inmediata, de próxima reivindicación á mano armada, toca en delirio; lo seguro, lo cuerdo, estriba en apercebirse para la obra de mañana. Trabajemos con la paciencia de la hormiga, y acometamos con la destreza del gavilán. Que la codicia de Chile

engulla guano y salitre; ya vendrá la hora de que su carne coma hierro y plomo.

Dejemos á otros el soñar reivindicaciones sin combates ó evoluciones sin víctimas, y pensemos que lo malo no está en derramar sangre, sino en derramarla infructuosamente. Los pueblos no cuentan con más derechos que los defendidos ó conquistados con el hierro; y la libertad nace en las barricadas ó campos de batalla, no en protocolos diplomáticos ni ergos y distingos de los doctores de Salamanca.

Digan lo que digan ilusos y sentimentales, quien vence, vence. El vencedor, aunque pulverice al vencido y cometa delitos de lesa humanidad, deslumbra y seduce al mundo. En la mascarada de la historia, todo crimen con la aureola del buen éxito se conquista el nombre de virtud.

Si algo cuesta salir vencido, respondan los habitantes de Iquique y Tarapacá, condenados á vivir de huéspedes en su propia casa; respondan los de Arica y Tacna, destinados á esperar dudoso rescate, como navegantes cautivados por piratas argelinos.

Nosotros, que vemos el Sol sin que nos de sombra la figura del invasor, no alcanzamos á imaginar la reprimida cólera de los peruanos sometidos á la dominación de Chile. Ellos confían y esperan en nosotros. No hablan; pero en silencio nos tienden los brazos, en silencio

vuelven los ojos hacia nosotros, en silencio paran el oído aguardando escuchar el rumor de nuestros pasos. Como la Polonia de Víctor Hugo, las poblaciones del Sur esperan, y esperan, y nadie va.

¿Y quién ha de ir? Antes que nosotros vayamos hacia ellas alguien regresará contra nosotros. Chile no olvida el camino del Perú: volverá. Y sus venidas son de temerse, porque recuerdan las invasiones de los hunos y las razzias de los árabes: él destruye todo lo inmueble, desde la casa del rico hacendado hasta la choza del pobre indio; él traslada a Santiago todo lo mueble, desde el laboratorio de la escuela hasta el urinario de la plaza pública. Quien fabrique una habitación, trabaje una mina ó siembre un campo, debe pensar que fabrica, trabaja ó siembra para Chile. La madre que se regocije con su hijo primogénito, debe pensar que ha de verle acribillado por balas chilenas; el padre que se enorgullezca con su hija predilecta, debe pensar que ha de verla violada por un soldado chileno.

Mientras se desgalgue la segunda invasión, atengámonos á ver en todas nuestras cuestiones financieras ó internacionales la solapada intervención de Chile, cuando no la ingerencia escandalosa y las órdenes conminatorias. Resuelto el problema de Arica y Tacna, suscitará nuevas complicaciones para mantener-

nos en continuo jaque; y el día que aparente olvidarnos ó finja sentimientos benévolos, será cuando piense más en nosotros y fragüe mayores perfidias en nuestro daño. No satisfecho con habernos herido y expoliado, ni con hacernos sentir á cada momento la humillación de la derrota, Chile buscará frívolos achaques para denigrarnos y acometernos, porque persigue la obra sistemática y brutal de imprimirnos en la cara un afrentoso estigma, de clavarnos un puñal en el corazón.

1888.

15 DE JULIO

I

La mejor manera de honrar la memoria de los hombres sacrificados por una idea, consiste en imitar su ejemplo, no en lamentarse como plañideras ni en rezar como cartujos. Nos haríamos dignos de Bolognesi y Grau si, en vez de limitarnos á enterrar montones de polvo y huesos, sepultáramos hoy todas nuestras miserias y todos nuestros vicios. Los vivos seríamos superiores á los muertos si trazáramos una línea de luz y dijéramos: aquí termina un pasado de ignominias, aquí empieza un porvenir de regeneración.

Un soplo de ira sacude el corazón más indiferente al recordar que todo sacrificio fué inútil, al ver que hoy se reduce á procesión fúnebre lo que pudo ser una marcha triunfal hacia el apoteosis.

Cuando el 2 de Mayo conducíamos al cementerio los cadáveres de nuestros guerreros destrozados por las bombas españolas, no

parecíamos una muchedumbre de sombras escoltando una caravana de ataúdes.

En vano queremos regocijarnos con el recuerdo de acciones heroicas, en vano intentamos sedecir al mundo con la justicia de nuestra causa y la alevosía del enemigo implacable; todos escondemos en el pecho la tristeza del derrotado, todos mostramos en la frente la humillación del vencido.

Como los sacerdotes del Paganismo ya decrepito no podían encontrarse cara á cara sin sonreír maliciosamente, así los hijos de este pueblo desmembrado y abatido no podemos mirarnos frente á frente sin sonrojarnos de vergüenza.

Esta fúnebre ceremonia recuerda el careo del criminal con la víctima. Estos muertos, si nos honran y nos vindican, también nos acusan. Si estérilmente se sacrificaron, ¿de quién fué la culpa?

Más que recordar acciones mil veces recordadas, más que ensalzar nombres mil veces ensalzados, convendría pensar en estos momentos por qué caímos al abismo cuando podíamos estar de pie sobre la cumbre, por qué fuimos vencidos cuando teníamos derecho y obligación de vencer, por qué no marchamos hoy por el camino de la reivindicación y la venganza.

Pero, ¿á qué salpicar de lodo la cara de los

vivos mientras cubrimos de flores la tumba de los muertos? Sepultemos con amor á los buenos que nos honran, dejemos en paz á los malos que nos envilecieron y nos envilecen.

II

Todos habríamos deseado que la traslación de nuestros muertos se hubiera reducido á ceremonia de familia, pero la diplomacia no lo quiso; el hermano en duelo tuvo que verse entre los restos del hermano asesinado y la aborrecida figura del matador. Nuestro enemigo acaba de enviarnos con ironía sangrienta á los mismos que en el campo de batalla negaron cuartel al prisionero y al herido, á los mismos que en el templo bendijeron y glorificaron el robo, el asesinato y el incendio.

Chile, como el tirano que mataba sus mujeres y después saciaba en el cadáver su apetito de fiera con delirio genesíaco, chupó ayer nuestra sangre, trituró nuestros músculos, y quiere hoy celebrar con nosotros un contubernio imposible sobre el polvo de un cementerio.

No creamos en la sinceridad de sus palabras ni en la buena fe de sus actos; hoy se abraza contra nosotros, para con la fuerza del

abrazo hundir más y más el puñal que nos clavó en las entrañas. Dejemos ya de alucinarnos; en nuestro enemigo el hábito de aborrecernos se ha convertido en instinto de raza. En el pueblo chileno, la guerra contra el Perú se parece á la guerra santa entre musulmanes; hasta las piedras de las calles se levantarían para venir á golpear, destrozar y desmenuzar nuestro cráneo. Chile, como el Alejandro crapuloso en el festín de Dryden, mataría siete veces á nuestros muertos; más aún: como el Otelo de Shakspeare, se gozaría en matarnos eternamente.

Aquí, alrededor de estos sepulcros, debemos reunirnos fielmente, no para hablar de confraternidad americana y olvido de las injurias, sino para despertar el odio cuando se adormezca en nuestros corazones, para reabrir y enconar la herida cuando el tiempo quiera cicatrizar lo que no debe cicatrizarse nunca.

Tenderemos la mano al vencedor, después que una generación más varonil y más aguerrida que la generación presente haya desencadenado sobre el territorio enemigo la tempestad de asolación que Chile hizo pasar sobre nosotros, después que la sangre de sus habitantes haya corrido como nuestra sangre, después que sus campos hayan sido talados como nuestros campos, después que sus poblaciones hayan ardido como nuestras poblaciones,

Entretanto, nada de insultos procaces, de provocaciones insensatas ni de empresas aventuradas ó prematuras; pero tampoco nada de adulaciones y bajezas, nada de convertirse los diplomáticos en lacayos palaciegos, ni los presidentes de la República en humildes caporales de Chile. Vamos creciendo lentamente, ocultamente, como el banco de corales en las inmensidades del Océano. En la escuela, en el taller, en el cuartel, en el hogar, en todas partes, sembremos grano á grano la buena semilla. Acumulemos gota á gota el deseo de la revancha, y cuando las gotas hayan formado un mar y tenga fuerza nuestro brazo y esté cultivada nuestra inteligencia..., entonces cumplamos con nuestro deber.

Recordemos que al vencido le queda un solo consuelo: no esperar clemencia del vencedor. Seamos prácticos: no olvidemos que las repúblicas regidas por espíritu de vagas teorías son mujeres jóvenes y ardorosas condenadas á las estériles caricias de un viejo impotente. Abramos los ojos si no queremos que la generación naciente sea mañana lo que nosotros somos hoy: enterradores de muertos y lamentadores de infortunios.

En fin, no imaginemos que con haber agotado las flores de los jardines, las figuras de la Retórica y los responsos de la Liturgia, hemos hecho cuanto un pueblo tiene que hacer por

la memoria de sus buenos hijos. Hoy celebramos una ceremonia provisional. Los funerales de Atila fueron batallas sangrientas. El funeral digno de Grau y Bolognesi le celebraremos mañana, es decir, le celebrará la generación gloriosa que gane á Chile la batalla campal, que nos devuelva Arica y Tacna, Iquique y Tarapacá.

1890.

TERCERA PARTE

VIGIL

I

Francisco de Paula González Vigil, nació en Tacna el 13 de Septiembre de 1792.

En los *Apuntes acerca de mi vida*, ó breve autobiografía inédita que redactó en Diciembre de 1867, dice:

“Mis padres fueron el señor don Joaquín González Vigil y la señora doña Micaela Yáñez. Era yo el primogénito de mis hermanos y por esta circunstancia me dedicaron mis padres al estudio.

„Recibí la beca en el seminario conciliar de Arequipa el 16 de Julio de 1803, cuando era obispo el señor Chávez de la Rosa, insigne protector, padre del colegio. Estudié Gramática, Filosofía, Matemáticas y Teología.

„El 12 de Septiembre de 1812 me gradué

de doctor teólogo en la Universidad de San Antonio del Cuzco. Regresé por Arequipa á Tacna, donde estudié el Derecho Natural con el señor cura doctor don Juan José de la Fuente y Bustamante.

„En 1815 me invitó el señor obispo la Encina con el vicerrectorado y la cátedra de Teología en el seminario, si estaba resuelto á ordenarme. Empecé mi viaje á Arequipa, entré á ejercicios en la misma casa del señor obispo, y aterrado á vista de lo que iba á hacer, me fugué la víspera de la ordenación. Después de algunos días, me presenté al señor obispo, quien me recibió con los brazos abiertos. Me dió la cátedra de Filosofía y Matemáticas en el colegio.

„En 1817 me enfermé gravemente y me vino otra vez el pensamiento de ordenarme, lo que apoyó mi director espiritual el venerable padre fray Mateo Campló. Me ordenó de subdiácono en Diciembre de 1818, de diácono en Marzo de 1819 y de presbítero en Septiembre del mismo año el señor Goyeneche, que de antemano me nombrara vicerrector y catedrático de Teología. Fui á Tacna á decir la primera Misa.

„En 1822 hice oposición á la silla magistral del coro de Arequipa. En 1823 me separé enteramente del seminario y volví á Tacna...”

Los *Apuntes* no derraman mucha luz sobre

lo acaecido desde 1823 hasta 1826. Acaso esos tres años fueron una época de violentas crisis á lo Jouffroy ó de interminables combates á lo Lamennais. ¿Por qué la separación misteriosa y súbita del seminario? ¿Por qué sólo venirle otra vez el pensamiento de ordenarse cuando se vió enfermo de gravedad, probablemente cuando el cerebro no estaría en el ejercicio libre de sus funciones? Esa fuga ó escapada en 1815, la víspera de la ordenación, ¿se explica por exagerado escrúpulo del buen creyente ó por instintiva repugnancia del hombre sin fe á dejarse investir de carácter religioso? Quién sabe si Vigil se consagró á la carrera eclesiástica, no por inclinación espontánea, sino por una de aquellas vocaciones artificiales fomentadas en el seno de las familias católicas. Tal vez la frase "me dedicaron mis padres al estudio" debe de interpretarse por "me dedicaron mis padres á la carrera eclesiástica".

Vigil calla prudentemente las circunstancias que rodearon su ordenación, y ciñe sus confidencias á decir que se ordenó de buena fe; pero en otro lugar de sus *Apuntes* confiesa que desde su primer viaje á Lima, en 1826, se fué transformando poco á poco, en ese nuevo teatro, al influjo de nuevas ideas. Y se concibe, aunque se concibe también que para la transformación moral de un individuo no bas-

ta el poder del medio ambiente sin la docilidad del organismo.

Con la entrada del ejército libertador á Lima, se coló en el vetusto palacio de los virreyes una ráfaga del espíritu moderno, y la ciudad nacida, según la expresión de Edgar Quinet, "con las arrugas de Bizancio", ostentó en su semblante la belleza y lozanía de la juventud. Hubo un impulso general de ir adelante, impulso que fácilmente se habría cambiado en estagnación ó retroceso si los españoles hubieran ganado la batalla de Ayacucho. Los hombres que, sigilosamente, como practicando un delito, habían devorado un libro trunco de Voltaire ó Rousseau, expresaban libremente su incredulidad y su liberalismo. Los realistas empedernidos se daban por republicanos de antigua data, los clérigos se afiliaban á las logias masónicas, y los poetas que habían sido cortesanos de virreyes y cantores de madres abadesas, se convirtieron en Apolos de Bolívar y Sucre. Nada extraño, pues, que, en semejante atmósfera, un hombre como Vigil perdiera la fe ó acabara de perderla.

El filósofo sucede al creyente; pero en los primeros escritos el político refrena los arranques del propagandista. Juzgando inconveniente y hasta perjudicial descubrir de improviso toda su manera de pensar, no ataca

ningún dogma, y en sus disquisiciones canónicas y curialísticas, se limita sólo á preparar el terreno para labores más radicales. Sin embargo, con sus actos revela lo que no dice con sus palabras; desde entonces, aunque conserva el hábito sacerdotal, no ejerce ninguna función eclesiástica y renuncia toda dignidad que en la Iglesia le ofrecen los gobiernos. Á pesar de su difícil situación pecuniaria, no acepta una canonjía en el coro de Lima ni el deanato en la diócesis de Trujillo. "Dejé, dice, al clérigo entregado á los teólogos y canonistas con sus cuestiones, y me quedé de hombre y ciudadano."

II

Como terreno para ejercer su actividad, ó más bien, como sucedáneo de las ocupaciones religiosas y docentes, escogió la política y se lanzó á la palestra con todo el entusiasmo de la juventud. Hacía muy pocos años de la independencia y duraba la hora de las ilusiones. Figurándose que la América del Sur formaría en breve tiempo repúblicas iguales ó superiores á los Estados Unidos, todos los hombres de buena voluntad querían dar su contingente y consideraban como delito la abstención. Bolívar no había pronunciado sus

desconsoladoras palabras: "La América es ingobernable. Los que han servido á la revolución han arado en el mar. La única cosa que se puede hacer en América es emigrar".

La vida pública de Vigil empieza en 1826 al ser electo diputado por Tacna. De ahí en adelante lleva una existencia variada y activa. Así, de 1828 á 1830 emprende por motivo de salud un viaje á Chile; en 1831 se gradúa de doctor en Derecho; desde 1831 hasta 1834 desempeña con algunos intervalos el rectorado del Colegio de la Independencia en Arequipa; de fines de 1836 á principios de 1838 ocupa en Lima el puesto de bibliotecario. Publica también artículos en algunos diarios, compone libros de largo aliento, asiste á las sesiones de los Congresos y emprende viajes á Lima, Tacna, Arequipa, etc.

En los *Apuntes* dice:

"En 1826 vine á Lima como diputado por la provincia de mi nacimiento; asistí á las juntas preparatorias, y no firmé la representación que hicieron 52 diputados pidiendo que se suspendiera la instalación del Congreso, como sucedió...

"En 1827 fuí elegido nuevamente diputado, y aunque mi salud no se hallaba en buen estado, concurri á las sesiones, que acabaron en 1828. Escribí algunos artículos en el *Eco de la Opinión*. Concluído el Congreso, nave-

gué para Chile en busca de la salud, contando con lo que había economizado de las dietas de diputado, y regresé á Tacna en 1830.

„Elegido diputado en 1831 para el Congreso de 1832, fui á Arequipa, pues el Supremo Gobierno me había nombrado rector del Colegio de la Independencia. Recibí en la Universidad de San Agustín de Arequipa el grado de doctor en Derecho, por haber sido de los miembros fundadores de la *Academia lauretana*. De Arequipa vine á Lima por la segunda vez como miembro de la Cámara de Diputados, y entonces se hizo la acusación en que tuvimos parte 22 diputados (1832).

„En 1833 fui elegido diputado á la Convención por mi provincia y por la de Arequipa. Escribí en el *Constitucional* de esa época, y confieso ahora, arrepentido y avergonzado, que me dejé llevar de la exaltación de partido, como lo he notado en el ejemplar de la Biblioteca y otro mío, núm. 20, el 15 de Febrero de 1834...

En Tacna hice oposición el 14 de Marzo de 1836 en una Junta pública, al conato de varios sujetos, para que la provincia se separase de la capital de la República y de la del departamento y se pusiese bajo la protección del general Santa Cruz, presidente de Bolivia, que se hallaba de auxiliar en el Perú.

“En 1839, después de la victoria de Yungay

y la caída de la Confederación, contradije al comisionado del Prefecto de Arequipa, que llevaba el encargo de trabajar en reducir el nuevo departamento á su antiguo estado, re-incorporando sus provincias al departamento de Arequipa... Poco después fui conducido por soldados para ir al destierro, de orden del general que entonces ejercía poder absoluto en el Sur, lo que tuvo la aprobación del presidente Gamarra: me creyeron cómplice en la Confederación... El 28 de Julio zarpó para Valparaíso el buque que nos llevaba desterrados.

„De Chile volví á Tacna en Enero de 1840.“

La actividad en la vida pública de Vigil terminó por 1845, cuando vino por segunda vez á desempeñar en Lima el cargo de bibliotecario. Tenía ya concluída la primera parte de su obra *Defensa de la autoridad de los Gobiernos contra las pretensiones de la Curia romana*, y de ahí en adelante, vivió exclusivamente consagrado á sus estudios predilectos y publicación de sus escritos.

No quiere ya mezclarse en la política militante y hasta se esquivo de intervenir en las discusiones parlamentarias, alegando por excusa el mal estado de su salud. Así, en 1851 asiste muy poco á las sesiones del Congreso, y en 1866 se exime de admitir la senaduría. Quién sabe sentía el prematuro cansancio de la edad, quién sabe estaba desengañado de la

vida pública. Habían transcurrido algunos años desde la Independencia y se cumplía la predicción de Bolívar: "Estos países caerán infaliblemente en manos de la multitud desenfre-nada para pasar después á las de tiranuelos casi imperceptibles, de todos colores y razas, devorados por todos los crímenes y extingui-das por la ferocidad."

Aunque fué ocho veces electo diputado y una vez senador, aunque luchó con denuedo y energía en las Cámaras ó fuera de ellas, Vigil nunca figuró en sitio culminante ni pudo ejercer acción decisiva y capital sobre los gra-ves acontecimientos del país. Con su carácter de clérigo laico se había colocado en situación delicadísima. En pueblos como Francia, un Lakanal es miembro de la Academia de Ciencias, un Daunou *par*, un Sieyès *director y cónsul*; pero en naciones como el Perú, el clérigo que rompe con la Iglesia vive condenado al aislamiento, á una especie de secuestro social. Dichoso si le dejan morir en calma. Vigil, ministro de justicia; Vigil, vocal de una corte; Vigil, presidente de la República, habría suscitado una oposición general. Por eso, mientras clérigos públicamente simoníacos y libertinos, pero ortodoxos, eran ministros y obispos, él, públicamente impecable, pero heterodoxo, murió de simple bibliotecario.

Con sus ideas políticas no produjo tanto rui-

do como con sus ideas religiosas; se manifestó siempre republicano moderado, liberal á estilode los revolucionarios franceses de 1848. Defendió la libertad de conciencia, la tolerancia de cultos, el matrimonio civil y el divorcio; pero siempre tuvo la concepción romana del Estado omnipotente. Así, al quitar á la Iglesia los privilegios y la autoridad suprema sobre las conciencias, no lo hacía tanto para emancipar completamente al individuo cuanto para consolidar y ensanchar el poder del Estado.

Como siempre sostuvo las mismas convicciones, como permaneció firme y leal mientras sus antiguos correligionarios cedían y prevaricaban, se rodeó de inmenso prestigio, aunque no de muchos discípulos ó imitadores. Mil aplaudían su actitud y la daban razón; nadie le imitaba ó le seguía. Confinado en su biblioteca, representaba el papel de jefe honorario de un partido liberal sin liberales, como quien dice, general de un ejército sin soldados.

III

Pero al ahuyentarse de la arena política, Vigil no se introdujo en campo más tranquilo. Á las agitaciones del hombre público sucedie-

ron las penurias del escritor, el ímprobo afán de años enteros en conseguir recursos para costear la impresión de sus libros. Su primera obra, empezada en 1836 y concluida en 1845, no pudo salir á luz hasta 1848 y 1849.

“En 1845, dice en los *Apuntes*, vine por la cuarta vez á Lima á buscar suscripciones para imprimir la primera parte de la obra, interrumpida en el destierro y concluida en Tacna después del regreso.

„Mucho he sufrido en la impresión de mis escritos por falta de fondos para costearla. Muchas vegüenzas he pasado. Escribía á sujetos de esta capital y de fuera de ella para que me hiciesen el favor de buscarme suscripciones; y como éstas no alcanzaron á los gastos hechos, quedé adeudado y tuve que enajenar dentro de la familia la parte que me tocaba entre mis hermanos para pagar á mis acreedores...

„Publicada la obra en 1848 y 1849, la condenó en un *breve* especial el papa Pío IX á solicitud del señor arzobispo de esa época. Con motivo de la condenación escribí una carta al Papa y analicé su *breve*: la carta y el análisis fueron condenados por la Congregación del Índice, lo que fué plenamente aprobado por el Pontífice.”

Dos condenaciones seguidas: no bastó más para que Vigil se convirtiera en objeto de ad-

miración para unos y materia de escándalo para otros. Un hereje que, en lugar de amilanarse con los anatemas, erguía la cabeza y se encaraba con el Sumo Pontífice, era cosa nunca vista en el Perú. Olavide no había sido más que un hereje inédito, un impío de salón, un pseudo-filósofo que terminó por arriar bandera y cantar la palidonia.

Soportando los insultos y calumnias de la *gente santa*, sin protección alguna de los Gobiernos, atendido á sus propias fuerzas, Vigil continuó por más de veinticinco años en su obra de propogandista y defensor del Estado contra la Iglesia. Los *Apuntes* contienen la enumeración de sus principales trabajos.

„En 1852 publiqué el *Compendio* de la obra condenada y un cuaderno de *Adiciones á la Defensa de la autoridad de los Gobiernos contra las pretensiones de la Curia romana*, á que siguió luego la condenación.

„En 1856 publiqué la segunda parte, *Defensa de la autoridad de los Obispos*, y en 1857 su *Compendio*, así como la *Ojeada al Equilibrio*, segunda edición, aumentada, de la que hice en 1853...

„En 1858 hice publicar en Bruselas un volumen contra la *Bula dogmática* de 8 de Diciembre de 1854.

„En 1859 compuse y se publicó el *Catecismo patriótico*. En 1861 el *Compendio de los Jesuitas*.

En 1862 el tomo primero de los *Opúsculos sociales y políticos*; otros se hallan impresos separadamente ó en periódicos, y la mayor parte inéditos. Escribí en el *Constitucional* de 1858; en la *América* y en la *Democracia* de 1862. En 1863 publiqué la obra de los *Jesuitas*. Publicados están igualmente, en 1863, cinco opúsculos sobre tolerancia y libertad civil de cultos y otro en defensa de los anteriores; corren éstos en un volumen.

„También en 1863 publiqué un *Manual de Derecho público eclesiástico para el uso de la juventud americana* y unos *Diálogos sobre la existencia de Dios y de la vida futura*. Uno y otro trabajo fueron condenados por la Congregación del Índice el 25 de Abril de 1864, lo que fué aprobado por el Papa Pío IX el 29 del mismo mes. Con motivo de la condenación de los *Diálogos*, en que defendí la existencia de Dios y de la vida futura, tengo escrita una segunda carta á Pío IX, que no he querido remitírsela.

„En 1867 he trabajado la impugnación de un folleto intitulado *Examen comparativo de la monarquía y de la república*. Además un *Bosquejo histórico de Bartolomé de las Casas*, *Defensa de Bossuet y de Fenelón*, y varios opúsculos sobre diferentes acontecimientos del año.”

Como se ha visto ya, Vigil redactó los *Apuntes* en Diciembre de 1867; pero algunos

años después agregó esta nota bibliográfica:

"Posteriormente se ha publicado un volumen, en 1871, que contiene mis tres cartas á Pío IX; la primera con motivo de la condenación de la *Defensa de la autoridad de los Gobiernos*, la segunda por la condenación de los *Diálogos*, y la tercera á consecuencia de la Infalibilidad. Contiene varios documentos al caso."

Deja inédita una obra capital, en que, apartándose de cuestiones canónicas y curialísticas, se muestra francamente racionalista y refuta uno por uno todos los dogmas católicos, desde el pecado original hasta la divinidad de Jesucristo. Libro pesado en la forma y poco nuevo en el fondo, no hará olvidar las obras congéneres de Peyrat, Larroque y, principalmente, de Strauss. Publicado hoy, á los veinte ó veinticinco años de escrito, después de los profundos trabajos emprendidos por alemanes, ingleses y franceses, el libro produciría entre los eruditos y exegetas europeos el mismo efecto que la resurrección de un hombre muerto en el siglo xvi.

Pero, si la obra inédita no encierra el mérito de la novedad, conserva gran valor documental para conocer la evolución psicológica del autor y explicarnos su modo de proceder en la tarea de propagandista.

Dice en el *Prólogo*:

“En un campo limpio y llano basta el riego y el arado, con algunas operaciones más, para echar la semilla del fruto que se intenta recoger; pero cuando hay árboles, plantas y malezas que es preciso descuajar, ha de preceder otra suerte de trabajo, á veces duro y prolongado, hasta llegar al objeto principal.

„Estas reglas fundadas en la prudencia me han servido de guía en mis estudios y en los trabajos que he emprendido en servicio de mi patria y de toda la América. En países católicos, donde hay una creencia profundamente arraigada y la religión católica ocupa lugar entre las leyes fundamentales del Estado, no es dable ni conveniente y pudiera ser en extremo perjudicial emitir la última idea que se tiene en el ánimo, emitirla exabrupto; lo que á más de acarrear escándalo y gran perturbación en las conciencias, produciría un efecto contrario al que se intentaba y retardaría en vez de verificar su realización.

„Por tanto, quise proceder gradualmente.”

Vigil en su evolución religiosa se despojó de las creencias católicas, pero quedó confinado en una especie de cristianismo liberal ó vago teísmo cristiano. Al decir que “dejó al clérigo entregado á los teólogos y se quedó de hombre”, tuvo por conveniente agregar: “aunque siempre cristiano, porque el Evangelio es la religión de todo hombre de bien,

pero como estaba en la cabeza y en el corazón de Jesucristo". En sus *Diálogos*, más dignos del padre Almeida que de Platón, defiende con tanto ahinco la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, descubre tanta confianza en el poderío de sus razones, que el lector menos maligno disfruta el placer de sonreírse, ya que no tiene la felicidad de convenirse.

Ante las formidables acometidas de los revolucionarios modernos contra el orden social y religioso, los ataques del heterodoxo peruano parecen el tiro de un mosquete junto á la descarga de un cañón Krupp. Sin embargo, en este pueblo de secular fanatismo español, los escritos de Vigil pasan hoy mismo por atrevidas novedades, aparecen como trochas en el corazón de una selva primitiva.

IV

Al revés de Olavide, que en los últimos años vivió tristemente, viéndose desdeñado por los ortodoxos como antiguo apóstata y por los heterodoxos como nuevo prevaricador, Vigil tuvo una vejez honrosa y se conquistó la suprema gloria que apetece un anciano, verse respetado y creído. Como desde sus primeros años supo rodearse de simpatía, como logró

imponerse con su austeridad y buena fe, no sufrió persecuciones y pudo ejercer libremente su propaganda ó apostolado solitario.

Murió en Lima el 9 de Junio de 1875. Los sacerdotes asediaron su agonía para arrancarle una retractación *in extremis* ó tener ocasión de inventarla; pero él rechazó todas las insinuaciones y murió laicamente, "en los brazos del buen Jesús", como repetía en los últimos momentos.

Temeroso alguna vez de que su cadáver fuera objeto de profanaciones, había designado como sepulcro la isla de San Lorenzo hasta que sus restos pudieran ser trasladados á Tacna. Pero sus temores no se realizaron; Lima en 1875 no era ya el Lima que algunos años antes apedreaba en las calles á los diputados que en la Convención defendían la libertad de cultos. Como algunas provincias de la República, sin amedrentarse con los anatemas de Pío IX, elegían representante de la nación al excomulgado; así el pueblo de la capital, sin oír las imprecaciones clericales, condujo en hombros el cadáver del impenitente.

Y el pueblo tuvo razón: pocas vidas tan puras, tan llenas, tan dignas de ser imitadas, como la vida de Vigil. Puede atacarse la forma y el fondo de sus escritos, puede tacharse hoy sus libros de anticuados ó insuficientes,

puede, en fin, derribarse todo el edificio levantado por su inteligencia; pero una cosa permanecerá invulnerable y de pie, el hombre.

Vigil consumió en el estudio los dilatados años de su existencia, se mantuvo libre de miserias en una atmósfera saturada de todas las malas pasiones, y atravesó ileso las vergonzosas épocas de corrupción en que los más fuertes cayeron y los más limpios se mancharon. Cuando llegó la hora de partir á lo desconocido, se hundió en el sepulcro sin pronunciar una cobarde retractación ni amilanarse con alucinaciones y espejismos de ultratumba. En resumen, supo vivir y morir como filósofo.

Vendiendo su patrimonio para costear la publicación de sus libros, soterrándose por más de treinta años entre los pergaminos de una biblioteca, luchando sin miedo ni jactancia para llevar á cabo la magna empresa de secularizar la vida, trabajando constantemente en dar luz á los miopes del entendimiento y vigor á los enfermos de la voluntad, contestando cortésmente ó con leves ironías á los ataques brutales de la superstición y la ignorancia, se presenta como un ejemplo y también como una acusación.

Lutero, al romper con la Iglesia, sintió una incesante cólera, interrumpida por gritos de un remordimiento que le hacía envidiar á los

mueritos; Vigil, al perder las creencias de los primeros años, conservó la ingénita mansedumbre de carácter. Bastaba contemplar una sola vez su fisonomía para convencerse que había matado el odio en su corazón. Pero no hay que atribuir su imperturbable mansedumbre á timidez ó cobardía: bajo la apacibilidad del semblante, ocultaba la fortaleza del hombre manso. Él supo encararse con Santa Cruz, Gamarra y Castilla cuando muchos enmudecían y temblaban. Como escritor, figura en el número de los osados y valientes. Atacar el fanatismo en sociedad de fanáticos, ¿no vale tanto como salir á la barricada ó al campo de batalla?

Entre sus muchas cualidades resaltaba "la energía moral de la voluntad". Nunca se abatió. En las épocas de mayor producción cerebral tuvo que luchar con su propia naturaleza débil y enfermiza. Postrado en cama, acometido de constantes hemorragias, acosado por fuertes dolores neurálgicos, pensaba y producía sin tener aliento para redactar sus ideas. Obligado á permanecer horas enteras inmóvil y de espaldas, ni aun podía leer. Entonces le servía de pluma y lector un muchacho hemiplégico, ignorantísimo, que en la escritura empleaba una ortografía bárbara, y en la lectura de libros franceses ó latinos una pronunciación estrafalaria.

Al tratarse de Vigil, sus adversarios pronuncian, como argumento máximo, la misma palabra que ayer escucharon Lutero y Calvino, que hoy escuchan Renan y el padre Jacinto, apostasia. Cargo pueril: si los hombres maduros no se hubieran despojado de los errores adquiridos en la niñez ni de las ilusiones forjadas en la juventud, la Humanidad no habría salido de cavernas y bosques. El fanático, olvidando que nada definitivo hay en el pensamiento del hombre, se inmoviliza en una secta ó partido; mientras el verdadero pensador evoluciona incesantemente, considerando toda creencia política ó religiosa como hipótesis provisional.

Se debe acusar á Vigil por exageración de las buenas cualidades, no por exceso de las malas. Era un altruista con subido color de optimismo. Poseía sencillez infantil que no le dejaba ver lo ridículo de ciertas acciones ó palabras. Sólo por inefable candor pudo haber escrito al fin de los *Apuntes*:

"Si mis trabajos fueran en adelante apreciados ó mereciesen alguna consideración, yo pido, en recompensa á los gobernantes de mi patria, que sirvan lealmente y hagan felices á unos pueblos tan digno de serlo por muchos títulos."

Gobernantes y gobernados no tendrán su *vademécum* en las obras de Vigil, porque ge-

neralmente pecan de indigestas, porque no poseen la magia del estilo; más que leídas y estudiadas, serán discutidas y citadas de segunda mano. Pero, leídas ó no, su autor merece un grato recuerdo; los hombres que en el Perú combatan por la Razón y la Ciencia contra la Fe y la ignorancia, deben agradecer mucho al verdadero precursor, al viejo soldado que allanó el camino, que luchó en la vanguardia, que dió y recibió los primeros golpes.

En fin, por la fortaleza de carácter, por las sinceridades de convicciones, por lo inmaculado de la vida, Vigil redime las culpas de toda una generación. No tuvo rivales ni deja sucesores, y descuellan en el Perú como solitaria columna de mármol en las orillas de un río cenagoso.

1890

INSTRUCCIÓN LAICA

Je ne veux pas que les
prêtres se mêlent de l'édu-
cation publique-

NAPOLÉON

I

Cojamos un plano de Lima, señalemos con líneas rojas los edificios ocupados por congregaciones religiosas, como los médicos marcan en el mapamundi los lugares invadidos por una epidemia, y veremos que nos amenaza irresistible inundación clerical. Padres de los Sagrados Corazones, Redentoristas, Salesianos, Jesuitas y Descalzos, todos fundan ó se preparan á fundar escuelas. Hasta nuestros viejos y moribundos conventos pugnan por rejuvenecerse y revivir para constituirse en corporaciones docentes.

De la capital, las congregaciones irradian á toda la República: reinan en Arequipa, dominan en Cajamarga, invaden Huánuco, se ex-

tienden á Puno, y terminarán por adueñarse de las últimas rancherías ó pagos. Todo con tolerancias de Congresos, anuencia de Gobiernos y beneplácito de Municipalidades y Beneficencias.

Nuestros obispos, que todavía guardan en sus cerebros el pliegue de la Edad Media, no estiman el mérito de la propaganda tolerante y se hacen odiosos con la intransigencia del sectario; pero el sacerdote extranjero, que viene amaestrado con la experiencia de pueblos más cultos y obedece á la consigna de corporaciones bien organizadas, procede con dulzura y miramientos, con lentitud y cautela. Avanza dos pasos y retrocede uno. Evita discordias, no ataca de frente, y jamás se impacienta porque confía en el auxilio del tiempo: *patiens quia æterna*.

Todos los sacerdotes extranjeros van al mismo fin y se valen de iguales medios, desde el visitador dominico hasta el delegado apostólico, desde el azucarado padre francés que representa la metamorfosis masculina de madame de Pompadour hasta el grotesco fraile catalán que personifica la evolución mística del torero.

Trabajan como las hormigas blancas en el maderaje de una casa ó las madreporas en las aguas del mar; notamos la magnitud de la obra cuando las vigas se desploman sobre

nuestra cabeza ó el arrecife despedaza la quilla de nuestro buque.

Repitiendo con Leibniz que "el dueño de la educación es dueño del mundo", quieren apoderarse del niño, y han empezado por casi monopolizar en Lima la educación de las mujeres.

Los colegios dirigidos por señoras laicas viven difícil y precariamente, porque las madres de familia prefieren que sus hijas se eduquen en el Sagrado Corazón, los Sagrados Corazones ó el Buen Pastor. Sin embargo, las directoras de esos planteles renombrados hacen de las niñas todo lo que se quiera, reinas ó cortesanas, menos buenas esposas y buenas madres. La moral de las monjas se reduce al cultivo de la vanidad, la religión, á la inconsciente repetición de ceremonias supersticiosas; la ciencia, á nada ó cosa que vale tanto como la moral y la religión. Una señorita, con diploma de tercer grado, sabe de Geografía lo suficiente para ignorar si á Calcuta se va por mar ó por tierra, y conoce de idiomas lo indispensable para chapurrar un francés de Gascogne ó balbucir un inglés del Canadá. Eso sí, todas la jóvenes educadas por monjas salen eximias bordadoras en esterlín: bordan zapatillas para el papá, que no las usa, y relojes para el hermano, que no posee reloj.

Hay más: todos esos colegios, fundados so

capa de instruir á las mujeres, tienen por fin la propaganda religiosa más ó menos fanática. Agentes de corporaciones masculinas, las monjas ó madres colaboran en una obra que tal vez no conocen á fondo. El clero no aparece muchas veces, pero se deja sentir siempre. Los clérigos en la sociedad recuerdan á los cuerpos opacos en el Firmamento: aunque no se descubren á la vista, manifiestan su presencia por las perturbaciones que causan en los astros vecinos.

Hay más aún: monjas y madres no reparan en medio alguno para satisfacer su voracidad de adquirir dinero. Padecen el mal del oro y hasta presentan síntomas de cleptomanía. No sólo esquilman con *extraordinarios* á las familias de las educandas, sino llevan á cabo el régimen de nutrición homeopática. Alimentadas deficientemente en la época del desarrollo, las niñas no almacenan fuerza para más tarde. Por eso, al concluir su educación, en la flor de la edad, parecen eternamente cansadas, como sumidas en vejez prematura. Tales mujeres ¿qué pueden concebir al ser madres? Una prole anémica, raquítica, destinada á consumir como artículos de primera necesidad el hierro y el aceite de bacalao. En las familias acomodadas, no extraña ver hoy niños con vientres descolgados y fofos, piernas torcidas, pechos hundidos, espinazos en arco, y lo que

más prueba el empobrecimiento de una raza, fisonomías seniles, cara de viejo. Nos amenaza, pues, una evolución á la inversa, un retroceso al tipo ancestral. Pero semejante calamidad no entristece á las *buenas madres* ni á los *buenos padres*: el buen católico no resume la perfección humana en el dicho del antiguo filósofo: "entendimiento sano en cuerpo sano".

Con la educación de los hombres no sucede cosa mejor.

Los niños, contaminados con el mal ejemplo de un hogar invertido y fanático, van á colegios de clérigos donde acaban de malearse, ó á colegios de seglares donde no logran corregirse.

Estos últimos niños forman el menor número, pues hasta los individuos que hacen gala de incrédulos, ceden á las influencias de familia y no vacilan en confiar sus hijos á los clérigos, imaginándose que el hombre maduro se despoja fácilmente de los errores adquiridos en la infancia.

Cierto, una mala educación primaria se corrige con una buena instrucción media y superior; mas, ¿quién las da en el Perú? Aquí no se educa y apenas se instruye. La enseñanza libre superior no existe; la media y primaria luchan desesperadamente por vivir su-

friendo la competencia de los clérigos; la enseñanza oficial, en todos sus ramos, se reduce á inoculación morbosa. Al peruano que termina su instrucción le quedan dos trabajos, si quiere vivir intelectualmente con su siglo: olvidar lo aprendido y aprender de nuevo. Hay que ser *autopedagogo*.

No puede haber instrucción sólida en país donde no existen escuelas normales, donde todas las lecciones del preceptor se limitan á desgredada repetición de manuales extractados de obras añejas y recalcitrantes, donde el profesorado, en vez de carrera exclusiva, se considera, particularmente en las universidades, como destino suplementario y de lujo.

¿Quién remedia el mal? ¿El pomposamente llamado *Consejo superior de Instrucción pública*? Triste remedo del *Conseil supérieur de l'Instruction publique*, es un cónclave de legos, una camarilla dominada por la astucia y la charlatanería. ¿Los ministros de instrucción? Más ocupados de las cuestiones políticas que de los intereses sociales, pasan y pasan, como nubes secas, sin dejar un solo buen recuerdo. ¿Los Congresos? Tienen bastante con su labor de aprobar contratos, discutir proyectos que no paran en leyes ó dictar presupuestos que no se cumplen.

A más, el Gobierno descuida la instrucción industrial y profesional. La *Escuela de Artes*

y *Oficios* fué convertida en cuartel, el *Instituto de Agricultura* en hacienda de pan llevar. La *Escuela de Construcciones civiles y de Minas*, con todas sus apariencias de satisfacer una imperiosa necesidad, constituye el mayorazgo de unos cuantos profesores, el privilegio de unos pocos alumnos y el ataque directo á los intereses de la mayoría. ¿Hay acaso derecho de invertir ingentes sumas en formar anualmente una docena de ingenieros, mientras miles de hombres carecen de escuelas donde aprender los rudimentos más indispensables?

El fomento de la instrucción científica ó superior, á costa de la industrial y primaria, ensancha más el abismo que separa las distintas clases sociales: de un lado están los hombres que saben algo y creen saberlo todo; de otro lado, los que nada saben ni esperan saber. ¿Qué vale la instrucción que se levanta en lugar de extenderse? Si los privilegiados adquieren ciencia profunda, y por consiguiente humana, servirían de agentes civilizadores y benéficos; pero no, resultan sabios á medias, con inteligencia suficiente para aguzar la malicia, sin moralidad necesaria para refrenar los malos instintos: globos á medio inflar, vuelan á ras del suelo, arrancando con el ancla los techos de las casas y las plantas de los sembríos.

Al hablar de las universidades rusas, dice

Tolstoi que "preparan, no los espíritus que necesita el género humano, sino los espíritus que necesita una sociedad pervertida" (1). De nuestras Universidades surgen legiones de abogados que se lanzan á la política, como los *pabellones negros* se arrojan á los mares de la China. Para nuestros doctores *in utroque* no hay ciencias de observación y de experimento, sino alegatos con *pidos* y *suplicos*; fuera de sus Códigos y de su práctica forense, nada saben; sin embargo, son nuestra materia prima de donde salen el financista, el diplomático, el pedagogo, el literato y hasta el coronel. Al recibirse de abogado, un hombre obtiene en el Perú diploma de omniscencia y patente de corso. No merecen un panegírico nuestros militares; llevan sobre la consciencia muy graves delitos; pero, si quiere juzgárseles con imparcialidad, debe recordarse que al oído de todo sátrapa con entorchados zumbó siempre un abogado de alma hebrea y corazón cartaginés.

Si el foro peruano forjará las armas para contrarrestar la invasión negrâ, estamos lucidos. Todos nuestros doctores pertenecen á la *Unión Católica*, á la *Adoración Perpetua* y á la *Archicofradia de Nuestra Señora del Rosario*.

(1) *La liberté dans l'école.*

II

Para enseñar Ingeniatura, Medicina ó Filosofía, buscamos ingenieros, médicos ó filósofos, mientras para educar personas destinadas á establecer familia y vivir en sociedad, elegimos individuos que rompen sus vínculos con la Humanidad y no saben lo que encierra el corazón de una mujer ó de un niño. La educación puede llamarse un engendramiento psíquico; nacen cerebros defectuosos de cerebros mutilados. ¿Cómo formará, pues, hombres útiles á sus semejantes el iluso que hace gala de romper con todo lo humano, de no pertenecer á la Tierra, sino al Cielo? Mírese desde el punto de vista que se le mire, el clérigo carece de los requisitos necesarios para ejercer el Magisterio.

Tiene algo rígido, marmóreo y antipático el individuo que vive segregado de sus semejantes y atraviesa por el mundo con la mirada fija en no sabemos qué y la esperanza cifrada en algo que no llega. Ese vacío del corazón sin el amor de una mujer, ese despecho de no ser padre ó serlo clandestinamente, hacen de mal sacerdote un alma en cólera, del bueno un insondable pozo de melancolía. Nada tan insoportable como las genialidades histéricas

ó las melosidades gemebundas de los clérigos, que poseen todos los defectos de las solteronas y ninguna de las buenas cualidades femeninas: especie de hermafroditas ó andróginos, reúnen los vicios de ambos sexos.

La crónica judicial de las Congregaciones docentes prueba con hechos nauseabundos el riesgo de poner al niño en comercio íntimo con el sacerdote. Á mayor misticismo y ascetismo del segundo, mayor riesgo del primero. Lo religioso y lo voluptuoso andan tan unidos que el místico suele concluir por encerrarse en el harem, como el libertino acaba muchas veces por desvanecerse en las nubes. La predilección de las mujeres por Jesús y de los hombres por María, ¿no revela que hasta en la devoción intervienen la voluptuosidad y el sexo? Las penitencias y oraciones actúan como despertadores sensuales. Las santas, al salir de sus éxtasis, se retorcan como serpientes en el fuego y rompían en jaculatorias que remedaban los suspiros del orgasmo; los santos eremitas, después de velar noches enteras en arrodillamientos y maceraciones, sentían en su carne las tenazadas de la lujuria y, como leones, rugían al recuerdo de las prostitutas romanas.

Vestidos siempre de negro desde los pies á la cabeza, arropados en la sotana, los clérigos no parecen hombres que se mueven como

nosotros, sino ataúdes que marchan solos. Si limpios son el cuello de mostacillas, los puños de hilo bordado, las hebillas de plata, los polvos de arroz, el almizcle de la mujer pública y todas las frivolidades que patentizan el afeminamiento del sexo; si desaseados son la barba eternamente á medio crecer, el rostro lubricado con la grasa de la primera comunión, la lluvia de caspa en los hombros, la uña con el implacable filete obscuro y el olor á mugre revuelta con sudor avinagrado.

Sin embargo, sueñan con cernerse sobre la Humanidad, como si hubieran caído de un astro incorruptible y gozaran de exención divina. Emparedados en su yo, creyéndose superiores á los demás hombres, personifican el orgullo, y cuando quieren mostrarse humildes, su humildad, como el harapo de Diógenes, deja traslucir la soberbia. Y nada más natural: una clase que se juzga en posesión de la verdad, que se cree investida de carácter sagrado, que piensa remitir los pecados del mendigo y del rey, que sueña con hacer bajar á Dios del Cielo, debe rebozar de orgullo y ver á seglares ó profanos como seres inferiores.

La Pedagogía clerical se basa en el internado, quiere decir, en la secuestración; se-

cuestración lejos de la familia, para amortiguar en el niño los afectos naturales; secuestación lejos de la sociedad, para hacer del niño un ciudadano de Roma y no del Universo; secuestación lejos de la vida, para guiar al niño por la tradición ó voz de los muertos.

La enseñanza clerical se funda en el dogma. Como los antiguos hacían girar planetas, Sol y estrellas alrededor de la Tierra, los sacerdotes hacen moverse todos los conocimientos humanos en torno de la Biblia. Todo lo acomodan, lo achican, lo agrandan, lo vuelven, lo revuelven, lo desfiguran y lo deforman para conformarlo con las sutiles y sofisticas interpretaciones de textos dudosos y oscuros. Tienen una Filosofía ortodoxa, una Historia ortodoxa, una Astronomía ortodoxa y hasta una Medicina ortodoxa. Acostumbrados á vivir en las sombras teológicas, segregan obscuridad, como el viejo minero de *Germinal*, que de tanto respirar entre carbón de piedra concluyó por escupir negro. Y esas tinieblas les favorecen, pues "las religiones, como las luciérnagas, necesitan de obscuridad para brillar (1)".

Fueron más benefactores de la Humanidad Tales y Pitágoras, con sus teoremas, que todos los teólogos con sus nebulosas controver-

(1) Schopenhauer.

sias, y todos los concilios con sus declaraciones dogmáticas; y sin embargo, los doctores de la Iglesia reconocen, con Be'larmino, "más ciencia en la cabeza de un párvulo instruido en el *Catecismo*, que en las cabezas de todos los filósofos paganos y maestros de Israel".

¿Qué resulta de una enseñanza fundada en el *Catecismo*? El niño abandona desde temprano el mundo real, para vivir en una región fantasmagórica. Adaptándose á un medio milagroso, donde en lugar de leyes inmutables reinan voluntades flexibles, irregulares y arbitrarias, concluye por tomar á lo serio los mitos y leyendas de los libros sagrados, como un campesino puede creer verídicas las novelas de Dumas, ó vivientes las figuras de una linterna mágica. Esas serpientes que discurren con las argucias de un doctor en Jurisprudencia; esos ángeles que se entretienen en seducir á las hijas de los hombres, usando las estratagemas de don Juan Tenorio; esos guerreros que en el fragor de una batalla inmovilizan el Sol, de la misma manera que un relojero detiene el péndulo de un cronómetro; ese Dios que hoy crea y mañana se arrepiente de haber creado, y compone y recompone su obra, como artista caprichoso y voluble que se divierte en modelar y desbaratar figuras de arcilla plástica; ese Universo, en fin, eternamente perturbado por lo ilógico y lo sobre-

natural, ejercen perniciosa influencia en el niño, le acostumbran á lo falso y maravilloso, le hacen concebir posible lo absurdo, le matan en germen toda concepción sana y positiva de la Naturaleza, le transforman en receptáculo pasivo de todos los errores. Los sacerdotes convierten al hombre en una especie de palimpsesto; obliteran del cerebro la Razón para grabar la Fe, como los copistas de la edad media borraban del pergamino un discurso de Cicerón para escribir la crónica de un convento.

Por eso, nada más refractario al espíritu de la Ciencia, que los cerebros deformados por una educación ortodoxa; convencidos de lo absurdo, siguen creyendo "por lo mismo que es absurdo". Se consigue hacer entrar en razón á mil judíos ó mahometanos, primero que á un solo católico. Los buenos creyentes, los católicos rancios, son como esas botellas de vidrio que en su vientre guardan una bola más gruesa que el gollete: hay que romper la botella para sacar la bola.

Lo anticientífico de la educación religiosa, ¿se compensa con lo moral? Pasó ya el tiempo en que no se admitía perfección humana fuera del Catolicismo, y hoy se reconoce que tanta belleza moral cabe en judío como en budista, en protestante como en mahometano, en deísta como en ateo. Tal vez en la morali-

dad del último se encierran mayor desinterés y mayor nobleza; quien practica el bien por la remuneración póstuma, no se distingue mucho del prestamista usurario que da hoy uno, para recibir mañana diez.

Los principios de moral, las leyes de justicia, no son adquisiciones de la Religión, sino de la Filosofía; las religiones, en contacto de la civilización, se humanizan y se perfeccionan. Todos los pueblos que llegan á cierto grado de cultura, ensanchan el horizonte de sus ideas morales y adquieren nociones de justicia, porque en la vida de las sociedades, como en la evolución de la Tierra, hay sus épocas de reptiles y sus épocas de hombres. ¿Qué buen precepto del Cristianismo no se encuentra en los filósofos del Indostán, Persia, Judea, Grecia ó Roma? El Cristianismo se redujo á la reacción del fanatismo judío y oriental contra la sana y hermosa civilización helénica; pero fué una reacción *sui géneris*, en que el vencedor no hizo más que engrandecerse con las últimas grandezas del vencido.

Del Catolicismo puede repetirse que en su doctrina "lo bueno no es nuevo y lo nuevo no es bueno". En efecto. Una religión que se afana por considerar la Tierra como un tránsito y la vida futura como una habitación definitiva, concluye por entregar el mundo á los fuertes y audaces. Si el *valle de lágrimas* nos ofre-

ce poco y la Eternidad nos promete mucho, dejemos para otros lo menos y guardemos para nosotros lo más. Viviendo espiritualmente sin preocuparnos de la materia, dejemos que en nuestro cuerpo desaseado y repugnante nuestra alma florezca y perfume como rosa en un cementerio. Un católico, para mostrarse lógico, debe darse integralmente á la Iglesia, convirtiéndose primero en niño, como dice Jesucristo; después en cadáver, como prescribe Ignacio de Loyola.

Y todos los males de la educación católica los palpamos ya. Por más de setenta años ¡qué por más de tres siglos nuestros pueblos se alimentaron con leche esterilizada de todo microbio impío, no conocieron más nodriza que el cura y el perceptor católico, y ¿qué aprendieron? "Algunas ceremonias religiosas, unos cuantos ritos católicos, es decir, se convirtieron exteriormente sin que una sola chispa del espíritu cristiano haya penetrado en sus almas" (1). Si del pueblo ascendemos á las clases superiores, veremos que la Religión no sirvió de correctivo á la inmoralidad privada ni al sensualismo público. Los que se distinguieron por la depravación de costumbres ó el gitanismo político, recibieron educación esencialmente católica, vivieron y murieron en el seno de la Iglesia.

(1) Bakounine.

Como último recurso para enaltecer la educación clerical, no debe alejarse la buena fe de los profesores: buena fe tiene el mahometano que muere salmodiando versículos del Korán; buena fe el negro del Congo que suprime á su madre con intención de trasformarla en espíritu bienhechor y poderoso; buena fe, el indostán que se arroja en tierra para ser destrozado por el carro de Vichnú; buena fe, el salvaje que para ganarse la benevolencia de un fetiche se pintarraja con sangre de su enemigo; buena fe, el fakiro que por veinte años permanece sentado en una silla erizada de clavos agudos, imaginándose que la podre de sus heridas le servirá de bálsamo en el otro mundo. No, la buena fe no basta; y como para curarnos de una enfermedad, no buscamos ingenieros de buena fe, sino médicos de buen saber, así, para educar niños, no debemos recurrir á teólogos de buena fe, sino á educacionistas que sepan bien lo que son la mujer y el niño.

III

La Nación garantiza la existencia y difusión de la instrucción primaria gratuita.

Constitución de 1860.

La instrucción primaria de primer grado es obligatoria para todos los habitantes del Perú.

Ley de Instrucción.

Como se ve, los legisladores peruanos estatuyeron que fuera gratuita la instrucción primaria en todos sus grados, obligatoria sólo en el primero; y no agregaron católica por evitar redundancias, desde que la *Constitución* dice en su artículo 4.º: "La Nación profesa la Religión católica, apostólica, romana: el Estado la protege"...

En las escuelas fomentadas por Municipalidades y Beneficencias, los niños reciben instrucción católica, esencial y forzosamente católica. En la *Ley de Instrucción*, la Doctrina cristiana, la Historia sagrada, la Vida de Nuestro Señor Jesucristo, la Historia eclesiástica, figuran como una obsesión.

Todo padre de familia tiene que cumplir

con el mandato legal; y ¿qué hace un hombre cuando no quiere que los suyos reciban instrucción católica? El rico puede salvar el conflicto haciendo que sus hijos se eduquen fuera del país ó reciban lecciones en su propia casa. Los que no cuentan con recursos para rentar maestros especiales, ni se hallan en circunstancias de convertirse en preceptores á domicilio, deciden algunas veces que sus hijos no pisen la escuela y les condenan á total ignorancia, pensando, tal vez con razón, que tanto vale llevar la cabeza llena de aire como llena de humo.

Como el Estado subvenciona las escuelas con dinero de los contribuyentes, ó con el óbolo de todos, la enseñanza católica establece un privilegio en favor de la secta más agresiva y hostil. Nadie queda excluido de la comunidad nacional, ni exento de cumplir con sus deberes políticos por no creer en el Catolicismo: ateos y librepensadores pagan contribuciones y cargan la mochila. Si hay obligaciones ¿por qué no hay derechos? La ley, con su instrucción obligatoria y gratuita, no pasa de burla tan grosera como excitarle á un hombre la sed y acercarle á los labios un licor saturado con salitre.

Si se alega que en el Perú los católicos forman el mayor número y que las mayorías poseen la facultad de imponer sus leyes á las

minorías, entonces los católicos, que en Turquía ó Inglaterra están en menor número, se hallarian en la obligación de educar á sus hijos en escuelas mahometanas ó protestantes. Sin embargo, nadie aprovecha más que los católicos la libertad de enseñanza al establecer sus escuelas de Oriente, donde piden y obtienen del bárbaro franquicias que ellos niegan en Occidente al civilizado.

La conducta de la Iglesia merece recordarse: en naciones protestantes, como Holanda, por ejemplo, todo un Arcipreste de Frisa clama por la neutralidad de las escuelas ó laicismo en la instrucción, escribiendo que "para ver reinar la concordia, la amistad y la caridad entre las diversas religiones, era necesario que los profesores se abstuvieran de enseñar los dogmas de las diferentes comuniones" (1); en los pueblos católicos, como Francia, por ejemplo, el clero se opone abiertamente á la secularización de la enseñanza primaria y considera las escuelas laicas como "una abominable fábrica oficial de ateos y enemigos de Jesucristo". La clerecía peruana cree tan suyo el derecho de vigilar la ortodoxia en la instrucción primaria que no admite discusión sobre el asunto, y se lanza denoda-

(1) Paul Bert. *L'instruction dans une démocratie*. Conférence faite au Havre (Cercle Franklin) le 21 Mars 1880.

damente á las vías de hecho cuando teme verse desposeída. Así, la vez que Pardo quiso no secularizar las escuelas nacionales, sino contratar algunos pedagogos alemanes, nuestros clérigos y nuestros frailes removieron los bajos fondos de la sociedad hasta producir asonadas y motines.

Quien arguyera que, siendo el Catolicismo la única religión verdadera, el Estado se encuentra en el deber de sostenerla é impedir la enseñanza pública de otras doctrinas, argumentaría con sencillez tan grande que haría sonreír al más fanático. Ya los pueblos civilizados nos enseñan que, en lo tocante á creencias, no se legisla; ya todos sabemos que hoy no se disputa sobre falsedad ó verdad de las religiones, pues la cuestión se limita á considerarlas como la ciencia infantil de la Humanidad. Toda religión resuelve *a priori* los problemas físicos y morales, forma una cosmogonía fantástica, algo así como teoría de los colores por un ciego. La afirmación religiosa, con su carácter inexperimentable y sobrehumano, adolece de anticientífica. Los dogmas no tienen que ver con las leyes cosmológicas, y decir verdad religiosa vale tanto como hablar de transparencia opaca ó liquidez sólida.

El Estado no busca observantes de sectas, sino cumplidores de la ley: es agrupación de

individuos que practican diferentes cultos y se guían por los mismos intereses políticos, no comunidad de monjes que visten el mismo hábito y profesan "una degradante uniformidad de opiniones" (1). Pero la Iglesia quiere comenzar por ungir al Estado con el óleo de una sacristía para concluir por convertirle en su ejecutor ó alguacil. Como el halcón caza palomas en beneficio del halconero, así el Poder civil debe trabajar en provecho del Poder religioso.

La Religión pierde su carácter social, convirtiéndose en costumbre de familia, hasta en cosa secundaria del hogar. Hoy duermen bajo el mismo techo los seres de creencias más opuestas: á padre judío, madre idterana é hijos librepensadores. Los hombres se aman sin saber muchas veces las religiones que profesan. En esta universal armonía el católico produce la única nota discordante: con él no hay paz ni tolerancia. *In cauda venenum*. Someter, pues, la educación al Catolicismo, equivale á poner lo indispensable bajo lo superfluo, lo principal bajo lo accesorio.

La Religión, que los teólogos consideran como esencial para el individuo hasta definir al hombre "un animal religioso", no pasa de mero accidente en la evolución mental: responde á la cultura deficiente del cerebro. Los

(1) Channing.

antropoides, al acercarse al hombre, se despojan de la cola; las inteligencias, al perfeccionarse, pierden la religiosidad. Como la hez se deposita en el fondo del vino, la Religión se refugia en las últimas capas sociales. Los espíritus científicos son, según la palabra de Guyau, irreligiosos; y si los políticos y guerreros invocan los sentimientos religiosos, lo hacen por conveniencia ó hipocresía. Nadie creerá, por ejemplo, en el cristianismo de un von Moltke, cuando decía, en 1875: "Como alemán, pido la guerra con Francia porque Alemania se encuentra lista; como cristiano, la pido también porque dentro de diez años ambas naciones perderán 100.000 hombres más."

La Religión tiene que reducirse á cosa íntima, de gusto particular, lo mismo que la ropa interior; y así como no hay reglamento de policía que nos prescriba llevar calzoncillos de franela ó camisetitas de hilo, no debe haber artículo de la Constitución que implícitamente nos obligue á recibir enseñanza católica.

Desde que el Estado no dispone de recursos para fundar en cada pueblo tantas escuelas como supersticiones hay, la única manera de salvar la dificultad sería suprimir el carácter obligatorio de los cursos religiosos, ó más bien, no enseñar Religión alguna en las escuelas nacionales. "La escuela, dice Tolstoi,

debe proponerse por único objeto de transmisión del saber, de la instrucción, sin tratar de inmiscuirse en el dominio moral de las convicciones, de las creencias ni del carácter (1)."

Ya que imitamos á los revolucionarios del 89, debemos coronar la obra imitando también á los hombres de la tercera República francesa, á los que van haciendo práctico el ideal de Condorcet y profesan el aforismo: "La Ciencia en la escuela, la instrucción religiosa en el templo."

1892.

(1) *La liberté dans l'école.*

LIBERTAD DE ESCRIBIR

I

Cuando ejercemos cargos concejiles, pagamos contribuciones ó salimos á morir en el campo de batalla, nadie averigua nuestra manera de pensar; pero el día que emitimos francamente nuestras ideas, caemos bajo la férula de ministros, fiscales, alcaldes, prefectos, subprefectos, gobernadores, comisarios, alguaciles, monaguillos, curas, canónigos, obispos y arzobispos.

En el teatro nos vemos ante la *Comisión de Espectáculos*, especie de inquisición formada por hombres ignorantes que al ejercer la censura, se arrogan la facultad de poner límites á la inspiración del dramaturgo y practicar con hacha de leñatero amputaciones que necesitan bisturí de cirujano.

En el periódico no tenemos la censura previa, sino la licencia difícil y morosa, la fianza personal, la caución pecuniaria, el hisopazo

del abispo, la denuncia del fiscal, el sablazo del prefecto, la mordaza del intendente y la emboscada del esbirro.

II

El *Reglamento de Teatros*, vigente desde 1849, parece redactado por doncellas que hacen su primera comunión. Para juzgarle, véase una sola muestra:

“Artículo 34. Cuando el censor sólo encuentre impropias ó indignas de exhibirse una ó algunas escenas, pasajes ó frases de las obras, no prohibirá su representación, sino que suprimirá ó sustituirá las partes censurables, si de ello no resultase deformidad.”

Así, pues, cuando la *Junta censora* (hoy *Comisión de Espectáculos*), reciba una tragedia de Quintana, una comedia de Bretón ó un drama de Echegaray, el censor de turno, ya sea leguleyo, mercachifle ó boticario, tiene derecho de enmendar los yerros á un Echegaray, á un Bretón ó á un Quintana.

Y esa manía de alterar ó mutilar obras ajenas se propaga de modo amenazante: cómicos de la legua, motilonos hasta no leer de corrido, agregan, quitan, dislocan, descomponen y componen escenas enteras; así que muchos

dramas representados en Lima no serían conocidos ni por sus mismos autores.

La *Comisión de Espectáculos*, tan meticulosa en conceder *pase* á comedias erizadas de algunas púas contra Gobiernos ó Congresos, contribuye más que nadie á convertir el escenario en plaza de toros al fomentar representaciones de inepticias concebidas por cerebros completamente desequilibrados.

Hay ojos de lince para descubrir entre renglones la más leve alusión á los hombres públicos, y ceguera de topo cuando llega el caso de ver posturas pornográficas, bambulas africanas ó bailes de vientre. Especialistas en Coreografía, muchos miembros de la *Comisión* avalúan el mérito de las artistas por el diámetro de las pantorrillas, la transparencia en el calzón de punto y la mayor amplitud del ángulo formado con las piernas.

La *Comisión*, que traquea siempre á los autores nacionales como el dómine al discípulo, no se muestra más complaciente con actores, dueños de teatros y empresarios: á todos les considera como dependientes, subordinados ó domésticos de la Municipalidad. Á más, algunos buenos señores, figurándose que las diversiones públicas son filones de riqueza pública, esquilman al empresario y al actor con gastos de licencia, multas y cuanta gabela cabe imaginarse. No se cuenta las entradas

de favor y localidades gratis para los miembros de la *Comisión*, sus parientes y sus amigos, aunque, según declaración de un empresario, ascienden á número considerable.

Por fin en la *Comisión de Espectáculos*, todos hacen y deshacen de los edificios, como atacados de monomanía arquitectónica: uno manda condenar una puerta, otro abrir una claraboya; éste ensanchar un pasadizo, aquél bajar un techo; sin que falte alguno que ordene dorar las cornisas ó poner asientos colchados para que descanse muellemente su esposa ó su querida.

En todos los países civilizados, el Gobierno, lejos de ver en los teatros un filón que beneficiar, les otorgan pingües subvenciones; en el Perú se fomenta el más cruel y más repugnante de los legados españoles: la lidia de toros. Si estamos lejos de producir un Corneille y un Talma, quizá poseeremos antes de mucho veinte rivales de Cúchares y Pepé-Hillo.

III

Por una aberración inaudita, vivimos hoy bajo la *Ley de Imprenta* promulgada en 1823, allá cuando el Perú era una especie de antropoide que no había concluido de amputarse la cola monárquica.

El Código penal de 1862 no avanza mucho sobre la *Ley Orgánica* de 1823: las penas señaladas á los hombres que intentan mudar la religión del Estado escandalizarían á los menos intolerantes. Algunos artículos del tal Código parecen fragmentos arrancados á un concilio del siglo iv.

Setenta años de labor parlamentaria no han bastado para elaborar una buena Ley de Imprenta. Y sobran razones para temer un retroceso el día que Senadores y Diputados modifiquen la ley de 1823. Los Congresos del Perú se han convertido en viejos y desestañados alambiques: todo licor que destilan tiene deajo á cobre.

El escritor irreligioso no sufre hoy la pena de asistir leproso ó enterrar muertos; pero corre peligro de verse condenado á expatriación ó arresto mayor. Felizmente, la tolerancia de los pasados Gobiernos, la independencia del Jurado y el buen juicio del pueblo, sirvieron de correctivo al espíritu menguado de nuestras leyes. No puede negarse que en el carácter nacional se encierra un fondo de tolerancia: salvo uno que otro pueblo hipnotizado y aguzado por el clero, el Perú rechaza hoy la persecución religiosa.

Rara vez las autoridades laicas inician la denuncia de escritos contra el dogma ó andan á caza de herejes y librepensadores. Paro-

diando á Federico el Grande, los gobernantes del Perú dejan escribir herejías con tal que les dejen cometer barbaridades. La autoridad eclesiástica da el grito de alerta, para que la autoridad civil ordene la denuncia del escrito y abra juicio al autor; los clérigos, como sabuesos de buen olfato, husmean el rastro y menudean los latidos, para lanzar al galgo en persecución del venado.

El Gobierno toma la cuestión á cargo y despliega la autocracia de su poder, cuando se trata de escritores oposicionistas y periódicos que no siguen las aguas de los subvencionados: no hay voz, diario, libertad ni garantías para el hombre que ignora la consigna ministerial, que protesta de obedecer sumisamente las órdenes prefecturales ó resiste á sufrir una depresión moral en las antesalas palaciegas.

Para impedir que alguno hable, se recurre al uso primitivo de taponarle la boca. Y el día que se impone silencio al escritor independiente y valeroso, nadie se da por entendido, todo el mundo calla en bloque: el Congreso discute el ascenso de un coronel ó la demarcación territorial de Chumbivilcas, mientras los diarios llenan sus columnas con editoriales sobre la canalización del Rimac ó la colonia alemana del Pozuzo.

Para disimular lo tosco del uso primitivo, los Gobiernos emplean el régimen de multas

y depósitos: nadie funda periódico ni sigue publicando los fundados sin depositar 500 soles. Tras el depósito, viene inmediatamente la multa, de modo que cada artículo de oposición cuesta bien caro. Entiéndase que depósitos y multas rezan sólo con los diarios independientes, ó mejor dicho, semanarios; porque la independencia se manifiesta en nuestro periodismo con intermitencias hebdomadarias. Sin embargo, esos periodiquillos intermitentes ó eventuales, algunas veces heroicos, encierran la única expresión sincera del sentimiento popular.

Hoy no existe, pues, libertad en el diario ni independencia en el diarista, y la oposición anodina de uno que otro editorial se reduce á fórmula ó convenio de partes con el fin de guardar las apariencias: no asistimos á batalla donde se arroja plomo, sino á simulacro donde se quema pólvora.

Todos los Gobiernos, al inaugurarse, "ofrecen garantías á la emisión del pensamiento, y se congratulan de ver en la prensa ó cuarto poder del Estado un colaborador inteligente para la magna obra de la regeneración nacional". Otorgan unos pocos meses de respiro y desahogo; pero insensiblemente resbalan por la pendiente del abuso y concluyen por justificar á los anteriores Gobiernos. Entonces regresamos á la vida normal: en nuestro régi-

men político, la legalidad y la justicia figuran como breves interregnos.

Los Vivancos y los Echeniques, los Baltas y los Piérolas, los Iglesias y los Cáceres, fueron en la prensa del Perú como tiburones en el mar.

IV

Cuando faltan garantías para censurar a las autoridades, cuando en las graves cuestiones políticas, religiosas y sociales no se puede emitir libremente las ideas, los hombres enmudecen ó consagran toda su fuerza intelectual á discusiones insípidas, rastreras y ridículas. Toda prensa con mordaza termina por engolfarse en la pornografía, la lucha individual y el interés casero. El periódico no es ya río que sale de madre para fecundizar el campo, sino mal canalizado albañal que con sus miasmas pestilentes infecta el aire de la ciudad.

Nuestro periodismo lo comprueba. ¿Qué vemos en editoriales? Pesadas adulaciones al Gobierno, escritos que infunden sueño, literatura de cachalotes, buena para leída por elefantes. ¿Qué vemos en crónicas y comunicados? Improperios contra el candidato que no fomenta la impresión, insolencias que revuel-

ven la bilis, literatura de verduleras, buena para leída por meretrices. Profesión semejante concluirá por llamarse empresa industrial de gitanos que compran á resmas el papel blanco para embadurnarle de tinta y venderle por hojas sueltas.

Para elevar el espíritu de una prensa no hay remedio mejor que libertarla. El diario más libre á la vez que más instructivo y moderado se encuentra hoy en la Gran Bretaña. Ciertó, el periódico inglés, sea cual fuere su tinte, defiende primero que todo los intereses británicos; pero también concede amplio lugar á los intereses ajenos: al abrir un buen diario de Londres, sabemos lo que se realiza en el mundo entero. Ahí no se acostumbra ya el pugilato ridículo de dos individuos en las columnas de un periódico; y recuérdese que Inglaterra, antes de conquistar sus libertades públicas, fué la tierra clásica del ataque virulento, del insulto procaz, del pamfletó inmundó y soez. Con la palabra sucede lo mismo que con el agua: estancada, se corrompe; movida y agitada, conserva su frescura.

Siguiendo el ejemplo de Inglaterra, las naciones más civilizadas tienden á eliminar obstáculos para la emisión del pensamiento: los diarios de Estados Unidos, Francia, Italia, Bélgica y hasta España, encierran enormidades que en el Perú no se imprimió nunca ni

se imprimirá tal vez en muchos años. Todas las cuestiones son dilucidadas; y todas las ideas por absurdas y estrafalarias que nos parezcan, poseen su órgano y su público. Y nadie goza de privilegio. No se hable de Estados Unidos, donde el presidente de la República sufre una incesante descarga de todas las baterías demócratas si es republicano, y de todas las republicanass si es demócrata; pero hágase una ligera excursión á las monarquías, y se verá que ni el mismo soberano se libra de la caricatura ó del ataque personal. En el Perú sucede lo contrario: nuestros gobernantes se consideran como ungidos del Señor, como fetiches que no podemos tocar n para sacudirles el polvo. No aguantan más golpe que del incensario.

Lo que en las naciones más cultas sucede con el periódico se realiza también con el teatro. Verdad, la censura no ha desaparecido, y en algunas partes reina tan mezquina y meticulosa que, en Francia por ejemplo, los autores nacionales se ven obligados á pedir la hospitalidad de teatros belgas. Sin embargo, en medio de las restricciones, el dramaturgo dispone de grandísima latitud para evolucionar: plantea y resuelve los más arduos problemas sociales, dirige flechazos á las cabezas más levantadas. Cuando en las tablas no desfilan los individuos con sus propios nombres,

figuran con señales tan marcadas que todo el público sabe de quién se trata y adónde va el tiro. En las revistas del año, la rociada empieza muchas veces con el primer mandatario y acaba con el último alguacil: cada uno con sus nombres ó apodos.

Y aquí nos hacemos cruces con la caricatura, nos escandalizamos con el semanario picaresco donde asoman algunas punzadas contra las autoridades y ponemos el grito en el cielo por la comedia salpimentada con una que otra ~~algun~~ personal. Nos pagamos de frases huecas y sofisticas, y creemos haber penetrado en el Polo Norte cuando cometemos la peregrinada de invocar "el santuario de la vida privada", hablamos de acogernos "al sagrado del hogar doméstico" y sentamos el principio de "combatir las ideas del hombre público sin entrar en las faltas del individuo".

V

Nosotros, que habitamos un verdadero limbo intelectual, que nos encontramos en condición de recibir un rayo de luz, venga de donde viniere, necesitamos amplísima libertad en periódicos y teatros.

En el teatro, suprimamos censuras previas y *Comisiones de Espectáculos*, alentemos al es-

critor nacional haciendo que sus obras sean representadas bajo su dirección, y dejemos al público frente á frente del autor para que ensalce al bueno y ejecute al malo. No temamos la invasión triunfante de lo deforme ni el entronizamiento de lo nauseabundo y pornográfico: nuestro nivel moral no lo consiente ya, y si lo consintiera, no habría por qué lamentarnos: pueblo capaz de gozarse en lo inmoral y obsceno, recibe la obra que leerece.

En el periódico, no abandonemos al publicista bajo la tutela de prefectos y suprefectos, suprimamos el cúmulo de trabas para la fundación de un diario, y sólo en caso de injuria personal ó calumnia, dejemos á ofensor y ofendido batallar con el Jurado.

¿Por qué autorizar la ingerencia del Clero en cosas de imprenta? ¿Por qué reconocer en el Código penal delitos y faltas contra la Religión? Si castigamos al filósofo que en sus disquisiciones no se conforma con el *Catecismo de Perseverancia* ¿por qué no castigamos también al teólogo que en sus panegíricos infringe el *Arte de Hablar*? Pecado contra pecado, tanto vale ofender el dogma como quebrantar las reglas del buen decir. Establézcase, pues, *Jurados mixtos*; y si un obispo denuncia un folleto contra la pureza de María, que un literato denuncie una pastoral contra la Gramática.

Con la libertad de imprenta se concede al catolicismo una ocasión magnífica para confundir á sus detractores, afianzar su triunfo y más que todo justificar sus jactancias, porque verdaderamente no hay mucho mérito en dar por refutado al contendor que no pudo argüir ni por vencido al combatiente que no tuvo arena para luchar. Si la religión católica se llama luz, ¿por qué teme las tinieblas? Si fuerza, ¿por qué rehuye el combate? Si verdad, ¿por qué se asusta con el error?

Los católicos arrojan el guante, desafían con altivez de caballero á sabios y filósofos; pero observan la buena precaución de cortar las manos á todo paladín que intenta recoger el guante. Es como abrir concurso de baile y mutilar ambas piernas á cuanto bailarín se presente. La Iglesia comprende muy bien su precaria situación y no admite la lucha leal en campo abierto: sabe que basta la luz de un candil para desvanecer sus sombras chinescas, que sobran los dientes de una mediana pluma para agujerear su Firmamento de bodrucho. De ahí su despotismo: nada tan cruel, tan opresor ni tan intolerante como una Religión en las postrimerías de su existencia. Su rabia recuerda la rabia del tigre acorralado por los cazadores, su despecho recuerda el despecho del escorpión rodeado por carbones ardientes.

En ningún tiempo convino más la libertad

de escribir que hoy en las naciones sur-americanas. Las ideas muertas y enterradas ya en Europa, renacen para cundir y dominar en el Nuevo Mundo. Bajo diferentes disfraces y con distintos nombres, las falanjes retrógradas nos invaden. Colombia, Ecuador, Bolivia y hoy el Perú mismo, les sirven de fortalezas y cuarteles generales. La última batalla contra lo viejo y lo malo tiene que darse aquí, batalla formidable y tenaz, porque las preocupaciones religiosas son como los bueyes de la Odissea, que, muertos y asados, todavía mugen.

A todas horas y en todas partes se clama por la regeneración nacional. Pues bien, seguiremos siendo lo que somos, la forma republicana continuará como frase de lujo en Constitución de parada, mientras el último de los peruanos carezca de libertad para emitir sus ideas ó no disfrute de garantías para encararse con el poder y fustigarle por las concusiones, las ilegalidades y las injusticias.

Hay hombres civilizados que saben atrofiar la cabeza de los vivos, como los Guambizas del Morona poseen el secreto de reducir á pequeñas dimensiones el cráneo de los muertos. Con nuestra *Ley de Imprenta*, los peruanos concluiremos por llevar en los hombros la cabeza de un mono microcéfalo.

1889.

PROPAGANDA Y ATAQUE

I

Vicio capital de la literatura peruana, la fraseología. Tómese un diario y recórrase el editorial: ¿qué se encuentra? Palabras. Tómese un semanario y léase las composiciones en verso: ¿qué se encuentra? Palabras. Estamos en el caso de repetir con Hamlet: ¡palabras, palabras y palabras!

Padecemos de logomanía ó logomaquia y deberíamos realizar el proyecto, concebido por Saint-Just, de imitar á los lacedemonios y fundar un premio de laconismo. Sí, laconismo, no para convertir el idioma en jerga telegráfica, sino para encerrar en el menor número de palabras el mayor número de ideas; no para dilucidar las cuestiones en una simple jaculatoria de cinco líneas, sino para conceder al pensamiento el desarrollo conveniente y á la frase la extensión indispensable: podemos ser difusos en una línea y concisos en un volumen,

Atolondrados con el monótono chapoteo de un lenguaje campanudo y hueco, nos vemos como hundidos hasta medio cuerpo en torrente que se derrama por cauce pedregoso y ancho: el ruido nos ensordece; pero la corriente no consigue arrastrarnos.

Entre la indecisión y vaguedad de la turba-multa, se delínean dos grupos de escritores: unos que hablan á lo Sancho Panza, con idiotismos, dicarachos y refranes; otros que se expresan á lo don Quijote, solemnemente, en clausulones altisonantes y enrevesados.

Tenemos jerigonza judicial, jerigonza universitaria, jerigonza periodística, jerigonza criollo-arcaica, en fin, todas las jerigonzas que dicen al idioma como las erupciones cutáneas á la piel.

Todo hay, menos el estilo franco y leal que precise la fisonomía del individuo, que diferencie al hombre de los otros hombres, que encierre la manifestación exacta del yo. Todo hay, menos el lenguaje claro y sustancioso, que posea la virtud del agua y del pan; no cansar.

No surge una personalidad eminente que seduzca y se imponga, lo que es un bien y un mal: un bien, porque toda eminencia literaria induce á imitación y ahoga la libre iniciativa del individuo; un mal, porque no habiendo superioridades, las falsificamos y nos converti-

mos en adoradores de medianías y mediocridades.

Los viejos se repiten ó se esterilizan, los jóvenes nos estereotipan aun con rasgos definidos y claros. Muerto Althaus, paralítico y moribundo Salaberri, expatriado Arnaldo Márquez, tal vez por carecer aquí de aire y espacio, ¿quién nos queda? Sin embargo, naciones desdeñadas por nosotros poseen hoy en Montalvo y Llona un prosador y un poeta.

Carecemos de buenos estilistas, porque no contamos con buenos pensadores, porque el estilo no es más que sangre de las ideas: á organismo raquítico, sangre anémica. Y ¿cómo pensaremos bien, si todavía respiramos en atmósfera de la Edad Media, si en nuestra educación giramos alrededor de los estériles dogmas católicos, si no logramos expeler el virus teológico, heredado de los españoles?

Hasta en los cerebros que se precian de sanos reina espantosa confusión, pues las ideas más divergentes y divorciadas cohabitan en amigable consorcio. No se pida lógica; soneto que se abre con apóstrofe racionalista se cierra con declaraciones de fe; discurso con exordio en favor de Darwin, lleva peroración en defensa del Génesis. Para concebir algo semejante al desorden estrambótico de nuestra verbosidad incoercible, imagínese la dromiscuidad de un ejército en derrota, ó el

revoltijo después de un incendio; por la boca de un costal repleto con los comestibles de una bodega y las alhajas de una joyería, brotan en risible confusión, nabos y rubies, garbanzos y brillantes, roscas de morcilla y collares de perlas.

Predomina el catolicismo liberal ó liberalismo católico. Periodistas y literatos arrojan á un solo molde el *Syllabus* y la *Declaración de los derechos del hombre*. Adoran en dos altares, como las mujeres que consagran al rezo la mitad del día y al amor libre la otra mitad. Olvidan que el liberalismo católico representa en el orden moral el mismo papel que en el orden físico representaron los lagartos voladores de la época secundaria; organismos con alas de pájaro y cuerpo de reptil, seres que hoy vuelan y mañana rastrean.

Muchos, con aire de emprender el décimotercio trabajo de Hércules, cogen la pluma y disertan horas de horas sobre libertad de cultos, sobre cementerios laicos y especialmente sobre su arca santa, *el patronato nacional*; pero cuando se ofrece aceptar los principios de la Ciencia positiva y aplicar sus lógicas y tremendas conclusiones, cuando llega la ocasión de blandir el hacha para dar el golpe recio, entonces retroceden espantados, y ¡adiós décimotercio trabajo de Hércules!

Los escritos de nuestros más audaces libe-

rales parecen orgías bajo la cúpula de una catedral; entre choque de vasos, vapores de vino y gritos blasfemos, se escucha de cuando en cuando el resoplido del órgano, la interminable salmodia de fraile soñoliento y el chisporroteo de velas hisopeadas con agua bendita.

En fin, el diagnóstico de la literatura peruana se resume en una línea: congestión de palabras, anemia de ideas.

II

Muchos pueblos, al sufrir un descalabro, guardan la fuerza de elasticidad suficiente para ascender al punto de la caída. Nosotros, vencidos por Chile, permanecemos colados al suelo como sustancia glutinosa.

Da grima ver el apego senil al camino trillado, el culto sin disidentes á la diosa rutina, el respeto servil, no sólo á hombres huecos é instituciones apolilladas, sino á mitos aéreos y entidades metafísicas. En tanto que nuestros vecinos marchan al trote ó á la carga, nosotros no salimos de marcar el paso.

Aquí no vivimos como hermanos, á la sombra del mismo techo, respirando el mismo ambiente y amando las mismas cosas, sino disputándonos un rayo de Sol, como gitanos

en feria; tratando de engañarnos sórdidamente, como tahures en mesa de garito; odiándonos interiormente con el rencor implacable de oprimidos y opresores.

A juicio de Bolívar, "no hay buena fe en América ni entre los hombres ni entre las naciones. Los tratados son papeles, las constituciones libros, las elecciones combates, la libertad anarquía y la vida un tormento". En el Perú de hoy, no existe honradez privada ni pública: todo se viola y pisotea cínicamente, desde la palabra de honor hasta el documento suscrito. La vida política se funda en fraude, concusión y mentira; la vida social se resume en la modorra egoísta, cuando no en la guerra defensiva contra envidia, calumnia y rapacidad del vecino.

En todo país civilizado funcionan grupos homogéneos, ó cuando menos, se bosquejan embriones de partidos con sus hombres y sus credos: nosotros no conocemos armonías de cerebros, sino alianzas de vientre. No poseemos elementos individuales que reunir en un cuerpo solidario y compacto, porque los ciudadanos útiles y probos esquivan la lucha, se sustraen á la acción y viven acurrucados en el carapacho de su yo. El malo triunfa y manda, hace y deshace; mientras el bueno resume su filosofía en cuatro palabras: tranquilidad en la digestión.

¿Qué tenemos? En el Gobierno manotadas inconscientes ó remedos de movinientos libres; en el poder judicial, venalidades y prevaricatos; en el Congreso, riñas grotescas sin arranques de valor y discusiones soporíferas sin chispa de elocuencia; en el pueblo, carencia de fe, porque en ningún hombre se cree ya, egoísmo de nieve, porque á nadie se ama, y conformidad musulmana, porque nada se espera.

Pueblo, Congreso, Poder judicial y Gobierno, todo fermenta y despidе un enervante olor á mediocridad. Abunda la pequeñez en todo: pequeñez en caracteres, pequeñez en corazones, pequeñez en vicios y crímenes.

El escritor no se exime del envilecimiento general. ¿Dónde la boca libre que hable á las multitudes como se las debe hablar? ¿Qué publicista rompe la mordaza de oro? ¿Qué poeta truena con la cólera engendrado por el odio al malo? El escritor que paladea la miel de un cargo público, enmudece ó aplaude; el que inútilmente husmea las migajas del erario nacional, vocifera y ataca; con rarisimas excepciones, sólo hay cortesanos rastreros ú opositores despechados. Los que distribuyen la propina y marchan, como ídolos de la India, contemplando á sus pies una muchedumbre de creyentes arrodillados, esos saben lo que significan las reverencias del periodista en el

editorial, las congratulaciones del profesor en el discurso universitario y las lágrimas del poeta en la corona fúnebre.

Cómo profesamos un liberalismo á flor de piel; cómo nos hicimos al grillete del colono; ignoramos hacia dónde tenemos que ir, y no acertamos ni á mover los pies con desembarazo. La independencia nos abrumba, como si fuera montaña de plomo. Se diría que lamentamos lá esclavitud perdida, como pájaros que, lanzados al aire por un descuido del amo, regresan á revolotear y piar en derredor de la jaula. Siguiendo la tradición de los autores cortesanos, que elegían sus Mecenas entre los duques y los marqueses, nosotros mendigamos patrocinio y renta de Gobiernos, Congresos y Municipalidades. A la mendicidad de los individuos, responde la mendicidad colectiva; las sociedades libres demandan subvenciones y carácter oficial. Somos los hermanos mendicantes de la Ciencia y de la Literatura.

Cunde hasta el servilismo internacónal; las agrupaciones literarias y científicas tienden á convertirse en academias correspondientes de las reales academias españolas. Literatos, abogados y médicos, vuelven los ojos á España en la actitud vergonzosa de mendigar un título académico. Lacayos del mundo intelectual, nuestros médicos, nuestros abogados y nuestros literatos, se pavonean con las meda-

llas ó emblemas de las corporaciones españolas, como los antiguos esclavos de casa grande se contoneaban y crecían con la librea del amo.

En resumen: hoy el Perú es organismo enfermo; donde se aplica el dedo brota pus.

III

Ardua tarea corresponde al escritor nacional, como llamado á contrarrestar el pernicioso influjo del hombre público; su obra tiene que ser de propaganda y ataque. Tal vez no vivimos en condiciones de intentar la acción colectiva, sino el esfuerzo individual y solitario; acaso no se requiere tanto el libro como el folleto, el periódico y la hoja suelta.

Hay que mostrar al pueblo el horror de su envilecimiento y de su miseria; nunca se verificó excelente autopsia sin despedazar el cadáver, ni se conoció á fondo una sociedad sin descarnar su esqueleto. ¿Por qué asustarse ó escandalizarse? Cuanto se diga, ¿no lo palpan nacionales y extranjeros? La lepra no se cura escondiéndola con guante blanco.

Pero de nada nos serviría revolcar siempre á la Nación en su propio lodo y encontrarle noche y día sus llagas, si al mismo tiempo no levantamos el espíritu de las muchedumbres

que rastrean en la costa, si no sacudimos con rudeza brutal á esos hombres soñolientos, que perdurablemente cabecean en las faldas de la Gran Cordillera, si no damos continuas descargas eléctricas al organismo amenazado de parálisis.

No temamos que muy pocos nos oigan y nos entiendan; cuando vibra una voz sincera y franca, los más ignorantes paran el oído y escuchan. Lo que tomamos por insuficiencia de las *masas* para comprender las ideas, debe llamarse muchas veces impotencia del escritor para darse á entender. "Quien desprecia la multitud desprecia la razón misma, desde que la juzga incapaz de comunicarse y hacerse oír; por el contrario, sólo es verdadera filosofía la que se cree nacida para todos y profesa que todos nacieron para la más elevada verdad y deben tener su parte de ella, como del Sol" (1).

Fácilmente comprenderá el pueblo que si antes se hizo todo con él, pero en beneficio ajeno, llega la hora de que él haga todo por sí y en beneficio propio. Harto se habló á la Humanidad de sus obligaciones, para que se recuerde ya sus derechos. ¡Abajo esas mentiras convencionales de *respeto* y *resignación*! Todas las antiguallas respetadas, aunque no respetables, sirvieron de cómplices á la tiranía

(1) Ernest Havet.

religiosa, política y social. Consideramos el trascurso de siglos como una sanción, cuando, por el contrario, los errores más antiguos merecen más odio y guerra más implacable, porque más tiempo engañaron al hombre y más perjuicios le causaron. Abramos bien los ojos y veremos claro: veremos que muchos individuos nos "parecen colosos, porque al medirnos con ellos nos arrodillamos"; veremos que respetamos hoy como sagradas las abominaciones que nosotros mismos consagramos ayer; veremos que nos conducimos como el niño que vuelve sus espaldas á la bujía y se espanta con la gigantesca proyección de su propia sombra.

Esa palabra *resignación*, inventada por los astutos que gozan, para encadenar el brazo de los inocentes que sufren iniquidades y atropellos, debe desaparecer de todos los labios, porque resuena como sinónimo de ultraje en el opresor, de cobardía en el oprimido. Quitemos al poderoso algo de su poder, al rico algo de su riqueza, y veremos si conocen y precorizan la *resignación*. Las clases desheredadas tienen derecho de usar todos los medios para sustraerse á su desgraciada condición. ¿Por qué desmayar de hambre á las puertas del festín, si violentando la entrada se consigue manjar y sitio para todos? Los despojos sociales nacieron de la violencia, se fundan en la vio-

lencia más ó menos solapada, y combatirles violentamente es ejercer el derecho de contestar á la fuerza con la fuerza.

De nada serviría tampoco la más fogosa propaganda, si no viniera simultáneamente con el ataque decidido á política y políticos.

Por el rodadero de la política, bajó todo á corromperse en charco cenagoso y pútrido. Las más preciosas fuerzas de la Nación fueron desperdiciadas en discusiones de forma y de palabras, cuando no en riñas de intereses individuales ó de camarilla. ¿Qué sacamos de todas nuestras divagaciones bizantinas? ¿Qué de todos nuestros pandillajes berberiscos? ¿Qué libertades conquistamos, después de las consignadas en las primeras Constituciones? Emancipamos al esclavo negro para sustituirle con el esclavo amarillo—el chino. El verdadero *substratum* nacional permanece como en tiempo de los españoles: hasta vamos haciendo el milagro de natar en el indio lo que rara vez muere en el hombre: la esperanza. Muchas reformas políticas en ciernes, adelantos sociales, casi ninguno; porque la civilización de una sociedad no se mide por la riqueza de unos pocos y la ilustración de unos cuantos, sino por el bienestar común y el nivel intelectual de las masas.

“¿Qué fué nuestra política? El arte de gobernar á los hombres como se gobierna una

máquina ó un rebaño» (1). Y, sin embargo, personifica todo el ideal de la juventud. Salidos apenas de las Universidades ¡qué! hasta en los bancos del colegio, los adolescentes refrenan sus arranques de libertad, se adaptan á las pequeñeces del *medio* y adquieren todos los refinamientos y malicias del pretendiente en corte. Su físico mismo les distingue: la humildad del semblante, la curvatura del cuerpo y la sumisa inflexión de la voz, denuncian al oficinista en remajo, al empleado en camino de senador ó ministro. Hombres que habrían dejado huella luminosa en las ciencias, las artes ó las industrias, malograron sus buenas facultades y en lo mejor de su vida se hicieron inválidos de la inteligencia. Á las puertas del Congreso, de Palacio y de las oficinas públicas, deberíamos repetir las lamentaciones del poeta inglés en el cementerio de una aldea.

IV

¿Quiénes formaron la flor y nata de nuestros políticos? El médico sin clientela, el banquero en liquidación, el periodista sin suscriptores, el hacendado en ruina, el comerciante en quiebra, el ingeniero sin contratas, el militar sin hoja de servicios, y señaladamen-

(1) Renan, *Questions contemporaines*.

te el abogado sin pleitos. Son el verdadero enemigo; con ellos se necesita, no sólo el ataque general y en globo, sino la expurgación individual para cogerles uno por uno y practicar una vivisección moral.

Desde que la actividad pública se resume en el choque de intereses individuales, hay que derrocar personas antes de elucidar principios. ¿Á qué revestirnos de mansedumbre que no poseemos? ¿Á qué endulzar jesuíticamente las frases que destilan veneno? ¿Á qué fingir que tiramos al aire, cuando dirigimos la flecha contra el ojo derecho de Filipo? En vez de alusiones hipócritas y solapadas, en vez de murmuraciones callejeras ó comunicados anónimos, venga el leal y desembozado ataque al grupo y al individuo. Hasta en la lucha de ideas sirven de blanco los hombres que las encarnan; de otro modo, la vida se convertiría en guerra de sombras, la historia en procesión de espectros. Cuando combaten dos ejércitos, no se entretienen en destrozar á balazos las banderas enemigas; dirigen el tiro al pecho de los soldados que las tremolan.

Y ¡qué! el agresor, ¿se libra de convertirse en agredido? Quien da estocadas certeras, ¿no se pone á recibir mandobles mortales? Los políticos se defenderán astuta y eficazmente, porque no usarán el ataque de los galos, que se desnudaban el pecho, sino la emboscada de

los *pabellones negros*, que abren su agujero en la tierra, se ocultan, y el instante menos pensado descargan el rifle á la espalda del enemigo.

La distinción entre vida pública y vida privada es otra invención de los astutos para blindarse el sitio vulnerable. Á más, presenta su lado cómico, pues el individuo que al sentirse herido por un saetazo demanda si el tiro va lanzado contra el hombre público ó el privado, no hace más que parodiar á Maitre Jacques, al anfibio criado de Harpagón, cuando preguntaba socarronamente á su amo: "¿Con el cochero habla usted ó con el cocinero?"

La vida pública se reduce á la prolongación de la vida privada, como la sociedad se reduce también al ensanchamiento de la familia, y nadie, por más agudeza de ingenio que tenga, puede señalar dónde acaba ó dónde empieza la publicidad de un acto. Con uniforme oficial ó traje casero, en el sillón de la oficina ó en el sofá del dormitorio, el hombre conserva su identidad y vive la misma vida. El criminal es tan criminal en su casa como en la plazuela, la hiena es tan hiena en la jaula como en el desierto.

Lo que irónicamente dijo Larra de la *verru-ga* y de la *moza* debe tomarse á lo serio, si para derribar, por ejemplo, á un mal ministro, hacer destituir á un juez prevaricador ó dar en

tierra con un prefecto rapaz, no se conocen medios más eficaces que cebarse en la *moza* y la *verruga*. ¿Por qué no insistir en el defecto corporal? Quien sabe la psicología de ciertos individuos se explica bien con la desviación siniestra de los ojos ó el arqueo de la espina dorsal. Las anomalías de conformación suelen acarrear imperfecciones morales. No se cura el enfermo colocándole bajo su almohada un libro de Terapéutica ó Cirugía, sino propinándole drogas ó ejecutándole operaciones quirúrgicas; no se escarmienta ni se corrige á un mal hombre público regalándole el *Espíritu de las leyes*, sino haciéndole beber tinta saturada con hiel ó clavándole la pluma unos cuantos milímetros más allá de la epidermis.

“Los hombres que gastan su actividad en las luchas políticas y ejercen acción sobre los acontecimientos del mundo, pertenecen á la discusión y no se escaparán con la muerte ni con el tiempo.” En la historia de la Humanidad abundan exhumaciones de vidas privadas, y nadie protesta. Si juzgamos á los muertos, que no pueden defenderse ni atacarnos, ¿por qué no juzgaremos de igual modo á los vivos que tienen lengua para hablar y manos para mover la pluma y la espada?

No hay, pues, derecho para abroquelarse en la inviolabilidad del hogar, mucho menos cuando se aparenta vivir como la doncella en

el claustro y se vive como el cerdo en la pocilga. Por el contrario, todos deben allanar la casa del hipócrita para exhibirle y escarnerle, para hacer que su castigo sirva de provechosa lección. El hombre público no queda salvo ni se reviste de carácter sagrado, por acuelillarse en un rincón de su alcoba ó introducir la cabeza en su vaso de noche. Porque la víbora se guarece en su nido, ¿dejamos de aplastarla? Porque el tigre se esconde en su cubil, ¿dejamos de abalearle?

Una sola cosa debemos á nuestros semejantes: la verdad; por lo demás, siendo irrefragables como un axioma, podemos ser violentos como una tempestad. No importa que á la altivez y franqueza en el hablar llamen difamación los pecadores hipócritas, pero no arrepentidos, que sientan zumbiar el azote justiciero.

Los políticos de profesión, los que se desvelan por ganarse prosélitos, hablan siempre con atenuaciones, circunloquios y estratagemas; pero el hombre verdaderamente libre lanza el pensamiento en su más cruda integridad, pues no le importa herir los intereses de las clases acomodadas ni sublevar la cólera de agrupaciones ignorantes y fanáticas.

CUARTA PARTE

VICTOR HUGO

I

Víctor Hugo ha muerto. El poeta del siglo, el eco sonoro, colocado en el centro de nuestra sociedad, acaba de extinguirse.

Para escribir la vida del ilustre muerto se necesita compendiar la historia literaria de nuestro siglo. Lo que un autor francés afirmaba de Sainte-Beuve, debe, con más razón, aplicarse á Víctor Hugo: "Ningún hombre de su época se rozó con mayor número de ideas", Ninguno, tal vez, realizó con la pluma prodigios mayores. Él destruyó para construir, sublevó el espíritu nuevo contra el espíritu viejo, y convirtió en campo de batalla la república literaria del siglo XIX.

Su nombre, como el *Islam y sangre* de los mahometanos ó el *Cierra Santiago* de las hues-

tes castellanas, repercutía como grito de combate. Cuando el cuerno de Hernani resonaba, todos los espíritus independientes se apercebían á luchar, porque el romanticismo francés, que empezó con Chateaubriand por una exaltación algo mística y algo monárquica, se fué modificando con Victor Hugo hasta significar emancipación del pensamiento, quiere decir, libertad en la Ciencia, en el Arte y en la Literatura.

Siempre que Victor Hugo quiso levantar su voz de bronce, todos guardaron silencio para recoger las palabras y entregarlas á los vientos de la Tierra. Los escritores de su tiempo le apostrofaban como Dante á Virgilio: "Tú eres el guía, el señor y el maestro" (1).

Aunque los naturalistas pretendan derivarse de Stendhal y Balzac, revelan á cada paso la filiación romántica, dejan ver que avanzan en la inmensa trocha descubierta por el hacha de Victor Hugo. Zola, en sus continuos arranques del mal humor, rabia de seguir involuntariamente el impulso del *Maestro* y no poderse quitar el penacho romántico.

Ser traducido al español, inglés, italiano, alemán, griego y ruso, saliendo á luz lo mismo en París que en Madrid, Londres, Roma, Berlin, Atenas y San Petersburgo, sólo él lo consi-

(1) Tu duca, tu signore e tu maestro.

guió. En todas partes se introdujo á dominar, á imponerse. ¿Qué literatura no conserva hoy huellas de imitación romántica?

II

Victor María Hugo nació en Besançon el 26 de Febrero de 1862, y fueron sus padres el general José Leopoldo Segisberto Hugo, hijo de un carpintero de Nancy (1), y Sofia Francisca Trébuchet, hija de un armador de Nantes. Vivió, pues, más de ochenta y tres años, viendo desaparecer á los principales autores de su tiempo: A. de Musset, Vigny, Lamartine, Sainte-Beuve, Dumas, George Sand, etc., á sus hermanos Eugenio y Abel, á su hija Leopoldina, á su esposa y á sus hijos Carlos y Francisco. De sus descendientes le quedaban, su hija Adela, encerrada desde 1872 en una casa de locos, y sus nietos Jorge y Juana.

Hijo de un soldado que hoy atravesaba los Alpes y mañana los Pirineos, Victor Hugo, á las seis semanas de nacido, fué llevado por sus padres á Marsella y después siguió residiendo en Córcega, la Isla de Elba, París, Turín, Florencia, Roma, Nápoles y Madrid,

(1) E. Fournier.—*Souvenirs poétiques de l'école romantique*, E. Biré.—*Victor Hugo avant 1830*.

donde permaneció en el Colegio de Nobles desde principios de 1811 hasta la primavera de 1812.

Á los diez años intentaba versificar sin conocer la métrica, á los doce componia sus primeros versos consagrados á Orlando y de los trece á los diez y seis, no sólo habia escrito innumerables composiciones, tanto originales como traducidas del latin ó imitadas de Ossian, sino un poema sobre el diluvio, el cuento *Bug Jargal*, la tragedia *Itarmeno*, la zarzuela *De algo sirve el acaso*, el melodrama *Inés de Castro*, etc. Á los quince años obtuvo una mención en el concurso de la Academia francesa, y á los diez y ocho ganó el titulo de maestre en los Juegos florales de Tolosa. Chateaubriand le llamaba con justicia "el niño sublime".

Desde fines de 1819 hasta principios de 1821 colaboró asiduamente en el *Conservador literario*, periódico bimensual, fundado por él y sus hermanos. Sus escritos del *Conservador* se distinguen por el subido tinte monárquico, religioso y hasta clásico.

En 1822 dió á luz, con el titulo de *Odas y poesías diversas*, su primera colección de versos, obtuvo de Luis XVIII una pensión anual de 1.000 francos y contrajo matrimonio con Adela Foucher, la virgen celebrada en el libro V de las *Odas*, la esposa glorificada en los *Cantos del crepúsculo*.

De 1823 hasta 1830 inclusive, publicó *Han de Islandia* (1823), *Nuevas Odas* (1824), la reedición explanada de *Bug Jargal* (1826), *Odas y Baladas* (1826), *Cromwel* (1827), las *Orientales* (1829), el *Ultimo dia de un condenado á muerte* (1829), *Marion de Lorme* (1829), y *Hernani* (1830). Estas obras levantaron una tempestad de aplausos y recriminaciones.

El prefacio de *Cromwell* produjo tanta resonancia, que alguien le llamó el decálogo del romanticismo. La primera representación de *Hernani* se convirtió en la encarnizada lucha de dos partidos, en el Waterloo de la clásica tragedia francesa. Con la obra de Victor Hugo se impuso el drama romántico, rematándose la campaña empezada por Alejandro Dumas con *Enrique III* y por Alfred de Vigny con la traducción de *Otelo*. Como los veteranos del Imperio se enorgullecían de haber peleado en Austerlitz, así los viejos románticos se vanagloriaban de haber asistido á la jornada de *Hernani*. "Esa noche, dice Théophile Gautier, decidió de nuestra vida" (1).

En aquella época, antes de los treinta años, Victor Hugo había inspirado ya el odio implacable que Byron infundió en ciertos meticulosos espíritus de Inglaterra y el amor llevado al delirio que Goethe despertó en algunas nobles almas de Alemania. Si no faltó quien le

(1) *Histoire du romantisme*.

execrara como al Atila de la Literatura, hubo también hombres acometidos de hugolatría. Refiere Théophile Gautier que al ser presentado á Víctor Hugo por Petrus Borel y Gérard de Nerval le faltó poco para desmayarse, como Ester en presencia de Asuero. Lo que más le sorprendía en Víctor Hugo era "la frente monumental, de amplitud y belleza sobrehumanas, frente digna de llevar la corona de un Dios ó de un César" (1).

De 1830 en adelante, la fecundidad de Víctor Hugo raya en asombrosa; como Lope de Vega y Goethe, lo abarca todo, lo emprende todo y lo puede todo. Cuando los demás incuban una estrofa ó un canto, él produce un poema ó un libro. Unos brillan como poetas líricos, otros como épicos ó dramáticos; pero él se destaca sobre todos como el poeta único y de una pieza. Todo lo canta, desde la concha del Océano hasta el musgo de las montañas, desde el sapo hasta la estrella, y desde el amor que hace morir, hasta el odio que hace matar. Vuela como el cóndor y trabaja como la hormiga. Asombra con la intensidad y extensión de su vida; no se abruma con la faena diaria, no siente la impotencia de la vejez, y por más de medio siglo publica volúmenes

(1) Soumet escribía en 1820 á un amigo: « Cet enfant (V. Hugo), a une tête bien remarquable, une véritable étude de Lavator. » (E. Biré.—*Víctor Hugo avant 1830.*)

tras volúmenes que vienen al campo de la literatura francesa, como la creciente inundación de un Nilo inagotable.

III

Su obra, semejante al escudo de Aquiles, encierra la completa figuración de la vida, merece titularse, como el libro de Humboldt, *Cosmos*.

Para estudiar el espíritu de nuestro siglo necesitamos leer las páginas del gran poeta: conociendo a Víctor Hugo, sabemos lo que fuimos, lo que somos, lo que anhelamos ser. Más que el tipo de una raza, debe llamarse el hombre representativo de una época.

Víctor Hugo pertenece á la familia de los genios eminentemente progresivos que se despojan hoy del error adquirido ayer: pájaros en eterna muda, á cada movimiento de sus alas dejan caer una pluma descolorida y muerta. Realista en la adolescencia, bonapartista en la juventud, republicano en la edad viril, socialista en la vejez, sintetiza la evolución de un cerebro que avanza en espiral ascendente. Vilipendiarle por la variación de sus ideas vale tanto como acusar á la semilla de transformarse en árbol. La piedra que baja en virtud de su peso, traza la línea recta; pero el

tren, el humo y hasta el águila, siguen las entrantes y salientes de una curva para ganar en altura. Pasar de monarquista á republicano, de creyente á librepensador, significa ascender. Con razón, en 1853, comparando su vida intelectual con la tempestuosa carrera de Ney y Murat, exclamaba que "el orgullo en la ascensión era permitido cuando en el último tramo de la escala luminosa se había encontrado la proscripción".

Erró al figurarse que la Restauración borbónica daría libertad al pueblo francés y que el Pontificado de Mastai Ferretti sería la alianza entre la Iglesia y la civilización; pero combatió infatigablemente por la segunda República, vivió cerca de veinte años en el destierro, y clavó en la picota de los *Castigos* al Emperador de Sedán y al Pontífice de Mentana.

Su acción política no se iguala con su influencia literaria. Como *par* de Francia sostuvo duelos de palabra, tan gloriosos como las justas de los antiguos paladines; pero no arrastró con sus discursos á las muchedumbres, no tuvo en sus manos la suerte de Francia, no representó el encumbrado papel de Lamartine. Su gloria como político se funda en haber sido un Homero con gorro frigio y blusa democrática.

La lectura de Víctor Hugo, como poderoso

estimulante, hace brotar ideas; sus palabras actúan en el cerebro como el abono en la tierra. Cuanto produce atesora el calor de la vida. Sus poemas no se limitan á cristalizaciones minerales con las facetas del diamante; son cuerpos organizados en que se palpa el movimiento de la savia ó la circulación de la sangre. Al leerle, "experimentamos la admiración por el escrito y el gozo de encontrar en el poeta al pensador ligado con todos los problemas que interesan á la Humanidad" (1). Como lo confiesa él mismo, "tiene corazón hasta en la cabeza, entrañas en la inteligencia". En su poesía desborda la piedad hacia los desgraciados y relampaguea la ira contra los opresores. Él no renegó como Byron ni desesperó como Leopardi, y si alguna vez blandió la espada de fuego, siempre mostró en su frente olímpica el nimbo de la esperanza.

Si no deja como Goethe una huella indeleble en las Ciencias naturales, imprimió en el idioma francés la efigie inalterable de su genio: queda como el insuperable maestro de la forma y del colorido. Él dió á las palabras la ductilidad del oro y la maleabilidad de la arcilla plástica. Las frases dijeron siempre cuanto les mandó decir, produjeron las grandisonancias que les ordenó producir. Los ritmos

(1) E. Véron.—*L'Esthétique*.

le obedecieron como á César sus legiones. Tiene versos lapidarios que encierran síntesis admirables, ideas que parecen presentimientos de leyes científicas ó tajos de luz abiertos en lo impenetrable. Cuando el pensamiento se pierde en las abstracciones metafísicas ó en las nebulosidades apocalípticas, el verso conserva su inimitable sonoridad, y produce el efecto de una música subterránea ó recuerda el rítmico galope de un caballo en las tinieblas.

El adolescente que en 1816 escribía: "Quiero ser Chateaubriand ó nada," consiguió más de lo que deseaba, fué el poeta del siglo.

IV

Voltaire se levanta como el escritor francés más digno de colocarse frente á Víctor Hugo; la tarea demoledora del uno en el siglo XVIII vale tanto como la obra literaria del otro en el siglo XIX. Voltaire, que se realza con el mérito de haber escrito á riesgo de la libertad y la vida, presenta una desventaja. Sin decir con Pascal: "ingenio burlón, mal ingenio", puede asegurarse que si la Humanidad ríe con los escritores alegres, no adora más que á los hombres serios. Momo no será nunca la divinidad de un pueblo. Ingenio esencialmente satírico, aguzado por irresistible comezón de risa, Voltaire lo sacrifica todo al placer de lanzar un

chiste y descubrir la parte vulnerable de sus adversarios. Victor Hugo es un carácter radicalmente grave: la chispa francesa no brota en él espontánea, sino estudiadamente. Lo que en Voltaire concluye por una risotada ra-belesiana, en Victor Hugo termina por estu-pendos estallidos de cólera dantesca. Voltaire aplica en la piel de su enemigo vejigatorios microscópicos; Victor Hugo descarga mandos-bles que matan ó dejan cicatrices indelebles. Voltaire no causa respeto y, como un viejo medio alegre y medio libertino, hace que le llamemos *el papá Voltaire*; Victor Hugo infun-de cierto alejamiento y, como en patriarca optimista y bondadoso, hace que le llamemos *el padre Hugo*. Sin embargo, el uno se comple-ta con el otro, y algo habría faltado á la Hu-manidad si no hubieran existido Voltaire y Victor Hugo. Ambos poseyeron la audacia en las ideas, la universidad de la inspiración, la constancia en el trabajo, la combatibilidad in-fatigable, la vejez sin decrepitud y la fuerza tenaz de arraigarse á la vida.

Francia tuvo la gloria de producir á Napo-león Bonaparte—el hombre de la espada, y á Victor Hugo—el hombre de la pluma. El uno abre el Siglo con sus campañas, el otro le cierra con sus libros. El uno representa la plenitud en la vida de la acción, el otro la exuberancia en la vida del pensamiento. Vic-

tor Hugo es el Napoleón de la palabra, Napoleón el Victor Hugo del hierro. Soldado y poeta, se distinguen por la enormidad y la fuerza. Si el uno gana batallas, el otro escribe poemas; y el artista no cede ante el guerrero, pues tanto valen los *Castigos* ó la *Legenda de los Siglos* como las Pirámides ó Marengo. Ambos sintieron los éxtasis de la victoria, ambos probaron las amarguras del destierro, ambos sembraron amores profundos y odios implacables, ambos hicieron repercutir su nombre en los más apartados rincones del Globo. Reyes de Europa rindieron vasallaje á Napoleón; esceptuando á Lamartine y A. de Vigny, los poetas franceses del poeta romántico (1) siguieron las huellas de Víctor Hugo. Como Bonaparte, muere en Mayo, mes de las aves, de las flores y de los poetas. Hay una diferencia: Napoleón terminó su vida, triste, desesperado, en una isla estéril; Victor Hugo acaba de morir tranquilo, en el seno de sus amigos, llorado por un pueblo noble y grande teniendo por catafalco el Arco de Triunfo. La muerte así equivale á una transfiguración.

Los siglos correrán, y todas las medianías que surgen para deslumbrar á sus contemporáneos desaparecerán en las tinieblas del ol-

(1) *La littérature romantique s'étend pour nous de 1820 à 1842.* — ASS^{te} LINF AU.

vido, mientras la figura ideal de Victor Hugo irá creciendo en proporción á la distancia que la separe de nosotros. Como se dice, la Grecia de Homero, la Italia de Dante, la España de Cervantes y la Alemania de Goethe, se dirá la Francia de Victor Hugo.

1885.

RENAN

I

Al mismo tiempo que Víctor Hugo hizo de la poesía un arma democrática, vino Renan á convertir la erudición en arte mágica de infundir la incredulidad.

Después de Lutero y Voltaire, pocos hombres encendieron polémicas más virulentas ni desencadenaron cóleras más furibundas.

Al traducir el *Libro de Job*, Renan se presentó como un nuevo excomulgado entre los mil autores inscritos en el Índice; al perder su cátedra en el Colegio de Francia, por haber negado los dogmas del Catolicismo, se rodeó de celebridad entre librepensadores y eruditos; pero al escribir la *Vida de Jesús*, se convirtió en objeto de execración universal, en cabeza de turco, donde los más inofensivos se juzgaron con derecho de asestar un puñetazo.

Como en tiempo de las Cruzadas, justos y pecadores se creían obligados á romper una

lanza en Tierra Santa, así, desde 1863 hasta 1870, los buenos y malos discípulos del Nazareno tomaron á punto de honra esgrimir la pluma contra Renan. Mil salieron á la palestra, desde Pío IX, que le llamó "el blasfemador francés", hasta el obispo Dupanloup, que le amenazaba con los "rigores del brazo secular".

Hubo más: protestante y papista, que nunca logran ponerse de acuerdo, se confabularon arrojablemente para denigrar el libro y escarnecer al autor. No se concibe hoy la ira que sintieron algunos protestantes porque el hijo de Athanase Coquerel dió á Renan el tratamiento de *querido amigo*.

Hubo más todavía: los librepensadores le atacaron por razones contrarias, pues encontraron la obra llena de miramientos, transacciones y reticencias, cuando habrían querido que la pluma de Renan se hubiera transformado en arma hiriente y cortante, en la segunda lanza de Longino.

Se formaría una biblioteca muy voluminosa, aunque no muy amena, con todo lo escrito para insultar á Renan y combatir la *Vida de Jesús*. Al estallar la guerra franco-prusiana, comenzó el apaciguamiento hacia el hereje y declinó una literatura cultivada por hombres de buenas intenciones, á falta de genio.

Renan, que no tuvo muy desarrollado el

órgano de la combatilidad, continuó encerrado entre sus papeles, sin dejar su siríaco, su hebreo, su arábigo ni su griego, mientras zumbaba el huracán y se desencadenaban los truenos. Apenas si concedió importancia al decreto imperial que le destituía de la cátedra en el Colegio de Francia; apenas si una que otra vez se sulfuró con los repetidos y malévolos ataques de Dupanloup. La controversia con adversarios intransigentes y de mala fe; el combate rastrero, donde se gasta más lodo que tinta, no cuadraban con la índole del hombre que reunía la mansedumbre de Kant á la sencillez de Spinoza.

Calumniado como nadie, nunca se vindicó, porque "no creía en la eficacia de las calumnias, porque estaba persuadido que para los espíritus serios, la rectitud del hombre honrado se revela siempre" (1). Nunca sostuvo polémicas. "En la polémica, decía, hay que saber encontrar el lado frágil de sus adversarios y cebarse en él; no tocar las cuestiones inciertas; guardarse de toda concesión; en fin, renunciar á la esencia misma del espíritu científico" (2).

Los enemigos de Renan eran lobos que aullaban inútilmente; él, un termite infatigable

(1) *La chaire d'hébreu au Collège de France.*

(2) *Études d'histoire religieuse. Préface.*

y silencioso, que seguía carcomiendo el madero del Calvario.

II

Hoy nos admira el escándalo que la *Vida de Jesús* produjo en la Francia bonapartista y gazmoña. Un pueblo donde escribieron Bayle, Fréret, Diderot, Voltaire y D'Alembert, donde pasó el soplo racionalista y laico de la Revolución, donde Dupuis y Volney redujeron toda la leyenda del Evangelio á un mito solar, donde Parry cantó la *Guerra de los Dioses*, donde Laplace, Stendhal y Proudhon hicieron gala de ateísmo ¡se escandalizaba porque un erudito negaba la divinidad de Jesús!

Sin embargo, muchos contemporáneos de Renan hicieron tanto como él y acaso más en lenguaje menos apacible, sin que el aire se cargara de tempestades. No contando con las traducciones de Strauss, Feuerbach y algunos otros alemanes, merece recordarse á Patrice Larroque (1), que niega el origen sobrehumano de la Biblia y combate uno por uno todos los dogmas cristianos; á A. Peyrat (2), que destruye la divinidad de Jesucristo y la auten-

(1) *Examen critique des doctrines de la religion chrétienne.*

(2) *Histoire élémentaire et critique de Jésus.*

ticidad de los cuatro Evangelios; á Félix Pécaut (1), que no admite la perfección humana de Jesús.

Si Renan procede con atenuaciones, circunloquios y cortesía, no debe inferirse que intenta una obra de transacción entre el fanático y el ateo, ni afirmar con Jules Levallois que la *Vida de Jesús* levantó unánime tempestad en los bandos más opuestos, porque "nada separa tanto á los hombres como una tentativa de reconciliación que no se realiza." (2) Cier- to, Renan al convertir en hombre al Dios usa de gran cautela; pero todos los subterfugios morales, todas las edulcoraciones de lenguaje, no pasan de recursos literarios para ganarse la benevolencia del lector. Jesús se diseña con rasgos tan admirables y simpáticos, se ha embellecido tanto con los adornos adventicios de la leyenda, representa un modelo de mansedumbre tan sublime, que al embestirle con odio y rabia se despierta la invencible antipatía de los lectores, se pierde toda probabilidad de buen éxito en el ataque, se emprende una obra perjudicial y contraproducente.

Renan mide muy bien la magnitud de su demolición, sabe que hasta despojar á Cristo del barniz divino para que venga por tierra el edificio inmenso del Catolicismo. Empren-

(1) *Le Christ et la conscience.*

(2) *Déisme et Christianisme.*

de con toda consciencia una labor profundamente radical, y sólo por maquiavelismo puede calificarse de "respetuoso disidente" y pronosticar que "algún día la Iglesia le invocará como un apologista".

No; la Iglesia le anatematizará siempre como al peor enemigo, y con razón, por incurrir en el imperdonable delito de hacerse leer, por causar á la fe católica el mismo daño que puñal escondido en ramo de flores ó veneno en copa de oro. Generalmente, las vidas de Jesús pecan de ilegibles y enojosas, en tanto que la de Renan es atrayente, ligera, por decirlo así, alada. Tiene sabor helénico, y en muchas páginas transciende á idilio virgiliano. Si no merece titularse un libro divino, en el sentido que los ortodoxos dan á la palabra, debe llamarse algo que vale mucho más, un libro perfectamente humano. Al terminar su lectura, se ve que el hijo de María gana inmensamente con perder la divinidad, pues de sombra mística y legendaria se transforma en personaje real é histórico. Ningún hombre puede quejarse de que se le haya consagrado monumento igual, y si volviera Jesús al mundo, tal vez preferiría ver encarecidas sus acciones puramente humanas en el libro de Renan á ver glorificados sus prodigios de taurmaturgo en los Evangelios.

La *Vida de Jesús* posee un mérito indiscu-

tible, una excelencia que la impone y la hará vivir: la forma. Renan confiesa que gastó un año en corregirla, porque el asunto requería toda sobriedad y toda simpleza. Y con su trabajo asiduo consiguió lo que más enorgullece al artista, disimular el arte. En las muchas cualidades del estilo resalta la suprema, la que parece resumirlas todas, la claridad: no se necesita volver sobre una frase para comprender el sentido, no hay que desperdiciar en interpretarla el tiempo que debe aprovecharse en meditarla. Como decía Joubert de Platón: "el lenguaje se colora con el esplendor del pensamiento".

La *Vida de Jesús* comprueba una vez más el don que tienen algunos escritores franceses de componer con materiales ajenos un libro da apariencia original. La indigesta erudición de los exegetas alemanes se convierte con Renan en disertación agradable; ó de otro modo: la melaza turbia de los autores germánicos, al sufrir las manipulaciones del gran estilista francés, se clarifica y se cristaliza con las facetas del diamante.

III

Á Renan hay que examinarle por distintos lados, porque no es una esfera, sino un poliedro irregular.

El se pinta así: "Estuve predestinado á ser lo que soy: un romántico que protesta del romanticismo, un utopista que predica en política el á ras del suelo, un idealista que inútilmente se afana en parecer burgués, un tejido de contradicciones que recuerdan el hicocervo de la escolástica, dotado de dos naturalezas. Una de mis mitades se ocupa en demoler á la otra, como el animal fabuloso de Ctesias se comía las patas sin notarlo" (1).

Si un tonsurado cuelga los hábitos, se convierte á menudo en enemigo implacable del Catolicismo y en el más terco refutador de sus dogmas. Sólo en un fraile ex-papista como Lutero se concibe una cólera tan violenta contra los papas. Renan se manifiesta impío sin hiel, hereje con la seráfica unción de un eclesiástico. Habla del Catolicismo con respeto, casi con veneración; rebotando de ternura inefable, recuerda sus primeros años de fe; confiesa que á la educación religiosa debe todo lo bueno que hay en su naturaleza; y se lamenta de haber contristado con sus ideas heterodoxas á sus primeros institutores, los venerables sacerdotes de Tréguier. De ahí nace que sus libros encierran un mérito raro en nuestro siglo—la serenidad. Aunque Renan se manifieste sentimental y melancólico, se aleja mucho de los autores que escriben en

(1) *Souvenirs*.

continua exaltación nerviosa. Se cierne sobre los acontecimientos y las personas como si fuera de otro planeta, muchas veces como el Micrómegas de Voltaire.

Renan no pasó del misticismo a la voluptuosidad. Cortó su carrera eclesiástica y abandonó el seminario de San Sulpicio, no para entregarse libremente á sus pasiones, sino porque la meditación y la lectura de los alemanes, particularmente de Hegel, le probaron que sus antiguos maestros no eran infalibles. Confiesa que toda la vida se mantuvo casto, que sólo amó á cuatro mujeres: su madre, su hermana Enriqueta, su esposa y su hija, que en los dinteles de la vejez vino á comprender las palabras del Ecclesiastés: "Anda, pues, come tu pan y regocíjate con la mujer que amaste un día." Sin embargo, "desde niño entreveía la hermosura como don tan superior que el talento, el genio, la virtud misma, eran nada en comparación"; y en su vejez escribe frases que recuerdan á Heine predicando la rehabilitación de la carne ó á Zola defendiendo la dignidad y nobleza del acto genésico: "¡Qué, dice, la obra por excelencia, la continuación de la vida estará ligada con un acto ridículo ó grosero!" Quizá en el erotismo senil de Renan hay un simple recurso literario, un contagio del naturalismo. Sólo así puede explicarse que haya escrito: "El libertino tiene

razón y practica la verdadera filosofía de la vida. "

Renan se presenta como ave rara en su época y en su nación, por el desinterés ó "desprendimiento de los bienes temporales", según decía. Sus obras le produjeron muy poco: mientras novelistas y dramaturgos acumulaban sumas ingentes y vivían regiamente, él vegetaba en la medianía y, á no ser por el Gobierno de la República, habría muerto en la escasez. Cuando el Imperio, al quitarle la cátedra de hebreo, quiso darle una compensación, él la renunció altivamente. Sin ser despilfarrador como Lamartine ó pródigo como Dumas, no tuvo como Voltaire y Victor Hugo la ciencia práctica de la vida. Su felicidad habría consistido en que alguien hubiera tomado á cargo alojarle, alimentarle, vestirle y calentarle, dejándole su completa libertad. Poco mas ó menos, la dicha del buen abad que pide una buena biblioteca y no desdeña un buen refectorio.

Contrariamente al pesimismo general, Renan se regocijaba de haber nacido y proclamado el placer de vivir. Siempre se mostró satisfecho, salvo que toda su satisfacción no pasara de un velo discreto para disimular los combates interiores. Quizá ni su alegría ni su tristeza fueron muy profundas, porque el verdadero fondo de su carácter parecía un egoís-

mo sonriente, amable y de buen tono. Él mismo declara con llaneza que de su educación clerical guardaba el horror á las amistades particulares, que nunca prestó servicios á sus amigos y por consiguiente á nadie. Es probable que todos los dolores de la Humanidad no le quitaron una hora de sueño. Le tocó buen asiento para ver la representación del drama, y se divertía sin cuidarse mucho de averiguar si sus prójimos se divertían también. Hombre ajeno á las pasiones profundas y por consiguiente á los dolores profundos, miraba el Universo por el lado bueno y profesaba un optimismo tan exagerado, que más de una vez parecía irónico. Quién sabe si toda su filosofía optimista se explica por este arranque: "Debemos la virtud al Eterno; pero, como desquite personal, tenemos derecho de juntarle la ironía. Así devolvemos á quien lo merece, burla por burla; hacemos la misma pasada que nos hicieron."

IV

Paul Bourget afirma que la obra de Renan, tomada en conjunto, es una obra de ciencia. ¿Erudición no convendría más? Una serie de encadenamientos lógicos y sin contradicciones, un todo inatacable y compacto, en fin, una

gran pirámide de observaciones rematada con la afirmación de una ley, eso no se busque en los escritos de Renan. Él mismo lo conoce cuando en su vejez se lastima de haberse consagrado á investigaciones "que nunca lograrán imponerse y quedarán siempre como interesantes consideraciones acerca de una realidad desaparecida para no volver" (1).

Renan costeó el continente científico á manera de un Américo Vespucci; pero no penetró en él como un Hernán Cortés ó un Pizarro. Así, recordando á Schopenhauer, llama al amor "voz lejana de un mundo que quiere existir"; recordando á Darwin, afirma que "el amor originó la belleza en el animal"; recordando á Jacobi, dice que "sus antepasados le legaron sus añejas economías de vida, que piensa por ellos"; recordando á Flammarión, escribe: Pensemos que todo lo existido existe aún en alguna parte como imagen capaz de ser reanimada. Los *clichés* de todas las cosas se conservan. Los astros de la extremidad del Universo reciben actualmente la imagen de acontecimientos realizados hace muchos siglos. Las matrices de todo lo existido viven escalonadas en las diversas zonas del espacio infinito". Pero ninguna consecuencia debemos sacar de semejantes salidas ó ráfagas: en otras

(1) *Souvenirs*.

páginas, á veces en la misma, insinúa lo contrario.

Al leer su *Porvenir de la Ciencia*, al recordar que alguna vez otorgó á los futuros químicos un poder sobrehumano, al oírle sostener que "el mundo nos revela una ausencia completa de plan reflexionado á la vez que el mismo esfuerzo espontáneo del embrión hacia la vida y la conciencia", se le creería un sabio moderno; pero al ver sus continuas divagaciones en la esfera del misticismo, al escucharle profetizar la inmortalidad del sentimiento religioso y proferir que "sólo un materialismo grosero puede atacar esa necesidad eterna de nuestra naturaleza", se le distingue á mil años de un Taine declarando que el vicio y la virtud son productos naturales, como el vitriolo y el azúcar, ó de una madame Ackerman, proclamando que "el elemento de las religiones es la ignorancia", que "la Fe desaparecerá con la Ciencia", que "una Humanidad más civilizada no necesitará creer, sino saber."

No se le compare con Darwin ó Spencer, no se le pida tampoco la audacia de un Feuerbach para derribar todo el edificio religioso de la Humanidad, ni de un Hæckel para reconstituir la evolución de la vida en el planeta; pero sin salir de Francia ni penetrar en el dominio de las Ciencias Naturales, compárese

sele con Letourneau, André Lefèvre ó Gu-
yau. Junto á la *Irreligión del Porvenir* ó al
*Bosquejo de una Moral sin obligación ni san-
ción*, muchos libros de Renan parecen anticua-
dos y retrógrados. Hasta Vacherot llegó á
conclusiones más atrevidas sobre el porvenir
psicológico de la religión. Su gran audacia
consistió en negar la divinidad de Cristo y
sostener, aunque no siempre, la concepción
hegeliana del Universo, es decir, conside-
rarle como un ser en la gestación de Dios.

Por diferentes razones, los escritores orto-
doxos le acusan de autor escéptico y frívolo.
No; Renan no debe llamarse un escéptico,
porque si puso en duda lo dudable y lo dudo-
so, como son las cosas religiosas y morales,
creyó ciegamente en la demostración mate-
mática y aceptó el hecho comprobado con la
observación y el experimento. Tampoco me-
rece llamarse frívolo, porque la *Misión de Fe-
nicia*, la *Historia de los orígenes del Cristianis-
mo*, la *Historia del pueblo de Israel*, la *Histo-
ria general de las lenguas semíticas* y el *Cor-
pu semiticarum inscriptionum*, revelan profun-
da erudición y larguísimo estudio, son obras
de Benedictino. Ciertó, Renan pagó tributo á
su época, escribiendo volúmenes de simples
amenidades ó amplificaciones; pero semejan-
tes libros, compuestos muchas veces para ce-
der á la petulancia voraz de los editores, no

encerraban la savia en el meollo de su genio; eran cosas análogas á los entretenimientos ó desahogos del artista que después de fabricar una basílica iluminaba una miniatura ó cincelaba una copa.

Todos los defectos de Renan se explican por la exageración del espíritu crítico, el temor de engañarse y la manía de creerse un "espíritu delicado y libre de pasión", le hacían muchas veces afirmar todo con reticencias ó negar todo con restricciones, es decir, no afirmar ni negar y hasta contradecirse, pues le acontecía emitir una idea, y en seguida, valiéndose de un *pero*, defender lo contrario. De ahí su escasa popularidad, la multitud sólo comprende y sigue á los hombres que franca y hasta brutalmente afirman con las palabras, como Mirabeau; con los hechos, como Napoleón.

V

José Ernesto Renan, nacido en Tréguier el 27 de Enero de 1823, murió en París el 2 de Octubre de 1892.

Él, que solía poner en duda la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, nada temió tanto como la decadencia cerebral, y de nada cuidó más que de su fama póstuma. "¡Cuánto

me dolería—dice—el atravesar un período de apocamiento en que el hombre, antes fuerte y virtuoso, queda reducido á la sombra y á la ruina de sí mismo, causando muchas veces el regocijo de los tontos al ocuparse en destruir la vida que laboriosamente edificól. Se-mejante vejez es el peor don que los dioses otorgan al hombre. Si tal suerte me cabe, protesto de antemano contra las flaquezas que un cerebro reblandecido me haga decir ó firmar. Á Renan sano, de espíritu y de corazón, como estoy ahora, no á Renan medio destruído por la muerte y no siendo ya el mismo, como seré si me descompongo lentamente, es á quien yo quiero que se oiga y crea“.

Había desendo morir violentamente en el campo de batalla ó asesinado en la curul del senador, y en algo se cumplieron sus deseos, pues se extinguió dulcemente, sin agonía dolorosa, conservando hasta los últimos momentos la lucidez cerebral. Con él no hubo mascaradas religiosas ni se pudo fraguar leyendas de muerte desesperada á lo Juliano el Apóstata ni arrepentimiento *in extremis* á lo Littré ó Claude Bernad. Al sentirse grave, hizo prometer á su familia que no le llamarían sacerdotes aunque en el delirio de la agonía le oyeran clamar por los auxilios espirituales. Casado con una protestante, el asalto clerical fué imposible.

Al compulsar hoy los trabajos de Renan, se admira dos cosas: la flexibilidad del talento y la inmensa laboriosidad. El mismo hombre que descifra una vieja y borrosa inscripción semítica, escribe los *Dramas filosóficos* ó los *Recuerdos de infancia y juventud*. Como Voltaire, maneja la pluma con mano moribunda y sólo descansa al hundirse en el sepulcro. Achacoso, amenazado ya por la muerte, dicta dos cursos en el Colegio de Francia y trabaja sin reposo en concluir su *Historia del pueblo de Israel*. Más dichoso que su amigo Taine, no deja inconclusa ninguna de sus grandes obras.

¿Cuál de sus trabajos sobrenadará en el futuro naufragio de lo escrito en el siglo XIX? ¿Quién acierta en profetizar la selección que realice el porvenir? Quevedo, uno de los hombres más sabios de su tiempo, vive por las letrillas y romances, por lo que él consideraba como lo superfluo de su ingenio. Ni los autores mismos conocen la suerte de sus obras: dicen que Petrarca cifraba la gloria en sus versos latinos, que Newton apreciaba tanto su libro sobre el Apocalipsis como sus tratados de Matemáticas.

Algo semejante sucede ya con Renan: se olvida al colaborador de Víctor Leclerc, al autor de *Averroes y el Averroismo*, la *Misión de Fenicia* ó la *Historia general de las lenguas semíticas*, para sólo recordar al estilista de la

Vida de Jesus. Él escribe que de todas sus obras prefiere el *Corpus semiticarum inscriptionum* (1).

Puede la Ciencia destruir una parte de su obra, como sucede ya con el *Origen del lenguaje* ó la *Historia general de las lenguas semíticas*; pero el Arte conservará siempre mil y mil de sus páginas donde se exhala el aliento de una juventud eterna y se aspira el inefable aroma de la vida.

Renan se dibuja como un erudito que se duele de haberse consagrado á la edurición y como un literato que se enorgullece de tener en menos la literatura. Dice que no adolece de vanidad literaria, que algún tiempo de su vida hizo caso de la literatura por sólo complacer á Sainte-Beuve que ejercía mucha influencia en él. Sin embargo, antes de conocer íntimamente á Sainte-Beuve y después de haber escapado á su influencia, escribió frases, páginas y libros enteros de simple literatura. Cuando se afirma que "el desierto es mono-teísta", que "las paralelas se encuentran en lo infinito", que "si la Naturaleza fuera mala sería fea", que "Dios es ya bueno, pero no todopoderoso y que sin duda lo será un día", ¿no se construye frases puramente literarias? Cuando se escribe la *Plegaria en el Acrópolis*

(1) James Darmesteter.—*Revue Bleue*, 21 Octubre 1893.

ó *Emma Kosilis*, ¿no se llena páginas puramente literaria s? Cuando se compone los *Recuerdos de infancia y juventud*, ¿no se hace libros puramente literarios y hasta lamartinianos con una Graziella en forma de Noemi?

En fin, Renan es un eximio estilista y, sobre todo, un vulgarizador que realizó con la exégesis alemana lo mismo que madame Staël y Egger intentaron con la literatura y la filología germánicas. En el panteón ideal del Arte francés ocupará un lugar cerca de Lamartine, porque no media gran distancia entre *Jocelyn* y la *Vida de Jesús*. Si Lamartine fué poeta extraviado en la política ó abeja que labró su panal en el gorro frigio, Renan fué poeta emparedado en la erudición ó un Ariel que llevó en sus alas el polvo de una biblioteca.

1893

VALERA

I

Con siete laminillas de marfil, que representan cinco triángulos y dos cuadriláteros, se divierten los chinos en formar cientos y cientos de las figuras más caprichosas. En análogo juego de paciencia se ejercitan hoy muchos versificadores americanos y españoles, pues con cinco adjetivos, una frase del siglo xvi y otra frase traducida ó imitada de algún escritor francés, componen redondillas, décimas, sonetos, silvas y cuantas combinaciones métricas conocieron Rengifo y Hermosilla.

¿Se quiere adjetivos en las composiciones poéticas de Valera?

Y de mi triste llanto se burlaban
los tibios rayos de la luna, el aura
efervesciente en chispas vividoras
y las antes recónditas estrellas.

Un poeta más conciso habría encerrado lo mismo en dos versos:

Y se burlaban de mi llanto, el aura,
la luna y las estrellas;

pero tenía que haber un "llanto triste", unos "rayos tibios", un "aura efervesciente", unas "chispas vividoras" y unas "antes recónditas estrellas". Lo curioso es que no la luna, sino sus rayos, se burlaban del autor y que los burladores rayos eran *tibios*.

¿Se quiere frases hechas?

La esperanza, esa flor de primavera,
fresca y lozana cuando Dios quería.

El "cuando Dios quería" estuvo mandado archivar en tiempo de Garcilaso y fué usado por Sancho Panza al lamentar en Sierra Morena la pérdida del rucio. El mismo Valera confiesa que "en cualquiera época hay un estilo de convención, un enjambre de frases hechas, una manera, en suma, á la que se adapta la turbamulta de poetas".

¿Se quiere traducciones ó imitaciones? La respuesta merece algunos párrafos.

Muchos atenúan el plagio con el eufemismo de traducción ó imitación y consideran como corsarios con patente legal ó marinos *caleteros* á los más descarados piratas. Supongamos un derecho marítimo redactado por la tripulación del Draque.

Á un crítico madrileño se le antojó escribir que don Ramón de Campoamor metía con al-

guna libertad su hoz en la mies de Víctor Hugo, y Valera entabló polémica en defensa del acusado. Defensa y polémica inútiles, porque nadie necesita de menos abogados y abogacías que el poeta de las *Doloras*. Por su rica fantasía, por su profunda intención filosófica, por su verso, unas veces gráfico y otras alado, por su estilo viviente y personal, Campoamor compite con los mejores poetas del mundo. Es tan individual, *tan él*, que se denuncia en una línea; pero no degenera en monótono ni obstruye con su personalidad y su egotismo. Su imaginación, como las rosas de Oriente, perfuma lo que toca. ¿Hay muchos hombres capaces de escribir hoy las *Fábulas* ó las *Polémicas* y mañana *Colón* ó los cuadros dantescos del *Drama universal*? Los Tennyson, los Leconte de Lisle y los Carducci, no están encima de Campoamor ni le eclipsan.

Lo que resultaría de la polémica puede calcularse recordando que las controversias literarias, como fogatas de leña húmeda, producen más humo que fuego. Conforme á las teorías sentadas por Valera, no plagia quien pone en consonante ajenos pensamientos consignados en prosa llana, ó traduce en verso una poesía con tal de conservar ó mejorar la hermosura del original. Hurto es apropiarse brillantes ú onzas; pero no diamantes en bruto para lapidarlos nosotros mismos, ni lingotes

de oro para convertirles en vajillas grabada con nuestro monograma. Consecuencia práctica: al acercarse el invierno, róbate la capa del vecino, y para que no te acusen de ratero, mándala teñir.

Estos cuantos párrafos relevan de citar imitaciones y traducciones.

Con todo, Valera se cree poeta, como Larmartine se creía gran arquitecto, Chateaubriand gran diplomático, Ingres gran músico y Gavarni gran matemático.

II

Desde la malhadada polémica, Valera no desperdició ocasión de zaherir á Victor Hugo, porque le guarda la ojeriza de Sancho á la manta. Se maneja con el poeta francés como el mozo chulo que de mala fe nos pisa un callo, y en el acto nos pide mil perdonos y nos hace mil reverencias.

Una vez le censuró haber llamado á la Creación ó Universo *le crachat de Dieu*, el esputo de Dios; no recordamos qué *magister* colombiano contestó que *crachat* debía de traducirse en ese caso por *condecoración*; y sobre si el Universo era condecoración ó esputo, se renovó entre colombiano y español la disputa famosa de los *Dos Preceptores*.

Atacar todo lo francés, achaque de todo buen español. Algunos escritores castellanos copian, imitan ó traducen á Víctor Hugo, y apenas acaban de liacerlo, le embisten y le denigran. Cosa muy natural: cuando un amigo nos convida la sopa, nos hartamos bien, y en seguida hablamos mal de la sopa y del amigo.

A más de la ojeriza con Víctor Hugo, Valera tiene su pequeña neurosis, ó como dicen los franceses, *son dada* creerse escéptico. "Yo que soy un poco escéptico", dice á menudo. Cada uno está en su derecho para creer ó no creer lo que se le antoja, y muchos no creerán semejante escepticismo, como no creen el republicanismo de Castelar. Diez contra uno se puede apostar que Valera se hace cruces al abrir la boca, y bendice el plato antes de meter la cuchara.

Luis Carreras asegura, en sus *Prosistas contemporáneos de Madrid*, que Valera "no se atreverá jamás á adoptar un estilo volteriano, por recelo de los abanicos de cuatro emperifolladas y embarnizadas marquesas", y agrega "que antes de tomar la pluma, enciende á su derecha una vela á Dios, á su izquierda otra al Diablo, y enfrente una lámpara incandescente á la ninfa Comodidad."

Lo seguro es que la teomanía y la cristolatría resaltan en sus obras. Todo es Dios, en Dios, con Dios, por Dios y para Dios; y en

todo, con todo, por todo y para todo está la divina Providencia. Posee la cólera santa del justo y el regocijo inefable del bienaventurado. No puedo mentar á Maquiavelli sin anteponerle el calificativo de impío, y se enfurece contra Pi y Margall porque niega la vida futura; pero se conmueve hasta casi derramar lágrimas porque la Avellaneda experimenta en sus últimos años el histerismo ascético, y eleva un gran *Te Deum* porque el grotesco Adolfo de Castro "se convierte de sus antiguas ideas de librepensador á ferviente católico".

Se escarniza contra el bueno de Aparisi y Guijarro con una crueldad felina, y después de haberle destrozado y desmenuzado, se arrepiente y sufre los remordimientos "del seminarista que regresa de cometer un pecado contra el pudor". Al fin, Aparisi y Guijarro, que vivió y murió en el seno de la Iglesia, merecía más consideraciones.

Si Valera no niega ningún dogma, si hace gala de buen católico, si aboga por el *Syllabus*, si hasta padece del *odium teologicum* contra el hereje y el impío ¿de qué duda? Ese escepticismo de académico que asiste anualmente á la misa por el alma de Cervantes, es un recurso oratorio, un dandismo literario, un préstamo de Renan.

Menéndez Pelayo compara unos versos de

Valera con una oda escrita por Sinesio de Cirene, obispo de Tolemaida. El paralelo sería más curioso entre hombre y hombre. Como los primitivos obispos semipaganos, continuaban en vida conyugal con sus mujeres legítimas; así Valera, con todas sus dudas y todo su escepticismo, sigue viviendo á pan y manteles con su esposa la Santa Madre Iglesia.

III

Valera consagra hoy sus ocios de cesante ó diplomático á escribir *Cartas sudamericanas*, y probablemente conseguirá en el Nuevo Mundo más lectores y mayor provecho que en España, donde, según sus propias lamentaciones, no ganó mucho dinero con sus obras.

En esas *Cartas*, que deberían llamarse Epístolas de un nuevo San Pablo á los efesos, revela intenciones de convertirse en apóstol ó emisario de la buena palabra. Se desvela por hacernos el bien, no como ese pícaro arriero de Cervantes, que se pasaba la noche en blanco porque le "tenían despierto sus malos deseos" de refocilarse con Maritornes. Considerando con razón á España como nuestra madre y creyendo posible nuestro regreso á la vida de feto, quiere convertirse en el cordón umbilical.

Con sus críticas de exportación ultramarina, va propagando tal afición hacia el género epistolar, que los escritores sur-americanos concluirán por llamarse, no clásicos ni románticos, idealistas ni naturalistas, sino epistolarios. Toda república de lengua española se ilustra hoy con algún seudo Valera que en cada día de vapor escribe tantas páginas como líneas escribió el Tostado en diez años. Gracias á tanto lord Chesterfield con faldas ó tanta madame de Sevigné con pantalones, vamos en camino de ver constituirse una asociación internacional de alabanzas mutuas y chismes caseros.

Como los devotos anhelan por la bendición pontifical, así los autores sueñan con una epístola de Valera, que saca del limbo literario y posee más virtudes que bula de la santa cruzada. Novelista de agua chirle, versificadores de tres al cuarto, filósofos en conserva y críticos en agraz, todos le envían el primer ejemplar de sus obras, con la esperanza de recibir en pago la carta congratulatoria.

Valera suele contestar burlándose del libro y ridiculizando al autor, pero los infelices toman la cosa por el lado serio y pasan su buen cuarto de hora figurándose en posesión de un salvoconducto para la inmortalidad. Hasta vilipendiados, quedan contentos: hay individuos que por la comezón de darse á conocer, atra-

vesarían la ciudad montados en un asno, vestidos de plumas y anunciados por las vociferaciones de un pregonero.

Y ¡cómo los escarnecen Verdad que muchas veces con justicia, porque no faltan *chauvins* que en los modernos españoles vengarían la degollación de Atahualpa, ni lacrimosos literatos que, con la pérdida de la poesía incaica, vivan tan inconsolables como Sancho con el robo de alforjas y fiambre. Se deleita páginas de páginas en hacer la vivisección de un pobre diablo, hasta que por clemencia ó capricho varía de tono y quiere justificarle con atenuaciones y alabanzas. Inútilmente: quita la buena reputación y no logra devolverla. Como aprendiz de brujo, Valera puede sacar al diablo de una botella, mas no volverle á meter.

Para esas críticas de doble efecto, se pinta solo. Hermosilla y Clarín, no sólo aplican banderillas de fuego, sino estocadas; son los dos grandes matadores de la crítica española; pero agradan con toda su injusticia y toda su acrimonia, por la franqueza en emitir sus convicciones y el valor de acometer á cuerpo desnudo sin abroquelarse con frases ambiguas. Valera, con aire de deslizarse sobre su víctima, suavemente, en el sentido de la hebra, asienta la mano y pasa como peine á contrapelo. *Quand il fait patte de velours* ó se calza guantes, cuida de agujerear con disimulo las puntas, para

que la uña funcione alevosamente. En lugar de hacer cosquillas, como Renan ó Anatole France, escoria la piel como navaja roma. Escribe sus alabanzas en papel sinapismado; sus denigraciones, en el reverso de un parche de ungüento rosado. Asperjea con vitriolo y en seguida pone cataplasmas. La ironía, ese grano de sal en unos, ó cucharada de salsa inglesa en otros, es en Valera un lazo gaucho para detener á los audaces ó cuchilla traidora para desjarretar á los fuertes.

IV

Negado como poeta por su amigo Revilla, discutible como dramaturgo y novelista, admirado como gran erudito, Valera se impone como traductor y ocupa ya en la literatura española un lugar superior á los Eugenio de Ochoa y los Ventura de la Vega. Al revés de muchos traductores americanos y españoles, que traducen de traducciones francesas las obras de ingleses ó alemanes, él acude á la fuente y nos ofrece un agua fresca y pura, recogida con sus manos. Las traducciones cortas de Uhland y Goethe, principalmente las hechas en romance octosilábico, rivalizan con los originales. Esas baladas, esos liedes, admirablemente *confeccionados* por Valera, serán

en la poesía castellana, como son en la confitería las azucaradas perlas, que encierran una lágrima de exquisita mistela.

Sin embargo, en sus medianos fragmentos del *Fausto*, descubre al versificador que, desesperadamente lucha con la ritma y el ritmo, mientras en su magnífica traducción de von Schack (1) cede á escrúpulos monjiles que no conocieron ni los antiguos frailes españoles al interpretar la *Égloga II* de Virgilio. La pudicicia de Valera, r uborizándose ante cosas análogas al

Formosum pastor Corydon ardebat Alexin,
delicias domini,

le granjeó las alabanzas de un señor marqués de Valmar. Hay algunos santos varones que encuentran muy diáfano el peplum, y vestirían á las musas griegas, como una vieja de Paúl de Kock pretendía vestir á hombres y mujeres, con media docena de calzoncillos.

Imitando probablemente á Chateaubriand y Lamartine, que en los últimos años de su vida menospreciaban la literatura, Valera confiesa con cierto desdén que no escribe sino por divertirse y divertir á sus lectores. Lo segundo no sucede siempre; muchas veces narcotiza

(1) Cette traduction faite avec talent serain, peut-être, son principal trître littéraire. Louis Lande.—*Revue des Deux Mondes*, janvier, 1875

con sus frases pesadas y monótonas, que producen el mismo efecto de una tertulia formada por viejos que bostezan, cabecean y hasta roncan. Con sus frases cortas y ligeras, estamos como en sociedad de pisaverdes que no atraviesan un jardín por conservar el lustre de sus botines, ni abrazan fuertemente á una mujer por miedo de arrugarse la pechera.

Su estilo carece de empuje masculino, de sabor medular, y todas sus obras parecen vertebrados con el hueso convertido en gelatina. En sus novelas es un Daudet desteñido en agua de Javel. Aunque nada tenga que decir, escribe porque sabe disimular la vaciedad del fondo con períodos estoraqueados y relamidos. Al leerle, nos acordamos de los viejos verdes que tienen unas cuantas mechas de pelo, las dejan crecer, las dan mil vueltas, las pegan con goma y piensan haber ocultado la calva.

No vuela libremente: sujeto por la religión y la monarquía, se mueve y cabecea como globo cautivo. Espíritu esencialmente burgués, adorador del justo medio, no tolera el desquiciamiento del orden establecido ni la plena libertad en la concepción filosófica. En presencia de un librepensador ó revolucionario, ve rojo y embiste, no con franqueza, sino con su buena dosis de subterfugios. En ese caso, su crítica se metamorfosea en toro jara-

meño con pitones agudos, pero dorados. Ya vimos cómo se manejó con Pi y Margall; mas no queda en eso. Llevando más allá la antigua costumbre francesa de azotar al paje del delfín cuando el delfín merecía los azotes, se va contra unos cuando delinquen otros, como sucede con Guyau y Comte, que pagan lo que otros pecan. En unas cuantas líneas ó páginas, escritas al correr de la pluma, como si se tratara de los primeros advenedizos, clava puzos á Guyau y deja como nuevo al pobre Auguste Comte.

Nada que se levante un palmo del suelo: fuera el águila, paso á *la avenida* ó gusanillo al lado que vuela un momento para caer y no remontarse nunca; abajo el cedro, arriba la grama. Cambiemos el Océano por una pila de agua bendita; dejemos las selvas ecuatoriales por el jardín de Tartarín de Tarascón.

Un crítico español tuvo la ocurrencia de comparar á Valera con Gœthe. Distingamos: Valera es á Gœte como el padre Claret á Strauss, como Cánovas del Castillo á Bismarck, como Martínez Campos á von Moltke, como Ferrán á Koch y como el mismo crítico es á Hegel.

CASTELAR

I

Castelar seduce por el arte de rejuvenecer en España las ideas envejecidas en Europa, y arrebatada por su estilo de períodos ciceronianos y cervantinos; pero cansa con la ampliación interminable de los mismos pensamientos, y hace sonreír con su lenguaje sesquipedal, heteróclito, abracadabrante, palingenésico, caótico, superplanetario y cosmogónico.

No contiene un ápice del generoso espíritu pagano que animó á los grandes oradores de la antigüedad; por el contrario, personifica la neurosis mística que desde hace mil ochocientos años inficiona los pueblos de Occidente. Parece un Fénelon que llevara en sus venas unos cuantos glóbulos rojos de la sangre impía y revolucionaria de Víctor Hugo, y muestra visos de un San Luis Gonzaga hipnotizado por un descreído como Pí y Margall.

Su corazón exhala vapores de falso sentimentalismo que perturban las funciones del

cerebro. De ahí su carencia de lógica: libre-pensador, "no consiente que derriben los altares donde repetía sus oraciones de niño"; apóstol de la democracia universal, se opone á que la "monarquía española deje caer de su manto la hermosa perla nombrada Cuba".

Los años pasan con sus tempestades y sus cataclismos, sin grabarle el sello de austeridad que la lluvia y el viento imprimen hasta en los monumentos de piedra. Viejo, escribe hoy con la misma ligereza y la misma superficialidad de hace cuarenta años, y no descubre en ninguna de sus obras lo que Michelet llama "una madurez potente, un dulce y rico sabor de otoño".

El cráneo de este hombre maravilloso semeja la retorta de un alquimista, ó más bien, un caos mental donde accionan y reaccionan las utopías de todos los soñadores, las negaciones de todos los incrédulos y las afirmaciones de todos los creyentes. Nadie tiene derecho de creerle materialista ó espiritualista, libre-pensador ó católico, monarquista ó republicano, pues con un fragmento de sus libros se refuta lo que se prueba con un trozo de sus discursos, pues todas sus producciones se reducen á "magnífica y abigarrada procesión de pensamientos desordenados y rapsódicos" (1).

(1) E. Poe.

II

Como político y propagandista, como literato y orador, Castelar no pertenece á la familia de los hombres que amenazan desequilibrar la tierra cuando la golpean con los pies.

Él causó mayores daños á España con su liberalismo expectante y emoliente, que Bonaparte con su invasión sangrienta, que Isabel II con su reinado gangrenoso, que los Prim y los Martínez Campos con todas sus iniquidades. Como el Nerón de Soumet asfixió á sus convidados con una lluvia de rosas, así Castelar ha concluído por ahogar la democracia española en un diluvio de flores oratorias. Él más que nadie merece el título de "ilustre calamidad".

En Sociología y Moral, sólo divaga cuando intenta vulgarizar, como en Ciencias naturales lo consiguen Figuiet, Foinville, Verne ó Flammarión. En Historia, desnaturaliza el arte que Michelet poseía de evocar una época: la Humanidad que nos presenta en sus narraciones aparece desfigurada, contrahecha, como cuerpo retratado en caprichosa combinación de espejos cóncavos y convexos. Ve cosas y acontecimientos como si adoleciera de dalto-

nismo intelectual. Cuando en sus biografías pretende reconstituir un personaje, procede como el paleontologista que para restaurar un fósil uniera el cráneo de un hombre, las alas de un pterodáctilo y el tronco de un megaterio.

Como orador, con todo su descomunal talento, es un capuchino extraviado en la política: ha convertido la tribuna en púlpito. De sus creaciones oratorias debe repetirse lo que Villergas dijo de los dramas escritos por Gil y Zárate: "Empiezan en la Tierra y acaban en el Cielo".

En Castelar los órganos fonológicos se nutren á expensas del juicio. Su palabra tiene la inconsciencia de una función animal, habla como los otros digieren. Es el Zorrilla de la elocuencia. Adjetiva como el poeta de *Granada*: los sustantivos de Castelar desfilan con sus adjetivos, como interminable hilera de cojos y paralíticos apoyados en sus muletas. Posee la verbosidad inagotable sin el razonamiento irresistible. No convence, porque sus argumentos se reducen á perisologías declamatorias ó meros arranques de sentimentalismo. Tiene relampagueos y auroras, pero no la luz meridiana de los clásicos griegos; arranques enérgicos, pero no las frases decisivas y matoradoras del gran historiador latino.

Teórico primero que todo, no recula ante un

aluvión de palabras, cuando ceja y cede ante el hecho que presenta la magnitud de un grano de arena. No aterra como enemigo: acomete al adversario, le envuelve y le estrecha, pero no le desarma ni le vence: abraza con descomunales brazos de gigante, y aprieta con fuerzas de pigmeo. Cuando se encoleriza y cree pulverizar á su contendor, no hace más que ensordecérle con una sinfonia ó abofetearle con pétalos de rosa. Su elocuencia se parece á la de Mirabeau, como la espuma del champagne al hervidero de un mar en tempestad.

III

Se le debe clasificar entre los músicos, lejos de Mozart ó Wagner, cerca del hombre-orquesta que azora y divierte á las muchedumbres en las ferias. Considerándolo bien, es el tambor mayor del siglo xix: marcha presidiendo el bullicioso batallón de los hombres locuaces, de todos esos inagotables habladores que hablan y hablan por el sólo prurito de hablar.

Niño por sus caprichos, hembra por sus veleidades, no expresa el vigor del carácter varonil. Nunca nos hace sentir el salto de la carne herida por el amor, nunca el estremeci-

miento del corazón estrujado por mano de una mujer. Este hombre, ó no amó jamás, ó sólo amó lo que no debe amarse. Todo en él prueba la atrofia de los órganos viriles ó la perversión del instinto genésico.

En Demóstenes, en Cicerón, en Mirabeau, descubrimos al individuo; en Castelar vemos siempre al actor. Como su personalidad se reduce á casi nada, puede hacer suyo el dicho del orador latino: "Yo sólo suministro las palabras, que nunca me faltan."

Él no se pinta como individuo, sino como colectividad: no como cóndor capaz de fatigarnos y derribarnos á fuerza de aletazos, sino como enjambre de insectos multicolores que nos marean con su incesante revoloteo y nos embriagan con el aroma recogido en el nectario de las flores ó con el sahumerio aspirado en el incensario de una catedral.

Tenor que grita siempre y alguna vez arranca el do de pecho, pintor que sin cuidarse de medias tintas hermana todos los colores de la paleta danzante que empieza á moverse en curvas irregulares y acaba por entradas y salidas angulosas, estatuario que pone plinto de barro á un coloso de bronce, arquitecto que remata el Partenón con el techo de una cabaña mozambique: todo eso y mucho más es Castelar cuando habla ó escribe.

Gorgoritos de la Patti acabados en respon-

sos, retorcimientos de gimnasta, unidos á contorsiones de epiléptico, sacrílegas crispaturas de puño que terminan en señales de la cruz, ascensiones al Olimpo que paran en descensos á una sacristía, ahitamientos de ambrosía regada con agua de Lourdes: todo eso y mucho más hay en el estilo de Castelar.

Cuando recorre las épocas geológicas desde la solidificación del Globo hasta el nacimiento del hombre, y la historia desde la edad de piedra hasta nuestros días, suceden dos cosas muy naturales: el público se duerme como el individuo que bebe la dosis máxima de cloral; Castelar se duerme también sobre la palabra y habla dormido, como esos viejos soldados que se duermen en la marcha y marchan durmiendo.

Tal es el hombre que lleva sobre sí tres enormes pecados: haber convertido el idioma castellano en orquesta cosmopolita y churri-gueresca donde predominan el bombo, el tantán chinesco y la esquila del convento; haber hecho de la Historia, ya una leyenda inverosímil como las novelas de Dumas, ya una mascarada trágica como los Girondinos de Lamartine; y haber representado el papel de colaborador inconsciente del carlismo, contribuyendo á que España sea lo que es hoy: el clericalismo conduciendo á la monarquía, el ciego cargando al paralítico.

QUINTA PARTE

LOS FRAGMENTOS DE LUZBEL

I

Núñez de Arce ha subido hasta una eminencia donde no llegan venablos de críticos malévolos ni recriminaciones de envidiosos. Posee títulos de reyecía literaria en *Raimundo Lulio*, la *Pesca*, el *Idilio*, la *Visión de Fray Martín* y cien producciones más, que vivirán tanto como la lengua castellana.

Verdadero portacetro de la poesía, marcha seguido por innumerables legiones de incipientes versificadores que desean escribir su *Idilio*, como ayer quisieron componer su oda, su canto á Teresa, su oriental, su dolora, su cantar ó su rima,

II

Aseguran que las obras publicadas hasta hoy por Núñez de Arce fueron simples ensayos, ejecutados con el fin de amaestrarse en lo mecánico del verso, antes de lanzarse á la composición de un gran poema. El *Idilio* y la *Pesca* figurarían como campañas de Egipto que anuncian un Austerlitz.

Luzbel, ¿es el grande y aguardado poema? Los *Fragmentos* ¿vienen como globo de ensayo? Sea lo que fuese, los 134 endecasílabos, lejos de eclipsar al *Raimundo Lulio*, patentizan que "algunas veces dormita el buen Homero". Abundan fraseologías, prosaísmos y revoques usados por malos versificadores para resanar grietas del edificio. Lunares que ni siquiera se hacen notar en proveedores de álbums ó abastecedores de abanicos, resaltan mucho en los grandes poetas como Núñez de Arce.

"Luz de ópalo y grana", "majestad y pompa soberana", "corriente bullidora", "confín lejano", etc., son monedas gastadas por el vulgo consonantero. De estas frases hechas y otras análogas, como "blanca vestidura de la inocencia" ó "campañas esmaltadas de flores", decía Johnson que "habían sido imaginación, y ya eran memoria".

En los dos versos referentes al Sol:

Y cuando por los términos de Oriente
en tu carro de llamas centelleas,

no sólo recordamos el carro de Helios en Grecia, sino el de Surya en la India. Hecho curioso: los poeta modernos, al cantar los fenómenos celestes, usan generalmente las mismas figuras que los antiguos; así, cuando falta "la aurora que abre con dedos de rosa las puertas del Oriente", viene de seguro "el carro de llamas que centellea en el zenit".

Luzbel

De pie sobre el granítico cimientó...
volvía en torno
sus pupilas candentes como un horno;
y al resplandor de la siniestra hoguera
que en sus ojos radiaba, su figura,
semejante al dolor que nada espera,
destacábase hermosa, pero oscura.

Si en prosa escribiéramos: "al resplandor de sus pupilas, candentes como un horno, se destacaba su figura hermosa, pero oscura, semejante al dolor que nada espera", sobraría lo demás: "la siniestra hoguera que en sus ojos ardía", no pasa de redundancia.

Ya que los *Fragments* recuerdan la *Fin de Satán*, véase cómo pinta Víctor Hugo los ojos del Diablo:

La rondeur de sa rouge et luisante prune
 semblait, dans la terreur de ces lieux inouïs,
 une goutte de flamme au fond du puits des nuits.

Encima de Luzbel

Brilla y arde,
 con todo el esplendor de una corona,
 la solitaria estrella de la tarde.

En el *arde*, hay un pleonasma y una impropiedad de lenguaje: los soles arden, los planetas brillan. Y ¿por qué llamar *solitaria* la estrella de la tarde, si antes dijo que había multitud de luceros, que la luna se elevaba?

Y fiel (*el sol*) á su promesa halagadora,
 con majestad y pompa soberana,
 torna otra vez al despuntar la aurora.

Á más de los muchos asonantes en *oa* y de los *tor*, *tra* y *tar*, que endurecen el verso, choca el prosaico ripio de *otra vez*.

Se experimenta la obsesión de cumbres y alturas:

Sobre estéril *picacho* que cubría...
 Por las vertientes ásperas del *monte*...
 Al trasponer espléndido una *cumbre*...
 El Sol, al esconderse tras la *sierra*...
 Pero invencible, y por el *monte y llano*...
 Que se elevaba coronando un *risco*...
 ...Luzbel alzado
 sobre *peñón* altísimo...
 De pie sobre el *granítico cimiento*...

Respecto a los adjetivos, hay *habitada* tierra, *fiero* orgullo, soberbia *fiera*, caricias *inefables*, *sinistra* hoguera, y un disco de Luna *ardiente, gigantesco y fantástico*. ¡Qué diferentes de los adjetivos homéricos y virgilianos! El mérito de un adjetivo consiste en no admitir sustitución, por adherirse al sustantivo, como la carne al hueso, como el tegumento al músculo. Muchos calificativos de Núñez de Arce, pueden faltar ó separarse del sustantivo, como la ropa del cuerpo, como el parásito del tronco.

El idioma castellano continúa en el período mórbido del adjetivo: prosa ó verso, cada sustantivo lleva su apéndice adjetival, y ¡ojalá llevara uno solo! Como los preceptistas afirman que existe lenguaje de la prosa y lenguaje del verso, que las voces bajas ó plebeyas se ennoblecen con adjetivos, y que la poesía se diferencia de la prosa en admitir mayor número de calificativos, los poetas se creen con derecho de adjetivar cada sustantivo, olvidando que todo prosaísmo se reduce por lo general á simple infracción del ritmo y que el verso, lejos de contener una amplificación inútil y vacía, debe expresar las ideas en forma concisa y lapidaria. El verso se parece á la prosa como el alcohol al vino. Un pensamiento rítmico tiene algo definitivo que recuerda la infragilidad del vidrio vulcaniza-

do. Víctor Hugo decía: "La idea templada en el verso, adquiere de pronto algo más incisivo y más brillante. Es el hierro que se convierte en acero" (1).

III

Los *Fragments* abundan en descripciones y comparaciones.

Sin la descripción, no conoceríamos el medio ambiente y veríamos accionar á los personajes como sombras en el vacío. Describiendo con tino, resaltan las figuras y se vivifica la acción; pero haciéndolo inmoderadamente, los personajes desaparecen entre el aparato escénico y el argumento se desenvuelve con insufrible languidez. Entre los cuentos de Perrault y los poemas de Delille ¿quién no prefiere *Nene Pulgar* á los *Jardines*?

El autor, minuciosamente descriptivo, se iguala con la mujer que no da un paso sin detenerse á desenvolver ó replegar la cola de largo vestido. Los escritores que al nombrar cada objeto se creen obligados á describirle, olvidan que todo concluye por cansar, hasta el recoger rosas. Pope, aficionado en la juventud á descripciones, terminó por llamar á

(1) *Cromwell*. Préface.

la poesía descriptiva "un guiso compuesto de sólo salsas".

Núñez de Arce suele pintar figuras muy pequeñas en telas muy grandes, con marcos gigantescos. En algunos de sus poemas consagra más versos á las descripciones que á la narración, más al escenario que á los personajes; pero lo hace con tanta delicadeza y maestría, que no cansa ni aburre al lector. ¿Quién sabe si la absorción del individuo por el escenario simboliza la pequeñez ó nada del hombre en presencia de la Naturaleza! Sin embargo, las figuras creadas por Núñez de Arce ocupan alguna vez más lugar que el paisaje, como sucede en el *Idilio*, en ese poema tan único en la literatura española que para citar algo parecido se necesita recurrir al *Hermann y Dorotea* de Goethe ó á la *Evangeline* de Longfellow.

Fidias blasonaba de que al esculpir el Zeus olímpiano se había inspirado en los versos de Homero. Ningún artista figuraría en la tela ó el mármol lo que muchos poetas escriben hoy con la pluma. No quiere decir que el mérito de una descripción se mida por la facilidad de ser pintada ó esculpida. Todos los cuadros y estatuas de los mejores artistas no alcanzan donde llega la palabra: la idea conoce gradaciones que no caben en la gama del color ni en el ritmo de la línea.

Las Artes plásticas representan el momento, la Poesía expresa el momento y la continuidad; un cuadro es como una fotografía instantánea; una estatua, como una escena petrificada; un poema, como el desenvolvimiento sucesivo de figuras en diferentes posiciones y bajo diversa luz. Como la escultura y la pintura suplen con símbolos á su deficiencia en la expresión de ideas y acciones, encierran algo convencional que escapa muchas veces á la inteligencia de los profanos: necesitamos la clave de la Mitología para saber lo que representan algunas estatuas y algunos cuadros.

Si la Poesía lleva superioridades á las Artes plásticas, no carece de inferioridades. Théophile Gautier no reconoce ideas inexprimibles; sin embargo, basta leer una descripción delante del objeto descrito, para convenirse que la palabra no logra expresar todos los matices del color ni todas las inflexiones de la línea: una estampa mediocre nos da mejor idea de Nuestra Señora de París que todas las descripciones de Victor Hugo, más conocemos á Napoleón por la estatua de Canova ó el medallón de David, que por todas las páginas de los historiadores.

Aunque las artes posean dominios propios, no viven separadas por barreras infranqueables; y Lessing anduvo exagerado y exclusivista cuando afirmó que "á la Poesía pertene-

cen las acciones y á la Pintura los cuerpos con sus cualidades visibles" (1); tan exagerado y exclusivista como Voltaire cuando dijo que "las metáforas, para ser buenas, deben formar imagen verdadera y sensible, y suministrar al pintor materia para un cuadro". Lo que debemos exigir al poeta, cuando invada el terreno de las artes plásticas, es que haga lo posible por manifestarse pintor si pinta, escultor si esculpe y arquitecto si construye.

Cuando Alfred de Vigny describe á Eloa, diciendo:

Ses ailes sont d'argent: sous une pale robe,
son pied blanc tour á tour se montre et se dérobe,
et son sein agité, mais á peine aperçu,
soulève les contours du céleste tissu...

el poeta rivaliza con el pintor, quizá le supera. Se ve al personaje con las alas de plata, con el tejido celeste que baja y sube á impulso del agitado pecho; hasta se le ve caminar con el blanco pie que asoma y se oculta bajo la fimbria del pálido vestido.

En estos versos de Catulle Mendès:

L'œil clos, les bras croisés et, sans qu'un poil ne bouge
de sa barbe touffue et de ses blancs sourcils,
cet homme a l'air d'un mort qui se tiendrait assis,
tant sa forme est rigide en sa tunique rouge (1),

el poeta rivaliza también con el escultor.

(1) *Laocoon*.

(1) *Contes épiques*.

Lo mismo sucede en el cuarteto de Leconte de Lisle, que resume todos los *Fragmentos* y parece haberles servido de modelo:

Silencieux, les poings aux dents, le dos ployé,
enveloppé du noir manteau de ses deux ailes,
sur un pic hérissé de neiges éternelles
une nuit s'arrêta l'antique Foudroyé (1).

Théophile Gautier, no satisfecho con la escultura policroma del verso, cincela estrofas que compiten con la blancura del Paros: en sus *Emaux et Camées* algunas composiciones son como sinfonías de inmaculado mármol.

Cuando Núñez de Arce, queriendo pintar a Luzbel, escribe:

Ráfagas de huracán eran sus alas,
rojo su traje, desceñido y suelto,
y á imagen del pesar, negras sus alas

no dice mucho, principalmente con el ripio á *imagen del pesar*.

En los *Fragmentos* se suceden auroras, tardes, noches, etc.; pero los cuadros carecen de perspectiva y hasta de luz.

Hay descripciones bellísimas:

Por las vertientes ásperas del monte
la niebla en sueltas ráfagas caía.

¡Qué poética la siguiente enumeración!

(1) *Poèmes barbares*.

Es cada rayo un beso, cada rama
un arpa sacudida por el viento,
un incensario cada flor.

Algunas de sus comparaciones, cortas pero vagas y confusas, recuerdan el perfil trazado por mano de paralítico. Ya se ha visto unas "galas negras como el pesar", una "estrella que brilla como una corona" cuando sería mejor una corona que brillara como una estrella, y una "figura que se destaca hermosa, pero oscura, como el dolor que nada espera".

¿Qué valen los símiles que no embellecen ó aclaran el estilo? En Homero, que tiene la claridad del Sol, las comparaciones pomposas y teatrales embellecen la narración épica; en Víctor Hugo, que suele presentar la obscuridad de un pozo estrellado, las metáforas iluminan la idea filosófica.

Núñez de Arce despierta y recobra toda su inspiración cuando hace comparaciones como las siguientes:

... La tierra se desnuda
de su atavío, y cual doliente viuda,
las negras tocas de la noche viste.

Ancha masa de sombra se extendía
como legión conquistadora, muda,
pero invencible.

No vale más la metáfora de Víctor Hugo:
L'hydre immense de l'ombre ouvre ses ailes noires (1).

(1) *La fin de Satan.*

IV

Núñez de Arce comete graves inexactitudes y errores científicos: pecado no exclusivamente suyo, sino de casi todos los poetas modernos, pues no sobran hombres que hoy escriben *El gran galeoto* y mañana resuelven una ecuación ó disertan sobre las aplicaciones de la electricidad. Valdria la pena componer un índice expurgatorio de las científicas herejías en que diariamente incurren los más notables autores de versos.

¡Qué diferentes los poetas clásicos! Forman la enciclopedia de la antigüedad. Agradan por el buen sentido, por las pocas salidas de tono, por la estricta conformidad con el espíritu de su época. Yerran con el error de su tiempo; y quién sabe, "si cuando las ideas de los antiguos suelen parecernos absurdas, debemos culpar á nuestra inteligencia más bien que las de un Homero y un Hesiodo" (1).

Déjese la bobería de llamar apóstoles ó profetas á los escritores de buenos versos; pero no se olvide que el poeta debe sintetizar las ideas analíticas de su época, sirviendo de intermediario entre el sabio abstruso y las multitudes incipientes. Como los antiguos lo com-

(1) L. Ménard.—*Du Polythéisme hellénique*.

prendieron así, viven hoy y parecen más modernos que los modernos mismos. Si nuestras poesías adquieren á los veinte ó veinticinco años un aire vetusto, mientras las composiciones de los griegos conservan toda su lozanía juvenil, es porque los poetas se fijan más en los arabescos de la frase que en la solidez del pensamiento. Usan en las formas algo como una tela y un corte de moda; pasada la moda, pasó lo escrito.

El Ramayana patentiza las luchas étnicas del Indostán, la Iliada y la Odisea, sirven de testimonio en Arqueología helénica, Virgilio ayuda tanto como Tito Livio á conocer el origen fabuloso de Roma, Lucrecio suministra inestimables datos para estudiar el epicureismo latino, y hasta el decadente Ausonio proporcionó materiales á Cuvier para la descripción de algunos peces. "Ensayad", decia irónicamente Martha, "ensayad el modo de infundar la más leve noción de Astronomía moderna con todos nuestros versos dirigidos á Luna y estrellas". Efectivamente, ciñéndonos á los poetas, sabemos hoy del cielo tanto como supo Tolomeo, quizá menos: con versos de autores modernos se conseguiría probar que el Sol iguala en superficie al Peloponeso. Hoy no se afirmará con los retóricos antiguos que "la Poesía es más verdadera que la Historia".

¿Quiere decir que toda composición poética

resuma un aforismo de higiene, un teorema de Geometría ó un problema de Álgebra? No; pero, si toda verdad contiene un fondo de poesía, ¿por qué toda poesía no ha de contener un fondo de verdad? ¿Por qué, si la Ciencia no es antipoética, la Poesía ha de ser anticientífica? Los mejores poemas modernos no almacenan un adarme de ciencia, en tanto que las obras científicas rebosan de poesía. Las producciones maestras viven no sólo por el estilo, sino por la cantidad de verdades que atesoran. El almizcle sirve para fijar el olor de las esencias fugitivas: la verdad hace en los versos un papel semejante.

Unos cuantos renglones de crítica municiosa y pedantesca pondrán de manifiesto algunas inexactitudes y errores científicos.

¡Siempre es bello el crepúsculo! Ese *instante*
melancólico y dulce en que palpita
el alma universal, es semejante
al ósculo postrer con que un amante
pone forzoso término á la cita.

Los crepúsculos son larguísimos en las regiones tropicales. En el solsticio de verano, el crepúsculo de algunos países dura toda la noche, fenómeno que Victor Hugo pinta diciendo que el día

Semble toute la nuit trainer au bas du ciel.

¿Se alegrará que Núñez de Arce toma la palabra *instante* por un tiempo indeterminado? No, al comparar el crepúsculo con una cosa de breve duración, "el ósculo postrer que pone forzoso término á la cita".

La vida entonces se despierta: el germen
vibra en el surco, en la arboleda el ave,
el pez en la corriente bullidora;
hasta á los monstruos que en el seno duermen
del tenebroso mar, alcanza el suave
efluvio de la luz reparadora.

Guyau habla de "las vibraciones que agitan al germen en los meses de aparente inercia". Vibran los gérmenes, atmósfera y montes, vibra también por la acción solar; pero ¿vibra un ave y un pez? Usando vibrar por cantar, vibra el ave; mas el verbo no puede aplicarse en el mismo sentido al germen y al pez. Á más, los peces no abundan en las corrientes bullidoras, porque prefieren los remansos ó aguas profundas y no muy rápidas.

¿Á qué animales se refiere Núñez de Arce al decir "hasta á los monstruos que en el seno duermen del tenebroso mar"? Por lo *tenebroso*, parece que á los habitantes de las profundidades oceánicas, y en este caso la afirmación resulta falsa, porque semejantes animales no sienten la influencia de la luz, no saben si el Sol nace ó muere. ¿Por qué llamarles *mons-*

truos? La palabra monstruo va perdiendo la significación vulgar de cosas muy grandes ó extrañas para ceñirse á la científica de "grave anomalía en la conformación de un individuo". Se admite decir que Nerón era un monstruo de perversidad; pero choca llamar con Cervantes á Lope de Vega "un monstruo de ingenio", cuando tenemos el vocablo prodigio. Lo contrario sucede con la palabra fenómeno que antes implicaba monstruosidad, y hoy tiende á sólo significar un hecho de la Naturaleza.

El adjetivo *suave* ¿conviene al *efluvio* de la luz? Venga Núñez de Arce á nuestra zona tórrida, experimente el fuego del Sol matutino, y díganos si la luz se distingue por la suavidad. Aquí *suave* figura para rimar con *ave*, lo mismo que *reparadora* con *bullidora*. La luz solar, no sólo repara, crea; desde la fragancia exhalada por la flor hasta la idea elaborada por el cerebro, todo, en la superficie de la Tierra, viene del Sol.

Núñez de Arce, con sus *efluvios de la luz*, ó junta palabras que nada significan ó nos hace retrogradar á la teoría newtoniana de las emanaciones, cuando en Física reina hoy la hipótesis cartesiana de las ondulaciones.

La sombra se extendía

... por el monte, el llano,
la selva, el mar que indómito rugía...

Enumeración imperfecta, hechos inexactos: la obscuridad no comienza por los montes; al contrario, puesto ya el Sol, conservan iluminadas las cumbres.

... Con su disco ardiente,
gigantesco y fantástico la Luna.

Pase lo gigantesco, perdónese lo fantástico; pero ¡ardiente! Respondan los astrónomos que consideran nuestro satélite como un astro apagado, sin luz propia. Luna y frío andan tan unidos en el lenguaje vulgar, que el pueblo canta:

Primero que yo te olvide,
¡miren qué comparación!,
ha de calentar la Luna
y ha de refrescar el Sol.

Tal vez Núñez de Arce quiso referirse con el vocablo *ardiente* al color rojizo que algunas veces presenta el disco lunar. Quevedo tuvo una idea felicísima cuando, al hablar de un prócer español, dijo que tendría "de epitafio la sangrienta Luna".

Luzbel, sumido en su dolor eterno,
sobre estéril picacho, que cubría
de inmaculada *nieve* el duro *invierno*,
surgió de pronto...

... Luzbel alzado
sobre peñón altísimo, que alfombra
nieve perpetua.

Aquí tenemos una nieve perpetua en unos versos y de invierno en otros, cosas muy diferentes: las nieves de invierno aparecen al venir la estación fría, mientras las llamadas perpetuas dependen de la altura sobre el mar ó de la latitud.

Luzbel

Se parece á un planeta condenado
á recorrer en sideral concierto
su órbita inmensa, siempre inhabitado,
árido y sin color; ¡pero no muerto!

Concierto sideral transcende á ripio y contradice la idea que los ortodoxos conciben del Diabolo: al moverse como un planeta en su órbita, Luzbel obedece una ley, se convierte en siervo sumiso, deja de ser el símbolo clásico de la rebeldía. "Un planeta inhabitado, árido y sin calor; pero no muerto", raya en cosmogónicamente imposible. Para la Ciencia, el cuerpo celeste, ya solidificado, sin luz propia, habitantes, vegetación ni color, está muerto. Vida sin calor, no se concibe, siendo el calórico un agente inseparable de la vida, tal vez la vida misma. ¿Ó considerará Núñez de Arce á los astros como especie de catalépticos que hoy pierden las apariencias de vida y mañana las recobran?

V

Imaginemos que de hoy en mil años algún erudito exhume los *Fragmentos de Luzbel* y comente verso por verso, como los modernos comentan hoy los Vedas ó las Rapsodias homéricas, ¿qué deduciría?, que los hombres del siglo XIX creíamos á la Luna con luz propia, que nos figurábamos al Sol en un carro semejante al de Helios, que admitíamos la teoría de los efluvios ó emanaciones de la luz, y lo peor aún, que éramos mazdeístas ó maniqueos.

Dios al ver vencido á Luzbel.

... Compartió su imperio
con él, y le entregó la noche oscura
y la mitad de la conciencia humana.

Pensándolo bien, no hubo tal vencimiento: Luzbel perdiendo, ganó; y por muy ambicioso que haya sido, estará satisfecho con haber logrado la mitad del imperio, alentándose con la esperanza de adquirir la otra mitad en la segunda revolución. Su rival, sí, no queda muy bien parado hasta en concepto del hombre. ¿Qué significa un vencedor que divide su imperio con el vencido? Á ese juez supremo que consiente de asesor al Diablo, ¿quién no prefiere el Zeus pelásgo que vivía en colloquio eterno con la justicia? ¿Quién no pre-

fiere también el Khrisna indostánico que sin conocer superior, sostenía de su mano todos los mundos, como perlas ensartadas en un hilo? Vale más el ateísmo franco y leal, la negación en bloque de todos los dioses unos y trinos, que la mezquina concepción teológica de una Divinidad infinitamente buena, limitada por la intervención de otra Divinidad esencialmente mala.

Los versos no contradicen la ortodoxia, desde que el catolicismo gira sobre dos puntos de apoyo, Dios y el Diablo, y desde que suprimido el Diablo, todo el catolicismo se derrumba. Efectivamente: sin Luzbel no hay tentación de Eva, sin tentación no hay pecado original, y sin pecado no hay redención. Si el catolicismo fuera una secta lógica, rendiría el mismo culto á Dios que al Diablo. Pero, ¿se concibe que un hombre de nuestro siglo tome á lo serio la demonología de la Edad Media? Sólo por conveniencia deberíamos aceptarla: si la mitad de nuestra conciencia pertenece al Diablo y la otra mitad pertenece á Dios, nada de conciencia nos queda, somos inconscientes ó irresponsables y podemos delinquir con toda impunidad.

Seguramente, Núñez de Arce no profesa el maniqueísmo cuando afirma que Dios comparte su imperio con el Diablo, como tampoco profesa el panteísmo al hablarnos del "alma

universal que palpita en el crepúsculo", usando los mismos términos en que un poeta védico nos hablaría de "Paramatman ó el alma suprema del Universo". Entonces, ¿qué espíritu filosófico encierra la obra del poeta que en unos versos parece maniqueo y en otros panteísta? Hay derecho de preguntarlo al escritor que dijo un día: "La época presente reclama de sus poetas algo más que versos sonoros, imágenes deslumbradoras, recuerdos históricos y sentimientos de pura convención" (1). Hay derecho de preguntarlo si se recuerda también que Núñez de Arce atacó duramente á Darwin, al hombre acusado de tímido por sus discípulos, al tipo de observación despreocupada, al modelo de probidad científica.

IV

¿Qué se propone el nuevo cantor del Ángel caído? Por los *Fragments* no se conoce la índole del poema, y sólo se ve que el Diablo, sumido en su dolor eterno, se encuentra de pie sobre una montaña, al venir la noche. Sin embargo, se presume algo. El poeta que cerró con maldiciones injustas un magnífico soneto á Voltaire, escribirá un poema ortodoxo, un

(1) *Gritos del combate*. Prólogo.

poema digno de atraerse las palabras de Lessing: "La obra en que predominan rasgos de conveniencias religiosas no debe llamarse artística, desde que ahí el Arte no actúa en plena libertad sino como auxiliar de la Religión" (1).

Como el Diablo, con su rebelión y caída no pasa de un mito solar, el poema concebido por Núñez de Arce pertenece al género ultrahumano y alegórico: todos los personajes que rodeen a Luzbel parecen un sistema de astros agrupados alrededor de un sol-fantasma. ¿Hay algo más helado que una alegoría? El *Satanás* de Milton concluye por agotar la paciencia del lector, y el *Paraíso perdido* vive únicamente por los amores humanos de Adán y Eva. El *Fausto* de Goethe conserva el interés, porque todas las máquinas alegóricas y fantásticas se mueven alrededor de un hombre.

A más, los poemas de las caídas angélicas resultan contraproducentes: el poeta, queriendo glorificar al Dios vencedor, engrandece al Ángel vencido. Toda rebelión implica valor, y valor heroico si el soberano disfruta de un poder sin límites: a mayor encumbramiento del autócrata, mayor mérito del rebelde. El heroísmo está, pues, en el Diablo, que representa el valor temerario; no en el Dios omnipoten-

(1) Laocoon IX.

te, que triunfa sin practicar la menor hazaña.

Por otra parte, como nuestra razón y nuestro sentimiento rechazan la idea de culpas irredimibles y de expiaciones eternas, Dios aparece como ser inhumano y antipático, hasta inferior á los dioses y héroes escandinavos, que durante el día se acuchillaban en los campos de batalla, y de noche bebían amigablemente el hidromel en los festines del Walhalla.

Víctor Hugo, que llevó su piedad hasta decir

Je sauverais Judas si j'étais Jésus-Christ,

comprendió el gran inconveniente, y en una de sus obras póstumas, *La fin de Satan*, admite el arrepentimiento del culpable y

La disparition du mal dans l'infini.

Sin embargo, el gran poeta francés, con todo su genio creador y con toda su potencia rítmica, no logró componer un poema original, digno de coronar la *Leyenda de los siglos*. Su *Ángel Libertad*, nacido de una pluma de Satanás, recuerda palpablemente á *Éloa*, nacida de una lágrima derramada por Jesucristo, con la diferencia que el *Ángel Libertad* no pasa de una fría concepción metafísica mientras *Éloa* tiene la realidad y tristeza de la vida. La redención del Diablo, idea capital del poema, no pertenece á Víctor Hugo: ya Klopstock

cantó en su *Mesías* el arrepentimiento y perdón de Abbadona, ya Lamartine concibió la odisea de un ángel caído que recupera la gloria por medio de sucesivas expiaciones (1), ya Soumet, en la *Divina Epopeya*, llevó al último extremo la piedad celeste haciendo que Idameel fuera redimido por una segunda pasión de Cristo en el infierno.

En fin, los poemas que se desenvuelven sin traspasar el horizonte de la Teología se reducen á *pastichos* sin vida, que son á las leyendas bíblicas como los evangelios apócrifos á los canónicos, ó las epopeyas alejandrinas á la Iliada, de Homero. Semejantes obras, por muy buena versificación que atesoren, á pesar de los bellos episodios que amenicen la inevitable monotonía del argumento, no satisfacen la necesidad poética del Siglo, no cuadran con el espíritu de la época, parecen anacronismos.

Hoy nos deleitamos con la imaginación científica que engendra el *Viaje al centro de la Tierra* ó la *Pluralidad de Mundos habitados*, y rechazamos la imaginación mórbida que aborta dioses teológicos, demonios rebeldes y hechiceros ó brujas. Concebimos que hasta las quimeras de un ser racional deben respetar la lógica: quien dice poeta, dice visión fantástica; pero no sueño incoherente.

(1) *La Chute d'un ange* y *Jocelyn* forman el principio y el fin de la obra proyectada por Lamartine.

La Ciencia posee su maravilloso lógico, diametralmente opuesto al maravilloso absurdo de las religiones. Y la inspiración no carece de pábulo al abandonar el caos teológico, pues hay más poesía en la duda varonil del sabio que en las afirmaciones pueriles del creyente: derribadas las barreras de las religiones caducas, el hombre tiene á su disposición lo desconocido para colmarlo de hipótesis racionales.

1886.

NOTAS ACERCA DEL IDIOMA

Lamartine lamentaba que el pueblo y los escritores no hablaran la misma lengua, y decía: "Al escritor le cumple transformarse é inclinarse á fin de poner la verdad al alcance de las muchedumbres: inclinarse así, no es rebajar el talento, es humanizarle."

Los sabios poseen su tecnicismo abstruso, y nadie les exige que en libros de pura Ciencia se hagan comprender por el individuo más intonso. La obscuridad relativa de las obras científicas no se puede evitar, y pretender que un ignorante las entienda con sólo abrirlas, vale tanto como intentar que se traduzca un idioma sin haberle estudiado. ¿Cómo exponer en el vocabulario vulgar nomenclaturas químicas y clasificaciones botánicas? ¿Cómo dar á conocer las teorías y sistemas de los modernos? No será escribiendo llegar á ser por *devenir*, otrismo por *altruismo*, ni salto atrás por *atavismo*.

En la simple literatura no sucede lo mismo.

Los lectores de novelas, dramas, poesías, etcétera, pertenecen á la clase medianamente ilustrada, y piden un lenguaje fácil, natural, comprensible, sin necesidad de recurrir constantemente al diccionario. Para el conocimiento perfecto de un idioma, se requiere años enteros de contracción asidua, y no todos los hombres se hallan en condiciones de pasar la vida estudiando gramáticas y consultando léxicos. El que se suscribe al diario y compra la novela y el drama, está en el caso de exigir que le hablen comprensible y claramente. La lectura debe proporcionar el goce de entender, no el suplicio de adivinar.

Las obras maestras se distinguen por *la accesibilidad*, pues no forman el patrimonio de unos cuantos iniciados, sino la herencia de todos los hombres con sentido común. Homero y Cervantes son ingenios democráticos, un niño les entiende. Los talentos que presumen de aristocráticos, los inaccesibles á la muchedumbre, disimulan lo vacío del fondo con lo tenebroso de la forma; tienen la profundidad del pozo que no da en agua, y la elevación del monte que esconde en las nubes un pico desmochado.

Los autores franceses dominan y se imponen al mundo entero, porque hacen gala de claros y profesan que "lo claro es francés", que lo obscuro no es humano ni divino". Y

no creamos que la claridad estribe en decirlo todo y explicarlo todo, cuando suele consistir en callar algo, dejando que el público pueda leer entre renglones. Nada tan fatigoso como los autores que explican hasta las explicaciones, como si el lector careciera de ojos y cerebro.

Las obras que la Humanidad lee y relee, sin cansarse nunca, no poseen la sutileza del bordado, sino la hermosura de un poliedro regular ó el grandioso desorden de una cordillera; porque los buenos autores, como los buenos arquitectos, se valen de grandes líneas y desdeñan las ornamentaciones minuciosas y pueriles. En el buen estilo, como en los bellos edificios, hay amplia luz y vastas comunicaciones, no intrincados laberintos ni angostos vericuetos.

El abuso de retruécanos y paranomasias deja de ser vicio literario y entra en la condición de síntoma patológico. Media poca distancia entre el monómano que vive torturando los vocablos para sacarles una agudeza, y el loco que se agujereaba el cráneo para extraerse la paloma del Espíritu Santo. "Le calembour est la fiente de l'esprit qui vole" (1).

Las coqueterías y amaneramientos de lenguaje seducen á imaginaciones frívolas que

(1) Víctor Hugo,

se alucinan con victorias académicas y aplausos de corrillo; pero "no cuadran con los espíritus serios que se arrojan valerosamente á las luchas morales de su siglo" (1). Para ejercer acción eficaz en el ánimo de sus contemporáneos, el escritor debe amalgamar la frescura juvenil del lenguaje y la sustancia medular del pensamiento. Sin naturalidad y sin claridad, todas las perfecciones se amenguan, quedan eclipsadas. Si Herodoto hubiera escrito como Gracián, si Píndaro hubiera cantado como Góngora, ¿habrían sido escuchados y aplaudidos en los juegos olímpicos? Ahí están los grandes agitadores de almas en los siglos xvi y xviii, ahí está particularmente Voltaire con su prosa, natural como un movimiento respiratorio, clara como un alcohol rectificado.

II

Afanarse porque el hombre de hoy hable como el de ayer, vale tanto como trabajar porque el bronce de una corneta vibre como el parche de un tambor. Pureza ineólume de la lengua, capricho académico. ¿Cuándo el castellano fué puro? ¿En qué época y por quién se habló de idioma ideal? ¿Dónde el escritor

(1) Saint-René Taillandier,

impecable y modelo? ¿Cuál el tipo acabado de nuestra lengua? ¿Puede un idioma cristalizarse y adoptar una forma definitiva, sin seguir las evoluciones de la sociedad ni adaptarse al medio?

En las lenguas, como en los seres orgánicos, se verifican movimientos de asimilación y movimientos de segregación; de ahí los neologismos ó células nuevas y los arcaísmos ó detritus. Como el hombre adulto guarda la identidad personal, aunque no conserva en su organismo las células de la niñez, así los idiomas renuevan su vocabulario sin perder su forma sintáctica. Gonzalo de Berceo y el Arcipreste de Hita requieren un glosario, lo mismo Juan de Mena, y Cervantes le pedirá muy pronto. Y los movimientos se realizan, quiérase ó no se quiera: "la lengua sigue su curso, indiferente á quejas de gramáticos y lamentaciones de puristas" (1).

El francés, el italiano, el inglés y el alemán acometen y abren cuatro enormes brechas en el viejo castillo de nuestro idioma: el francés, á tambor batiente, penetra ya en el corazón del recinto. Baralt, el severo autor del *Diccionario de Galicismos*, confesó en sus últimos años lo irresistible de la invasión francesa en el idioma castellano; pero algunos escritores

(1) Arsène Darmesteter—*La Vie des mots*.

de España no lo ven ó fingen no verlo, y continúan encareciendo la pureza en la lengua, semejantes á la madre candorosa que pregona la virtud de una hija siete veces pecadora.

La corrupción de las lenguas ¿implica un mal? Si por infiltraciones recíprocas, el castellano, el inglés, el alemán, el francés y el italiano se corrompieran tanto que lo hablado en Madrid fuera entendido en Londres, Berlín, París y Roma, ¿no se realizaría un bien? Por cinco arroyos tendríamos un río; en vez de cinco metales, un nuevo metal de Corinto. Habría para la Humanidad inmensa economía de fuerza cerebral, la fuerza que se desperdicia hoy en aprender tres ó cuatro lenguas vivas, es decir, centones de palabras y cúmulos de reglas gramaticales.

El sánscrito, el griego y el latín pasaron á lenguas muertas sin que las civilizaciones indostánicas, griegas y romanas enmudecieran completamente. Se apagó su voz, pero su eco sigue repercutiendo. Sus mejores libros reviven traducidos. Tal vez, con la melodía poética de esos idiomas, perdimos la flor de la antigüedad; pero conservamos el fruto; y ¿quién nos dice que nuestro ritmo de acento valga menos que el ritmo de cantidad?

Cuando nuestras lenguas vivas pasen á lenguas muertas ó se modifiquen tan radicalmente que no seah comprendidas por los descen-

dientes de los hombres que las hablan hoy, ¿habrá sufrido la Humanidad una pérdida irremediable? ¿A no ser un cataclismo general que apague los focos de civilización, el verdadero tesoro, el tesoro científico, se conservará ileso. Las conquistas civilizatrices no son palabras almacenadas en diccionarios ni frases disecadas en disertaciones eruditas, sino ideas morales transmitidas de hombre á hombre y hechos consignados en los libros de Ciencia. La Química y la Física, ¿serán menos Química y menos Física en ruso que en chino? ¿Murió la Geometría de Euclides cuando murió la lengua en que está escrita? Si el inglés desaparece mañana, ¿desaparecerá con él la teoría de Darwin?

En el idioma se encastilla el mezquino espíritu de nacionalidad. Cada pueblo admira en su lengua el *nec plus ultra* de la perfección, y se imagina que los demás tartamudean una tosca jerga. Los griegos menospreciaban el latín, y los romanos se escandalizaban de que Ovidio hubiera poetizado en lengua de hiperbóreos. Si los teólogos de la Edad Media vilependiaban á Mahoma por haber escrito el Korán en árabe, y no en hebreo, griego ni latín; en cambio los árabes se figuran su lengua como la única gramaticalmente construida (1). Tras del francés, que no reconoce

(1) Renan. — *Mahomet et les origines de l'Islamisme*.

esprit fuera de su Rabelais, viene el inglés, que mira un inferior en el extranjero incapaz de traducir á Shakspeare, y sigue el español, que ensalza el castellano como la lengua más digna de comunicarse con Dios.

Á más, en el idioma se contiene el archivo sagrado de nuestros errores y preocupaciones; tocarle nos parece una profanación. Hay hombres que si dejaran de practicar la lengua nativa, cambiarían su manera de pensar; nuestras creencias se reducen muchas veces á fetiquismos de palabras. Se concibe el apego senil del ultramontano al vocablo viejo, porque las ideas retrógradas se pegan á los giros anticuados como el sable oxidado se adhiere á la vaina.

Se concibe también el horror sacrilego al vocablo nuevo, principalmente cuando se trata de un galicismo, porque el francés significa impiedad y revolución, *Enciclopedia* y *Declaración de los derechos del hombre*. Hay motivos para guarecerse de la *peste negra* y establecer cordón sanitario entre la lengua de Cervantes y la lengua de Voltaire.

Nada tan risible como la rabia de algunos puristas contra el neologismo, rabia que les induce á reconocer en ciertas palabras un enemigo personal. Discutiéndose en la Academia francesa la aceptación de cierta voz, usada en toda Francia, pero no castiza, un

académico exclamó ciego de ira: "Si esa palabra entra, salgo yo."

III

El castellano se recomienda por la energía, como idioma de pueblo guerrero y varonil. Puede haber lengua más armoniosa, más rica, más científica; pero no más enérgica: tiene frases que aplastan como la masa de Hércules, ó parten en dos como la espada de Carlomagno. Hoy nos sorprende la ruda franqueza, el crudo naturalismo, de algunos escritores antiguos que lo dicen todo sin valerse de rodeos y disimulos. Hasta parece que pasáramos á lengua extranjera cuando, después de leer, por ejemplo, á Quevedo, al Quevedo de las buenas horas, leemos á esos autores neoclásicos que usan de estilo una fraseología correcta y castiza.

La frase pierde algo de su virilidad con la abundancia de artículos, pronombres, preposiciones y conjunciones relativas. Con tanto *él y la, los y las, él y ellas, quién y quiénes, cuyo y cuya, el cual y la cual*, etc., las oraciones parecen redes con hilos tan enmarañados como frágiles. Nada relaja más el vigor que ese abuso en el relativo *que* y en la preposición *de*. El pensamiento expresado en inglés

con verbo, sustantivo, adjetivo y adverbio, necesita en el castellano de muchos españoles una retahíla de pronombres, artículos y preposiciones. Si, conforme á la teoría *spenceriana*, el lenguaje se reduce á máquina de transmitir ideas, ¿qué se dirá del mecánico que malgasta fuerza en rozamientos innecesarios y conexiones inútiles?

Si nuestra lengua cede en concisión al inglés, compite en riqueza con el alemán, aunque no le iguala en libertad de componer voces nuevas con voces simples, de aclimatar las exóticas y hasta de inventar palabras. Lo último degenera en calamidad germánica, pues cada filósofo que fabrica un nuevo sistema, se crea vocabulario especial, haciendo algo como la aplicación del libre examen al lenguaje. La asombrosa flexibilidad del idioma alemán se manifiesta en la poesía: los poetas germánicos traducen con fiel maestría larguísimas composiciones, usando el mismo número de versos que el original y hasta el mismo número de sílabas. Á más, no admiten lenguaje convencional de la poesía, y cantan con admirable sencillez cosas tan llanas y domésticas, que traducirlas en nuestra lengua sería imposible ó difícilísimo. Mientras en castellano la forma conduce al poeta, en alemán el poeta subyuga rima y ritmo. Los versos americanos y españoles ofrecen hoy algo duro, irreductible,

como sustancia rebelde á las manipulaciones del obrero: los endecasílabos sobre todo, parecen barras de hierro simétricamente colocadas. En muy reducido número de autores, señaladamente en Campoamor, se descubre la flexibilidad germánica, el poder soberano de infundir vida y movimiento á la frase poética.

Pero, no sólo tenemos lenguaje convencional en la poesía, sino lenguaje hablado y lenguaje escrito: hombres que en la conversación discurren llanamente, como lo hace cualquiera, se expresan estrafalaria y obscuramente cuando manejan la pluma; son como botellas de prestidigitador, que chorrean vino y en seguida vinagre.

Cierto, la palabra requiere matices particulares, desde que no se perora en club revolucionario como se cuchichea en locutorio de monjas. Tal sociedad y tal hombre, tal lenguaje. En la corte gazmoña de un Carlos el Hechizado, se chichisvea en términos que recuerdan los remilgamientos de viejas devotas y las genuflexiones de cortesanos; mientras en el pueblo libre de Grecia se truena con acento en que reviven las artísticas evoluciones de los juegos píticos y la irresistible acometida de las falanjes macedónicas.

Á Montaigne le gustaba "un hablar simple y sencillo, tal en el papel como en la boca, un

hablar succulento, corto y nervudo, no tanto delicado y peinado como vehemente y brusco." Hoy le gustaría un hablar moderno. ¿Hay algo más ridículo que salir con *magüer, aina mais, cabe el arroyo y no embargante*, mientras vibra el alambre de un telégrafo, cruje la hélice de un vapor, silba el pito de una locomotora y pasa por encima de nuestras cabezas un globo aerostático?

Aquí, en América y en nuestro siglo, necesitamos una lengua condensada, jugosa y alimenticia, como extracto de carne; una lengua fecunda, como riego en tierra de labor; una lengua que desenvuelva periodos con el estruendo y valentía de las olas en la playa; una lengua democrática que no se arredre con nombres propios ni con frases crudas como juramento de soldado; una lengua, en fin, donde se perciba el golpe del martillo en el yunque, el estridor de la locomotora en el riel, la fulguración de la luz en el foco eléctrico y hasta el olor del ácido fénico, el humo de la chimenea ó el chirrido de la polea en el eje.

LA REVOLUCIÓN FRANCESA

I

Hay épocas en que las naciones, sumergidas en profunda modorra, oyen y ven sin tener aliento de hablar ni fuerza para sostenerse de pie; otras épocas en que se fatigan sin avanzar un palmo, como atacadas de parálisis agitante; y otras épocas en que se regeneran con el soplo de un viento generoso, traspasan las barreras de la tradición, y caminan adelante, siempre adelante, como atraídas por irresistible imán. Á estas últimas épocas pertenecen la Francia de la Revolución.

Los hombres de aquellos días poseen una gloria que no supieron conquistar los revolucionarios de otras naciones ni de otros siglos: haber trabajado en provecho inmediato de la Humanidad. Es que Francia, por su carácter cosmopolita, siembra para que la Tierra coseche. Los acontecimientos que en los demás países no salen de las fronteras y permanecen adheridos al terreno propio, como los minera-

les y vegetales, adquieren en el territorio francés la movilidad de los seres animados y se esparcen por todos los ámbitos del Globo.

La Revolución inglesa y de la Independencia norteamericana presentaron, por decirlo así, un carácter insular, fueron evoluciones locales que sólo interesaron á la dinastía de un reino y á los pobladores de un Estado; pero la Revolución francesa vino como sacudida continental, hizo despertar á todos como toque de clarín en campamento dormido, se convirtió en la causa de todos. Con razón dijo Edgar Quinet que "si la Iglesia se llama romana y católica, la Revolución tiene legítimo derecho de llamarse francesa y universal, porque el pueblo que la hizo es el que menos la aprovecha". (1)

La Revolución significa ruptura con las malas tradiciones de lo pasado, golpe de muerte á los últimos restos del feudalismo y establecimiento de los poderes públicos sobre la base de la soberanía nacional. El 4 de Agosto muere la antigua sociedad francesa con sus privilegios y sus castas; pero el día que la Asamblea Constituyente declara, no los derechos del francés, sino los derechos del hombre, surge para la Humanidad un nuevo mundo moral; desaparece el siervo y nace el ciuda-

(1) *Le Christianisme et la Révolution française.*

dano, al derecho divino de los reyes sucede el derecho de rebelión, y el principio de autoridad pierde la aureola que le ciñeron la ignorancia y el servilismo.

Largas y tremendas luchas sostuvieron aquellos innovadores que todo lo atacaban y todo lo derribaban; pero ante nada se amilanaron, ante nada retrocedieron. Europa les apretaba con argolla de hierro, Francia misma les amagaba con explosiones intestinas; ellos rechazaban transacciones, se negaban á demandar ó conceder tregua, y según la frase de Saint Just, "no recibían de sus enemigos y no les enviaban sino plomo". Los revolucionarios combatieron en el cráter de un volcán, rodeados de llamas, pisando un terreno movedizo que amenazaba hundirse bajo sus plantas.

Vencidas en el interior las resistencias de la nobleza y del clero, arrollados en la frontera los ejércitos de los monarcas europeos, no estaba concluída la obra: faltaba que la Revolución se pusiera en marcha, que volara de pueblo en pueblo, que dejara de ser arma defensiva para convertirse en arma ofensora. Entonces surgió Napoleón.

Como ciego de nacimiento que lleva en sus manos una antorcha, ese tirano, que no conoció respeto á la libertad ni amor á la justicia, caminó de reino en reino, propagando luz de

libertad y justicia. Él divinizó la fuerza y, como nuevo Mesías de una era nueva, regeneró á las naciones con un bautismo de sangre. Fué el Mahoma de Occidente, un Mahoma sin Alá ni Korán, sin otra ley que su ambición ni otro Dios que su persona. Sabía magnetizar las muchedumbres, subyugarlas con una palabra, y arrastrarlas ciegamente al pillaje y á la gloria, al crimen y al heroísmo, á la muerte y á la apoteosis. Con sus invencibles legiones se precipitaba sobre la Tierra, unas veces devastando como un ciclón, otras fertilizando como una creciente del Nilo. Era el hombre del 18 Brumario, la negación de las ideas modernas, la personificación del cesarismo retrógrado; pero sus soldados llevaban de pueblo en pueblo los gérmenes revolucionarios, como los insectos conducen de flor en flor el polen fecundante. De las naciones mutiladas por las armas nacía la libertad, como la savia corre del tronco rajado por el hacha. "Los pueblos, dice Michelet, despertaban heridos por el hierro; más agradecían el golpe salvador que rompía su funesto sueño y disipaba el deplorable encantamiento en que por más de mil años languidecían como bestias que pacen la yerba de los campos."

En vano asomó la Restauración apoyada en los ejércitos de la Santa Alianza; en vano desfilaron, como espectros de otras edades,

Luis XVIII, Carlos X y Luis Felipe; en vano quiso Napoleón III seguir las huellas gigantes de Bonaparte; Francia experimentó siempre la nostalgia de la libertad y regresó á la República como á fuente de regeneración y vida.

II

La revolución no se reduce al populacho ebrio y desenfrenado que apagaba con sarcasmos la voz de las víctimas acuchilladas en las prisiones ó guillotinadas en las plazas públicas. Frente á los energúmenos que herían sin saber á quién ni por qué, como arrastrados por un vértigo de sangre, se levantaban los filósofos y reformadores que vivían soñando con la fraternidad de los pueblos y morían creyendo en el definitivo reinado de la justicia.

Si no faltaron bárbaros que ante el cadáver de un Lavoisier proclamaban que "la revolución no necesitaba de sabios", sobraron también hombres que, según la gráfica expresión de Víctor Hugo, buscaban "con Rousseau lo justo, con Turgot lo útil, con Voltaire lo verdadero y con Diderot lo bello". ¿Quién no les conoce? Lalande, Lagrange, Laplace, Berthollet, Daubenton, Lamarck, Parmentier, Monge,

Bailly, Condorcet, Lakanal y otros mil pertenecen á la Revolución, brillan como estela de luz en mar de sangre.

Verdad hubo momentos en que Francia parecía retrogradar á la barbarie; pero verdad también que tras de la acción impulsiva y perjudicial, vino inmediatamente la reacción meditada y reparadora. La Revolución, la buena Revolución, se mostró siempre inteligente; fué movimiento libre de hombres pensadores, no arranque ciego de multitudes inconscientes.

"Hasta en pleno Terror, los revolucionarios ofrecen ejemplos de habilidad y prudencia que no siempre fueron imitados en épocas más tranquilas..." Esos hombres "dan á la Ciencia vida política y la emplean como medio de infundir confianza, preparar victorias y ganar batallas" (1). Piensan en todo, desde aplicar á la guerra el telégrafo y los globos hasta uiformar pesos y medidas con el sistema métrico decimal. Confinados en el territorio francés, se bastan á sí, de nadie necesitan: mientras unos fabrican lápices ó enseñan á extraer alquitrán del pino, otros vulgarizan un nuevo procedimiento para curtir pieles ó hallan la manera de obtener acero y hierro.

Francia vacilaba en la orilla de un precipi-

(1) Biot.—*Essai sur l'histoire général des sciences pendant la Révolution française.*

cio. Las flotas enemigas dominaban el mar, bloqueaban los puertos y efectuaban continuos desembarcos. Tolón había caído en manos de los ingleses, mientras Landrecies, Le Quesnoy, Condé y Valenciennes estaban en poder de los aliados. La contrarrevolución batía pendones en La Vendée, Marsella y Lyon, á la vez que el hambre y el Terror imperaban en todo el territorio francés. Era indispensable armar 300.000 soldados, y la pólvora escaseaba, pues el bloqueo cerraba el paso al salitre de las Indias. La Convención acude á los hombres de ciencia, pide milagros á la Química; y los sabios inventan en poco tiempo la elaboración y purificación del salitre. Según la frase de un convencional, "á los cinco días de encontrada la tierra salitrosa se carga el cañón" (1).

Los hombres de acción secundan, superan á los hombres de saber. Brotan generales de veinte años que enseñan el arte de la guerra á los encanecidos mariscales de Europa; surgen reclutas que hacen morder el polvo á los veteranos de cien campañas. Los ejércitos de la Revolución carecen de todo y suplen á todo: ganan batallas sin tener cañones, pasan ríos sin puentes, hacen marchas forzadas sin zapatos, vivaquean sin ron y muchas veces

(1) Biot.—Idem.

sin pan (1). En sólo cinco meses aplastan á los ingleses y holandeses en Hondshoote, derrotan á los austriacos en Wattignies, rechazan á los piamonteses, contienen á los españoles, recuperan las líneas de Weissemburg, liberan Landau, reconquistan Alsacia, espantan á los aliados, sofocan las sublevaciones de Lyon, arrancan Tolón á los ingleses y someten la Vendée (2).

Francia, como círculo de fuego, se ensancha prodigiosamente, arrojando por todas partes muerte y luz. El toque de la *Marsellesa* resuena desde el Tajo hasta el Tiber y desde la tumba de Carlomagno hasta el sepulcro de los Faraones. Hay florecencia de vida, exuberancia de fuerza, desbordamiento de actividad. Todas las energías acopiadas durante siglos estallan á la vez. Como se ordena la construcción de un dique ó el trazo de un camino, se decreta la victoria. Se trasmona los Alpes como Aníbal y se atraviesa los desiertos como Cambises. Hoy se combate en la nieve que entumece, mañana en el arenal que sofoca. Parece que la carne no siente dolor y

(1) Dénúés de tout, vous avez suppléé à tout. Vous avez gagné des batailles sans canons, passé des rivières sans ponts, fait des marches forcées sans souliers, bivouqué sans eau-de-vie et souvent sans pain. —(Napoleón. —*Proclamation à l'armée d'Italie.*)

(2) Luis Blanc. —*Histoire de la Révolution française.*

que el miedo ha dejado de habitar la Tierra. Se sufre cantando y se muere riendo. Francia celebra las panateneas del heroísmo.

La historia y la fábula no refieren nada igual á la epopeya que se abre con el jadelante! de Kellermann en Valmy para cerrarse con la soldadesca interjección de Cambronne en Waterloo.

III

Cuando asomó la Revolución, parecía que sobre la Tierra hubiera descendido un espíritu nuevo, que la Humanidad acabara de encontrar el camino de una región iluminada por interminable aurora boreal. Desde el Manzanares hasta el Rhin y desde el Támesis hasta el Volga, hubo una explosión de regocijo. En las calles de San Petersburgo los hombres se abrazaban llorando. Todos los poetas cantaron el 89, desde Burns y Klopstock hasta Schiller. Todos se enorgullecían con merecer el título de ciudadanos franceses. Goethe, el impasible Goethe, confesó que la victoria de los revolucionarios franceses en Valmy señalaba el principio de una era nueva.

Francia, en un delirio de amor, salvaba las fronteras y extendía los brazos para estrechar á todas las naciones del Globo. Los odios vi-

nieron más tarde: el pueblo francés hizo el 89, los reyes provocaron el 93. Si algo debe censurarse á los revolucionarios es la exageración en el ideal humanitario: quisieron convertir á Francia en el caballero andante de las naciones. Á los dos meses de Valmy, el 19 de Noviembre de 1792, la Convención Nacional promulga un decreto para socorrer á los pueblos que quieran recobrar su independencia y auxiliar á los ciudadanos que sufran ó hayan sufrido vejámenes por la causa de la libertad (1).

La Revolución nos parece una pesadilla de sangre cuando la vemos como hecho aislado y no como consecuencia lógica, cuando contamos las centenas de hombres que arrastró á la guillotina y no los millares de víctimas que vengó. La estupenda cólera popular, que hoy nos admira y espanta, fué reventazón de mina cargada grano á grano, durante siglos enteros, por nobleza, clero y reyecía.

Hay que aceptarla como aceptamos un fenómeno atmosférico, sin contar los desastres, aprovechando los beneficios. Los hombres del

(1) «La Convention nationale déclare qu'elle accordera secours et fraternité à tous les peuples qui voudront recouvrer leur liberté, et elle charge le pouvoir exécutif de donner des ordres aux généraux des armées françaises pour secourir les citoyens qui auraient été ou qui seraient vexés pour la cause de la liberté.»

93 destruyeron, pero también construyeron; segaron plantas fecundas, pero á la vez arrojaron buenas semillas; se manifestaron pródigos de la vida ajena, pero no fueron avaros la propia; sintieron la embriaguez del bandido en la emboscada, pero también conocieron las alucinaciones del apóstol y del mártir.

No debe considerársela como una obra consumada, sino como un acontecimiento en marcha; ella fermenta inconscientemente en el corazón de sus propios enemigos, desaparece como locomotora en el tunel, y de cuando en cuando estalla en medio de un pueblo, como la súbita llamarada de un fuego subterráneo.

Todo paso de las naciones hacia la emancipación religiosa, política ó social, viene como repercutimiento del empuje dado á la Humanidad por los hombres del 93. Los pueblos, que ya entrevieron anchos horizontes de luz, no se resignan hoy á tantear en el limbo ni á tener por código la amalgama de la inicua legislación romana con las absurdas decisiones canónicas. Coronando el Renacimiento y la Reforma, la Revolución servirá de correctivo á la propaganda retrógrada de las comuniones religiosas y cortará el vuelo á la degeneración del *tercer estado*, á la burguesía implacable y avara. De 1789 á 1793 se fraguó las armas que tarde ó temprano herirán de muerte á los se-

culares enemigos de la libre expansión individual.

Imaginemos lo que sería hoy Europa sin la Revolución francesa. Hubo entonces crímenes y horrores; pero, ¿cuándo las naciones combatieron el mal con sólo el bien, se libertaron de la esclavitud con sólo la persuasión ó entraron en pleno ejercicio de su derecho con sólo amigables convenios? Las cuestiones sociales son problemas, planteados con la pluma en el silencio del gabinete, resueltos con pólvora en el fragor de las barricadas. Los enciclopedistas plantearon la ecuación, el pueblo francés encontró la incógnita. Las ideas que en el principio de su gestación se limitan á palabras ó sombras, se convierten después en hechos ó cuerpos; actúan, débiles primero, irresistibles luego, como viento que empieza por rizar la superficie de los mares y acaba por levantar la marejada tremenda y purificadora.

¿Cuándo la Humanidad ejecutó algo bueno sin lágrimas ni sangre? ¿Cuándo lo ejecuta la Naturaleza? Las lentas evoluciones del Universo, ¿cuestan menos sacrificios que las violentas revoluciones de las sociedades? Cada época en la existencia de la tierra se marca por una carnicería universal, todas las capas geológicas encierran cementerios de mil y mil especies desaparecidas. Si culpamos á la Re-

volución francesa porque avanzó pisando escombros y cadáveres, acusemos también á la Naturaleza porque marcha eternamente sobre las lágrimas del hombre, sobre las ruinas de los mundos, sobre la tumba de todos los seres.

1889.

LA MUERTE Y LA VIDA

I

Nacidos en chozas ó palacios, pobres ó ricos, ignorantes ó sabios, al fin tenemos por abrigo la mortaja, por lecho la tierra, por sol la oscuridad, por únicos amigos los gusanos y la podre. La tumba, ¡digno desenlace del drama!

¿Hay gran dolor en morir, ó precede á la última crisis un insensible estado comatoso? La muerte unas veces nos deja morir y otras nos asesina. Algunos presentan indicios de consumirse con suave lentitud, como esencia que se escurre del frasco por imperceptible rajadura; pero otros sucumben desesperadamente, como si les arrancaran la vida, pedazo á pedazo, con tenazas de fuego. En la vejez se capitula, en la juventud se combate. Quién sabe la muerte sea: primero un gran dolor ó un pesado amodorramiento; después, un sueño invencible; en seguida, un frío polar; y, por último, algo que se evapora en el cerebro

y algo que se marmoliza en el resto del organismo.

No pasa de ilusión poética ó recurso teológico, el encarecer la belleza y majestad del cadáver. ¿Quién concibe á Romeo encontrando á Julieta más hermosa de muerta que de viva? Un cadáver infunde alejamiento, repugnancia; estatua sin la pureza del mármol, con todos los horrores y miserias de la carne. Los muertos sólo se muestran grandes en el campo de batalla, donde se ve ojos que amenazan con imponente virilidad, manos en actitud de coger una espada, labios que parecen concluir una interrumpida voz de mando.

El cadáver en descomposición, eso que según Bossuet no tiene nombre en idioma alguno, resume para el vulgo lo más tremendo y espantoso de la muerte. Parece que la póstuma conservación de la forma implicara la supervivencia del dolor. Los hombres se imaginan, no sólo muertos, sino muriendo á pausas, durante largo tiempo. Cuando la tumba se cambie por el horno crematorio, cuando la carne infecta se transforme en llamas azuladas, y al esqueleto aprisionado en el ataúd suceda el puñado de polvo en la urna cineraria, el fanatismo habrá perdido una de sus más eficaces armas.

¿Existe algo más allá del sepulcro? ¿Conservamos nuestra personalidad ó somos ab-

sorbidos por el Todo, como una gota por el Océano? ¿Renacemos en la Tierra ó vamos á los astros para seguir una serie planetaria y estelar de nuevas y variadas existencias? Nada sabemos, céntuple muralla de granito separa la vida de la muerte, y hace siglos de siglos que los hombres queremos perforar el muro con la punta de un alfiler. Decir esto "cabe en lo posible; esto no cabe", llega al colmo de la presunción ó locura. Filosofía y Religión declaman y anatematizan; pero declamaciones y anatemas nada prueban. ¿Donde los hechos?

Entonces, ¿qué esperanza debemos alimentar al hundirnos en ese abismo que hacia temblar á Turenne y horripilarse á Pascal? Ninguna, para no resultar engañados, ó gozar con la sorpresa si hay algo. La Naturaleza, que sabe crear flores para ser comidas por gusanos, y planetas para ser destruidos en una explosión, puede crear humanidades para ser anonadadas por la muerte. ¿Á quién acogerlos? Á nadie. Desmenuzadas todas las creencias tradicionales, quedan de pie dos problemas, dos magnas cuestiones que todavía no han obtenido una prueba científica ni una refutación lógica; la inmortalidad del alma y la existencia de un "Dios distinto y personal, de un Dios ausente del Universo"—como decía Hegel. Hasta hoy, ¿á qué se reducen Dios

y el alma? Á dos entidades hipotéticas, imaginadas para explicar el origen de las cosas y las funciones del cerebro.

Si escapamos al naufragio de la tumba, nada nos autoriza para inferir que arribemos á playas más hospitalarias que la Tierra. Quizás no tengamos derecho de jactarnos con el estoico de "poseer en la muerte un bien que el mundo entero no puede arrebatarnos", porque no sabemos si la puerta del sepulcro nos conduce al salón de un festín ó á la caverna de unos bandoleros. Acaso tuvo razón Aquiles cuando entre las sombras del Erebo respondió á Ulises con estas melancólicas palabras: "No intentes consolarme de la muerte; preferiría cultivar la tierra al servicio de un hombre pobre y sin recursos, á reinar entre todas las sombras de los que ya no existen" (1).

En el miedo á la muerte hay un simple ardid de la Naturaleza para encadenarnos á la vida ó un presentimiento de venideros infortunios? Al acercarse la hora suprema, todas las células del organismo parece que sintieran el horror de morir y temblaran como soldados al entrar en batalla.

En la tierra no se realizan esclarecimientos de derechos, sino concursos de fuerzas; en la historia de la Humanidad no se ve apoteosis

(1) *Odisea*. Canto XI. Traducción de R. Canales.

de justos, sino eliminaciones del débil; pero nosotros aplazamos el desenlace del drama terrestre, para darle un fin moral; hacemos una *borquinada*. Aplicando á la Naturaleza el sistema de compensaciones, extendiendo á todo lo creado nuestra concepción puramente humana de la justicia, imaginamos que si la Naturaleza nos prodiga hoy males, nos reserva para mañana bienes; abrimos con ella una *cuenta corriente*, pensamos tener un *debe* y un *haber*. Toda doctrina de penas y recompensas se funda en la aplicación de la Teneduría de Libros á la Moral.

La Naturaleza no aparece injusta ni justa, sino creadora. No da señales de conocer la sensibilidad humana, el odio ni el amor: infinito vaso de concepción; divinidad en interminable alumbramiento; madre toda seno y nada corazón; crea y crea para destruir y volver á crear y volver á destruir. En un soplo desbarata la obra de mil y mil años; no ahorra siglos ni vidas, porque cuenta con dos cosas inagotables: el tiempo y la fecundidad. Con tanta indiferencia mira el nacimiento de un microbio, como la desaparición de un astro, y rellenaría un abismo con el cadáver de la Humanidad para que sirviera de puente á una hormiga.

La Naturaleza, indiferente para los hombres en la Tierra, ¿se volverá justa ó clemente

porque bajemos al sepulcro y revistamos otra forma? Vale tanto como figurarnos que un monarca dejará de ser sordo al clamor de la desgracia, porque sus súbditos varíen de habitación ó cambien de harapos. Vayamos donde vayamos, no saldremos del Universo, no escaparemos á leyes inviolables y eternas.

Amilana y aterra considerar á qué parajes, á qué transformaciones puede conducirnos el torbellino de la vida. Nacer, parece entrar en una danza macabra para nunca salir; caer en un vertiginoso torbellino para girar eternamente, sin saber cómo ni por qué.

¿Hay algo más desolado que nuestra suerte, más lúgubre que nuestra esclavitud? Nacemos sin que nos hayan consultado; morimos cuando no lo queremos; vamos donde tal vez no deseáramos ir. Años de años peregrinamos en un desierto, y el día que fijamos tienda y abrimos una cisterna y sembramos una palma y nos apercebimos á descansar, asoma la muerte. ¿Queremos vivir?, pues la muerte. ¿Queremos morir?, pues la vida. ¿Qué distancia media entre la piedra atraída al centro del Globo y el hombre arrastrado por una fuerza invencible hacia un paraje desconocido?

¿Por qué no somos dueños ni de nosotros mismos? Cuando la cabeza gravita sobre nuestros hombros con el peso de una montaña, cuando el corazón se retuerce en nuestro pe-

cho, como tigre vencido pero no domesticado, cuando el último átomo de nuestro sér experimenta el odio y la náusea de la existencia, cuando nos mordemos la lengua para detener la explosión de una estúpida blasfemia, ¿por qué no tenemos poder de anonadarnos con un acto de la voluntad?

¿Acaso todos los hombres desean la inmortalidad? Para muchos, la Nada se presenta como inmersión deliciosa en mar sin fondo, como desvanecimiento voluptuoso en atmósfera infinita, como sueño sin pesadillas en noche sin término. Mirebeau, moribundo, se regocijaba con la idea de anonadarse. ¿Acaso, siempre resolvemos de igual modo el problema de la inmortalidad? Unas veces, hastiados de sentir y fatigados de pensar, nos desconsolamos con la perspectiva de una actividad eterna y envidiamos el ocio estéril de la nada; otras veces experimentamos insaciable sed de sabiduría, curiosidad inmensa, y anhelamos existir como esencia impalpable y ascendente, para viajar de mundo en mundo, viéndolo todo, escudriñándolo todo, sabiéndolo todo; otras veces deseamos yacer en una especie de nirvana, y de cuando en cuando recuperar la consciencia por un solo instante, para gozar la dicha de haber muerto.

Pero ¿á qué amilanarse? Venga lo que viniere. El miedo, como las sulfataras de Nápo-

les, puede asfixiar á los animales que llevan la frente ras con ras del suelo, no á los seres que levantan la cabeza unos palmos de la tierra. Cuando la muerte se aproxime, salgamos á su encuentro, y muramos de pie como el emperador romano. Fijemos los ojos en el misterio, aunque veamos espectros amenazantes y furiosos; extendamos las manos hacia lo Desconocido, aunque sintamos la punta de mil puñales. Como dice Guyau: "que nuestro último dolor sea nuestra última curiosidad" (1).

Hay modos y modos de morir: unos salen de la vida como espantadizo reptil que se guarece en las rajaduras de una peña; otros se van á lo tenebroso, como águila que atraviesa un nubarrón cargado de tormentas. Hablando aquí sin preocupaciones gazmoñas, es indigno de un hombre morir demandando el último puesto en el banquete de la Eternidad, como el mendigo pide una migaja de pan á las puertas del señor feudal que siempre le vapuleó sin misericordia. Vale más aceptar la responsabilidad de sus acciones y lanzarse á lo Desconocido, como sin papeles ni bandera el pirata se arroja á las inmensidades del mar.

(1) *L'irréligion de l'avenir.*

II

Nosotros nos figuramos al Todo como una repetición inacabable del espectáculo que ven nuestros ojos ó fantasea nuestra imaginación; pero ¿qué importa el diminuto radio de nuestras observaciones? ¿Qué valor objetivo poseen nuestras concepciones cerebrales? Probamos la unidad de las fuerzas físicas y la unidad material del Universo; y ¡quién sabe si nos encontramos en el caso de espectador iluso que toma por escenario y actores las simples figuras del telón!

Extendemos brazos de pigmeo para coger y abarcar lo que dista de nosotros una eternidad de tiempo y una inmensidad de espacio. Nos enorgullecemos con haber encontrado la verdad; cuando, en lo más dulce de las ilusiones, la observación y el experimento derriban todos nuestros sistemas y todas nuestras religiones, como el mar desbarata en sus playas los montículos de arena levantados por un niño. Todas las generaciones se afanan por descubrir el secreto de la vida, todas repiten la misma interrogación; pero la Naturaleza responde á cada hombre con diversas palabras y guarda eternamente su misterio.

¿Qué separa la cristalización mineral, la célula de las plantas y la membrana de los ani-

males? ¿Qué diferencia media entre savia y sangre? El hombre ¿representa el último eslabón de los seres terrestres ó algún día quedará desposeído de su actual supremacía? Cuando nacemos ¿surgimos de la nada ó sólo realizamos una metempsicosis? ¿Á qué venimos á la Tierra?... Todo lo creeríamos un sueño, si el dolor no probara la realidad de las cosas.

La duda, como noche polar, lo envuelve todo; lo evidente, lo innegable, es que en el drama de la existencia todos los individuos representamos el doble papel de verdugos y víctimas. Vivir significa matar á otros; crecer, asimilarse el cadáver de muchos. Somos un cementerio ambulante donde miríadas de seres se entierran para darnos vida con su muerte. El hombre, con su vientre insaciable y omnívoro, hace del Universo un festín de cien manjares; mas no creamos en la resignación inerme de todo lo creado; el mineral y la planta esconden sus venenos, el animal posee sus garras y sus dientes. El microbio carcome y destruye al organismo del hombre: lo más humilde abate á lo más soberbio.

¿Para qué este hambre de vivir? Si la vida fuera un bien, bastaría la seguridad de perderla para convertirla en mal. Si cada segundo marca la agonía de un hombre ¿cuántas lágrimas se derraman en sólo un día? ¿Cuántas se han derramado desde que la Humanidad

existe? Los nacidos superan á los muertos; pero ¿gozamos al venir al mundo? Esa masa de carne que llamamos un recién nacido, ese frágil ente que dormita con ojos abiertos, como si no hubiera concluido de sacudir la somnolencia de la nada, sabe quejarse, mas no reírse. El alumbramiento ¿no causa el dolor de los dolores? En el lecho de la mujer que alumbra se realiza un duelo entre el ser estúpido y egoísta que pugna por nacer y la persona inteligente y abnegada que batalla por dar á otro la vida.

¿Por qué hay un Sol hermoso para iluminar escenas tristes? Cuando se ve sonreír á los niños, cuando se piensa que mañana morirán en el dolor ó vivirán en amarguras más arerbas que la muerte, un inefable sentimiento de conmiseración se apodera de los corazones más endurecidos. Si un tirano quería que el pueblo de Roma poseyera una sola cabeza para cercenársela de un tajo; si un humorista inglés deseaba que las caras de todos los hombres se redujeran á una sola, para darse el gusto de escupirla, ¿quién no anhelaría que la Humanidad tuviera un solo rostro, para poderla enjugar todas sus lágrimas?

Hay horas de solidarismo generoso en que no sólo amamos á la Humanidad entera, sino á brutos y aves, plantas y lagos, nubes y piedras; hasta querriamos poseer brazos inmen-

sos para estrechar á todos los seres que habitan los globos del Firmamento. En esas horas admiramos la magnanimidad de los eleusinos que en sus leyes prescribían "no matar animales" (1), y concebimos la exquisita sensibilidad de los antiguos arianos que en sus oraciones á Indra le imploraban que hicieran descender bendición y felicidad sobre los entes animados y las cosas inanimadas. La verdadera caridad no se circunscribe al hombre: como ala gigantesca, se extiende para cobijar todo el Universo.

¿Por qué negar la perversidad humana? Hay hombres que matan con su sombra, como el manzanillo de Cuba ó el duho-upas de Java. El mérito engendra la envidia, el beneficio produce la ingratitud, el bien acarrea el mal. Nuestros amigos parecen terrenos malditos donde sembramos trigo y cosechamos malas hierbas; las mujeres que amamos con todo el calor de nuestras entrañas, son impuras como el lodo de los caminos ó ingratas como las víboras calentadas en el seno. Pero ¿qué origina la perversidad? Un infeliz ¿puede ser bueno y sufrido? Toda carne desgarrada se rebela contra Cielo y Tierra.

(1) Selon Porphyre, on gardait à Eleusis trois lois qui remontaient à Déméter elle-même: Honore tes parents, offre aux Dieux des fruits, ne tue pas les animaux.—L. MÉNARD,

Si el hombre sufre una crucifixión, ¿se exigen de padecer el animal, la planta y la roca? ¿Qué realidad encierran nuestras casuísticas diferencias de materia inanimada y animada, de seres inorgánicos y orgánicos? El gran paquidermo y el arador, el cedro del Líbano y el líquen de Islanda, el bloque de la cordillera y la arenilla del mar, todos "son nuestros compañeros en la vida" (1), nuestros hermanos en el infortunio. Filósofos antiguos creían á los astros unos animales gigantescos. La celeste armonía que Pitágoras escuchaba, ¿no será el gemido exhalado por las humanidades que habitan en las moles del Firmamento? Quien dijo existencia dijo dolor, y la obra más digna de un Dios consistiría en reducir el Universo á la nada.

En este martirologio infinito no hay ironía más sangrienta que la imperturbable serenidad de las leyes naturales. Mas el Universo ¿es actor, cómplice, verdugo, víctima ó sólo instrumento y escenario del mal? ¿Quién lo sabel Sin embargo, se diría muchas veces que en medio del horror universal y eterno, *alguien* goza y se pasea, como Nerón se paseaba entre el clamor de hombres, lentamente devorados por el fuego y convertidos en luminarias.

(1) L. Ménard.

Mas ¿qué determinación seguir en la guerra de todos contra uno y de uno contra todos? Si con la muerte no queda más refugio que el sometimiento mudo, porque toda rebelión es no sólo inútil sino ridícula, con la vida nos toca la acción, la lucha. No vegetemos, ocupados únicamente en sacar tierra de nuestra fosa, ni nos petrifiquemos en la inmovilidad hasta el punto que aniden pájaros en nuestra cabeza.

Poco, nada, vale un hombre; pero ¿sabemos el destino de la humanidad? De que hasta hoy no hayamos resuelto el problema de la vida, ¿se deduce que no le resolveremos un día? Viendo de qué lugar salimos y dónde nos encontramos, comparando lo que fuimos y lo que somos, puede calcularse adónde llegaremos y lo que seremos mañana. Habitábamos en la caverna, y ya vivimos en el palacio; rastreábamos en las tinieblas de la bestialidad, y ya sentimos la sacudida vigorosa de alas interiores que nos levantan á regiones de serenidad y luz. El animal batallador y carnicero produce hoy abnegados tipos que defienden al débil, se hacen paladines de la justicia y se inoculan enfermedades para encontrar el medio de combatirlas; el salvaje, feliz antes con dormir, comer y procrear, escribe la *Iliada*, erige el Partenón y mide el curso de los astros,

Ninguna luz sobrehumana nos alumbró en nuestra noche, ninguna voz amiga nos animó en nuestros desfallecimientos, ningún brazo invisible combatió por nosotros en la guerra secular con los elementos y las fieras; lo que fuimos, somos, nos lo debemos á nosotros mismos. Lo que podamos ser nos lo deberemos también. Para marchar, no necesitamos ver arriba, sino adelante.

No pedimos la existencia, pero con el hecho de vivir aceptamos la vida. Aceptémosla, pues, sin monopolizarla ni quererla eternizar en nuestro beneficio exclusivo; nosotros reimos y nos amamos sobre la tumba de nuestros padres; nuestros hijos reirán y se amarán sobre la nuestra.

1890

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
MANUEL GONZÁLEZ PRADA	VII
 PRIMERA PARTE	
Conferencia en el Ateneo de Lima	1
Discurso en el Palacio de la Exposición	39
Id. en el teatro Olimpo	43
Id. en el entierro de Luis Márquez	59
 SEGUNDA PARTE	
Grau.	63
Discurso en el Politeama	73
Perú y Chile	84
15 de Julio	100
 TERCERA PARTE	
Vigil	107
Instrucción laica	128
Libertad de escribir	152
Propaganda y ataque	166

CUARTA PARTE

Victor Hugo.....	183
Renan.....	196
Valera.....	215
Castelar.....	228

QUINTA PARTE

Los fragmentos de Luzbel.....	235
Notas acerca del idioma.....	260
La revolución francesa.....	272
La muerte y la vida.....	285